Ediciones Nueva Visión

Los casos de Sigmund Freud

1

El Hombre de los Lobos

por

El Hombre de los Lobos

150.195 El hombre de los lobos por el hombre de los lobos
ELH 1ª ed.-3ª reimp. - Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.
288 p., 19x13 cm - (Los casos de Sigmund Freud)

Traducción de Marta Guastavino

I.S.B.N. 950-602-005-1

I. Psicoanálisis - Estudio de casos

Título del original en inglés: *The Wolf-Man by the Wolf-Man*
Basic Books, Nueva York, 1971.

Toda reproducción total o parcial de esta obra por cualquier sistema –incluyendo el fotocopiado– que no haya sido expresamente autorizada por el editor constituye una infracción a los derechos del autor y será reprimida con penas de hasta seis años de prisión (art. 62 de la ley 11.723 y art. 172 del Código Penal).

© 1983 por Ediciones Nueva Visión SAIC. Tucumán 3748, (1189) Buenos Aires, República Argentina. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Introducción
Muriel Gardiner

Hay varias razones por las cuales no resulta exagerado destacar el carácter peculiar de este libro. Contiene la autobiografía, conmovedora y muy personal, del sujeto de un caso famoso en la ciencia médica, junto a dos historias psicoanalíticas * de la misma persona. Por más que en la literatura abundan las biografías y autobiografías de gente conocida, no hay otro libro que nos proporcione la crónica humana de un individuo y su apasionado conflicto, enfocada a la vez desde su propio punto de vista y desde la perspectiva del fundador del psicoanálisis.

Además, encontramos en este volumen los recuerdos que el propio Hombre de los Lobos conserva de Freud. He aquí algo que no tiene precedentes y que tampoco podrá repetirse jamás. De las cinco famosas historias de casos que presentó Freud, sólo tres de los sujetos fueron en realidad analizados por él, y el único sobreviviente de los tres es el Hombre de los Lobos. También en la literatura psicoanalítica es único el caso del Hombre de los Lobos, ya que no sólo fue atendido por Freud y por Ruth Mack Brunswick, que escribieron sendas historias clínicas, sino que el suyo constituye el único caso que ha podido seguirse desde la infancia hasta la vejez.

Fuera de esto, el relato de la vida del Hombre de los Lobos es el reflejo de la historia de los últimos ochenta años, a través

* En la edición original se incluía el texto del análisis de Freud sobre el Hombre de los Lobos, omitido en la presente edición. (N. del E.)

150.195 El hombre de los lobos por el hombre de los lobos
ELH 1ª ed. 3ª reimp. - Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.
288 p., 19x13 cm - (Los casos de Sigmund Freud)

Traducción de Marta Guastavino

I.S.B.N. 950-602-005-1

I. Psicoanálisis - Estudio de casos

Título del original en inglés: *The Wolf-Man by the Wolf-Man*
Basic Books, Nueva York, 1971.

Toda reproducción total o parcial de esta obra por cualquier sistema –incluyendo el fotocopiado– que no haya sido expresamente autorizada por el editor constituye una infracción a los derechos del autor y será reprimida con penas de hasta seis años de prisión (art. 62 de la ley 11.723 y art. 172 del Código Penal).

© 1983 por Ediciones Nueva Visión SAIC. Tucumán 3748, (1189) Buenos Aires, República Argentina. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Introducción

Muriel Gardiner

Hay varias razones por las cuales no resulta exagerado destacar el carácter peculiar de este libro. Contiene la autobiografía, conmovedora y muy personal, del sujeto de un caso famoso en la ciencia médica, junto a dos historias psicoanalíticas ° de la misma persona. Por más que en la literatura abundan las biografías y autobiografías de gente conocida, no hay otro libro que nos proporcione la crónica humana de un individuo y su apasionado conflicto, enfocada a la vez desde su propio punto de vista y desde la perspectiva del fundador del psicoanálisis.

Además, encontramos en este volumen los recuerdos que el propio Hombre de los Lobos conserva de Freud. He aquí algo que no tiene precedentes y que tampoco podrá repetirse jamás. De las cinco famosas historias de casos que presentó Freud, sólo tres de los sujetos fueron en realidad analizados por él, y el único sobreviviente de los tres es el Hombre de los Lobos. También en la literatura psicoanalítica es único el caso del Hombre de los Lobos, ya que no sólo fue atendido por Freud y por Ruth Mack Brunswick, que escribieron sendas historias clínicas, sino que el suyo constituye el único caso que ha podido seguirse desde la infancia hasta la vejez.

Fuera de esto, el relato de la vida del Hombre de los Lobos es el reflejo de la historia de los últimos ochenta años, a través

° En la edición original se incluía el texto del análisis de Freud sobre el Hombre de los Lobos, omitido en la presente edición. (N. del E.)

de épocas cambiantes y en diversas circunstancias. A las clases adineradas de las grandes naciones europeas les pareció que el cuarto de siglo que precedió a la primera guerra mundial era política y socialmente inalterable. El Hombre de los Lobos, hijo de un rico terrateniente ruso, creció en la gran finca de sus padres, en una imponente mansión que hace pensar en algunos de los palacios reales de Europa. En esa casa, el muchachito de cuatro años manifestó su fobia a los lobos, un miedo exagerado y nada realista ante esos animales, y allí tuvo el sueño sobre los lobos que resultó ser la clave para la comprensión de su neurosis infantil y le valió ser conocido como el Hombre de los Lobos. Desde los dieciocho años, el Hombre de los Lobos recorrió, con todo lujo, el Imperio Austrohúngaro y la Alemania del káiser Guillermo II. Con frecuencia lo acompañaban en sus viajes su médico particular y un ayuda de cámara, y Freud nos cuenta que cuando empezó su análisis en 1910 estaba "totalmente incapacitado y dependía por completo de otras personas". El Hombre de los Lobos y otros europeos de posición acomodada deben de haber sentido que su opulencia y su posición eran invulnerables. Cuando la calma política de comienzos del siglo xx fue interrumpida por la primera guerra mundial y por la revolución en la Rusia zarista, el Hombre de los Lobos perdió su hogar y su fortuna y debió emigrar a Austria.

Durante el medio siglo que siguió a 1919, Europa sirvió de marco trágico o, en el mejor de los casos, premonitorio a la historia del Hombre de los Lobos. En Austria, las secuelas de la primera guerra mundial fueron el hambre, la pobreza, el desempleo y una inflación catastrófica. Llegó después un período político de confusión y desorden, durante el cual los nazis alcanzaron el poder. Por más que el Hombre de los Lobos —cuando no lo abrumaban sus problemas personales— tenía como única preocupación la de sobrevivir, y poco era su interés directo en los sucesos mundiales, éstos no dejaron de afectar su vida y de teñir su pensamiento y sus actividades.

Cuando Alemania se anexó el territorio austríaco en marzo de 1938 se produjo la señal para que los judíos y los psicoanalistas abandonaran el país, si es que tenían alguna posibilidad de hacerlo. Yo fui una de las poquísimas personas con formación psicoanalítica que permanecieron unos meses más en Viena, y durante ese período febril, que fue desastroso para Austria y catastrófico para el Hombre de los Lobos debido a su tragedia personal, llegué por primera vez a conocerlo íntimamente, por más que mi vinculación con él se remontaba a once años atrás.

En 1938 salí de Viena, y la segunda guerra mundial no tardó en arrasar Europa. Durante cuatro años se interrumpió mi comunicación con el Hombre de los Lobos. Terminada la guerra volvieron a llegar cartas, pero transcurrieron cuatro años más hasta que nos encontramos y me enteré personalmente de las penurias que habían experimentado el Hombre de los Lobos y su madre. Después de la terminación de la guerra, el ejército ruso de ocupación permaneció otros diez años en Austria, provocando una aprensión general que el Hombre de los Lobos compartía de manera muy comprensible.

Contra este telón de fondo cambiante, que a veces está apenas sugerido, el Hombre de los Lobos pinta su destino personal con pinceladas oscuras y atrevidas, y su vida interior con variados colores, a menudo sombríos pero a veces ricamente matizados y luminosos. Las profundas luchas y búsquedas internas que aquí se revelan y que no se interrumpieron jamás en más de ochenta años de vida se insinuaban ya en el informe de Freud sobre la neurosis infantil del Hombre de los Lobos. En realidad, buena parte de lo que el Hombre de los Lobos nos muestra y cuenta de su personalidad puede verse en el niño que retrata Freud en la *Historia de una neurosis infantil*. En opinión de James Strachey, editor de la Standard Edition de las obras de Freud, ésta es "la más elaborada e indudablemente la más importante de todas las historias de casos de Freud". Y Ernest Jones, el biógrafo de Freud, la considera "sin duda la mejor de la serie. Freud se hallaba entonces en la plenitud de su capacidad, con plena confianza y dominio de su método, y la técnica que despliega en la interpretación y en la síntesis de un material increíblemente complejo deben ganarle la admiración de todos los lectores".

Contar con datos provenientes de tantas fuentes cabales, detalladas y profundas, hace posible que tanto el lego como el hombre de ciencia aprecien en qué medida puede ayudar el psicoanálisis a una persona gravemente perturbada. Gracias a su análisis, el Hombre de los Lobos pudo sobrevivir a un choque tras otro y a repetidas tensiones; en medio del sufrimiento, es verdad, pero con más elasticidad y fuerza de lo que habría cabido esperar. El propio Hombre de los Lobos está convencido de que sin el psicoanálisis su vida no habría sido más que una interminable condena.

Prólogo

Ana Freud

En nuestra calidad de lectores de la literatura psicoanalítica, nos impresiona comprobar la gran cantidad de artículos, libros y periódicos que se publican en diversas lenguas y que abarcan gran variedad de temas: clínicos, técnicos, teóricos, así como las innumerables aplicaciones del *insight* analítico a los dominios de la psiquiatría, la medicina general, la pediatría, la educación, cultura, religión, literatura, las artes y el derecho, etcétera. Sin embargo, es inevitable que advirtamos al mismo tiempo la evidente escasez de publicaciones orientadas en una dirección específica: historias completas y adecuadamente documentadas de casos.

No cabe atribuir esta falla de producción, en cuanto se refiere a la principal preocupación del analista practicante, al hecho de que los analistas sepan demasiado poco de sus pacientes, sino más bien a lo contrario: a que saben demasiado. El instrumental técnico de la terapia analítica —tal como la asociación libre, la interpretación de los sueños, las interpretaciones de la resistencia y de la transferencia— produce una masa de datos referentes a la historia de la vida del paciente, a los aspectos sanos y patológicos de su naturaleza, que resultan inmanejables debido a su volumen; si se intenta ponerlos por escrito sin la suficiente elaboración, son imposibles de leer. Manejar semejante materia prima de modo tal que se produzca, por un lado, la vívida imagen de una persona individual y por otro un cuadro detallado de un trastorno psicológico específico no es tarea de poca monta y, como logro literario, excede en mucho la capacidad de la mayoría de los autores cien-

tíficos. En consecuencia, lo que se produce en la actualidad son recortes de material clínico que se usan para ejemplificar alguna concepción teórica o, en el mejor de los casos, relatos clínicos unilaterales que no llegan a dar al lector idea alguna del paciente como personalidad viviente. De ahí que no resulte sorprendente el hecho de que, con fines didácticos, los conferencistas y directores de seminarios de nuestros institutos hayan contraído el hábito de volver sobre el reducido número de historias clásicas con que contamos y de explotarlas al máximo. Ana O. y otros pacientes de los *Estudios sobre la histeria,* Juanito, el Hombre de las Ratas, el Hombre de los Lobos, Dora, Schreber, llegaron a ser bien conocidos para las sucesivas generaciones de analistas, lo mismo que las lecciones de ellos aprendidas referentes a la histeria de conversión, las fobias, los estados obsesivos, las neurosis infantiles, la paranoia, la homosexualidad y otros trastornos.

Por otra parte, la perfección con que había sido resumido, condensado, seleccionado y sintetizado el material no sólo era lo que hacía eminentemente legibles esas historias, sino que tuvo otros resultados inesperados. La misma sensación de familiaridad que empezaron a experimentar los analistas con respecto a esos pacientes les provocó la tentación de ocuparse de ellos en su imaginación como si se tratara de sus propios pacientes, estimuló el deseo de saber todo lo referente a ellos, de poner a prueba las interpretaciones ofrecidas, de ir más allá de las conclusiones alcanzadas y, toda vez que ello era posible, de reorganizar una vez más los datos originales a partir de los cuales habían sido obtenidas las abstracciones del autor. Las figuras centrales de las historias clínicas clásicas se convirtieron de tal modo en puntos focales de especulación y discusión entre los analistas, en primer lugar con el deseo de ampliar cada uno de esos tratamientos hasta convertirlo en un estudio longitudinal; tarea difícil, dado que presuponía establecer identidades que, por razones de discreción, habían sido disimuladas con más o menos eficacia.

Los artículos de Ellen Jensen sobre Ana O. nos han informado sobre sus años posteriores, su vida, su trabajo y su fama, y es menester concluir de ello que su "cura parlante" alcanzó la eficacia suficiente para hacer desaparecer la grave sintomatología invalidante, pese al hecho de que la transferencia de la paciente sobre su médico había quedado sin interpretar. Nos gustaría saber si el "análisis silvestre" a que fue sometida Catalina tuvo el efecto

de contrarrestar las consecuencias de su seducción y observación traumática, pero en este caso nadie logró penetrar el misterio de la identidad de la paciente. Por lo que toca a Emmy von N., se logró desenterrar alguna información referente a su vida posterior y sus reacciones personales. De Juanito, cuya identidad nunca estuvo envuelta en la misma oscuridad, se sabe actualmente que alcanzó una posición social segura y estimable —es decir, no afectada exteriormente por limitaciones fóbicas—, por más que el cuadro manifiesto no permite decir si la neurosis infantil llegó o no a dejar secuelas más profundas en su personalidad. Allí donde se disponía *in toto* de los datos originales del análisis, como en el caso Schreber, esta situación condujo a posteriores ampliaciones, reinterpretaciones y revisiones críticas. No obstante, por más que en esas investigaciones no se hayan ahorrado esfuerzos, los resultados efectivos siguieron siendo magros, abortivos y, por la misma razón, insatisfactorios para la mentalidad indagadora de cualquier analista.

He aquí, pues, la brecha en nuestros conocimientos que se colma de manera admirable con la publicación de este libro. El Hombre de los Lobos se destaca entre sus compañeros por el hecho de ser el único que puede cooperar activamente en la reconstrucción de su propio caso, y porque está dispuesto a hacerlo. No se encuentra velado por el misterio como Catalina, ni tiene hacia su terapia anterior la actitud enajenada y hostil de Ana O., ni manifiesta la reticencia y el temor a la publicidad de Juanito adulto. Según su propio testimonio, su agradecido respeto por el pensamiento analítico y su fácil comprensión del mismo lo elevaron, ya durante su tratamiento inicial, del nivel de paciente al de un colega más joven de su analista, un colaborador que con "un explorador experimentado emprende el estudio de un país nuevo y recién descubierto". Además, consiguió mantener el espíritu que le había permitido superar las resistencias de su primer análisis y, después de haberlo perdido temporariamente durante sus cambios de carácter y tratamiento subsiguiente, se las arregló para recuperarlo, de modo tal que fue capaz de soportar las turbulencias de una vida perturbada por revoluciones, guerras, privaciones materiales y pérdidas de objeto muy traumáticas. Lo que él cita con orgullo como el reconocimiento de su excepcional capacidad intelectual por parte de su analista no sólo es la condición que le permitió mantener el juicio durante su vida personal sino que

también sirvió para beneficiar, de manera totalmente sin precedentes, a la comunidad analítica como tal.

Debemos a Ruth Mack Brunswick la inclusión del relato de la perturbación post-analítica del paciente como agregado a la historia original de su neurosis infantil. Igual o quizá mayor es nuestra deuda de gratitud con Muriel Gardiner, que se hizo cargo de la tarea donde la habían dejado sus dos predecesores, amparó durante más de treinta años al Hombre de los Lobos, le dio apoyo en sus depresiones, manejó pacientemente sus temores, dudas e incertidumbres, lo estimuló para que se expresara en sus revelaciones autobiográficas y finalmente encaró la compilación y el ordenamiento de las secuencias inconexas que de todo ello resultaron.

He aquí ante nosotros el fruto de sus esfuerzos: la única oportunidad de ver cómo se desarrollan ante nuestros ojos tanto la vida interior como exterior de un paciente psicoanalítico, empezando por sus propios recuerdos de infancia y por el relato de su neurosis infantil para recorrer los incidentes, importantes o no, de su vida adulta, y para llegar, a partir de allí en forma casi ininterrumpida, al período en que "El Hombre de los Lobos envejece".

Londres, 1971

Parte I
Las memorias del Hombre de los Lobos

Recuerdos de mi infancia

Introducción

Este primer capítulo de las Memorias *del Hombre de los Lobos será de especial interés para los psicoanalistas porque abarca el mismo período de su vida que la* Historia de una neurosis infantil *de Freud. El recuerdo más temprano del muchachito es, al parecer, el de un ataque de malaria cuando estaba tendido en el jardín, en verano. Este recuerdo parecería remontarse al mismo verano que la observación reconstruida de la escena primaria. Aparecen aquí los recuerdos de la institutriz inglesa, incluso los dos recuerdos encubridores que menciona Freud, y se hace también referencia a otras institutrices que siguieron. Miss Elisabeth, que llegó después de la partida de la institutriz inglesa, probablemente unos meses antes de que el niño cumpliera los cuatro años, solía leerle por las noches los* Cuentos de hadas *de Grimm, que desempeñaron un papel tan importante en la elección de la fobia animal del Hombre de los Lobos, mientras el niño y su aya escuchaban con fascinada atención. Un poco más tarde, Mademoiselle inició al niño en las historias de Carlomagno, y el pequeño se comparaba con el héroe que desde la cuna había recibido todos los dones posibles que le fueron otorgados por espíritus benévolos. Comprendemos la analogía al recordar que Freud relata que, como había nacido con el amnios, "nacido cubierto", durante su infancia el Hombre de los Lobos "se tenía por un ser especialmente afortunado, al que nada malo podía pasar" (O.C., II, p. 739)* y que*

* Transcribimos las citas de Freud según la versión española de Luis López Ballesteros y de Torres. Ellas remiten a las *Obras Completas* (*O. C.*), edición de Biblioteca Nueva, Madrid, 1948. (N. del E.)

su neurosis adulta hizo irrupción cuando se vio obligado "a perder su confianza en una predilección personal del destino". (O.C., II, p. 748).

Las personas importantes en los primeros años del Hombre de los Lobos fueron, como es de suponer, sus padres y su hermana, su querida aya (a quien, según me ha confiado, quería más que a sus padres), institutrices, tutores y sirvientes y algunos familiares. Las referencias a sus abuelos paternos y a los hijos de éstos ponen de manifiesto la patología familiar a la que hace referencia Freud y que constituye la mácula hereditaria por la cual se sentía afectado el Hombre de los Lobos. Sabemos que su padre sufría períodos de depresión grave durante los cuales necesitaba hospitalización, que aparte de esos períodos su "personalidad normal" era hipomaníaca y que tenía un diagnóstico de maníaco depresivo. Las circunstancias de su repentina muerte, a los cuarenta y nueve años, nunca se aclararon, aunque es posible que se haya debido a una dosis excesiva de veronal.

El hermano menor del padre, según la descripción de Freud, era un individuo de "vida extravagante, de cuyos detalles podía deducirse que padecía una grave neurosis obsesiva". El relato del Hombre de los Lobos corrobora tal excentricidad y menciona también síntomas paranoides. El diagnóstico de Korsakoff fue de paranoia. El probable suicidio de la abuela paterna y el posterior comportamiento "increíble" de su marido, que hace pensar en el del padre en Los hermanos Karamazov, *completan el cuadro de la desdichada herencia del Hombre de los Lobos.*

Muchos detalles de estos "Recuerdos", tales como la epidemia entre las 200.000 ovejas de la finca, se refieren a temas que nos son conocidos por el trabajo de Freud. Lo mismo vale para los raros contactos del niño con sus padres, salvo en lo que respecta a la cuidadosa atención de la madre cuando se hallaba enfermo, la enfermedad de la propia madre y el ardor religioso del muchachito y las dudas que lo torturaban. El Hombre de los Lobos no se propone aquí interpretar lo que describe, y no ha de sorprendernos que sus recuerdos difieran en algunos detalles de los hechos tal como Freud los interpreta. Esencialmente, estos "Recuerdos" son el fondo, pintado silenciosa y fielmente, para la dinámica acción psíquica de la Historia de una neurosis infantil *de Freud.*

M. G.

Soy un emigrado ruso de ochenta y tres años y fui uno de los primeros pacientes psicoanalíticos de Freud: el conocido como el Hombre de los Lobos. Heme aquí sentado, dispuesto a escribir mis recuerdos de infancia.

Nací en la Nochebuena de 1886,[1] de acuerdo con el calendario juliano que tenía vigencia en ese momento en Rusia,[2] en la finca que poseía mi padre sobre las riberas del Dniéper, al norte de la ciudad de Jerson. En toda la comarca circundante la finca era muy conocida, porque parte de nuestras tierras se usaba a modo de plaza de mercado donde solían celebrarse ferias. De pequeño, cierta vez tuve ocasión de atisbar una de esas ferias campesinas de Rusia. Mientras caminaba por nuestro jardín oí ruidos y gritos del otro lado del cerco. Al mirar por una hendidura, divisé fogatas —era en invierno— alrededor de las cuales se agrupaban gitanos y otras gentes extrañas. Los gitanos gesticulaban desaforadamente y todo el mundo gritaba al mismo tiempo. Había muchos caballos y era evidente que la gente discutía por el precio de los mismos. La escena me provocó una impresión de confusión indescriptible y pensé para mis adentros que lo que sucedía en el infierno debía de ser muy semejante a eso.

Mi padre vendió la finca cuando yo tenía alrededor de cinco años, de modo que todos mis recuerdos de aquel lugar son anteriores a esa edad. Según me contó mi Nania * (mi niñera), cuando apenas contaba unos meses estuve muy enfermo con una grave neumonía, y los médicos llegaron incluso a desahuciarme. En mi primera infancia también sufría de malaria y conservo el recuerdo de un ataque. Me acuerdo nebulosamente de que era verano y yo estaba tendido en el jardín, y por más que nada me doliera me sentía muy mal, supongo que debido a la fiebre alta.

[1] En Rusia, el 24 de diciembre, Nochebuena, es considerado "Navidad", lo que explica por qué en varios ejemplos de este volumen se hace referencia a la Navidad como el cumpleaños del Hombre de los Lobos. [Salvo indicación en contrario, todas las notas son de Muriel Gardiner. N. del E.]

[2] La fecha fue en realidad el 6 de enero de 1887, de acuerdo con el calendario gregoriano usado en todo el resto de Europa.

* La "Nania" —en el texto alemán de Freud, "Nanja"— es la "Chacha" de la traducción de López Ballesteros. (N. del E.)

También he oído decir que de bebe tenía el pelo de color rojizo Tiziano, pero después que me lo cortaron por primera vez se me puso castaño oscuro, cosa que mi madre lamentó profundamente. Durante toda su vida conservó un rizo del pelo cortado, color rojo Tiziano, como una especie de "reliquia".

Me han contado también que en la primera infancia fui un niño tranquilo y casi flemático, pero que mi carácter cambió por completo tras el arribo de la institutriz inglesa, Miss Oven. Aunque no estuvo con nosotros más que unos meses, me convertí en un niño muy nervioso e irritable, sujeto a graves pataletas y berrinches.

Poco después de la llegada de Miss Oven, mis padres partieron de viaje al extranjero, dejándonos a mi hermana Ana y a mí al cuidado de mi Nania y de Miss Oven. Ana era dos años y medio mayor que yo, y era evidente que a Miss Oven la habían tomado más por ella que por mí. Mis padres habían encargado a nuestra abuela materna, que lamentablemente no asumió su responsabilidad, que supervisara tanto a Miss Oven como a mi Nania. Por más que se daba cuenta de la perniciosa influencia que ejercía sobre mí la institutriz, mi abuela no se atrevió a despedirla y siguió esperando el regreso de mis padres, que se vio demorado una y otra vez. De tal modo Miss Oven, que o bien era una psicópata grave o se hallaba con frecuencia bajo la influencia del alcohol, siguió durante varios meses con sus maldades.

Es difícil saber exactamente lo que sucedió. Me acuerdo, y nuestra abuela lo confirmó, que entre mi Nania y yo por un lado y Miss Oven por el otro estallaban coléricas disputas. Es evidente que Miss Oven seguía molestándome y sabía cómo enfurecerme, lo que debe de haberle proporcionado una especie de satisfacción sádica.

Únicamente en invierno vivíamos en la finca donde yo nací. Nuestra casa de verano estaba situada en Tyerni, a algunos kilómetros de distancia, donde nos mudábamos todos los veranos, seguidos por nuestro equipaje en numerosos carruajes. La gran casa de campo de Tyerni estaba en medio de un bellísimo y añoso parque. Me acuerdo que solían llevarme un *pony* ensillado y me subían en él para llevarme a pasear. Pero esos paseos no me daban tanto placer como las ocasiones en que mi padre me ponía delante de él sobre su montura y salíamos a dar un trotecito. Eso

me hacía sentir como un adulto que montara un caballo "de veras".

A veces durante el verano también se hacían viajes entre la finca sobre el Dniéper y la casa de Tyerni. Mi primer recuerdo, perfectamente inocente, de Miss Oven, se relaciona con uno de tales viajes. Yo estaba sentado al lado de Miss Oven en un coche cerrado y ella se conducía muy amistosamente conmigo, procurando enseñarme algunas palabras inglesas, y repetía varias veces la palabra *boy*.

Además de ese primer recuerdo de una persona que tanto daño me hizo, puedo evocar otros incidentes. Nos habían dado unos caramelos largos que parecían bastoncillos y Miss Oven nos dijo que en realidad eran fragmentos de una serpiente cortada en pedazos. Hubo otro pequeño episodio en el cual la institutriz llevó la peor parte. Mientras hacíamos una excursión por el Dniéper en un botecito, a Miss Oven se le voló el sombrero, que fue a posarse sobre el agua como el nido de un pájaro, para gran contento mío y de mi Nania. También recuerdo haber estado caminando por el jardín con Miss Oven. Ella se nos adelantó, se levantó la parte de atrás de la falda y, meneándose hacia adelante y atrás, repitió: "Miren mi colita, miren mi colita".

Contrariamente a lo que me sucedía, Ana parecía llevarse bastante bien con Miss Oven y hasta parecía divertida cuando la institutriz me fastidiaba. Ana empezó a imitar a Miss Oven y a fastidiarme también. Una vez me dijo que iba a mostrarme una linda figura de una niña bonita. Yo estaba ansioso por verla, pero Ana la cubría con un trozo de papel. Cuando por fin retiró el papel, en vez de una niña bonita vi un lobo parado sobre las patas traseras y con las fauces abiertas, pronto a devorarse a Caperucita Roja. Empecé a chillar y tuve una verdadera pataleta. Es probable que la causa de mi estallido de rabia no haya sido tanto el miedo al lobo como mi decepción y mi cólera porque Ana se había burlado de mí.

Cuando era pequeña, Ana se conducía más bien como un muchacho travieso que como una niñita. Nunca jugó con muñecas, cosa que me sorprendía mucho. Se me ocurría la idea de que si yo hubiera sido una niña me habría encantado jugar con muñecas; como varón, me avergonzaba de hacerlo. Más tarde, mi juguete favorito eran los soldados de plomo, tal vez un sustituto de las muñecas.

La etapa de *Sturm und Drang* de Ana, como podríamos llamarla, no duró mucho tiempo. Cuando todavía estábamos en la primera finca se fue tranquilizando y poniéndose más seria y empezó a volcarse a la lectura. También cambió su comportamiento conmigo y empezó a jugar a la hermana mayor que le enseña a su hermanito. Por ejemplo, me enseñó la hora y me dijo que la tierra es en realidad una esfera. Para esa época yo había andado muchas veces en coche con mi padre a través de los campos y las estepas y con frecuencia había notado que el horizonte parecía formar un círculo que se extendía en todas direcciones. Pero ¿una esfera? Me parecía imposible, y más bien me imaginaba la tierra como un disco.

Una vez despedida Miss Oven tuvimos una nueva institutriz, Miss Elisabeth. Tenía alrededor de cuarenta años y era de tez bastante oscura. Por más que había nacido en Rusia, en realidad era búlgara; era una persona sencilla con quien mi Nania y yo nos entendíamos muy bien. Como el recuerdo de la guerra ruso-turca por la cual los búlgaros fueron liberados del yugo turco estaba todavía fresco, era frecuente que nos hablara de las atrocidades que los turcos habían cometido antes contra los búlgaros. No recuerdo otra cosa de Miss Elisabeth, salvo que fumaba cigarrillos durante casi todo el día.

Mi Nania era una campesina del período en que existía aún la servidumbre, un alma totalmente honesta y devota, con un corazón de oro. Se había casado en su juventud, pero su hijo se le había muerto siendo bebe, de modo que al parecer me había transferido todo su amor maternal.

En esa época, todo nuestro material de lectura consistía en traducciones rusas de los cuentos de hadas alemanes. Por las noches Miss Elisabeth solía leernos los *Cuentos de hadas* de Grimm, que a mi Nania y a mí nos emocionaban e interesaban muchísimo. Conocíamos las traducciones al ruso de Blancanieves, Cenicienta y otros cuentos. En realidad, no entiendo qué fue lo que le dió a Miss Elisabeth la idea de leernos *La cabaña del tío Tom*, ya que con sus horribles detalles de los malos tratos a que eran sometidos los negros no era, sin duda, lectura adecuada para niños. Algunas descripciones de los castigos que recibían los negros llegaban a quitarme el sueño.

Como mis padres viajaban con frecuencia, mi hermana y yo quedábamos mucho tiempo bajo la vigilancia de extraños, y aun

cuando estuvieran en casa, era poco el contacto que teníamos con mis padres. Recuerdo que mi padre me enseñó el alfabeto ruso y también a leer en ruso. Durante un tiempo solía venir a vernos todas las noches y jugaba con nosotros un juego que se llamaba "No te enojes, hombre". Se abría un tablero que era un mapa de la parte europea de Rusia y cada jugador tenía una figura de madera semejante a una pieza de ajedrez. Después se arrojaban los dados para determinar hasta dónde podía moverse cada uno y qué camino tenía que seguir en el mapa. El primero en llegar al término del viaje ganaba. Yo disfrutaba enormemente del juego, en parte quizá porque lo jugábamos con mi padre, a quien en esa época amaba y admiraba muchísimo. Desdichadamente, esas visitas nocturnas de mi padre no tardaron en terminarse, porque él ya no tenía tiempo para hacerlas. Cuando jugábamos con mi padre a ese juego, él solía contarnos muchas cosas de las ciudades y regiones indicadas en el mapa, de modo que después, cuando él ya no jugaba con nosotros, el juego no era tan interesante y divertido y finalmente lo abandonamos.

Mi madre era calma y tranquila por naturaleza y poseía lo que se llama "chispa". Ese don de ver el lado humorístico incluso en las situaciones desagradables y de no tomarse las cosas demasiado a la tremenda le fue de suma utilidad toda la vida para superar muchas dificultades y problemas.

Pese a la citada condición, como provenía de una familia bastante patriarcal y tenía poca inclinación a los estallidos sentimentales, a mi madre le resultaba un tanto difícil simpatizar con la naturaleza turbulenta de mi padre y las excentricidades de los hermanos de él, a quienes solía llamar en broma "los hermanos Karamazov". Si bien no padecía depresiones, en su juventud mi madre fue bastante hipocondríaca y se imaginaba que tenía diversas enfermedades de las que no sufría en absoluto. En realidad, vivió hasta la considerable edad de ochenta y siete años. A medida que envejecía, su hipocondría desapareció y, por más que perdió toda su fortuna, se sentía mucho mejor en la vejez que en su juventud. La hipocondría volvió a aparecer, aunque en forma mucho más atenuada, en los últimos años que precedieron a su muerte y durante los cuales estuvo todo el día confinada en su habitación.

Como de joven mi madre estaba muy preocupada por su salud, no le quedaba mucho tiempo para nosotros, pero si mi her-

mana o yo nos enfermábamos se convertía en una enfermera ejemplar. Se quedaba casi todo el tiempo con nosotros y vigilaba que nos tomaran con regularidad la temperatura y nos dieran los remedios en el momento indicado. Me acuerdo que, de chico, a veces deseaba estar enfermo para disfrutar del placer de que mi madre estuviera conmigo y me cuidara.

Ella fue además la que primero me enseñó algo de religión. Yo había encontrado un libro que tenía en la tapa la imagen del reformador checo Huss ardiendo en la pira y le pregunté a mi madre qué quería decir la figura. Ella aprovechó la pregunta para presentarme los dogmas más importantes de la religión cristiana. Me impresionó muchísimo todo lo referente a los padecimientos y la crucifixión de Cristo. Como mi Nania era muy devota y a veces me contaba historias de los santos y los mártires, poco a poco yo también me hice muy religioso y empecé a preocuparme por la doctrina cristiana. Pero no tardé en empezar a preguntarme por qué, si Dios era tan todopoderoso, había sido necesaria la crucifixión de Su hijo y por qué, pese a la omnipotencia de Dios, abundaba tanto el mal en el mundo. Procuré suprimir esas dudas, pero volvían una y otra vez. Yo me sentía de veras torturado, con la sensación de que esas dudas constituían un pecado terrible.

Tanto a mi hermana como a mí nos gustaba dibujar. Al principio acostumbrábamos dibujar árboles y a mí me parecía que la forma que tenía Ana de dibujar las hojitas redondas era especialmente atractiva e interesante. Sin embargo, como no quería imitarla, pronto dejé de dibujar árboles. Empecé a intentar hacer caballos, pero lamentablemente cada caballo que dibujaba se parecía más a un perro o a un lobo que a un caballo de veras. Con los seres humanos tuve más éxito y representaba, por ejemplo, un "borracho", "un avaro" y personajes similares. Cuando teníamos visitas y alguna de ellas me llamaba la atención por alguna peculiaridad, solía imitar sus gestos y repetir las palabras que me parecían raras o graciosas. Eso divertía a mis padres y los indujo a suponer que yo tenía algún talento de actor. Pero ninguna de esas cosas, sino algo muy diferente, fue lo que más despertó mi interés y me llamó la atención: se trataba de un pequeño acordeón que recibí cuando tenía unos cuatro años, probablemente como regalo de Navidad. Estaba literalmente enamorado de él y no podía entender por qué la gente necesitaba otros instrumentos musicales, como un piano o un violín, cuando el acordeón era tanto más hermoso.

Era en invierno, y al caer la noche a veces me iba a una habitación donde nadie me molestaba y donde creía que no iban a oírme y empezaba a improvisar. Me imaginaba un solitario paisaje invernal con un trineo tirado por un caballo que avanzaba penosamente entre la nieve, y trataba de sacar del acordeón los sonidos que armonizaran con el estado de ánimo que producía esa fantasía.

Por desdicha, mis intentos musicales terminaron pronto. En una ocasión sucedió que mi padre se hallaba en un cuarto contiguo y me oyó improvisar. Al día siguiente me llamó a su habitación, indicándome que llevara conmigo el acordeón. Al entrar oí que hablaba con un caballero desconocido sobre mis intentos de composición, que calificó de interesantes. Después me pidió que tocara lo que había estado tocando la noche anterior, cosa que me hizo sentir muy incómodo, ya que no era capaz de repetir mis improvisaciones "por encargo". Fracasé lamentablemente y mi padre, enojado, me hizo retirar. Después de tan penoso fracaso perdí todo interés en mi querido instrumento, lo dejé tirado en mi habitación y jamás volví a tocarlo. Con eso se destruyó toda mi relación con la música. Después a mi padre se le ocurrió la idea de que debía estudiar violín, lo que era lamentable porque precisamente ese instrumento me disgustaba de veras. El disgusto creció hasta convertirse en odio a medida que los chirridos que producía me atacaban los nervios; además, me cansaba de tener durante tanto tiempo el brazo izquierdo extendido. Naturalmente, como no practicaba en ausencia del profesor, mis progresos eran mínimos. Sin embargo, cada vez que mi padre le preguntaba al profesor de violín si valía la pena continuar con las lecciones, éste —que no quería perder sus honorarios— le contestaba que "ahora sería realmente una lástima" dejar. Tardé seis años en verme libre de esa ordalía, cuando finalmente mi padre se dio cuenta de que no tenía sentido seguir con las lecciones de música.

En nuestra finca no sólo obteníamos cosechas, sino que también criábamos gran cantidad de ovejas. Una vez sucedió algo que provocó el escándalo entre los especialistas de toda Rusia. De pronto estalló entre nuestras ovejas una peligrosa epidemia; se consideró aconsejable vacunar a los animales que todavía es-

taban sanos y fueron inoculadas alrededor de 200.000 ovejas. El resultado fue catastrófico: todas las ovejas inoculadas murieron porque se les había administrado un suero equivocado. La gente lo consideró un acto de venganza, no contra mi padre sino contra el médico que se había hecho cargo de las inoculaciones. Se ordenó una investigación que nunca prosperó y todo el asunto siguió siendo un misterio.

Cuando yo tenía cinco años nos mudamos a Odesa. En ese momento no se podía llegar por tren desde nuestra finca a Odesa. Había que tomar primero una pequeña embarcación y llegar por el Dniéper a Jerson, lo que insumía toda la noche. Después había que pasar un día y una noche en Jerson y a la mañana siguiente, temprano, seguir viaje a Odesa, esta vez en un barco más grande, capaz de resistir las posibles tormentas en el Mar Negro.

Hicimos el viaje a Odesa en verano, mientras vivíamos en Tyerni. Salimos de allí al anochecer, cuando ya estaba oscuro, y mientras partíamos se desencadenó una tormenta espantosa. Mi hermana y yo viajábamos en un coche cerrado mientras la tormenta rugía afuera y la lluvia martillaba el techo del carruaje. Las ráfagas de viento eran tan fuertes que los caballos apenas si podían avanzar, pero conseguimos llegar a horario al muelle. El viaje desde Tyerni al muelle fue mi última experiencia en el lugar donde había nacido.

Sólo después que estábamos viviendo en Odesa me enteré de que mi padre había vendido nuestra finca. Lloré y me sentí muy desdichado porque nuestra vida en la finca, donde nos encontrábamos tan próximos a la naturaleza, hubiera terminado, y por tener que acostumbrarme a una ciudad grande y extraña. Después supe por mi madre que tampoco mi padre tardó mucho en lamentarse por la venta, ya que pocos años más tarde la que había sido nuestra finca se transformó en una ciudad. Se dice que el hecho de reconocer que había cometido un error precipitó el primer ataque de melancolía de mi padre.

Mi padre compró una quinta en Odesa, frente al parque municipal que se extendía hasta la cosa del Mar Negro. La casa había sido construida por un arquitecto italiano en el estilo del renacimiento italiano. Casi al mismo tiempo adquirió también una gran finca en Rusia meridional. Ambas, la quinta y la finca, se las entregó a mi madre.

Unos años más tarde mi padre compró una segunda finca en Rusia Blanca, de más de 50.000 hectáreas, que bordeaba el río Pripet, tributario del Dniéper. Por más que Rusia Blanca quedara en la parte occidental de Rusia, en la zona limítrofe con Polonia y Lituania, en esa época era una región muy atrasada, especialmente si se la comparaba con Rusia meridional. Prístinos bosques, estanques, lagos grandes y pequeños y muchos pantanos producían la impresión de un fragmento de naturaleza todavía no hollada por el hombre. En los bosques había lobos. Varias veces cada verano los campesinos de las aldeas cercanas organizaban cacerías de lobos, que terminaban siempre con una noche de fiesta que financiaba mi padre. Aparecían los músicos de la aldea y muchachas y muchachos bailaban las danzas nativas. Durante mis años de escuela secundaria pasaba parte de las vacaciones de verano en esa finca de Rusia Blanca y me sentía transportado a un pasado de centenares de años atrás. Era el lugar perfecto para recuperarse de lo que Freud llamaba "el malestar en la cultura". Mi padre vendió la finca en 1905.

Tanto mi padre como mi madre tenían muchos hermanos y hermanas, pero la mayoría de ellos habían muerto en la infancia o en la juventud. Dos hermanas y dos hermanos de mi madre vivían aún, y también tres hermanos de mi padre.

El hermano mayor de mi madre, Alexis, era un hombre enfermizo cuyo primer matrimonio fracasó y terminó en divorcio. Se casó entonces con una mujer polaca, de quien tuvo dos hijos varones; el segundo matrimonio fue muy feliz. Tío Alexis era un hombre silencioso y modesto que se ocupaba concienzudamente de su finca y jugaba al ajedrez, su entretenimiento preferido, cosa que hacía de manera totalmente científica, por así decirlo. Después tendré ocasión de hablar del hermano menor y más enérgico de mi madre, Basil.

El mayor de los tres hermanos de mi padre se llamaba Epifanes, pero mi hermana y yo lo llamábamos tío Pinia. Sólo llegamos a conocer a tío Pinia y a sus hijos después de habernos mudado a Odesa. Los otros dos hermanos de mi padre, Nicolás y Pedro, nos habían visitado de vez en cuando en la finca.

Los tres hermanos de mi padre tenían caracteres completamente diferentes. Al mayor, Epifanes, se lo consideraba inteligente y bien educado, pero era bastante flemático. Se había graduado en matemáticas en la Universidad de Odesa, pero una vez

hecho esto dedicó su tiempo a cuidar sus tierras, sin ambición alguna de lograr algo especial en la vida pública. Mi padre me contó que con quien se sentía más próximo era con tío Pinia, pero más adelante, cuando mi tío se fue de Odesa y se estableció en Moscú, perdimos contacto con él.

Mi tío favorito fue siempre tío Pedro, el menor de los cuatro hermanos. Me sentía enormemente feliz cada vez que me enteraba de que iba a venir a visitarnos. Solía venir conmigo o llevarme a su habitación y jugaba conmigo como si tuviera mi misma edad. Inventaba toda clase de tretas y bromas que me encantaban y me parecían divertidísimas.

En opinión de mi madre, tío Pedro había sido siempre "un par de castañuelas", de disposición continuamente jovial y alegre y, por lo mismo, siempre bien venido en toda clase de fiestas y reuniones sociales. Terminado el secundario estudió en la Academia Petrovsky de Moscú, en esa época una famosa Escuela de Agricultura. Sociable como era, el tío Pedro se hizo de muchos amigos en la escuela y solía invitarlos a nuestra finca durante el verano. Mi madre me ha contado que en una ocasión vino con el joven príncipe Trubezkoi —¿o sería el príncipe Obolenski?; no recuerdo bien— y que éste quería casarse con Eugenia, la hermana menor de mi madre y la más bonita de las tres. Sin embargo, ella declinó la propuesta y se casó con otro colega de tío Pedro, perteneciente a una antigua familia de la nobleza lituana.

De manera bastante extraña, tío Pedro, siempre tan jovial, empezó a mostrar signos del comportamiento más peculiar y a expresarse en forma no menos rara. Al principio a sus hermanos les pareció simplemente que la cosa era divertida, pues no se tomaron en serio el cambio de conducta y lo consideraron como un capricho inofensivo. Pero no tardaron en advertir, ellos también, que se trataba de un asunto grave. Consultaron al famoso psiquiatra ruso Korsakoff, quien lamentablemente diagnosticó el comienzo de una auténtica paranoia, de modo que tío Pedro fue internado en una institución. Sin embargo, como tenía una gran finca en Crimea, sus hermanos arreglaron finalmente las cosas para llevarlo allí, donde vivió durante muchos años la vida de un ermitaño. Por más que hubiera estudiado agricultura, después tío Pedro quiso dedicarse exclusivamente a la investigación histórica. Como es natural, todos sus planes quedaron en nada por obra de sus delirios de persecución.

Como mi padre era un hombre muy bien educado e intelectualmente despierto, que poseía además extraordinario talento para la organización, es justo decir que él y los dos hermanos de quienes he hablado eran personas de inteligencia superior. Por su parte, tío Nicolás no manifestaba dones especiales y parecía tener una inteligencia promedio. Sin embargo, poseía en alto grado las llamadas "virtudes de la clase media", tales como la confiabilidad, el sentido del deber y la modestia. Emprendió primero la carrera militar y llegó a oficial, pero después dejó el servicio militar y se estableció con su gran familia en la pequeña ciudad de Jerson, donde llegó a ser uno de los hombres más respetados. Elegido miembro de la Duma (el Parlamento ruso antes de la Revolución de 1917), formó parte de varias comisiones pero no desempeñó ningún papel político especial.

Mi abuelo paterno murió aproximadamente un año antes de que yo naciera; su mujer, Irina Petrovna, había muerto muchos años antes. Me han contado que era alta y de fuerte contextura, pero no hermosa, a juzgar por sus fotografías y retratos. Por otra parte, mi abuelo era hombre apuesto y de rasgos regulares. He oído decir que Irina Petrovna era una mujer muy inteligente y que tuvo gran influencia sobre su marido. Se decía que después de la muerte de ella mi abuelo se vino abajo y se dio a la bebida. El episodio que voy a relatar demuestra que realmente se vino abajo.

Cuando tío Nicolás decidió casarse, a mi abuelo se le ocurrió la increíble idea de competir con él y quedarse con la novia que Nicolás había elegido. ¡La joven no debía casarse con tío Nicolás, sino con el padre de éste! Se planteó así realmente una situación similar a la de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski. Sin embargo —como en la novela de Dostoievski— la novia elegida prefirió el hijo al padre y se casó con tío Nicolás, por lo que su padre se enojó mucho y lo desheredó. A la muerte de mi abuelo, cada uno de los otros tres hermanos cedió a tío Nicolás una parte de su herencia, de manera que éste, a pesar de haber sido desheredado, siguió siendo hombre adinerado, aunque no tan rico como sus hermanos. Pese a su mala suerte, creo que la vida de tío Nicolás fue la más armoniosa, porque era el más equilibrado y normal de los cuatro hermanos.

En su momento, mi abuelo fue uno de los terratenientes más ricos de Rusia meridional. Había comprado gran cantidad de tierra que por el momento no se cultivaba y era por consiguiente muy barata. Pero cuando la tierra empezó a producir, los precios subieron sin demora. Era la misma región que, en virtud de la gran fertilidad de su suelo, era conocida como el granero de Rusia. Mi madre contaba que la iniciativa de comprar y administrar todas esas tierras no fue tomada por mi abuelo sino por su mujer, Irina Petrovna, que era muy sagaz para los negocios. Aparentemente, hasta donde sus hijos eran intelectualmente superiores, a ella le debían esa herencia y no a su padre. Pero esos dones eran una medalla que tenía también su reverso: me refiero a las anormalidades emocionales y a las enfermedades de los descendientes.

Irina Petrovna tuvo muchos hijos, pero durante largo tiempo sólo fueron varones. Su más caro deseo era tener una hija. Por fin nació una niña, a quien su madre llamó Liuba, una criatura muy bella y encantadora que, desgraciadamente, murió de fiebre escarlatina cuando tenía apenas ocho o nueve años. Como Irina Petrovna había adorado a Liuba con un amor verdaderamente tremendo, a la muerte de la niña se deprimió y perdió todo interés en la vida. Creo que mi abuela no pudo superar el hecho de que el destino hubiera sido tan generoso con ella como para satisfacer completamente su deseo, pero después de la muerte de su hija hubiera vuelto a concederle únicamente hijos y nunca otra niña. La muerte de Irina Petrovna no se aclaró jamás. Se dice que tomó una dosis excesiva de alguna medicina peligrosa, pero nadie supo si era accidental o intencional. En todo caso mi madre creía que se trataba de lo último.

Poco tiempo después de habernos mudado a Odesa tuvimos una nueva institutriz, francesa esta vez. En realidad era suiza, de Ginebra, pero ella no se sentía suiza y se consideraba más bien una francesa verdadera, de sentimientos acentuadamente patrióticos. Era estrictamente católica y muy conservadora. Como la mayor parte de las solteronas de cierta edad, tendía a ser dominante. Como vivía con nosotros, Ana y yo pasábamos casi todo el día bajo su influencia. Por las noches "Mademoiselle" —así la llamábamos y así se referían todos a ella— solía leernos libros franceses para niños.

En su juventud, Mademoiselle había venido a la zona rusa de Polonia a trabajar como institutriz con algunas de las familias más distiguidas. Había estado con los condes Potozky, Samoisky, Minischek y otros. (El conde Minischek descendía de la familia del "Falso Dimitri", el impostor que sucedió a Boris Godunov en 1605.[3] Para Mademoiselle, el principal objeto de la educación era que sus alumnos aprendieran etiqueta y buenos modales. Como había vivido muchísimos años con familias polacas, hablaba una mezcla de palabras rusas y polacas mutiladas, que sin embargo le alcanzaban para hacerse entender por los que la rodeaban. Claro que Mademoiselle también nos enseñaba francés. Solía empezar a explicarnos algo, saltaba de un tema a otro y después empezaba a recordar interminablemente los días de su juventud.

Uno de los primeros libros que Mademoiselle nos leyó en voz alta era *Don Quijote*, de Cervantes, como es de suponer, en una edición adaptada para niños. El libro me impresionó tremendamente, pero me dio más dolor que alegría, pues no podía aceptar la idea de que Don Quijote, tan caro a mi corazón, estuviera loco. Tenía la sensación de que sólo podría reconciliarme con eso si Don Quijote, por lo menos antes de morir, reconocía su locura. Cuando me dieron seguridad de que así era y me mostraron, en la última página del libro, la lámina en que un sacerdote católico recibe la confesión de Don Quijote, me tranquilicé, pues me dije que un sacerdote no podría recibir la confesión de un loco.

Después empezaron las biografías, adaptadas para niños, de los grandes hombres de Francia. Había incluso un autor que se atrevió a escribir sobre la niñez de Carlos el Grande, a quien los franceses veneran como Carlomagno. Ese libro también me gustó mucho; me impresionaban especialmente los misterios que rodeaban el nacimiento de Carlomagno y los tres espíritus benévolos que le confirieron desde la cuna todos los dones y talentos posibles. Quizá pensaba también en mí mismo y en el hecho de que había nacido en fecha tan memorable como la Nochebuena. Mademoiselle también estaba suscripta a una revista francesa, el *Journal de la Jeunesse*, de la cual nos leía historias muy románticas que me excitaban enormemente la imaginación... tal vez demasiado.

[3] Comunicación verbal del Hombre de los Lobos.

Mi hermana Ana no tardó en reconocer la tendencia de Mademoiselle a la dominación y se las arregló con mucha habilidad para eludir su influencia excesiva. Mademoiselle no usó esta actitud en contra de Ana, pero la compensó prestándome más atención a mí que a mi hermana, cosa que de ningún modo me gustaba. Planteadas así las cosas, Mademoiselle me favorecía naturalmente más que a mi hermana, lo que se hacía evidente en observaciones del tipo de *Sergé a le jugement juste.*

Creo que las novelas que Mademoiselle nos leía en alta voz pusieron los cimientos de mi disposición de ánimo "romántica" o por lo menos la reforzaron. Tal "romanticismo" de mi parte encontró expresión posteriormente en la pintura paisajista. En todo caso, es innegable la influencia que Mademoiselle ejerció sobre mí. Recuerdo, por ejemplo, que en esa época se me ocurrió la idea de que la fe católica debía estar más cerca de la verdad que la ortodoxa, ya que Cristo había dicho que Pedro era la piedra sobre la cual Él levantaría la religión cristiana.

Ahora me adelantaré en el tiempo para relatar un episodio que sucedió varios años más tarde y que es muy característico de ese período. Para carnaval, Ana y yo fuimos invitados a una fiesta infantil de disfraz, en la cual Ana planeaba presentarse vestida de varón. No recuerdo qué edad tenía Ana en ese momento; en todo caso, la suficiente para que a Mademoiselle le preocupara la buena reputación de su discípula como señorita. Tal vez esperara también aprovechar esa oportunidad para recuperar la perdida influencia sobre Ana. La discusión sobre el disfraz de Ana se produjo un día a la hora del almuerzo. Mi padre pensaba que no había razón para que Ana no usara ropa de varón en la fiesta. Mademoiselle, por su parte, sostenía que no era decoroso que *une jeune fille comme il faut* se presentara en público con pantalones. De tal modo se planteó una vehemente discusión entre mi padre y Mademoiselle, quien llegó a declarar con voz resuelta que, por más que mi padre hubiera dado su autorización, ella, en su condición de institutriz de Ana, le prohibía que fuera a la fiesta vestida de varón. En esa ocasión Mademoiselle se excedió demasiado y por consiguiente recibió una severa reprimenda de mi padre. Se levantó llorando de la mesa y se retiró a su habitación. Ana y yo corrimos tras ella, intentando consolarla, pero Mademoiselle declaró que después de los insultos que había recibido de mi padre no podría quedarse más en casa. Sin embargo, finalmente todo resultó ser una tormenta en un vaso de agua. Mademoiselle se tranquilizó y no tardó en volver a referirse a mi padre usando expresiones como *Monsieur est si délicat*, que causaban no poco asombro a mi madre.

Cuando Mademoiselle dejó de ser nuestra institutriz, siguió viviendo en el piso bajo de nuestra casa quinta, como pensionista, por así decirlo, hasta su muerte. De vez en cuando la visitábamos y la encontrábamos siempre del mejor ánimo. Nunca daba la sensación de sentirse desdichada o sola, ya que siempre estaba ocupada con pequeñas cosas a las que dedicaba toda su atención. Recuerdo que una vez era una encarnizada guerra con las hormigas que, sin que nadie supiera el motivo, habían invadido repentinamente su habitación.

Mi Nania también terminó sus días como pensionista en nuestra finca de Rusia meridional. Durante sus últimos años de vida se puso senil. Parecía que el tiempo se hubiera detenido para ella y, por más que yo era ya hombre adulto, seguía considerándome como un muchachito. Tanto Mademoiselle como mi Nania llegaron a ser muy ancianas.

Cuando yo tenía siete años me pusieron un preceptor. Como es natural, sentí gran curiosidad por su aspecto; me lo imaginé como un señor de edad, serio y barbudo, como se usaba entonces. Contrariamente a mis expectativas, apareció un hombre más bien joven, bastante por debajo de la cuarentena, afeitado, de rasgos netos y nariz aquilina. Como era corto de vista, usaba anteojos.

A diferencia de Mademoiselle, que era religiosa, Alexander Jakovlovitch Dick era un hombre totalmente mundano. De disposición alegre y campechana, encontraba siempre el lado agradable o divertido de la vida. Naturalmente, era maestro en la invención de juegos y entretenimientos. Como lo indica su apellido, A. J. Dick era de ascendencia holandesa, pero como había nacido en Rusia y su madre era rusa, hablaba el ruso con la misma perfección que el alemán y el francés. Tenía que enseñarle alemán a Ana, pero conmigo hablaba francés.

Yo tenía la impresión de que A. J. no se tomaba nada en serio y que tenía, por lo tanto, la tendencia a convertir todo en ridículo o grotesco. A Mademoiselle, de quien él se burlaba con-

siderándola una solterona, no le gustaba para nada esa característica y le devolvía atenciones diciendo que no era preceptor sino un payaso.

A. J. era sin duda una persona muy dotada. Tocaba espléndidamente el piano y también —por lo menos eso decía él— varios otros instrumentos musicales. También pintaba, y en nuestra habitación habíamos colgado uno de sus cuadros. Probablemente era una copia; representaba un barco, con Venecia como fondo. Sin embargo, jamás vi otro cuadro pintado por él.

El material de lectura que nos proporcionó A. J. empezó con la traducción al ruso de *Max und Moritz*,° de Wilhelm Busch. Después nos leyó *Los hijos del Capitán Grant*, de Julio Verne, que me impresionó muchísimo.

A. J. convirtió una de las habitaciones de la casa quinta en un verdadero gimnasio. También encargó un verdadero banco de carpintero, sobre el cual construíamos pequeños barcos. Sabía atornillar las delgadas láminas de madera con tanto arte que cualquier taller podría haberse enorgullecido de los barcos que él hacía. Era un trabajo tan complicado que era más el tiempo que yo pasaba mirando a A. J. que el que yo mismo trabajaba. Se trataba de una ocupación que le daba, sin duda, gran placer. Probablemente el gusto por la construcción de barcos le venía de su herencia holandesa.

A. J. era soltero y había corrido mucho mundo. Antes de venir a nuestra casa había hecho un viaje a la India y al Lejano Oriente, y había traído consigo varias curiosidades. Nos describía su hogar como si fuera un pequeño museo. Claro que Ana y yo estábamos muy ansiosos por ver todas esas cosas raras provenientes de tierras lejanas. A. J. satisfizo nuestro deseo y nos invitó a ir de visita a su casa, donde vimos una caja con tapa de vidrio, que contenía grandes mariposas de clases que no existen en nuestra parte de Rusia. Había también muchas otras cosas exóticas que nos parecieron de lo más interesantes.

A. J. nunca nos reveló en qué condición había emprendido esos viajes, ni tampoco nos contó nada de su juventud ni de sus

° Se trata de la famosa tira cómica alemana que cuenta la historia de dos niños díscolos y haraganes, adictos a la broma cruel, siempre castigados. La historieta, ya famosa a fines del siglo XIX, traducida a varios idiomas, inspiraría a Rudolph Kirds, el autor de *The Katzenjammer Kids*, conocida en la Argentina bajo el título de *El capitán y sus sobrinos* (N. del T.).

padres. Si durante el desayuno se manchaba el traje, era frecuente que comentara: *Je suis un saligaud comme mon père.* y eso fue todo lo que llegamos a saber de su padre.

La primera vez que A. J. fue a nuestra finca en Rusia meridional y anduvimos con él por el parque, descubrió inmediatamente cuál era el lugar adecuado para poner un juego de croquet, que por entonces era muy popular, de manera que se encargó un equipo y se pusieron los arcos.

Algunos años más tarde A. J. desapareció de la vista tan repentinamente como había aparecido. Nunca supe si lo habían despedido o si él mismo anunció que se iba.

Más tarde un austríaco, Herr Riedel, pasó varios veranos sucesivos con nosotros en la finca de Rusia meridional. Soltero como A. J., tenía algo más de cuarenta años, ojillos grises, la nariz bastante carnosa y usaba barba en punta. Herr Riedel no era mi preceptor, pero como yo pasaba casi todo el día con él no tardé en hablar corrientemente el alemán. Era hombre muy bien educado y serio y, por más que pasara ya la cuarentena, tenía la esperanza de terminar el profesorado en historia en la Universidad de Viena. Me trataba como si yo fuera un camarada más joven y los dos nos entendíamos muy bien. Para él, la mayor virtud era el dominio de sí. Desde el punto de vista político sus ideas eran bastante radicales, aunque en buena medida teóricas.

Un día, mientras Herr Riedel, mi hermana y yo caminábamos por el campo, Herr Riedel intentó explicarle a Ana los principios de la filosofía de Kant. También al día siguiente, mientras los tres dábamos un paseo, empezó a hablar de religión, y como era ateo, criticó ásperamente la fe cristiana. Yo correteaba cerca de Ana y de Herr Riedel y sólo a ratos escuchaba lo que él le decía a mi hermana. Pero como expresaba las mismas dudas que tanto me habían preocupado durante mi niñez, eso me impresionó muchísimo. Admití inconscientemente, por decirlo así, todo lo que Herr Riedel decía de la religión, y para mi propio asombro descubrí que mi fe había desaparecido. No se trataba de que me hubiera convertido en adversario de la religión; podríamos decir que, simplemente, la archivé. Como no se podía demostrar ni una cosa ni la otra, era cuestión de dejar que el individuo decidiera si quería creer o no. Ese punto de vista me sirvió de alivio y en lo sucesivo ya no volví a reprocharme mis dudas anteriores.

Sin embargo, siempre me ha resultado enigmático el hecho de haber descartado mi religión tan fácilmente y sin esfuerzo alguno de mi parte. La cuestión es saber qué fue lo que vino a llenar el vacío que así se creaba. Tal vez transferí al dominio de la literatura parte de mis anteriores sentimientos religiosos, porque entonces, más o menos a los trece años, empecé a leer con apasionado interés las novelas de Tolstoi, Dostoievski y Turguenev. Veneraba casi como si fueran santos a esos escritores y también a los mayores poetas rusos, a Pushkin y sobre todo a Lermontov. Es posible que más adelante mi sentimiento religioso se haya transferido a la pintura y que el goce que me provocan la belleza y la armonía de la naturaleza también se relacione con la religión. Pero también es verdad que las dudas y autoacusaciones que padezco durante mis depresiones me traen el recuerdo de mis dudas y reproches religiosos. Tal vez haya sido un error tomar demasiado a la ligera la pérdida de mi religión, lo que provocó un vacío que sólo se llenó parcialmente y de manera inadecuada.

La última estadía de Herr Riedel en nuestra finca tuvo el más inesperado de los finales. Era evidente que el precoz desarrollo intelectual de Ana lo había impresionado mucho, y por más que mi hermana apenas tenía quince años, o dieciséis cuando más, se enamoró de ella. Ése fue el final de su tan alabado dominio de sí. Sensato como era, debió haber sabido desde el principio que su amor por Ana era algo totalmente sin esperanza. Es verdad que Ana apreciaba su erudición y el resto de sus dotes intelectuales, pero eso no tenía absolutamente nada que ver con el amor. Pese a ello, Herr Riedel le declaró su amor a Ana, lo que, como es natural, terminó de manera muy triste para él. En lo sucesivo no lo invitaron más a nuestra finca. El profesor Freud se ocupa en mi historia clínica de la influencia que tuvo Herr Riedel en mi actitud hacia la religión.[4] y también de mi identificación con Lermontov.[5]

[4] El 12 de enero de 1963 el Hombre de los Lobos me escribió en una carta: "Como el profesor Freud expresa muy correctamente en mi historia clínica, mi piedad llegó a su fin con la aparición de nuestro preceptor alemán, en forma tan completa que desde los diez años jamás volvieron a preocuparme las cuestiones religiosas."

[5] El 5 de mayo de 1970, después que el Hombre de los Lobos hubo terminado este capítulo de sus *Memorias*, me escribió que había recordado algo más que quería contarme, "no para que lo incluya usted en los *Recuerdos de mi infancia*, porque no tiene cabida allí, sino simplemente porque me parece interesante en sí mismo... En 1906, cuando estudiaba en la Universidad de San Petersburgo, fui a una fiesta estudiantil y me senté a una mesa con varios otros estudiantes. Jamás había pensado que tuviera algún parecido físico con Lermontov; tal vez algo en los ojos. Ahora bien, un estudiante a quien yo no conocía para nada me miraba atentamente y después le dijo a otro: 'Mira a nuestro compañero. ¡Qué parecido tan extraordinario e increíble tiene con Lermontov! Es sorprendente que pueda existir tal semejanza, la misma cara, esos ojos...'

Los otros estudiantes permanecieron en silencio y tampoco yo dije nada. Después de un rato el mismo estudiante empezó de nuevo a hablar de ese 'parecido fenomenal', otra vez sin que nadie reaccionara. Como en realidad tal semejanza no existía, parece que el estudiante hubiera adivinado de alguna manera misteriosa mi identificación con Lermontov." De esto y de la visita que hizo el Hombre de los Lobos al lugar donde murió Lermontov (que se relata en el capítulo siguiente), resulta claro que el gran poeta muerto en un duelo y por quien tanta pena sintió el Hombre de los Lobos no era Pushkin sino Lermontov.

Para esa época, los años de mi niñez habían quedado atrás y yo entraba ya en la adolescencia.

El duelo inconsciente 1905-1908

Pasé en el extranjero el invierno de 1905-1906. Una vez que aprobé los exámenes de ingreso a la universidad en la primavera de 1905, mi madre, mi hermana Ana y yo fuimos a Berlín. Nos acompañaron en ese viaje la hermana menor de mi madre, tía Eugenia y la acompañante de mi hermana, una mujer de edad, soltera, de origen alemán.

Tanto mi madre y mi hermana como la acompañante de ésta pasaron todo el invierno en un sanatorio en las inmediaciones de Berlín, pero yo dediqué nuestra larga permanencia en el extranjero a dos viajes interesantes. En el otoño de 1905 fui a Italia, y en el siguiente mes de febrero estuve en París y en Londres en compañía de mi primo Gregorio, que durante ese tiempo había venido de Rusia para reunirse con nosotros en Berlín. En mayo del mismo año volví a Rusia vía Berlín, con la intención de pasar el verano en nuestra finca en el sur de Rusia.

Poco tiempo después mi madre y mi hermana, junto con las otras dos señoras, salieron de Alemania para ir primero a Milán, residencia desde hacía quince años de Basil, el hermano menor de mi madre, y después a Liorna, sobre el Mediterráneo.

En julio hice una visita a la familia de mi tío, el hermano mayor de mi madre, para lo cual viajé hasta su finca, distante unos cuarenta kilómetros de la nuestra. Allí tuve la agradable sorpresa de conocer a una muchacha que me atrajo a primera vista y que resultó ser sobrina de la mujer de mi tío; una joven polaca que había ido a visitar a su tía.

Marta, que así se llamaba la muchacha, me pareció bonita y llena de encanto con su pelo rubio, sus ojos azules y sus mejillas sonrosadas; como también me atraía su naturaleza alegre y desenvuelta, en dos días me enamoré de ella. El comportamiento de Marta me hizo entender que el vínculo no era unilateral y que ella retribuía mis sentimientos. Nuestra tía no podía menos que advertir mi apasionamiento y me di cuenta de que procuraba por todos los medios estimular nuestra recíproca atracción. No sé cómo habría terminado todo si los trágicos acontecimientos que sucedieron en mi familia no hubieran puesto repentinamente término al romance.

Mi madre se quedó bastante más tiempo en Italia, en tanto que Ana y su acompañante regresaron a Rusia a mediados de agosto. Después de una breve estadía en casa, Ana siguió viaje al Cáucaso, a la finca de Xenia, la mayor de las hermanas de mi madre. Durante las dos semanas que Ana pasó conmigo en nuestra finca no observé nada de extraordinario en su comportamiento. Sin embargo, me pareció raro que me sugiriera que la acompañara al Cáucaso, aunque sabía que me había anotado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Odesa y que las clases estaban a punto de comenzar. Cuando se lo mencioné a Ana, no insistió, pero hizo que le prometiera escribirle una carta una semana después de su partida. Eso también me pareció un poco raro, pero no le atribuí ninguna significación especial al pedido.

Fui a despedir a Ana a la embarcación que había de llevarlas, a ella y a su acompañante, a Novorossiisk, en el Cáucaso septentrional. En esa ocasión nos despedimos de manera especialmente cálida, y mientras el vapor se alejaba del muelle Ana se quedó en la popa, saludándome con la mano hasta que la perdí de vista. Yo permanecí un rato más en el muelle, mirando el barco mientras salía del puerto y se dirigía hacia el mar abierto.

Exactamente una semana después de la partida de Ana le escribí la carta que le había prometido. Dos o tres semanas más tarde recibimos la noticia de que Ana se había enfermado gravemente y muy pronto nos llegó la de su muerte.

Más tarde nos enteramos de que mi hermana había tomado veneno. Después de hacerlo había pasado dos días sufriendo agudos dolores, pese a lo cual no contó a nadie lo que había hecho. Únicamente cuando el dolor se le hizo insoportable llamó a un

médico y, cuando éste llegó, le mostró la botellita que había contenido mercurio y que tenía adherida la etiqueta de advertencia con la calavera. Aparentemente, la botellita provenía del laboratorio que Ana había montado en casa para sus estudios de ciencias naturales. Sin embargo, después de haber intentado suicidarse quiso seguir viviendo. Es evidente que hay casos en los que uno tiene que encontrarse con la muerte frente a frente para recuperar el interés en la vida y el deseo de vivir. En un primer momento pareció que los médicos habían conseguido salvar a Ana, e incluso se dijo que estaba fuera de peligro, pero dos semanas después una falla cardíaca le causó la muerte.

Mi hermana iba a ser enterrada en la tumba de nuestra familia, en el llamado Cementerio Viejo de Odesa. Como en esa época mi madre seguía en el extranjero y mi padre deseaba enviarle la trágica noticia de la muerte de Ana por medio de un mensajero personal —cosa que no era posible hasta después del funeral—, los únicos miembros del círculo familiar más íntimo que estuvimos presentes fuimos mi padre y yo. Cuando los dos llegamos al muelle para recibir el ataúd que contenía los despojos mortales de Ana y llevarlos del barco al Cementerio Viejo, muchos allegados nuestros ya se habían hecho presentes. En el muelle se había reunido también una multitud bastante grande de curiosos y mirones.

Parecía que mi sentir y mis pensamientos estuvieran paralizados. Todo lo que sucedía ante mis ojos se me hacía irreal; todo parecía un mal sueño.

El Cementerio Viejo estaba en el lado opuesto de la ciudad. De acuerdo con los ritos ortodoxos, los sacerdotes que acompañaban la procesión fúnebre se detenían a cada cambio de dirección, es decir, cada vez que el cortejo tomaba por una calle diferente, para recitar innumerables plegarias. De tal modo fueron necesarias varias horas para llegar al cementerio. En el momento mismo en que bajaban el ataúd a la tumba, el sol, que ya estaba próximo al horizonte, desapareció mientras sus últimos rayos atravesaban el follaje, inundando de luz el brillante féretro metálico.

Cuando éramos niños, se había dicho que Ana debía de haber nacido varón y no niña. Tenía gran fuerza de voluntad y un fuerte sentido del orden, y siempre consiguió eludir la influencia y la autoridad de sus institutrices. A medida que crecía, empezaron a aparecer en ella sus rasgos femeninos, con los que al

parecer no pudo manejarse y que se convirtieron en complejos de inferioridad patológicos. Estaba fascinada por el ideal clásico de belleza, con el cual se comparaba. Imaginaba que carecía de todo encanto femenino, lo que no era verdad en modo alguno, y que si un hombre hubiera de casarse con ella lo haría únicamente por su dinero, ya que, entre otras cosas, Ana sentía que no era atractiva para nadie.

Podría decirse que la tragedia de Ana, pese a sus dotes intelectuales, consistía en su intento de suprimir su naturaleza femenina y en el hecho de haber fracasado en tal intento. Como es de suponer, no me refiero a actos conscientes sino a un mecanismo que permanecía totalmente oculto para su parte consciente.

Mi padre había estado muy orgulloso de Ana y la había amado tiernamente; sin duda, si ella los hubiera expresado, él habría cumplido uno a uno sus deseos. El hecho de que ella se suicidara demostró que estaba tan alejada de mi padre como de todos los demás, y es evidente que él sintió que había fracasado. La pérdida le resultó muy dolorosa, pero no pude dejar de sentir que él estaba también herido y desilusionado por lo que había hecho Ana.

Ahora, después de la muerte de Ana, mi padre, que antes apenas si se había fijado en mí —o por lo menos así me parecía— cambió radicalmente de actitud. Demostraba el más intenso interés en todo lo que yo hacía o planeaba hacer y quería ser mi consejero y mi protector de todas las maneras posibles. Se veía muy bien que me había transferido los sentimientos que experimentaba hacia Ana y que ahora se preocupaba hondamente por mí. Por más que antes yo hubiera ansiado lograr un mejor entendimiento con mi padre, ese cambio, que evidentemente a él le sirvió de mucho en su pena por la muerte de Ana —en especial porque antes él la había preferido a ella— me dejó a mí completamente frío e incluso me deprimió más.

Mi madre reaccionó ante ese trágico suceso en forma totalmente diferente a mi padre. Dispuso que se rezaran innumerables misas y todos los días iba al cementerio a pasar muchas horas en la tumba de Ana. Es bien conocida la tendencia de hacerse toda clase de autorreproches después de la muerte de un familiar cercano, y mucho más, por cierto, si se trata de un suicidio. Evidentemente, tal era el caso de mi madre. Las ideas con que se

atormentaba afectaron también su relación conmigo, y yo no pude dejar de sentir que después de la muerte de Ana la actitud de mi madre hacia mí se hizo mucho más fría que nunca y que incluso procuraba evitarme. Anteriormente, yo había tenido la sensación de que estaba más próximo a mi madre que Ana.

Después de la muerte de Ana, con quien yo había tenido una relación muy profunda, personal e íntima, y a quien siempre había considerado mi única camarada, caí en la depresión más profunda. La agonía psíquica que padecía alcanzaba con frecuencia la intensidad de un dolor físico. En tal estado era incapaz de interesarme por nada. Todo me repelía y continuamente me acosaban ideas de suicidio que, sin embargo, no tenía el coraje de llevar a la práctica.

Intenté combatir esa situación y de vez en cuando me obligué a concurrir a las clases de la universidad, pero apenas si podía escuchar lo que se decía. Mis contactos con otras personas se redujeron al mínimo. Unas pocas veces por semana salía a caminar por la ciudad con un antiguo compañero de escuela que estudiaba medicina y vivía en el mismo vecindario que yo. A veces me reunía también con un tal N., relación de fecha reciente, pero nunca se estableció entre nosotros una verdadera amistad. Tampoco era yo capaz de eso, debido a la depresión que embargaba mi ánimo en esa época.

Al aproximarse la primavera empecé a sentir gran agitación interna y una especie de ánimo de rebelión. Mi estado anímico había sido tan desdichado durante todo el invierno que simplemente no podía seguir así. Había que hacer algo. Me decía que si no podía reunir el valor necesario para suicidarme, lo único que me quedaba por hacer era un supremo esfuerzo por superar mi desdicha y encontrar coraje para vivir.

Había caído en un estado de melancolía tal, después de la muerte de Ana, que la vida no parecía tener sentido ni propósito y parecía que nada en el mundo mereciera el esfuerzo que costaba. En semejante estado de ánimo, a duras penas si uno puede interesarse en algo. Sin embargo, en mi búsqueda de una salida yo proyectaba mi propio estado sobre el mundo exterior y echaba la culpa de mi falta de éxito en la universidad a la carrera que había elegido, de manera que lo primero que decidí fue cambiar ésta y me pasé de la Facultad de Derecho al Departamento de Filosofía o, como se lo llamaba en Rusia, de "Ciencia Natural".

Estoy seguro de que tras esa decisión se ocultaba, como también lo pensó más tarde el profesor Freud, una identificación inconsciente con Ana, que se había apasionado por las ciencias naturales hasta uno o dos años antes de su suicidio, época en que perdió también interés por el tema. Sin embargo, creo que un factor que contribuyó en gran medida fue mi encuentro casual con B., profesor y director del observatorio de Odesa, por más que en ese momento yo le haya prestado poca atención al encuentro. Cuando tropecé con B. en la ciudad, por primera vez después de muchos años, me preguntó qué facultad había elegido, y cuando le dije que la de Derecho, me miró como si estuviera asombrado y comentó con desaprobación: "Me desilusiona de veras. No lo esperaba. Pensé que sería matemáticas o si no, en todo caso, ciencias naturales".

B. nos había enseñado matemáticas a Ana y a mí, todavía en casa, antes de que entráramos al colegio secundario. Su modo tranquilo y pensativo siempre me había atraído y él me resultaba muy grato, lo cual era probablemente una de las razones de que yo progresara especialmente bien en la materia. Varias noches B. nos había llevado a Ana y a mí al observatorio, donde podíamos mirar por el telescopio el cielo nocturno y observar las estrellas y la luna.

B. se había mostrado siempre muy satisfecho con mi desempeño en matemáticas (a diferencia de M., nuestro profesor de lengua rusa, que siempre alabó desmesuradamente a Ana y, por más que en líneas generales estuviera bastante satisfecho conmigo, se desesperaba con frecuencia ante mis errores de ortografía y de dictado). Recuerdo que en una ocasión apareció mi padre durante una de las lecciones de matemáticas y le preguntó a B. si progresábamos. El informe de B. sobre mi hermana no fue muy satisfactorio, pero destacó mi capacidad para las matemáticas. Mi padre observó que evidentemente yo salía a su hermano mayor, el tío Pinia, a quien le interesaban especialmente las matemáticas y que se había graduado en la materia. Como consecuencia de todo ello, mi padre consideró que un curso secundario en una escuela técnica sería más adecuado para mí que un bachillerato de orientación humanista y se decidió que debía entrar a la escuela técnica. Sólo a último momento, pocos meses antes de que tuviera que rendir mis exámenes de ingreso a segundo año de la escuela intermedia, se cambiaron los planes, ya que

mi padre había empezado a pensar que el bachillerato sería mejor después de todo, pues únicamente los bachilleres podían llenar los requisitos para estudiar en la universidad.

Con este objeto se había buscado apresuradamente un instructor de latín que me capacitara para rendir los exámenes de ingreso al segundo curso del bachillerato humanista en la primavera. Aprobé los exámenes sin dificultad y obtuve un "excelente" en matemáticas. Sin embargo, el colegio secundario donde posteriormente me inscribí no era el mismo donde había rendido los exámenes de ingreso.

Se dio la casualidad de que el profesor de matemáticas L., en el secundario donde empecé a concurrir, fuera amigo de la infancia y camarada de estudios de mi tío Pinia. L., grande y corpulento, de ojos saltones y penetrantes, usaba barba al estilo de Napoleón III y era una figura imponente y capaz de inspirar terror. Su comportamiento en el aula era siempre correcto, pero reservado y frío, y sus relaciones con los estudiantes se limitaban estrictamente a la materia que dictaba. Con excepción de L., todos los profesores tenían apodos, pero no puedo recordar que ni siquiera los muchachos más terribles —y había muchísimos en los grados inferiores— se permitieran jamás burlarse de L. o hacer bromas respecto de él como las hacían respecto de los demás maestros. Como a través de mi tío "matemático" había una especie de conexión con mi padre, yo siempre estuve aterrorizado en presencia de L. Como consecuencia del efecto intimidatorio y paralizante que ejercía sobre mí, mi primera prueba escrita fue un fracaso absoluto. Todas las manzanas o castañas o lo que fuere que mencionaban los problemas se me mezclaron de tal manera en la cabeza que no daba pie con bola y no pude siquiera terminar los cálculos empezados, por más que con B. había sido capaz de resolver con facilidad problemas similares e incluso más difíciles. Como cabe suponer, mi trabajo fue calificado de "insuficiente". Con "muy bueno" en todas las demás materias y, de ahí en lo sucesivo, nunca más que "suficiente" en matemáticas, me sentía desdichado y mortificado, tanto más cuanto que me había acostumbrado a considerarme excelente matemático. Únicamente en el quinto curso del bachillerato se borró esa mancha de mis boletines y en lo sucesivo obtuve "muy bueno" en todas las materias, incluso en matemáticas, hasta llegado el momento de los

exámenes de ingreso a la enseñanza superior, que aprobé con felicitaciones.

De manera que, al parecer, el encuentro casual con B. y la desaprobación que éste manifestó habían reactivado en mi inconsciente el fracaso con L. y me llevaron no sólo a cambiar de carrera sino a las dudas que posteriormente me acometieron con respecto a esto. Pero en ese momento no tenía todavía una clara comprensión de estos motivos.

Hacia la misma época en que decidí cambiar mi plan de estudios, a principios de abril de 1907, se me ocurrió la idea de que un viaje al Cáucaso, famoso por la belleza de su paisaje y cantado por el poeta Lermontov, sería lo que mejor podía ayudarme a desvanecer mis sombríos pensamientos y a mejorar mi estado emocional. Naturalmente, hube de discutir estos planes con mi padre, ya que, aparte de cualquier otra cosa, yo no disponía en ese momento de los fondos necesarios para realizar el viaje. Él no tuvo nada que objetar, excepto que no le gustaba la idea de que emprendiera solo un viaje que había de llevarme tan lejos, especialmente después del funesto desenlace del último viaje de mi hermana. Sugirió que W., un conocido nuestro, fuera conmigo. W. era un caballero mayor, de origen francés como lo indicaba su apellido. Magro y de mejillas hundidas, usaba perilla, y su cuello flaco y huesudo soportaba un cráneo calvo y poderoso que siempre me hacía pensar en el "Caballero de la Triste Figura" de Cervantes. Sin embargo, eso no era más que apariencia. En realidad, W. era de disposición alegre y disfrutaba de veras de la vida. Era casado y tenía tres hijas y un hijo; este último había emigrado a los Estados Unidos —cosa rara en Rusia en esa época— y allí se defendía pintando escenografías para el teatro y haciendo toda clase de tareas menudas al típico estilo de los norteamericanos.

Era evidente que el hijo había heredado ese espíritu aventurero de su padre, hombre muy emprendedor que con frecuencia nos hablaba de sus importantes transacciones comerciales, tales como la fundación de corporaciones que supuestamente organizaba bajo su control. Pese a los éxitos obtenidos en el pasado, las circunstancias financieras de W. eran más bien modestas. Pero, en todo caso, tenía ahorrado el dinero necesario para asegurarse

una existencia más o menos cómoda sin necesidad de hacer trabajo alguno, y disfrutaba plenamente de esa situación.

Durante varios años, W. y sus hijas habían pasado todos los veranos en nuestra finca. Por razones que desconocíamos, su mujer no venía con ellos. Tales visitas tenían su propia prehistoria. Durante el verano siempre se producía una gran sequía en Rusia meridional, y cada lluvia importante era considerada por los campesinos como una especie de don del cielo. Ahora bien, a W. se le ocurrió la idea de superar esta desdicha cavando pozos artesianos. Con su capacidad de persuasión, no tardó en convencer a mi madre, que era la dueña de la finca, de que él —experto en ese campo— era el hombre adecuado para llevar a cabo el necesario trabajo de investigación. Como las investigaciones requerirían probablemente un tiempo considerable, a mi madre le pareció conveniente proponerle a W. que pasara el verano en nuestra finca.

Habían pasado ya dos meses desde el arribo de W. y sus hijas a nuestra casa, pero no se veían rastros de su investigación. Entonces, un día lo encontré mientras se dirigía a un pozo con un rollo de cuerda en la mano.

"¿Qué hace usted?", le pregunté.

"Quiero empezar a medir", me contestó vagamente, mirándome con aire de confusión.

Esa fue la primera y última vez que se lo vio a W. cerca de un pozo; tampoco se volvió a oír jamás que hablara de pozos artesianos. Como también mi madre se dio cuenta de que los planes de riego de W. no eran para ser tomados en serio, todo el asunto de los pozos artesianos fue sepultado sin más ceremonia. Pero la visita veraniega anual de W. y sus hijas se había convertido en una tradición establecida.

W. aceptó con entusiasmo la proposición de acompañarme en mi viaje al Cáucaso, tanto más cuanto que era propietario de un trozo de tierra al que él llamaba "El Cabo Verde", en las cercanías de Batum, en el Cáucaso meridional. Con frecuencia desvariaba sobre esa propiedad, a la que describía como una especie de *paradiso terrestro*. Como proyectábamos que Batum fuera la

última escala de nuestro viaje, W. tendría una oportunidad gratuita de visitar su amado "Cabo Verde".

Antes de iniciar el viaje, W. me hizo prometerle que me compraría un casco tropical, ya que, como afirmó grave y solemnemente, de otro modo le sería imposible acompañarme al Cáucaso. Yo jamás había oído decir que semejante equipo fuera necesario para una visita al Cáucaso, pero como W. le atribuía tanta importancia a esa condición, y era tan fácil satisfacerla, la acepté. Él mismo llevó consigo, además de un casco tropical, un enorme sombrero de paja de Manila que, como su nombre lo indica, se usa probablemente en las Filipinas. Una vez completados todos esos preparativos, nos embarcamos rumbo a Novorossiisk.

Desde allí seguimos viaje por tren a Kislovodsk, por entonces balneario de moda en el Cáucaso septentrional, famoso por sus aguas carbonatadas, de donde hicimos una excursión, en un liviano coche de caballos, hasta Bermamut, un lugar elevado desde el cual se tenía la mejor vista del Elbrús, el monte más alto de la cadena del Cáucaso. Partimos muy temprano y llegamos a Bermamut al anochecer, bajo un cielo despejado y trasparente.

Allí encontramos un pequeño albergue de montaña, desierto y provisto apenas de algunos bancos de madera. El albergue se cernía al borde de un enorme abismo que parecía no tener fondo. Frente a nosotros, como un gigantesco pan de azúcar que se elevara hacia el cielo, se veía el majestuoso Elbrús, que pudimos admirar en toda su grandeza y su gloria. El valle que nos separaba del Elbrús se extendía hacia ambos lados hasta una distancia inconmensurable, y a los dos lados se veían más y más picos imponentes y cubiertos de nieve y acantilados rocosos y escarpados que se sumergían en las profundidades. Por más que el espectáculo no tuviera par, mi ánimo deprimido me impedía disfrutar de él realmente o sentir entusiasmo alguno.

Precisamente mientras estábamos en Kislovodsk me sucedió algo que profundizó la melancolía que ya entonces me embargaba: aparecieron las dudas sobre el acierto de mi decisión de cambiar de carrera. De tal modo, empecé a sopesar pros y contras, sin poder llegar a una conclusión satisfactoria. Sumergido siempre en mis pensamientos, no me abría fácilmente a las impresiones

provenientes del mundo exterior y experimentaba todo lo que veía como algo irreal que formara parte de un sueño.

En las inmediaciones de Kislovodsk había otros balnearios similares, entre ellos las fuentes sulfurosas de Piatigorsk. La traducción de este nombre significa "cinco montañas" (*piat* - cinco; *gorá* - montañas), porque el lugar se halla situado en medio de cinco montes. Piatigorsk era famoso no sólo por sus fuentes sulfurosas, sino porque no lejos de allí fue muerto en un duelo Lermontov, uno de los más grandes poetas de Rusia. Eso sólo era razón suficiente para que yo fuera de visita a Piatigorsk.

Lermontov era de ascendencia escocesa, y su apellido era la versión rusa del nombre de sus antepasados Leermond. Mientras el poeta prestaba servicio como oficial de la Guardia fue destinado a un regimiento destacado en Piatigorsk, como castigo por un poema que había escrito. Sucedió que allí estaba destacado también Martinov, que había sido compañero de Lermontov en la escuela militar, de quien se cuenta que era hombre sorprendentemente apuesto, pero también muy vanidoso. Una noche, ambos jóvenes fueron invitados a una fiesta. Martinov llegó tarde, luciendo traje circasiano, con una enorme daga en el cinturón. Cuando entró al salón con su vestimenta de opereta, la conversación declinaba y súbitamente se produjo un gran silencio. En medio de este silencio las palabras *voilà un montagnard au grand poignard*, que Lermontov susurraba a la dama que se encontraba con él fueron oídas por todo el mundo, sin que tal hubiera sido su intención. Martinov, herido en su vanidad, lo desafió a un duelo que se llevó a cabo en las cercanías de Piatigorsk.

Lermontov, a quien le correspondía el primer tiro, disparó al aire, pero su adversario se negó a la reconciliación, tomó cuidadosa puntería y la bala hirió a Lermontov en el abdomen. En ese mismo momento se desencadenó una tormenta espantosa y sólo con grandes dificultades y demoras fue posible trasladar a Piatigorsk al poeta gravemente herido. Ningún médico se animó a salir de su casa con esa tormenta terrible y la atención médica no llegó a tiempo. Tres o cuatro días más tarde moría Lermontov de resultas de su herida. Tenía solamente veintiocho años.

W. y yo visitamos el lugar donde se había realizado el duelo. Era un prado como cualquier otro, al pie de una colina boscosa

desde la cual se tenía una hermosa vista del solitario monte Maschuk, que apartado de las otras cuatro montañas parecía una roca puntuda que surgiera de la llanura.

Como nos enteramos de que entre los lugares que se podían ver en Piatigorsk se contaba también la llamada Gruta de Lermontov, fuimos allí. En la gruta había una placa de mármol con versos dedicados a la memoria de Lermontov. Por la placa supimos que tanto ésta como los versos eran donación de un terrateniente de alguna provincia de Rusia central. El hombre creía sin duda que con su poesía había hecho una valiosa contribución a la memoria del poeta y a la distinción de la gruta. Lamentablemente el poema era tan malo y tan tonto que habría sido mejor que el caballero no hubiera cedido a su laudable impulso.

Parecía sin embargo que a W. le hubieran impresionado esas líneas porque de pronto se quedó pensativo. Era evidente que le resultaba difícil alejarse del lugar sin dejar para la posteridad un recuerdo de su visita a la gruta de Lermontov. Pero como él no era poeta tenía que tomar prestada alguna idea, y finalmente garabateó en alguna de las paredes de la gruta el aforismo de Proudhon: *La propriété c'est le vol.*

Nuestra siguiente meta fue la ciudad de Vladikavkaz al pie del Kazbek, el monte que sigue en altura al Elbrús. Desde allí se podía llegar sin dificultad a los glaciares. Aprovechamos la oportunidad y poco después de nuestra llegada emprendimos el ascenso, tan fácil como interesante.

El ascenso a los glaciares se hacía a lomo de mula. Guiamos a los animales por un abrupto y rocoso acantilado que bordeaba estrechamente un abismo de varios centenares de metros de profundidad. No era grato sentirse acosado por la idea de que si el animal daba el más mínimo paso en falso, uno se precipitaría al abismo. Pero las mulas avanzaban con tal cautela, con paso lento y seguro, que era imposible no admirarse por ello. Soy una de esas personas que se sienten atraídas por las profundidades como por una fuerza magnética. La angustia que entonces se apodera de uno se dirige principalmente contra ese poder de atracción, al que hay que resistirse para no sucumbir a él.

Nos quedaba todavía por realizar la parte más interesante de nuestro viaje al Cáucaso, la llamada Carretera Militar Georgiana. Vladikavkaz se halla situada precisamente al pie de la cadena principal de los montes del Cáucaso, que se extiende de oeste a este, es decir desde el Mar Negro hasta el Caspio. La Carretera Militar Georgiana, que atraviesa directamente la cadena de montañas, lleva desde Vladikavkaz, en el Cáucaso septentrional, hasta Kutais, en el Cáucaso meridional.

Originariamente habíamos proyectado detenernos durante breve tiempo en Vladikavkaz, pero W. tenía allí muchos amigos y conocidos, y el club donde comíamos le ofrecía excelente oportunidad de encontrarlos y conversar con ellos. Se sentía tan cómodo que continuamente encontraba pretextos para demorar nuestra partida de Vladikavkaz. Sólo cuando yo le reproché que usara esa táctica e insistí en que siguiéramos viaje se avino a hacerlo, pidió la cuenta del hotel e hizo los preparativos necesarios para seguir.

En esos días no había tráfico organizado, ni público ni privado, por la Carretera Militar Georgiana. Quien deseara usar el camino debía alquilar un coche de caballos. Así lo hicimos, y emprendimos viaje de mañana temprano. Alrededor de las dos de la tarde nos detuvimos en un pequeño refugio a pasar la noche, pues el próximo lugar adecuado para hacerlo se encontraba a todo un día de viaje de distancia.

Con el fin de hacer algo durante la tarde, saqué mi caja de pinturas y los óleos de la valija y me fui a la ribera más próxima del montañoso torrente del Terek. No me tomó mucho tiempo encontrar tema adecuado, pues apenas si había dado unos pasos cuando una hermosísima vista se abrió ante mí. Me senté en el taburete e intenté transferir a la tela la impresión del río que corría velozmente y del majestuoso monte Kasbek que se elevaba en el fondo. Trabajé lo más rápido que me fue posible para terminar antes de que cambiara la luz, que a causa de una extraña formación de nubes creaba un efecto muy particular. En el término de una hora y media, o quizá de dos, ya había terminado mi trabajo y a mí mismo me sorprendió el éxito con que había conseguido transmitir el clima general en una superficie tan reducida y con materiales tan sencillos. Era la primera vez que quedaba tan satisfecho con mi manejo del paisaje, y este acontecimiento marcó el comienzo de mis actividades como pintor paisajista.

Al día siguiente seguimos viaje a lo largo del río Terek. El valle iba estrechándose sin cesar, hasta que al fin nos encontramos en una garganta profunda y desafiante a través de la cual el río se abría paso entre rocas y guijarros. Por escarpadas e inaccesibles que nos parecieran las rocosas murallas, sobre ellas se veían siempre, escritos en enormes caracteres y con abundante pintura, los nombres de quienes habían pasado antes por allí. Con frecuencia las inscripciones se encontraban a alturas tan vertiginosas y en tan abruptos acantilados que uno habría supuesto que las habían hecho valiéndose de un helicóptero, de haber sido tal cosa posible en ese momento. Hasta bien avanzada la noche no llegamos a nuestro siguiente alojamiento, un refugio tan pequeño y miserable como el primero. También allí lo único que tuvimos para comer fueron truchas pescadas en el río Terek.

A la mañana temprano, antes de partir, mientras dábamos una caminata no lejos del refugio, descubrí un pequeño pueblo circasiano, en el que no había casas, sino simples aberturas cavadas en la roca y que daban a una o más cuevas.

Al tercer día de nuestro viaje por el valle del Terek tuvimos un encuentro interesante en ese camino por demás desierto. Dos jinetes de muy extraña apariencia venían hacia nosotros. Usaban una especie de yelmos medievales y ambos llevaban en la mano una lanza y un pequeño escudo redondo. Eran de piel mucho más clara de lo que se suele ver en el Cáucaso y también sus rasgos eran diferentes. Deben de haber sido miembros de alguna pequeña tribu residente en la comarca, que ya antes había oído mencionar, de quienes se suponía que eran descendientes de los cruzados que se perdieron en el Cáucaso. Cuando nos encontramos con los jinetes, detuvieron los caballos y me permitieron sin la menor resistencia que los fotografiara.

El turco con quien nos encontramos un poco después se condujo de manera muy diferente. Iba a pie junto a un carromato tirado por un caballo, y sobre el vehículo viajaban sus cinco o seis esposas, veladas y envueltas en vestimentas blancas. Cuando advirtió que yo me disponía a tomar fotos del carromato y de sus ocupantes, empezó a refunfuñar y a maldecir en voz alta e hizo apresurar al caballo para poner término a mi mal comportamiento.

Al cuarto día de haber salido de Vladikavkaz abandonamos el valle del Terek y doblamos a la derecha con el fin de cruzar la cresta principal de la cordillera en el punto más accesible. El

ascenso fue haciéndose cada vez más escarpado y los caballos tenían que avanzar con mucha lentitud. A menudo la huella del camino se perdía por completo en los vastos campos nevados que teníamos que atravesar. Después de haber pasado otra noche en una posada montañesa, iniciamos un descenso terriblemente abrupto, que pronto nos llevó a un valle fértil, en el cual los sembrados de maíz y de trigo se extendían en todas direcciones, en tanto que huertos y viñedos ocupaban las laderas. Este alegre paisaje meridional contrastaba nítidamente con el áspero mundo de la montaña que acabábamos de abandonar. Al anochecer del mismo día llegamos a Kutais, donde encontramos un hotel que nos vino de perlas después de las noches pasadas en los pequeños y sucios refugios de montaña.

Nos quedamos una noche en Kutais y al atardecer siguiente tomamos el tren para Tiflis, hoy Tbilisi, la capital de Georgia. Durante el viaje nocturno por tren se desencadenó una tormenta tal como yo no había presenciado nunca en esas latitudes. Los relámpagos desgarraban literalmente el cielo, la lluvia azotaba el tren con una fuerza terrible y ni el ensordecedor aullido del viento ni los gruñidos y el retumbar de los truenos se detuvieron hasta la mañana siguiente, cuando llegamos a Tiflis.

Observé que en Tiflis existían ya tranvías eléctricos, cosa que no había aún en Odesa. Tiflis impresionaba como una ciudad hermosa y moderna, pero eso sólo era válido para el llamado sector europeo, pues en esos días Tiflis consistía en dos distritos separados: el europeo y el oriental. Este último tenía todas las características de Oriente, con sus mercaderes gritones en las aceras, su torbellino y su colorida confusión.

Como en Tiflis el calor se hacía insoportable, después de unos días decidimos seguir viaje a Borshom, lugar de descanso en las montañas, no lejos de allí. Antes de salir de Tiflis tomamos el funicular hasta la cima de un pequeño monte de las cercanías, para gozar de la hermosa vista que ofrecían la ciudad y sus alrededores.

Aparte las ventajas de su clima, Borshom era famosa por el agua mineral de sus fuentes, que se usaba en toda Rusia como agua para beber, similar a las de Seltzer o de Preblauer en Ale-

mania. El paisaje me impresionó por su carácter apacible y me hizo pensar en algunos lugares al pie de los Alpes. Las montañas eran boscosas y de altura moderada, los prados verdes y —cosa rara en el Cáucaso en esa época— las calles y caminos estaban en buenas condiciones. Después del calor que habíamos tenido en Tiflis, el aire fresco y estimulante de Borshom era agradabilísimo.

Al día siguiente de haber llegado a Borshom, al entrar en la habitación de W., lo encontré ocupado en sacar de su caja el sombrero de Manila. Pese al carácter alpino de Borshom, era evidente que pensaba que había llegado el momento de lucirlo en público. "Podríamos dar un paseíto por la ribera", sugirió, y tuve que aceptar la propuesta. El paseíto resultó sensacional. En realidad no me hacía ninguna gracia que nos convirtiéramos en centro de la atención, ni ver cómo la gente sentada en los bancos intercambiaba sonrisas y miradas burlonas, de modo que no pude dejar de observar: "Todo el mundo mira con el mayor asombro su sombrero de Manila".

"Con admiración y envidia", me corrigió W., sin querer admitir su derrota. Pero el visible endurecimiento de su expresión y su silenciosa rigidez aseguraban que no había dejado de notar el efecto ridículo del Manila. Al regresar al hotel, el sombrero volvió a su caja y allí se quedó, intacto, hasta que llegamos a Odesa.

En Borshom volví a tomar los pinceles y pinté algunos paisajes con los cuales quedé muy satisfecho. Desde allí nuestro viaje, que se aproximaba a su término, nos llevó, pasando por Abastuman, hasta Batum, desde donde planeábamos regresar a Odesa.

Batum, sobre la costa del Mar Negro en el ángulo sudoeste del Cáucaso, no lejos en esa época de la frontera con Turquía, está rodeada de montañas por los otros tres lados. Se encuentran allí eucaliptos y tejos, arrayanes, cactos y diversas plantas del tipo de las palmeras. Toda la región se caracteriza por su vegetación lujuriante. Por más que el verano ya casi había pasado en la época en que llegamos a Batum, se sentía allí, a diferencia del calor seco de Tiflis y de Kutais, una humedad opresiva. El aire no sólo era caliente sino también muy húmedo, y una bruma densa y sofocante se cernía permanentemente sobre esa comarca de aspecto exótico.

Entonces tuve ocasión de conocer personalmente el "Cabo Verde" de que tanto había hablado W. Era un jardín con una especie de casa de fin de semana, y el conjunto no tenía nada que ver con un verdadero "cabo", que yo me había imaginado como un promontorio que se adentra en el mar. Por más que nos bañábamos en el mar dos veces por día, el calor húmedo y bochornoso nos hacía sufrir de tal manera que ni siquiera W. se opuso a mi idea de emprender el regreso un poco antes de lo planeado, de modo que después de una semana nos embarcamos para Odesa, adonde llegamos después de cinco días de viaje por mar.

Cuando regresamos a Odesa mediaba ya el mes de agosto. Como mis padres estaban en nuestra finca en el campo, tan pronto como llegué fui a reunirme con ellos. Aunque las clases en la universidad estaban a punto de comenzar, yo todavía no había decidido en qué departamento inscribirme. Como ya lo señalé, mis dudas acerca de si tenía razón en cambiar mi plan de estudios habían llegado a tener un carácter obsesivo del cual, a pesar de tener conciencia, me era imposible defenderme. Tales dudas no habían tardado en convertirse en una cavilación atormentadora que me había perseguido durante todo el viaje al Cáucaso y que parecía destinada a no terminar jamás. Tan pronto como llegaba a una decisión en uno u otro sentido, después de penosas luchas, al minuto siguiente empezaba a sospechar que todos mis argumentos y conclusiones no se basaban en otra cosa que en mis propias fantasías. La decisión alcanzada con tanta angustia se derrumbaba como un castillo de naipes.

A partir del suicidio de Ana, mi padre, que antes me había prestado muy poca atención, empezó a interesarse activamente en todo lo que yo hacía, de modo que decidí tomarlo por confidente —por primera vez— y ponerlo al tanto de todas mis vacilaciones. Esperaba que tal vez él fuera capaz de disipar mis dudas innecesarias y de ayudarme a elegir el departamento "que correspondía". Tal como yo esperaba, mi padre se mostró muy satisfecho con mi intento de acercamiento y se declaró dispuesto a ayudarme en todas las formas posibles. De tal modo empezamos a tener cotidianas "sesiones" formales que se prolongaban durante

varias horas, pero, como no tardé en descubrir, no aportaban al tema claridad alguna. En realidad, después de unos días me di cuenta de que mi padre empezaba a sucumbir a la devastadora influencia de mi ambivalencia, e incluso se había contagiado de ella. Eso le hizo dudar de la cordura de su propio consejo, que antes me había ofrecido con total convicción. Finalmente, pues, advertí que nos aproximábamos cada vez más a una vía muerta de la cual no había forma de salir.

Pero todo ese molesto asunto terminó repentinamente de manera inesperada. Después de algunos días de deliberaciones conjuntas, una mañana me desperté con la clara sensación íntima de que en realidad no había nada que decidir, ya que mi cambio de departamento en la primavera no había sido otra cosa que un intento, encarado con "medios inadecuados", de escapar de mi depresión, y que nada tenía que ver con un auténtico interés en las ciencias naturales. Ahora había que dar marcha atrás y tomar las providencias necesarias para volver de la Facultad de Ciencias Naturales a la de Derecho. Mi padre, informado de mi decisión, preguntó con cierta desilusión: "¿Pero por qué tanto apuro? Podríamos haberlo hablado un poco más". Sin embargo, era él quien siempre se había inclinado más hacia la Facultad de Derecho.

En esa época, los estudios universitarios en Rusia estaban organizados en cursos, cada uno de los cuales duraba dos semestres. La carrera de Derecho, completa, llevaba cuatro años. Para ingresar a los cursos de segundo año había que aprobar los exámenes en por lo menos dos materias elegidas por el propio estudiante. Yo opté por economía y estadística, y después de estudiar intensamente durante tres semanas aprobé con éxito ambos exámenes.

Así quedaba por fin zanjada la cuestión de mis estudios. Esta circunstancia, unida al hecho de haberme concentrado en estudiar y de haber aprobado los exámenes provocó en mi estado psíquico una mejoría que desdichadamente no duró mucho.

Ya no puedo recordar de quién fue la idea, pero se decidió que no continuaría mis estudios en Odesa, sino en la universidad de San Petersburgo. Mi tío Basil, hermano menor de mi madre, se había mudado de Milán a San Petersburgo en esa misma época. Había alquilado un departamento bastante grande y se decidió que yo iría a vivir con él y que manejaríamos la casa entre ambos.

A mí no me interesaban los detalles de ese acuerdo, que fue establecido entre mis padres y mi tío. Para mí lo principal era que en San Petersburgo no tendría que preocuparme por el alojamiento y la comida. Continuar con mis estudios en San Petersburgo me parecía conveniente y deseable porque en el hogar de mis padres, en Odesa, todo me traía el recuerdo de la muerte de mi hermana. Esperaba que el cambio de escenario provocaría una mejoría en mi estado. También era una ventaja que la Facultad de Derecho de San Petersburgo estuviera constelada de nombres de excelentes maestros y fuera considerada la mejor de toda Rusia.

Pese a todo, no me engañé pensando que mi tío llegaría a comprender mi depresión. Era un carácter decididamente extravertido, un hombre a quien sólo le interesaban los asuntos tangibles y prácticos e incapaz de entender otra cosa, sin inclinación alguna por la indagación anímica ni las sutilezas psicológicas. Alto e inmaculadamente vestido, era hombre de apariencia distinguida, y su voz grave y la seriedad de sus modales le daban aire de gran autoridad.

Los tres —mi padre, mi madre y yo— partimos hacia San Petersburgo a fines de setiembre de 1907. Mi padre tenía que atender allí algunos negocios y mi madre quería ver a su hermano. Durante el viaje nos detuvimos en Moscú, pues allí había un médico a quien mi familia conocía bien y tenía en gran estima, y querían consultarlo sobre mi estado. Todo lo que recuerdo de esa consulta es que mi padre y el médico desaparecieron en una habitación contigua, cerrando la puerta tras ellos. Así y todo alcancé a entender algunas frases aisladas que pronunció mi padre: "Está inhibido... no puede salir de sí mismo... creo que lo mejor para él sería que realmente se enamorara..."

Al llegar a San Petersburgo estaba lloviendo y un viento frío, cortante y penetrante soplaba desde el Mar Báltico. Todo era gris sobre gris y la ciudad me hizo la impresión de algo desierto y lúgubre. Yo había hecho una visita anterior a San Petersburgo, pero en esa ocasión era verano y el tiempo estaba hermoso. Además, sólo había pasado allí tres o cuatro días, pero ahora venía a quedarme varios años en esa ciudad que tan rechazante se me

presentaba. Eso me deprimió, y tanto más cuanto que el tío con quien habría de vivir, por más que era muy grato en las reuniones sociales, en casa se mostraba de ánimo taciturno, sombrío y habitualmente hostil. Traté de consolarme con la idea de que todo eso no era más que una primera impresión desdichada y de que pronto me acostumbraría a ese medio nuevo y desconocido.

Al día siguiente de nuestra llegada a San Petersburgo el tiempo mejoró y salió el sol. Mi tío y yo salimos a caminar por la perspectiva Nevski, la principal avenida de San Petersburgo. En ese hermosísimo día de otoño la perspectiva Nevski estaba llena de gente y ofrecía un cuadro abigarrado. Por la ancha calle el tráfico circulaba a una velocidad que resultaba rara en una gran ciudad. Se veían carruajes de nobles, coches y droskis que pasaban tirados por caballos negros. En las amplias aceras una multitud de peatones se movía en ambas direcciones, y la cantidad de uniformes le mostraba a uno que se encontraba en la capital del gran imperio ruso, en la ciudad que era residencia del zar.

Al parecer, mi tío se encontraba de ánimo quejoso y decía que tenía ya cuarenta y cinco años y que el futuro nada podía reservarle. "Pero tú", continuó, "no tienes más que veintiún años y toda la vida por delante". Habló entonces de una familia que conocía, de apellido K. – un apellido alemán–, cuya hija Natacha estaba, como yo, en segundo año de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Petersburgo, y me propuso presentarme a la familia. Como es natural, acepté, diciéndole que eso me daría gran placer, ya que no conocía un alma en San Petersburgo. Todas las semanas había salón en casa de los K., y los compañeros de Natacha también estaban invitados. Quedamos de acuerdo en que iríamos a visitar a los K. el día del próximo salón.

Cuando mi tío y yo llegamos a la casa, la mayoría de los huéspedes se hallaban ya presentes y pasó algún tiempo antes de que me presentaran a los padres, a Natacha y posteriormente a los demás invitados. El aspecto de Natacha era totalmente diferente a la imagen que yo me había formado, la de una muchacha pálida y delicada. Me encontré en cambio frente a una criatura robusta, de cara agradable pero bastante simple y de cutis fresco. Tenía el pelo castaño oscuro y los ojos de un azul grisáceo, y tendía a ser gordita, lo que dada su altura no era gran desventaja. Era de modales agradables y sueltos y me produjo una impresión muy favorable.

La mayor parte de los visitantes eran jóvenes de ambos sexos, pero había también algunos hombres y mujeres de edad madura, entre ellos dos conocidos pintores de San Petersburgo. Nuestros huéspedes nos recibieron afectuosamente y nos sirvieron té y torta. Después se habló y se bailó. Muy pronto –evidentemente la idea se les había ocurrido a los dos pintores– nos dieron cada uno un *block* y materiales de dibujo y tuvimos que hacer, lo mejor que podíamos, un retrato de alguno de los presentes. Mi tío me dijo después que los dos pintores pensaron que yo tenía talento, pero agregaron que tendría que "trabajar mucho". Durante la misma velada conocí también al cuñado del señor K., un terrateniente apellidado M., hombre muy callado y agradable y gran amigo de mi tío. Así que cuando volví del salón de los K. a casa me sentía un poco más animado y abrigaba la esperanza de que, después de todo, podría llegar a establecer algunos contactos con gente de San Petersburgo y recuperar algún interés y placer en la vida.

Ya hacía algún tiempo que habían empezado las clases en la universidad, pero yo seguía postergando día tras día la asistencia, justificándome con la idea de que primero tenía que aclimatarme en San Petersburgo y visitar los lugares y monumentos más importantes. Pero como no lograba interesarme en nada, vagaba por museos y galerías de cuadros en un estado de indiferencia o aburrimiento. Por último reuní todas mis fuerzas y decidí empezar a concurrir a clase.

La universidad se encontraba en Vasilevsky Ostrov, sobre la ribera opuesta del Neva y bastante lejos de nuestro departamento, de modo que tuve que llamar un droski para que me llevara. Al llegar al malecón vi extenderse ante mis ojos el imponente panorama que ya me era familiar: a la derecha, sobre la margen del río, el Palacio de Invierno; a la izquierda el Almirantazgo con su aguja, y la fortaleza de Pedro y Pablo, tumba de los zares y cárcel infamante para los presos políticos. El espectáculo era sin duda impresionante pero, tal como me pareció en ese momento, triste y sombrío.

La universidad como tal era un edificio amplio y antiguo, de techos bajos y muy necesitado de reparaciones. Los documentos que yo había hecho enviar desde Odesa habían llegado y cumplí

con todas las formalidades necesarias para la inscripción. Nos encontrábamos a fines de noviembre, de modo que para poder seguir las clases que habían empezado el 1º de setiembre tenía que ponerme al día, no sólo con lo que había perdido durante el año anterior en Odesa, sino también durante el actual tercer semestre en San Petersburgo. Sin embargo, concurrí únicamente para cubrir las apariencias y encontrar alguna manera de llenar el vacío de las mañanas. Conseguí todos los libros de texto necesarios, pero me limité a hojearlos antes de volver a ponerlos en la biblioteca. Hubo una sola excepción: la *Enciclopedia de Derecho*, del profesor Petrachitzky, de San Petersburgo. A diferencia de las opiniones que prevalecían en jurisprudencia, Petrachitzky entendía que el derecho estaba "psicológicamente determinado", con lo que destacaba la relatividad del concepto de justicia. La idea me pareció original e interesante. Como en su libro el autor derivaba todo, de manera muy congruente, de dicho concepto, resultaba de ello una teoría del derecho unificada e integrada, que me interesó tanto que fui capaz de concentrarme en el libro y proseguir atentamente su estudio hasta el final.

Un día, cuando Natacha y yo salíamos al mismo tiempo de la universidad y nos disponíamos a volver juntos a casa, ella se me quejó de que no podía entender qué demonios era lo que quería decir Petrachitzky en su libro. Procuré entonces explicarle cuál era la idea básica y las teorías esenciales que el autor derivaba de ella. Evidentemente lo hice con cierto éxito, porque antes de que nos separáramos Natacha se manifestó asombrada por la facilidad con que yo había podido absorber la teoría de Petrachitzky y afirmó que ahora se daba cuenta de que, después de todo, el libro no era en modo alguno tan difícil de entender como le había parecido.

Natacha me resulta bonita y agradable, pero al parecer todo terminaba allí. En realidad no pude entusiasmarme en profundidad y no se estableció una relación más íntima. Además, debido a la enfermedad de un familiar, los días de salón en casa de los K. no tardaron en suspenderse. En cierto modo eso me alegró bastante, ya que debido a mi timidez y mi falta de contacto, tenía que obligarme a vincularme con la gente, de la misma manera que me obligaba a concurrir a las clases de la universidad.

Únicamente a las horas de las comidas veía a mi tío, cuyo principal interés eran las carreras de caballos. Tanto él como su

amigo M. tenían sus propios animales de carrera, así que los temas inagotables de conversación entre ellos eran las carreras y los caballos, por todo lo cual yo sentía muy poco interés.

La concurrencia a las clases de la universidad me había resultado inútil, y cuando vi que no tenía posibilidades de aprobar los exámenes necesarios en la primavera, fui convenciéndome cada vez más de que mi mudanza a San Petersburgo había sido una cosa sin sentido. Nada tiene de extraño que mi ánimo deprimido no sólo no mejorara en San Petersburgo sino que, por el contrario, empeorara bastante. En una gran ciudad como esa se me hizo aún más doloroso tomar conciencia de mi falta de participación en sucesos y experiencias de toda clase y de mi incapacidad para comunicarme con los demás. El contraste entre la vida que palpitaba a mi alrededor y la vaciedad insalvable y sin fondo que sentía en mi interior era demasiado.

En esa época mi padre se encontraba en San Petersburgo, y como ya en una ocasión le había hecho confidencias referentes a mi carrera, decidí otra vez hacerlo partícipe de mi desolado estado emocional y consultar con él qué pasos se podrían dar. Yo tenía plena conciencia del carácter anormal y patológico de mi estado psíquico, y ambos estuvimos de acuerdo en que, dado que todos los intentos terapéuticos anteriores de nuestra propia invención habían fracasado, la única salida posible era recurrir a la ayuda médica y consultar a un psiquiatra. Elegimos al profesor B.

Su nombre me era conocido como erudito y como reconocida autoridad en el dominio de la neurología. Últimamente también había oído que mi padre lo mencionaba respecto de otros asuntos. Después del suicidio de Ana mis padres habían decidido fundar un hospital para enfermedades nerviosas. Los fondos asignados a ese fin serían entregados a la ciudad de Odesa y el hospital estaría dedicado a la memoria de mi hermana y llevaría su nombre. Al mismo tiempo, el profesor B. planeaba organizar un Instituto Neurológico en San Petersburgo, destinado a la investigación científica en enfermedades nerviosas. Precisamente para esa época se hallaba ocupado en reunir los fondos necesarios.

Cuando B. oyó hablar de la intención de mis padres estableció contacto con mi padre e intentó persuadirlo de que cambiara su decisión y pusiera los fondos a disposición de su Instituto Neurológico. Establecida así la conexión con B., se le pidió que me examinara en el hotel donde paraba mi padre. El examen se llevó

a cabo unos días después; el diagnóstico del profesor B. fue de neurastenia y consideró que en mi caso la terapia más adecuada sería la hipnosis. Quedamos de acuerdo en que yo pasaría por su consultorio para encarar el tratamiento.

Al entrar al despacho del profesor B. advertí que en la sala de espera había ya muchos pacientes. Estaba dispuesto a esperar largo rato hasta que me llegara el turno y empecé a observar a los demás pacientes. Todos eran damas y caballeros de edad mediana y que, a juzgar por su aspecto, pertenecían a la clase alta de la sociedad de San Petersburgo. Sin embargo, no tuve mucho tiempo para hacer observaciones, porque un caballero que llevaba una lista en la mano no tardó en abrir la puerta que daba al consultorio y pronunció en voz alta mi apellido. Todos los ojos se volvieron hacia mí. Era evidente que nadie podía entender por qué a un joven estudiante —yo llevaba el uniforme de estudiante— se le daba preferencia sobre todos los demás pacientes que habían llegado antes que él. Yo me apresuré a entrar al consultorio para escapar de tan incómoda situación.

Después de saludarme, el profesor B. hizo que me sentara y me dijo con voz firme y persuasiva: "Mañana por la mañana se despertará usted sintiéndose bien y sano. Su depresión desaparecerá por completo, los pensamientos tristes y sombríos lo abandonarán y verá todo bajo una luz nueva y diferente. En el futuro seguirá con interés los cursos de la universidad y proseguirá con éxito sus estudios..." Después de insistir durante un rato bastante largo en ese tono, el profesor B. continuó: "Como usted sabe, sus padres proyectan donar una gran suma de dinero para la fundación de un hospital neurológico. Ahora bien, en San Petersburgo se está a punto de dar comienzo a la construcción de un Instituto Neurológico, cuyo propósito será la realización de investigaciones en todo lo referente al origen, el tratamiento y la cura de ese tipo de trastornos. La realización de esas metas es algo tan importante y valioso que usted debe procurar utilizar su influencia con sus padres para persuadirlos de que donen sus fondos a este Instituto Neurológico".

Durante todo el discurso del profesor B. yo estaba completamente despierto. Pero no estaba preparado para verlo pasar tan bruscamente de la consideración de mi caso concreto al tema de que mis padres efectuaran una donación al Instituto Neurológico. Entonces entendí por qué se me había dado preferencia sobre

todos los demás pacientes, haciéndome pasar primero al consultorio. Por lo que a mí se refería, me inclinaba bastante a creer que el mejor empleo para el dinero que querían ofrecer mis padres bien podía ser donarlo al Instituto Neurológico, pero estaba demasiado preocupado por mis propios problemas para que me interesara tomar posición en las discusiones. Por lo demás, sabía que en ese asunto no iba a tener la menor influencia sobre mi padre, a quien le transmití un verídico informe de mi primera visita al profesor B., sin ocultar cuál era el rol que se suponía que yo habría de asumir con respecto al Instituto Neurológico. Mi padre no dijo nada pero pude advertir que, cosa muy comprensible, mi informe no le gustó demasiado.

Pese a todo, la mañana que siguió a mi visita al profesor B. me desperté en un estado emocional mucho mejor, y esa mejoría posterior a la sesión de hipnotismo se mantuvo durante todo el día. Al día siguiente disminuyó en forma notable y al tercero había desaparecido por completo. Como consecuencia de la confusión de mi tratamiento con la cuestión del Instituto Neurológico, mi primera sesión hipnótica fue también la última. Efectivamente, era de esperar que en la sesión siguiente el profesor B. me preguntara por el resultado de mi intercesión ante mis padres, y ¿qué podía haberle contestado? De paso, a mi padre no le agradaba demasiado la hipnosis, porque veía en ella el riesgo de que el paciente llegara a depender en forma excesiva del médico. Yo compartía su opinión.

Mi único deseo era irme de San Petersburgo tan pronto como fuera posible. No me costó convencer a mi padre de que cualquier cosa que pudiera emprender allí estaba condenada al fracaso desde el primer momento. Pensaba yo que el viajar y otras distracciones podían resultar útiles en casos menos graves, pero habían fracasado en el mío. Mi única esperanza de mejoría estaba representada por un tratamiento intensivo y una larga permanencia en un sanatorio. Dejé la elección del lugar a cargo de mi padre, que tenía suficiente experiencia al respecto, ya que de vez en cuando, a intervalos de tres a cinco años, él mismo era presa de ataques de una melancolía bastante bien definida y solía ir entonces a algún sanatorio de Alemania, del cual volvía algunos meses después totalmente recuperado. Su estado habitual, que él de manera subjetiva consideraba normal, se caracterizaba por inconfundibles síntomas maníacos, de modo que el cuadro

completo podía ser considerado como uno de los casos maníaco-depresivos que describe el profesor Kraepelin. Por lo tanto no era casual que de todos los médicos que mi padre había consultado en Alemania, aquel por el que sentía mayor estima fuera Kraepelin, en cuya capacidad para aconsejarme tenía gran confianza. Un tal doctor H., que trabajaba en el hospital de San Petersburgo, iba a acompañarme a visitar al profesor Kraepelin, para regresar a San Petersburgo más o menos una semana después.

Mis preparativos no exigieron mucho tiempo. Después de llenar algunas formalidades en la universidad y hacer algunas visitas de despedida, estuve listo para viajar a Munich con el doctor H. Ese día memorable, a fines de febrero o comienzos de marzo de 1908, mi padre me acompañó a última hora de la tarde a la estación del ferrocarril. Allí nos esperaba ya el doctor H., y como faltaba todavía mucho tiempo para la partida, mi padre subió al tren con el doctor H. y conmigo. Me pidió que me quedara en el corredor, pues quería hablar de algunas cosas con el doctor y, aunque no pude oír lo que le dijo, a través de la ventanilla que separaba el corredor del compartimiento alcancé a ver que le explicaba con mucha seriedad alguna cosa.

Afuera el viento se había calmado y caía una ligera nevada que iba cubriendo de una centellante blancura los techos iluminados de los trenes vecinos. Sólo en ese momento advertí un cambio peculiar que se había producido en mí en el breve tiempo transcurrido desde que subiera al tren. Era como si, con su varita mágica, un hada buena hubiera disipado mi depresión y todo lo que con ella se vinculaba. De nuevo me sentía reconciliado con la vida, de perfecto acuerdo y en total armonía con el mundo y conmigo mismo. El pasado retrocedía a enorme distancia y el futuro se presentaba bello y colmado de promesas.

No quedaban más que unos minutos antes de que partiéramos y mi padre tenía que descender del tren. Al despedirlo, no sabía entonces que ese había de ser nuestro último adiós.

Castillos en el aire
1908

1

El ánimo eufórico que tan súbitamente se había apoderado de mí al salir de San Petersburgo se mantuvo sin mengua durante nuestro viaje y después de nuestro arribo a Moscú. El doctor H., quien evidentemente consideraba su tarea de acompañarme a Munich como un viajecito de vacaciones, estaba también del mejor espíritu posible. Durante el trayecto me contó muchas cosas interesantes sobre Abisinia y la corte del Negus, ya que, según dijo, había formado parte del séquito de un tal Leontiev. Leontiev era un aventurero que en la década del 90 había hecho por su cuenta un viaje a Abisinia, pero que más tarde volvió allí como enviado oficial ruso. Probablemente fue ese el primer intento ruso de establecer relaciones con un Estado africano, intento que en opinión de la prensa contemporánea se vinculaba con el hecho de que también los abisinios pertenecían a la Iglesia oriental.

La primavera se encontraba mucho más avanzada en Munich que en la fría y húmeda San Petersburgo, lo que también resultaba muy agradable. Hasta la gente que andaba por las calles parecía menos tensa y más cordial en Munich.

Al segundo día de haber llegado a la ciudad fuimos al despacho del profesor Kraepelin. El doctor H. le informó sobre mi caso y el profesor, un robusto caballero de edad, declaró después de examinarme que, en su opinión, lo indicado era una prolongada estadía en un sanatorio. Recomendó una institución en las cercanías de Munich, donde estaban internados varios de sus

pacientes, a quienes él visitaba dos veces por mes. Como él iba por allí cada dos semanas, podría supervisar mi tratamiento en ese sanatorio.

El doctor H. y yo parábamos en Munich en el hotel Vier Jahreszeiten, pero pocos días después yo me mudaba al sanatorio que había recomendado Kraepelin. Tanto el sanatorio como su director, Hofrat H., y el ayudante de éste, el doctor Sch., holandés, nos causaron favorable impresión a ambos. Como todo marchaba, al parecer, de acuerdo con lo planeado, decidimos que en el término de unos días el doctor H. volvería a San Petersburgo.

En ese momento era carnaval, y a la noche del día que yo me mudaba al sanatorio iba a realizarse allí un baile de disfraz para el personal y las enfermeras. El doctor H. y yo también fuimos invitados. Al mirar a los bailarines me impresionó inmediatamente una mujer de extraordinaria belleza. Tendría quizás algo más de veinticinco años, o sea algunos más que yo. Eso no me molestaba, ya que siempre preferí las mujeres más maduras. Llevaba el pelo negro azulado peinado con raya al medio y sus rasgos eran tan regulares y delicados que podrían haber sido cincelados por un escultor. Estaba vestida de turca, y como era de tipo decididamente meridional e incluso con algunos rasgos orientales, el vestido le sentaba muy bien y no podría haber sido mejor elegido. Los demás bailarines tenían aire juguetón y a veces payasesco, pero ella mantuvo todo el tiempo su expresión de seriedad, que por más que contrastara con la alegría de los otros, de ningún modo parecía fuera de lugar. Esa mujer me fascinó de tal manera que no dejaba de preguntarme cómo era posible que semejante aparición de *Las mil y una noches* hubiera llegado a estar empleada en un sanatorio de Baviera.

Durante los días que siguieron me fue imposible no pensar una y otra vez en la apariencia exótica de esa enigmática mujer. Como es de suponer, lo primero que quería era saber quién era. El azar vino en mi ayuda, encarnado en la presencia de una señora rusa, de Odesa, que se hallaba en el sanatorio. Fui a visitarla y ella me puso al tanto de la situación del sanatorio, dándome toda clase de informaciones sobre los médicos y los pacientes hasta que, sin que yo se lo preguntara, me habló un poco de la enfermera Teresa, que así se llamaba la mujer de quien yo estaba tan enamorado. Me enteré de que provenía de Würzburg, de que su

padre había sido un próspero hombre de negocios que había perdido toda su fortuna en especulaciones desafortunadas, y que tanto él como la madre —esta última española de nacimiento— habían muerto. Supe también que Teresa había estado casada con un médico y tenía una hija, pero que el matrimonio no había sido feliz y pronto terminó en divorcio. La señora de Odesa comentó también que Teresa era una enfermera muy consciente, a quien médicos y pacientes tenían en gran consideración. La información de que la madre de Teresa había sido española me interesó en especial, porque me daba la clave de sus rasgos acentuadamente mediterráneos.

Mientras tanto, no era mucho lo que quedaba de mi euforia, que me había parecido tan estable. Eso no significaba, sin embargo, que hubiera vuelto a caer en la depresión que había sufrido en San Petersburgo. En tanto que entonces el síntoma principal de mi estado había sido la "carencia de relaciones" y el vacío espiritual que ello me provocaba, lo que sentía ahora era exactamente lo contrario. Entonces la vida me había parecido vacía y todo se me había presentado como "irreal", hasta el punto de que las personas se me aparecían como muñecos de cera o marionetas con cuerda con quienes no podía establecer el menor contacto. Ahora aceptaba plenamente la vida, que me parecía enormemente gratificante, pero únicamente con la condición de que Teresa estuviera dispuesta a entablar una relación amorosa conmigo.

Había venido a Munich para llevar y disfrutar una existencia tranquila y contemplativa en un sanatorio alemán —o por lo menos tal había sido mi idea en San Petersburgo— y ahora, pasados unos pocos días, estaba inesperadamente decidido a zambullirme de la manera más temeraria en una aventura amorosa que requeriría toda mi fuerza y mi energía. Tanto mi propia impresión de Teresa como todo lo que había oído decir de ella me llevaban a la conclusión de que se trataba de una mujer que tendería a evitar cualquier compromiso amoroso y se mostraría especialmente poco inclinada a entrar en una relación con un paciente de la institución donde trabajaba. Por otra parte, ¿cómo podría acercarme a ella sin tener ninguna oportunidad práctica de hacerlo? Sin embargo, cuando uno se encuentra dominado por el apasionado deseo de conquistar a una mujer, todas las consideraciones

racionales pierden importancia. De modo, pues, que sin reflexionar más decidí bruscamente averiguar dónde quedaba su habitación y dejar que el destino se encargara de todo lo demás.

Tan pronto como supe dónde estaba el cuarto de Teresa y más o menos a qué hora solía estar allí, seguí adelante con mi plan. Me escondí en las inmediaciones de su habitación y esperé su llegada. Apenas un cuarto de hora después vi que Teresa venía a su habitación por el corredor, abría la puerta y entraba. No había tiempo que perder y yo tenía que actuar con rapidez. Tomé el picaporte y en un momento me encontré solo con Teresa, en la habitación de ella. Aproveché la oportunidad para decirle cuánto admiraba su belleza y lo feliz que me sentiría si podía encontrarme con ella el domingo siguiente, fuera del sanatorio, para poder decirle lo que sentía a su respecto. Pese a mis tormentosas protestas de amor, Teresa no perdió el dominio de sí y enfrentó con calma el empuje de mi apasionada declaración. La situación debe de haber sido bastante incómoda para ella, ya que en cualquier momento alguien podría haber entrado en la habitación. Evidentemente no veía otra manera de librarse de mí, de modo que terminó por concederme una cita para el domingo siguiente, en el parque del palacio de Nymphenburg, cerca del sanatorio. Como también para mí habría sido desagradable que me descubrieran en el cuarto de Teresa, tenía que apresurarme, y cuando ella se comprometió a verme en el parque salí de su habitación. Dado que la descabellada aventura me había salido bien y tenía la esperanza de encontrarme con Teresa el domingo, me sentí muy satisfecho con el resultado de mi primer intento de conquista.

En ese momento, en el sanatorio nadie sabía que yo me hubiera enamorado de Teresa. Exteriormente, mi vida era similar a la de los demás pacientes. Seguía las indicaciones del doctor y me sometía a la terapia física que en esa época se acostumbraba: baños, masajes, etcétera.

Aparte la señora proveniente de Odesa, se encontraban en el sanatorio un coronel retirado, ruso, y un fiscal del distrito judicial de Tiflis, en el Cáucaso, que estaba con su mujer. El coronel había ocupado algún alto cargo en la Fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo; padecía una grave afección cardíaca y proyectaba, una vez terminado su tratamiento en el sanatorio, ir a pasar los últimos días de su vida en la Riviera. Se quejaba de la

tacañería del Ministerio de Finanzas, que le había otorgado una pensión muy pequeña. "¿Qué es lo que un hombre necesita?", solía preguntarme. "Calma, buena comida, olores agradables...". A decir verdad, muy poco de todo eso se tenía en el sanatorio.

El fiscal del distrito de Tiflis era muy joven para su cargo; tendría entre treinta y treinta y cinco años, y era un hombre esbelto y apuesto, junto al cual su mujer, algunos años más joven, parecía pálida y descolorida. Los dos eran excelentes personas, el marido quizás un poco demasiado reservado, lo que sin embargo armonizaba con su cargo de fiscal de distrito.

"¿Se fijó usted qué hermosa mujer es la enfermera Teresa?", me preguntó a la hora de almorzar la mujer del fiscal de distrito. Como yo no tenía la conciencia tranquila, pasé por alto la pregunta para no ponerme en descubierto.

"Pero parece muy estúpida", acotó el marido, al parecer para anticiparse a las sospechas de su mujer de que él pudiera sentirse atraído por Teresa.

Además de mi estrecho contacto con el fiscal de distrito y su mujer, me hice amigo de la baronesa T., una italiana de Trento. Era difícil decir su edad, porque toda ella irradiaba algo dolorido que quizá le hacía aparentar más años de los que tenía. Alta y magra, de pelo rojo, tenía en los ojos una expresión de tristeza y melancolía que no le impedía estar siempre en buena disposición. Su sentido del humor la convertía en una buena conversadora. Por más que proviniera de Trento, que por entonces pertenecía a Austria, prefería hablar francés, lengua que dominaba con todos sus refinamientos y que hablábamos siempre que estábamos juntos.

El coronel ruso era duro de oído y no hablaba una palabra de alemán, razón por la cual evitaba todo contacto con los demás pacientes. La dama rusa proveniente de Odesa padecía una afección cutánea en el rostro —que se suponía causada por el bromo— y por eso se mantenía constantemente recluida, hasta el punto de hacerse llevar las comidas a su habitación. Vivía en una especie de reclusión voluntaria.

Había también en el sanatorio algunos nombres bien conocidos, por ejemplo la familia del conde Eulenburg, cuyo juicio había provocado un escándalo poco tiempo antes. Entre los pacientes importantes se contaba también el profesor Behring, el descubridor del suero antidiftérico. Sufría una profunda depresión, que se mostraba claramente en su rostro. En ocasiones venía a visitarlo

su mujer, mucho más joven que él, con quien se había casado hacía poco tiempo.

El tan esperado domingo llegó por fin. Teresa había prometido concurrir a nuestra cita en el parque alrededor de las cinco de la tarde, pero yo estuve allí una hora antes. El tiempo era hermoso y soleado, y los jardines del palacio bullían de gente. Para no dejar de ver a Teresa me ubiqué frente al palacio, desde donde fácilmente podía ver las entradas al parque, tanto a la izquierda como a la derecha.

En distintas ocasiones, cada vez que una silueta de mujer se perfilaba a la distancia, creí que se trataba de Teresa, pero cuando se acercaba más me desilusionaba al ver que no se le parecía en lo más mínimo. El reloj del palacio dio las cinco y treinta y después las seis sin que Teresa hubiera aparecido, pero yo me negaba a abandonar la esperanza de que simplemente podía haberse demorado y de que aún iba a aparecer. A medida que el sol iba bajando, mi esperanza se desvanecía gradualmente y sólo cuando ya estaba completamente oscuro decidí abandonar el parque y volver al sanatorio.

Como consecuencia de la desilusión, mi estado de ánimo esperanzado se convirtió en todo lo contrario. Me quejé de ello a los médicos pero, como no quería comprometer a Teresa, no les revelé la razón de mi desdicha y desesperación.

Mis pensamientos seguían girando en torno de Teresa y me reprochaba por no haber comprendido que a causa de su desdichada experiencia amorosa muy bien podía ser insensible a las proposiciones de esa índole, y que se había visto poco menos que obligada a prometer que me encontraría en el parque. Por otra parte, no dejaba de preguntarme cómo podía ser que una mujer tan joven y dotada de tales encantos pudiera renunciar para siempre al amor.

Pero todas esas ideas y reflexiones palidecían ante mi deseo abrumador de poseer a Teresa, y su resistencia no servía más que para aumentar ese deseo. Como no tenía la intención de abandonarla ni era capaz de hacerlo, no me quedaba más remedio que emprender otro "ataque", intentando lograr que Teresa cambiara de opinión.

Durante mi segundo "ataque" le reproché a Teresa que hubiera roto su promesa de venir al parque. Fuera de eso, todo su-

cedió en forma muy semejante a la primera vez y de nuevo recibí la promesa de que se encontraría conmigo al domingo siguiente, esa vez en la ciudad, frente al Palacio de Justicia.

Desde el lugar donde esperé a Teresa al domingo siguiente dominaba una amplia perspectiva en la dirección en que era presumible verla venir. Aquí la situación era muy distinta a la del parque, porque desde ese lado venían hacia mí muy pocas personas, de modo que cuando divisé a la distancia la silueta de una mujer de la estatura de Teresa, mi incertidumbre no fue larga. Esta vez no era un fantasma sino la realidad, y un momento después Teresa estaba de pie a mi lado. La expresión de seriedad se había desvanecido de su rostro y no me pareció tan inaccesible ni tan reservada como antes.

Después de los saludos, le sugerí que hiciéramos un paseo en automóvil por los alrededores de Munich. Sin embargo, como el tiempo era fresco e inestable, ella prefirió caminar un poco por el Jardín Inglés.

Allí nos dirigimos, y Teresa empezó a hablarme de Würzburg, su ciudad natal, de sus padres, a quienes parecía haber sido muy apegada, y de Elsa, su hija de cuatro años. Hablaba en tono muy amistoso y confidencial, para lo cual, después de todo lo que había sucedido antes, yo no me encontraba preparado. Sólo muy brevemente se refirió al fracaso de su matrimonio, pues parecía creer que la señora rusa me había informado de eso. Me produjo la impresión de una persona que se encuentra en perfecta armonía consigo misma y con el mundo que la rodea. No parecía que toda la tristeza que había experimentado la hubiera amargado ni hubiera alterado su equilibrio mental. Ese equilibrio interno, unido a su comportamiento sincero y natural, hizo que me resultara incluso más atractiva que antes, de modo que después de nuestro encuentro Teresa no sólo no había perdido nada a mis ojos, sino que había ganado.

Teresa me habló también de su ascendencia española. Era un relato muy romántico: su padre era alemán, y su abuela materna, una española, se casó por primera vez con un oficial español de quien se decía que había muerto en un duelo. La abuela era cantante, viajaba mucho y se había casado tres veces. Como su tercer marido era alemán, la hija de su primer matrimonio se fue con ella a Alemania, donde posteriormente conoció al padre de Teresa y se casó con él.

Durante la conversación Teresa repitió en varias ocasiones que desde su desdichada experiencia matrimonial quería vivir únicamente para su hija Elsa y para su trabajo de enfermera que le exigía total dedicación. Por lo tanto yo debía dejar de pensar en ella y buscar otra mujer que fuera mejor para mí. Además, yo había venido a Munich a someterme a un tratamiento en un sanatorio y no debía hacer nada que fuera en detrimento de mi curación. Tenía que obedecer exactamente las órdenes de los médicos y procurar mejorarme antes que ninguna otra cosa.

Cuando nos separamos ya era noche cerrada. Como Teresa me prometió que de allí en dos semanas nos volveríamos a ver —ya que ella no estaba libre el domingo siguiente— volví al sanatorio embargado por el júbilo y en el más esperanzado de los estados de ánimo.

El conocimiento de los antecedentes hispánicos de Teresa hizo que en mi imagnación yo la traspusiera no sólo a ese lejano país, sino también a una época muy anterior, en la cual me parecía que ella encajaba mejor que en el presente. Es bien sabido que el enamorado tiende a idealizar no sólo el objeto de su amor, sino también todo aquello que de alguna manera se relaciona con él. De tal modo empecé repentinamente a entusiasmarme por España, que con anterioridad no me había despertado ningún interés. Durante mi psicoanálisis, el profesor Freud se demoró extensamente en mi hispanismo, ya que en su opinión era menester entenderlo en términos psicoanalíticos, cosa que procuraré explicar un poco.

Mi tío Basil, con quien yo había parado en San Petersburgo, había estado casado por primera vez, durante breve tiempo, con una polaca que durante esa época era una de las más destacadas cantantes de ópera de Rusia. Mi tío era su tercer marido, de modo que ella, como la abuela de Teresa, se había casado tres veces. Mi tía política había viajado por diversos países y había pasado algún tiempo en España, donde cantó en la ópera de Madrid.

Cuando por primera vez supimos que íbamos a conocer a nuestra nueva tía, yo tenía unos siete años y mi hermana Ana nueve y medio. Nos intrigaba el hecho de que la gente hubiera hablado de ella durante tanto tiempo sin que nosotros la viéramos

siquiera. Por fin nos dijeron que había llegado y que pronto la conoceríamos. Pocos días después nos llevaron al hotel donde paraba y pasamos varias horas muy agradables con ella. La nueva tía nos recibió con la mayor amabilidad y nos agasajó con toda clase de dulces y golosinas. La visita se nos hizo mucho más emocionante con las historias de su estadía en España y las vívidas y detalladas descripciones de las corridas de toros que había presenciado allí.

Poco después de esa visita el teatro municipal ofreció una representación de *El barbero de Sevilla*, de Rossini, a la cual concurrimos mi hermana y yo. Mi tía cantaba la parte de Rosina en la ópera y a nosotros nos impresionaron profundamente su éxito y las ovaciones entusiastas del público.

Dado que el nombre de pila de mi tía, como el de mi madre, era Alejandra, la interpretación del profesor Freud fue que yo identificaba a mi tía con mi madre. Por otra parte, yo asociaba con España a la nueva tía porque ella nos había hablado tanto del país y de las corridas de toros. Aunque en realidad era polaca de nacimiento, yo la veía como española, y tanto más cuanto que en escena personificaba a una mujer de esa nacionalidad en la parte de Rosina. De tal modo, tras mi hispanismo se ocultaba el complejo de Edipo, el deseo inconsciente de poseer a la madre. Quisiera mencionar que el profesor Freud evaluaba en sentido positivo mis esfuerzos por conquistar a Teresa. Los consideraba una "apertura hacia la mujer", y en una ocasión llegó a decir que se trataba de mi "mayor logro".

Aparte de la conexión de Teresa con España había algo más que me la hacía particularmente deseable. En su libro *Un amour de Swann*, Marcel Proust cuenta que Swann estaba impresionado por el parecído que hay entre Odette y la Zéphora que pinta Botticelli en un fresco de la Capilla Sixtina. El parecido deleitaba a Swann y fue lo que le hizo posible asignar a Odette un lugar en el mundo de sus sueños. En realidad, le confirmaba que su elección era correcta y que estaba de acuerdo con sus normas estéticas. De tal manera, la adoración de Odette parecía justificada y legalizada.

A mí me movía algo similar. Siempre admiré un cuadro de Leonardo da Vinci que representa a una mujer de pelo oscuro partido al medio, conocida en la historia del arte como *La bella Ferronnière*. Yo veía gran semejanza entre ese retrato y Teresa, y

esa semejanza me permitía asociar mi amor por Teresa con mi tendencia a la sublimación artística. Puede que ésa haya sido también la razón de que en mi imaginación la traspusiera no sólo a un país remoto sino a una época pasada.

Estoy seguro de que las amonestaciones de Teresa para que dejara de pensar en ella y me concentrara en mi tratamiento en el sanatorio eran absolutamente serias. Sin embargo, yo no les prestaba oídos porque no se adaptaban a mis planes, y las dejaba de lado como palabras carentes de sentido y de importancia.

Lo único que me parecía importante era el hecho de que Teresa había venido a una cita, había pasado varias horas en amistosa conversación conmigo en el Jardín Inglés y, al separarnos, había prometido que volvería a encontrarse conmigo en el término de dos semanas.

Mi exceso de confianza me llevó incluso a especular sobre la posibilidad de encontrarme con Teresa en privado. Compré varios periódicos y recorrí los anuncios que ofrecían habitaciones en alquiler. No tardé en encontrar lo que buscaba: una habitación en la Kaufingerstrasse, en Munich, que me parecía adecuada para nuestros encuentros. La alquilé inmediatamente y al mismo tiempo encargué una llave extra para que la usara Teresa.

Como en ese momento de nada me quejaba y me hallaba al parecer en el mejor de los estados de ánimo, los médicos estaban muy satisfechos y atribuían esa evidente mejoría a la terapia realizada en el sanatorio. Con frecuencia hacía excursiones en automóvil a los alrededores de Munich, en compañía del fiscal de distrito y su mujer y de la baronesa T. Pasaba las veladas en los salones públicos del sanatorio, jugando al billar y conversando con los demás pacientes. Me encontraba pues en un estado de despreocupada beatitud que, según me parecía, nunca más podría destruirse ni siquiera perturbarse.

Dos días antes de la fecha en que tenía que encontrarme con Teresa se oyó un golpe en mi puerta. Era el cartero, que me entregó un sobre, diciéndome "una carta para usted". Mi dirección

había sido escrita por una mano desconocida e inmediatamente vi que la carta había sido despachada en Munich. ¿Quién podría escribirme? Abrí el sobre: era una carta de Teresa, que cancelaba la cita para el domingo siguiente. El razonamiento era otra vez el mismo: debía renunciar al amor, ya que quería dedicar su vida a su profesión y a su hija Elsa.

La carta me hirió como un rayo. Había estado gozándome en la feliz anticipación de la próxima unión con Teresa y ahora me veía cruelmente arrancado a todos mis sueños y esperanzas. ¿Cómo una mujer podía ser tan sin corazón? En ese momento maldije el día que había cruzado el umbral de ese funesto sanatorio que, en vez de convertirse en un lugar de salvación, había llegado a ser un infierno.

Esa noche me tragué un puñado de tabletas para dormir y a la mañana siguiente me costó despertarme, pero no había sufrido ningún daño real. Durante la tarde desapareció mi somnolencia, dejándome en un estado de vaciedad y desolación sin límites.

Hay un dicho que afirma que ni la tos ni el amor se pueden ocultar. Sin que yo supiera cómo, los médicos se habían enterado de que yo estaba enamorado de Teresa. El doctor Sch. apeló a mi razón y me aconsejó que dejara de cortejarla, ya que en su opinión la cosa no tenía salida. "Sería una lástima para ella también", agregó.

¿Qué me quedaba por hacer?

Me parecía que la única forma de salir de ese callejón era irme del sanatorio lo más pronto posible, y así se lo dije al doctor Sch. Pero ni el profesor Kraepelin ni los médicos residentes quisieron oír hablar del asunto y consiguieron convencerme de que me quedara. Hicieron venir un pintor y un fotógrafo para que me distrajeran. Con el primero iba a hacer retratos y el fotógrafo iba a enseñarme fotografía en colores, que estaba entonces dando sus primeros pasos. No conseguí interesarme en lo más mínimo por ninguna de ambas cosas y no tardaron en ser abandonadas.

Mientras tanto se habían producido algunos cambios en el sanatorio. La baronesa T. se volvió a Trento y el coronel ruso estaba al borde de la muerte. La despedida de la baronesa fue muy cordial; me besó castamente en la frente y yo le di un respetuoso beso en la mano. Ambos prometimos mantener contacto epistolar.

Dos días antes de su muerte, fui a ver al coronel ruso. Su aspecto era espantoso; tenía el rostro, el cuello y las manos cubiertos de grandes llagas que sangraban y supuraban. Era la imagen de la putrefacción de un hombre todavía vivo. Su sueño de pasar la vejez en la Riviera no había llegado a realizarse; en vez del viaje al bellísimo sur, habría de ir en busca de su eterno descanso al cementerio de Munich. Le pregunté al doctor Sch. cuál era el origen de las horribles llagas y me dijo que algunas personas no toleran el tratamiento con yodo que habían intentado con el coronel. Sin embargo, yo sospechaba otra cosa.

Era fácil prever lo que sucedería. Mientras permaneciera en el sanatorio, no podría sustraerme a la tentación de establecer contacto con Teresa. No tardé en persuadirla de que nos viéramos. Primero hicimos un paseo en automóvil hasta Dachau, por entonces un popular lugar de excursión cerca de Munich. (¿Quién podría haberse imaginado en ese momento que esa aldea pequeña y tranquila habría de convertirse en el símbolo de una abominación y un horror tan indescriptibles?) Después le sugerí a Teresa que fuéramos a la habitación que había alquilado en la Kaufingerstrasse. Accedió sin protestar, y pasamos allí una dichosa hora de amor.

Este éxito inesperado hizo que el péndulo de mi estado anímico oscilara vigorosamente en la dirección opuesta. Parecíame de pronto que todo el sufrimiento que había pasado no era, después de todo, tan doloroso y se me presentaba incluso como ampliamente compensado por la victoria final. De tal modo, empecé otra vez a hacer planes y a levantar castillos en el aire. Recordaba que durante el otoño anterior mi padre había pensado que quizá fuera mejor para mí concurrir a la Escuela de Bellas Artes que a la universidad. En ese momento yo había dejado de lado la idea, pero ahora volví sobre ella y pensé que nada podía ser mejor ni más halagüeño que plantar mi tienda en Munich y estudiar en la Escuela de Bellas Artes de esa ciudad. De tal modo podría consagrarme seriamente a la pintura y permanecer al mismo tiempo cerca de Teresa.

Sin embargo, ella no quería que mis sueños se convirtieran en realidad. Otra vez, poco antes de la cita establecida, el cartero —portador de malas nuevas— apareció trayéndome una carta y un paquetito. El paquete contenía la llave de la habitación que yo había alquilado, y la devolución de la llave me dijo mucho más

que la carta de Teresa, pues las razones que me daba eran siempre las mismas y a esa altura yo ya las conocía bastante bien.

Eso era demasiado para mí. Advertía claramente que si me quedaba en el sanatorio esa eterna vacilación no terminaría nunca. No tenía otra posibilidad que irme tan pronto como fuera posible e intentar olvidarme de Teresa.

Una vez más quisieron persuadirme de que permaneciera en el sanatorio para continuar con el tratamiento. El profesor Kraepelin consideraba que ahora era más importante que nunca que me quedara, para superar finalmente mi estado maníaco-depresivo. Parecía totalmente convencido de que los cambios súbitos y violentos de mi estado anímico demostraban la corrección de su diagnóstico, tanto más cuanto que mi padre, a quien el profesor Kraepelin había conocido y tratado, padecía la misma afección.

Pero como para mí la situación era perfectamente clara, de nada sirvieron todos los intentos de hacerme cambiar de opinión. Hice mis valijas sin demora y me fui de la institución, donde había pasado cuatro meses. Me fui a Munich y me instalé en el Hotel Bayerischer Hof.

Era evidente que las cartas alarmantes que yo había escrito desde el sanatorio —sin mencionar no obstante a Teresa— habían preocupado a mis padres en grado tal que mi madre decidió venir a Munich a ver qué era realmente lo que pasaba. No podría haber elegido mejor momento para su viaje, porque precisamente en ese entonces yo necesitaba alguien con quien pudiera hablar con franqueza, exponiéndole mis problemas.

Esperaba que mi madre llegara a Munich en el término de unos días, pero antes de su arribo me apresuré a escribirle una carta a Teresa, diciéndole que me había ido del sanatorio y que pronto me iría también de Munich. Como quería verla por última vez para despedirnos, le pedí que me hiciera una visita en el Bayerischer Hof. Ella accedió a mi pedido, vino a verme al hotel y se quedó toda la noche. Al amanecer, la hora de la despedida había llegado. Para postergar el doloroso momento de la separación, acompañé a Teresa casi hasta el sanatorio. Entonces nos despedimos, "para no encontrarnos nunca más".

Mi madre no tardó en llegar a Munich. Me alegró mucho volver a verla y abrirle mi corazón, pues no había tenido oportunidad de hablar con nadie de Teresa y de todas mis experiencias en el sanatorio.

Como mi madre planeaba pasar más o menos un mes viajando, decidimos ir a Constanza, sobre el lago del mismo nombre. Yo me quedaría allí dos semanas, para después hacer un viajecito a París, donde vivía por entonces mi tío Basil. El hotel en Constanza había sido antes un monasterio, con columnatas y ventanas abovedadas, situado sobre la costa del lago. En el antiguo claustro de forma cuadrada habían plantado un jardincillo. Había aquí un aura de un pasado remoto, y me parecía que el espíritu que había impregnado tan venerable estructura se cernía aún sobre el lugar. Todo esto invitaba a meditar sobre la fugacidad y la futilidad de las pasiones y los esfuerzos humanos y sobre la sabiduría de la resignación.

Al no estar ya solo, sino en compañía de mi madre, me sentía de algún modo seguro y al abrigo de las tempestades a las cuales me había visto expuesto. El dolor, que tan intenso había sido poco tiempo antes, perdió agudeza, cediendo paso a un estado de ánimo caviloso y casi elegíaco; yo me sentí aliviado al ver el término de esos altibajos, de esa oscilación entre una exaltación jubilosa y una mortal desesperación.

El hermoso tiempo de fines del verano era favorable para los paseos en coche que mi madre y yo hacíamos todas las tardes por los alrededores de Constanza, y una vez más empecé a deleitarme en las bellezas de la naturaleza. Durante esos paseos mi madre me contó que mi padre seguía en Moscú pero que planeaba, una vez que regresáramos a Rusia, volver a nuestra finca para que yo me iniciara en su manejo y administración, en la esperanza de que se despertara así mi interés por la agricultura.

Las dos semanas en Constanza pasaron velozmente y después me dirigí a París, donde me encontré con mi tío, con su amigo M. y con otro caballero que había conocido en San Petersburgo. Fue sin duda una suerte para mí encontrarme en una gran ciudad como París, donde el rápido latir de la vida y hasta el espectáculo de las calles me ayudaban a distraerme.

Como es de suponer, le conté a mi tío el enredo amoroso con Teresa. Él consideraba que no era cuestión de "amor" sino apenas de "pasión" y expresó su opinión de que en vista de tantas complicaciones como había habido al comienzo, nada de bueno podría haber resultado de esa relación en el futuro.

¿Qué es lo que se hace si un joven es presa de un amor desdichado o si el objeto de su elección parece objetable para su familia? Se intenta llamarle la atención sobre otras mujeres. De tal modo, mi tío me aconsejó que frecuentara *night clubs* y *cabarets* donde era posible encontrar multitud de mujeres hermosas "para una noche". Mi situación no era para descuidar el consejo, y lo seguí. En cosas como esa, mi tío era muy concienzudo y me dio incluso la dirección de un establecimiento de primera clase en Odesa, donde se podían conocer elegantes damas "de sociedad". Junto con mi tío concurrí varias veces a los teatros de París, donde quedé encantado con las comedias, no sólo por lo interesante e inesperado de las peripecias y giros de la trama, sino también por el brillante desempeño de los actores.

Se acercaba el momento de abandonar París, y mi madre me esperaba en Viena. En ese entonces el viaje de Viena a Odesa tomaba dos noches y un día. Estábamos a punto de salir para la estación del ferrocarril cuando mi madre tuvo un súbito ataque de jaqueca, de tal intensidad que apenas si podía tenerse en pie. Yo sugerí que dejáramos la partida para el día siguiente, pero ella no quiso oír hablar del asunto. Temía probablemente que a último momento yo cambiara de opinión y no quisiera regresar a Odesa. Sin embargo, su aprensión carecía de fundamento, ya que en realidad se podía decir que yo iniciaba mi viaje de regreso a Rusia completamente "curado".

2

Durante el verano de 1908, al volver a Rusia desde el extranjero, sólo nos quedamos unos días en Odesa y seguimos viaje a la finca de mi madre en Rusia meridional. Después de haber permanecido tantos meses fuera de casa, yo estaba contento de pasar el resto del verano en nuestra finca.

El recuerdo de Teresa, con toda su aura de romanticismo, seguía conmigo, pero al pensar en ella ya no sentía dolor. Por el contrario, me alegraba de no ser ya esclavo de mi pasión y de haber vuelto a encontrar mi "yo". Haberlo logrado en un tiempo relativamente corto me parecía cosa encomiable, de la cual tenía derecho a enorgullecerme.

Además de mi madre, en nuestra finca estaban también mis dos tías Xenia y Eugenia, ambas hermanas de mi madre; estaban también mis abuelos maternos. Pese a sus ochenta años, el padre de mi madre gozaba de una salud excelente y conservaba notables aptitudes. Sin embargo, en ocasiones mostraba síntomas psíquicos patológicos que, en opinión de los médicos, se originaban indudablemente en la arteriosclerosis resultante de su edad avanzada. La característica peculiar de sus ataques era que transformaban todos sus rasgos de carácter en los rasgos opuestos. Normalmente retraído, taciturno y tacaño, mi abuelo se transformaba súbitamente en una persona alegre, gregaria y generosa, capaz de confianza ciega y optimismo sin límites. Cuando se encontraba así lo entusiasmaban toda clase de proyectos fantásticos. Recuerdo, por ejemplo, que en esa época lo absorbía la idea de convocar un congreso mundial de esperanto, del cual él iba a ser el presidente.

En cuanto a mi abuela, hacía muchos años que estaba paralítica y necesitaba los cuidados de una enfermera especializada que iba con ella a la finca. La enfermera estaba casada con un tal P., profundamente apegado a su mujer y que solía ir con frecuencia a visitarla a la finca. La señora P. era una mujer robusta y flemática; su marido, en cambio, era un hombrecillo delgado cuyo carácter modesto y servicial lo hacía muy popular. Aunque bordeaba ya los treinta años, estaba inscripto en la Facultad de Derecho de la Universidad de Odesa, donde esperaba recibirse al año siguiente. Como evidentemente mi madre pensaba que la personalidad de P. le permitiría ser un compañero adecuado para mí, me preguntó si yo lo aceptaría como tal. También a mí me agradaba P., así que estuve de acuerdo y su presencia permanente en nuestra finca quedó, por así decirlo, legalizada.

Para completar el cuadro hablaré de la generación más joven. Estaba mi primo Sacha, ocho años menor que yo, y mi prima Jenny, más o menos de la misma edad de Sacha. Ambos nos visitaban con frecuencia y era común que permanecieran bastante tiempo con nosotros. Sacha era hijo de Eugenia, la hermana de mi madre cuyo marido había muerto de tuberculosis en los primeros años de matrimonio, de manera que su hijo apenas si lo recordaba. Después de su temprana viudez parecía que a tía Eugenia no le interesaba nada más que su hijo, por quien se mostraba siempre preocupada, temerosa de que hubiera heredado la fatal enfermedad de su padre. De tal manera, a Sacha no lo educaron

con "mano fuerte", lo que era naturalmente una desventaja, aunque quizá no tan grave como se podría imaginar, ya que era un muchacho despierto e inteligente, afortunadamente libre de cualquier estado emocional neurótico o de cualquier otra forma de patología psíquica, lo que por cierto era un caso raro en nuestra familia. Para seguir con mi historia, Sacha se salvó de la enfermedad de su padre, pero en sus últimos años padeció una diabetes grave.

Jenny era hija del primer matrimonio de mi tío Basil con la cantante de ópera polaca. No habían tardado en divorciarse y él se había casado con una italiana; como dedicaba todo su amor a los hijos de su segundo matrimonio, a Jenny le prestaba muy poca atención. Ella creció al cuidado de su madre, que se movía principalmente en círculos polacos, de modo que Jenny dominaba la lengua polaca tanto como la rusa. Era bonita de cara pero pequeña y, como la madre, tendía a ser regordeta.

Cada vez que Jenny se quedaba en nuestra finca daba largos paseos a la luz de la luna en compañía del maestro de escuela de la aldea, un joven apuesto y agradable. Esa predilección por las caminatas nocturnas tuvo un resultado inesperado. Cuando, después de la primera guerra mundial, la madre de Jenny obtuvo una visa para ir a Polonia y quiso llevarse consigo a su hija, Jenny declaró que quería quedarse en Rusia para casarse con el maestro de escuela, como en efecto lo hizo. Según lo que contaba mi madre, tuvieron muchos hijos y se decía que el matrimonio había sido muy feliz, o tal vez todavía lo sea, si es que los dos viven.

Esperábamos entonces que mi padre llegara de Moscú en unos pocos días. Pero pasaron más de dos semanas sin que llegara y, lo que era bastante extraño, sin que recibiéramos carta de él. Entonces vino un telegrama de Moscú, con la noticia de la repentina muerte de mi padre. Nos informaban que la noche anterior había querido ir al teatro, pero como había una violenta tormenta había regresado al hotel. Al día siguiente lo encontraron muerto en su cama, en la habitación del hotel. Para nosotros la noticia de su muerte era tanto más inesperada cuanto que mi padre no tenía más que cuarenta y nueve años y gozaba de perfecta salud física. No puedo recordar que jamás, ni siquiera un día, se hubiera quedado en casa por un resfrío o una gripe, ni tampoco que nunca

hubiera guardado cama. Es verdad que padecía de insomnio y tomaba regularmente veronal para dormir. Quizá su prematura muerte se haya debido a una dosis excesiva de esa medicina.

El cuerpo de mi padre fue llevado a Odesa para sepultarlo en la tumba de la familia, junto a mi hermana Ana. Como mi padre había ocupado varios cargos honorarios y participado en forma activa en la vida pública, se lo despidió con loas y oraciones funerarias. Mi madre se quedó un tiempo en la ciudad para ocuparse de diversas formalidades, en tanto que yo regresé a la finca al cabo de pocos días.

Dos o tres semanas más tarde recibí una carta de pésame de Teresa. Se había enterado de la muerte de mi padre por intermedio de la señora rusa que estaba en el sanatorio y me escribía para expresar sus sentimientos. La carta era muy amistosa y me sorprendió que hubiera tomado la muerte de mi padre como pretexto para escribirme, ya que pensaba que evitaría toda oportunidad de volver a establecer contacto conmigo. Como me encontraba aún bajo el impacto de la muerte de mi padre, un hecho que resultó de importancia decisiva para mi vida posterior, no le atribuí gran significación a la nota de pésame de Teresa. Me alegró que se hubiera acordado de mí y le escribí también una carta amistosa, agradeciéndole la suya.

Entretanto mi madre había vuelto a la finca. Durante las semanas que siguieron estuvo completamente ocupada con las formalidades del testamento y de la herencia. Había dos abogados que nos visitaban con frecuencia. Las consultas con ellos se efectuaban a puertas cerradas, sin que mi madre me pidiera nunca que tomara parte en las discusiones. Mi madre guardó silencio sobre el contenido del testamento de mi padre y era evidente que no tenía intención de discutir el asunto conmigo, de manera que no me quedó más recurso que interrogarla abiertamente al respecto. Me dijo entonces que el heredero designado era yo, pero que ella sería la beneficiaria de los réditos que produjera la mitad de la propiedad. Yo sólo podría disponer libremente de la otra mitad al cumplir veintiocho años. Como en ese momento tenía veintiuno, eso significaba que, pese a que legalmente era el heredero, en realidad no podía tomar posesión de la finca ni disponer libremente de ella. Por más que las disposiciones tomadas no me entusiasmaran demasiado, hasta cierto punto podía comprenderlas, ya que tenía conciencia de mis estados depresivos y

de la inestabilidad de mi estado psíquico. Lo que no comprendía de la misma manera era el comportamiento de mi madre. Pensaba que, en mi condición de heredero designado, se me debía haber informado sin demora, además de mostrárseme el testamento. Por otra parte, como mi madre me entregaba siempre de buena gana los fondos que necesitaba, no tenía que preocuparme por mi estado financiero y me desentendí de todo el asunto, sin volver a prestar atención al testamento de mi padre. Además, un año después mi tío Pedro, el hermano menor de mi padre, me dejó un tercio de su considerable fortuna.

A pesar de todo, la actitud de mi madre en lo tocante al testamento tuvo algunas consecuencias desagradables para nuestra relación personal. Su actitud de ocultamiento, que me parecía totalmente innecesaria, había herido mis sentimientos, pero me reservé mis reproches y no volví a hablar del asunto con mi madre. Como consecuencia, le transferí parte de la resistencia que había experimentado hacia mi padre, lo que hizo que mi relación con ella, que antes nada perturbaba, se volviera ambivalente. Eso provocó malas interpretaciones y desacuerdos que no habían existido antes. Me daba cuenta de que era yo mismo quien provocaba tales desacuerdos, pero así y todo no podía resistir la tentación de volver, una y otra vez, a poner a prueba el amor de mi madre. Sin embargo, eso sucedió más adelante. En esa época, después de las muchas experiencias que había pasado, lo único que ansiaba era paz y distracción. Busqué mi caja de pinturas y me dediqué con gran energía a la pintura paisajista. Ése fue uno de mis períodos más afortunados en esa actividad.

Cuando, de niño, me permitieron que abandonara las lecciones de violín, se intentó el cambio a la pintura, actividad que encontró mayor éxito que los intentos de convertirme en un virtuoso del violín. Mi padre, recordando que de pequeño había dibujado un poco, decidió que en vez de música tomara lecciones de dibujo y pintura. Mi maestro fue el pintor paisajista G., un soltero de unos treinta y cinco años cuando lo conocí. Era un hombre muy raro, sin amigos ni amigas, que apenas si tenía vida personal y a quien lo único que le interesaba era la pintura. Claro que apreciaba el lado humorístico de la vida y sabía entretener a la gente relatando, de manera concisa y original, pequeños incidentes graciosos que le había tocado observar. Evitaba decididamente todos los aspectos desagradables de la vida y, por ejemplo,

no podía soportar que alguien abordara en su presencia el tema de la muerte. En ocasiones así, se retiraba tan rápidamente como le fuera posible.

Nuestra relación era más la de camaradas que la de maestro y alumno. Cuando G. llegó por primera vez a nuestra casa, todavía era poco conocido como pintor paisajista. Su obra sólo llegó a ser generalmente reconocida en Rusia cuando empezó a enviar sus cuadros a exposiciones en el extranjero. En una exposición internacional que se celebró en Munich obtuvo la medalla de oro y fue miembro del Salón de Otoño de París.

Era característico de su manera de enseñar el que no demostrara ni aprobación ni desaprobación. Eso tenía ciertas ventajas, ya que en general los pintores tienden a elogiar a sus alumnos únicamente si éstos pintan en el estilo del maestro. Como consecuencia el estudiante, esforzándose por complacer al maestro mediante la imitación, pierde su propia identidad e individualidad. Por otra parte, si lo critican es posible que se reduzca el placer que experimenta al dibujar o al pintar. Para mi caso, especialmente después de mis desdichadas lecciones de música, el método de G. era indudablemente acertado. Por más que él mismo trabajara en el entonces predominante estilo *Art Nouveau*, no intentó conducirme en esa dirección ni imponerme sus puntos de vista.

G. pasó algunos veranos en nuestra finca y yo tuve la ventaja de poder pintar con él al aire libre. Esas lecciones nunca duraban más de una hora, con lo que aprendí a captar un momento determinado de la siempre cambiante iluminación del paisaje y a trasladarlo a la tela.

Cuando en el verano de 1908, después de la muerte de mi padre, empecé a pintar por mi cuenta, no tardé en encontrar mi propio estilo en pintura. Ya he hablado de mis intentos infantiles de composición musical. Quizá mediante la pintura haya vuelto a la vida algo que había sido sepultado en mi infancia. Se podría decir que lo único que cambió fue el medio de expresión y que la música se había convertido entonces en pintura paisajista. Puede que haya tenido importancia el que el paisaje hubiera formado parte de mi improvisación en la niñez.

En esa época, mi entusiasmo por la pintura contagió incluso a P., quien siguiendo mi ejemplo tomó los pinceles, por más que jamás hubiera dibujado ni pintado con anterioridad. Solíamos salir

juntos y P., sentándose a mi lado, intentaba reproducir lo mejor que le era posible el paisaje que teníamos delante.

Entretanto había llegado el hermoso otoño de Rusia meridional, con su luz resplandeciente y sus colores maduros y cálidos. Como es de suponer, yo quería aprovechar todo lo posible una estación tan favorable para la pintura, de modo que P. y yo nos quedamos en el campo mucho después que mi madre y todos los demás se habían ido de la finca. Pero cuando el otoño tocaba a su fin, imperceptible al principio pero inconfundible después, con su lluvia constante y el paisaje gris y opaco, no nos quedó más remedio que partir de regreso a la ciudad. Allí mostré mis paisajes a algunos pintores que conocía. Les gustaron mucho y me aconsejaron que sometiera algunas telas al jurado de la Exposición de la Unión de Pintores de Rusia Meridional, que pronto iba a inaugurarse. Las telas que presenté fueron aceptadas y encontraron críticas favorables. Por más que disfruté de ese éxito inesperado, en forma bastante extraña, con mi regreso a la ciudad mi pasión por la pintura se desvaneció.

¿Qué habría sido más lógico en ese momento que decidir que me consagraría por entero a la pintura? Sin embargo, estaba tan acostumbrado a la pintura *au plein air* que la idea de trabajar en un estudio cerrado no me interesaba. Quizá sentía lo mismo que el doctor Zhivago, quien, al decir de Pasternak, consideraba que el arte como profesión era tan inconcebible como la alegría profesional o la melancolía profesional. Tampoco sentía deseo alguno de reiniciar mis estudios de Derecho, de modo que, en realidad, no sabía qué hacer conmigo mismo. Me exprimí el cerebro y pronto pensé que había encontrado la respuesta: decidí seguir el anterior consejo de mi padre, como ya lo había hecho una vez sin éxito, y que iría a Munich a consultar al profesor Kraepelin.

Tan extraña resolución parecíame justificada porque, como ya había sufrido varias depresiones graves y me consideraba un caso hereditario, no podía confiar en las momentáneas mejorías de mi estado. En consecuencia, tenía que orientar todos mis esfuerzos a la prevención de futuras recaídas. Como es natural, no podía suponer que el profesor Kraepelin volvería a recomendarme la internación en un sanatorio en las inmediaciones de Munich, ya

que estaba al tanto de mi relación amorosa con Teresa. Contaba, pues, con que sólo permanecería breve tiempo en la ciudad y pensé que en esa ocasión me encontraría con Teresa, pero no más que de manera casual, ya que estaba convencido de que mi amor por ella pertenecía al pasado y de que no podía haber peligro alguno en que volviéramos a encontrarnos.

En mi viaje a Munich pasé por Viena y me quedé allí dos días. Al llegar a Munich le escribí una carta a Teresa explicándole cuál era el propósito de mi viaje y haciendo referencia a que sólo me quedaría breve tiempo en Munich. Le dije que no me gustaría partir sin haberla visto y que me alegraría que pudiéramos encontrarnos al domingo siguiente. Al otro día fui a ver al profesor Kraepelin, a quien informé de la repentina muerte de mi padre. En cuanto a mí, le dije que en ese momento no me sentía enfermo, pero que no tenía confianza en que mi estado anímico, por entonces satisfactorio, fuera perdurable. Por eso había ido a Munich, para que él me aconsejara sobre lo que debía hacer.

Inmediatamente advertí que el profesor Kraepelin no tenía deseo alguno de recibirme otra vez como paciente, y lo comprendí perfectamente dada la forma en que yo había huido del sanatorio que él me recomendara. No estaba, sin embargo, preparado para su respuesta: "Bien sabe usted que cometí un error", ni para su negativa a darme consejo alguno. Pero yo quería saber, por lo menos, si él consideraba aconsejable que retomara en algún otro sanatorio el tratamiento que había interrumpido en el verano. Al principio no quería tampoco hablar de esto, pero finalmente cedió y garabateó en un trozo de papel el nombre y la dirección de un sanatorio en Heidelberg.

Dos días después me encontré con Teresa, fuimos juntos a una exposición y por la noche hicimos una caminata a orillas del Isar. Después la invité a que fuera a mi hotel, donde se quedó conmigo hasta la mañana siguiente. Esa vez, la despedida no fue "para siempre". Quedamos de acuerdo en que mantendríamos un contacto epistolar.

Yo tenía decidido seguir el consejo del profesor Kraepelin e internarme en el sanatorio de Heidelberg, pero tal cosa no sucedió. Uno o dos días después me desperté en un estado emocional espantoso. Al principio no podía imaginarme qué era lo que causaba tan insoportable sufrimiento, pues no había pasado nada que pudiera justificar una recaída en una depresión tan profunda.

Pero no tardé en darme cuenta de que no podía ser otra cosa que mi deseo y ansiedad de ver otra vez a Teresa, y que mi convicción de haberme curado totalmente de esa pasión no era otra cosa que autoengaño. De tal modo, mi decisión de visitar al profesor Kraepelin en Munich no debía de haber sido otra cosa que un pretexto para encontrar a Teresa.

¿Pero acaso esa decisión no podía haber sido también una reacción demorada ante la muerte de mi padre y un deseo inconsciente de encontrar un sustituto para él? Como había sido mi padre quien, en San Petersburgo, me había enviado a ver al profesor Kraepelin y quien a su vez había estado en tratamiento con él, tal vez Kraepelin fuera el hombre más adecuado para semejante transferencia. En ese caso, su negativa podía haber significado para mí que mi padre, resentido por mi falta de aflicción ante su muerte, no quería tener ya nada que ver conmigo.

Como es de suponer, sólo ahora me vienen a la mente tales posibilidades, ya que en esos días nada sabía de psicoanálisis y por lo tanto me era inaccesible cualquier intento de interpretación. Sin embargo, ya entonces una cosa me resultaba clara: mi esfuerzo por superar mi amor por Teresa sólo podía tener éxito en la medida en que yo creyera que mis esfuerzos por conquistarla estaban desde un comienzo condenados al fracaso. La carta de pésame de Teresa, aparentemente tan inocente, había minado esa creencia. Si ella tomaba la iniciativa y me escribía primero, al parecer yo no era a sus ojos tan poco importante como había pensado. Además, tenía ahora la impresión de que la decisión de ella a renunciar al amor no era tan inconmovible como me había parecido antes. Por otra parte, quizá mi apasionado galanteo había estimulado su vanidad y le había proporcionado alguna satisfacción narcisista. En tales circunstancias, era obvio que me faltaban las fuerzas para resistirme a intentar su conquista.

Tenía pues que tomar una decisión. Teresa había ido a verme, verdad, pero quizás era únicamente porque yo no iba a quedarme en Munich más que unos días. En caso de que me quedara más tiempo, tendría que esperar nuevas resistencias. El recuerdo del verano pasado en el sanatorio y de todo lo que allí había sucedido estaba todavía demasiado fresco para que yo me animara a correr semejante riego. Por otra parte, si seguía el consejo de Kraepelin y me internaba en el sanatorio de Heidelberg, volvería a plantearse una situación similar, porque allí me

sentiría muy solo e intentaría una vez más renovar el contacto con Teresa. En tales circunstancias no tenía otra alternativa que volver a Rusia. Al partir de Odesa me había sentido alegre y liviano de corazón; ahora iniciaba el viaje de regreso, sintiéndome infeliz y desesperado.

Durante el viaje volví a pasar algunos días en Viena. Torturado por la duda y la nostalgia, vagaba sin meta por las calles de Viena, sin sospechar que en la misma ciudad, quince meses más tarde, habría de empezar mi análisis con el profesor Freud. Durante el resto de mi viaje a Rusia no dejé de cavilar sobre la situación en que tan inesperadamente me hallaba y que tan confusa e insoluble me parecía.

De vuelta en Odesa, le conté a mi madre el poco éxito de mi viaje a Munich y la puse al tanto de mi desolado estado anímico. Una y otra vez deliberamos sobre lo que convendría hacer, y finalmente a mi madre se le ocurrió la idea de concertar una reunión en Berlín para consultar al doctor H., que me había acompañado en el viaje de San Petersburgo a Munich. Acepté la propuesta, en primer lugar porque el viaje me llevaría más cerca de Teresa, pero también porque me alegraba escapar de la atmósfera de nuestra casa, que desde la muerte de mi hermana y de mi padre parecía desierta y sombría. Además me complacía la idea de viajar esa vez, ya no solo sino con mi madre y mi tía Eugenia, y de contar también con la compañía de P. El doctor H. aceptó la sugerencia de mi madre y poco tiempo después nos encontrábamos en Berlín.

No sé de dónde había sacado el doctor H. la información, pero en el término de unos días afirmó confiadamente que había encontrado un sanatorio en las inmediaciones de Francfort del Meno, y que pensaba que ése sería el lugar adecuado para mí. De modo que partimos para Francfort, ciudad que, dicho sea de paso, yo ya conocía. El doctor H. y yo iríamos al sanatorio, mientras mi madre, mi tía y P. permanecían en Francfort.

No se podía llegar al sanatorio por tren ni valiéndose de ningún otro medio de transporte público, de modo que tuvimos que tomar un taxi que tardó dos horas completas en llevarnos hasta allí. Desde el exterior, el lugar no parecía tanto un sanatorio como una aristocrática finca solariega que se levanta solitaria

entre bosques y campos. La institución ocupaba un majestuoso edificio en medio de un enorme y hermoso parque rodeado por una alta muralla. Sólo se permitía abandonar ese "territorio" con especial autorización del doctor N., el médico que dirigía la institución y era también su propietario.

Los ocupantes constituían un grupo de gente distinguidísima pero un tanto horripilante. Estaba, por ejemplo, un primo de la zarina (de paso, el único paciente que me dio la impresión de padecer un trastorno psíquico) que a pesar de su relativa juventud se paraba siempre en posición encorvada; jamás decía una palabra, pero sonreía y se frotaba las manos. Todos los demás pacientes parecían gozar de perfecta salud y la mayor parte de ellos eran incluso gente alegre, de manera que yo no podía menos que preguntarme qué era lo que estaban haciendo en esa institución retirada y, hasta se podría decir, "cerrada".

También aquí, como en el sanatorio de Munich, me encontré con algunos compatriotas: una dama de edad, la señora S., a quien acompañaba su hijo, y otra mujer que estaba casada con un profesor a cuyas clases yo había concurrido en la Facultad de Derecho de San Petersburgo. El hijo de la señora S. era un joven de mi edad, muy apuesto, a quien en un primer momento, a juzgar por su aspecto, yo no habría tomado de ninguna manera por ruso, sino por mediterráneo. Estudiaba en una muy selecta Facultad de Derecho, un instituto exclusivo destinado a la formación de los jóvenes que aspiraban a ocupar altos cargos administrativos y judiciales en el régimen zarista. Pese a todo, esos estudios no le agradaban y él se quejaba de que sus padres se los habían impuesto por más que él habría preferido estudiar en la Escuela de Agricultura. La mujer del profesor era una mujercita reseca, de más de cuarenta años, que parecía muy tensa. Las dos señoras adoraban al doctor N. y no dejaban de entonar alabanzas a su respecto. Entre los huéspedes de la institución se contaban también un mexicano y un italiano de apellido Medici. Este último era un hombre pequeño y macizo que usaba bigotes en el estilo del Káiser alemán; parecía encontrarse muy cómodo en la institución del doctor N. Como yo no sabía en esa época que el apellido Medici era bastante común en Italia, le pregunté a S., que tenía cierta amistad con el italiano, si éste descendía de la famosa familia de los Medici de Florencia. S. me contó que a él tam-

bién le había interesado la cuestión, pero que cada vez que había tocado el tema, el italiano lo había eludido con toda habilidad.

Casi todos los días terminaban con una velada danzante que se prolongaba hasta la medianoche e incluso más tarde. Las señoras aparecían con vestidos de noche y los hombres de etiqueta, y uno estaba obligado a concurrir a tales fiestas, quisiera o no quisiera hacerlo.

Una característica especial del instituto era que cada paciente varón era asignado a una señorita, de quien en todos los casos se suponía que era una niña de buena familia. También a mí me dieron una compañera femenina, pero como me tenía totalmente monopolizado la mujer del profesor, que jamás se apartaba de mi lado, mi acompañante se convirtió en una figura decorativa, y después de los primeros días apenas si seguí viéndola.

No sé a qué tipo de tratamiento tenían que someterse los demás pacientes. Por lo que a mí se refería, lo único que me prescribió el doctor N. fueron baños. Era invierno, alguien se había olvidado de cerrar la ventana y mientras me bañaba pesqué un resfrío y un intenso dolor de garganta. Decidí tomarlo como un signo que me enviaba el destino y escapar lo más rápido posible del instituto del doctor N.

Seguía pensando en Teresa, con quien mantenía constante correspondencia, y me irritaba la intromisión de la mujer del profesor. Tampoco me parecía que tuviera ningún sentido permanecer en el instituto. Aproveché la visita siguiente del doctor H. para decirle que por ningún motivo quería quedarme allí. Le pedí que le informara al doctor N. de mi decisión y que tomara todas las disposiciones necesarias para mi partida, de modo que regresé a Francfort con el doctor H.

Sin embargo, antes de partir visité a las dos señoras rusas para despedirme. En esa ocasión se produjo una escena sumamente desagradable. Ambas damas me atacaron, literalmente, y me abrumaron de reproches por haber tomado la "desastrosa" decisión de abandonar el instituto del doctor N. De esa manera, y en la forma más monstruosa, desperdiciaba mi única oportunidad de recuperar la salud. Cuando la señora S. y la esposa del profesor se dieron cuenta de que toda su capacidad de persuasión de nada servía y de que no podrían hacerme cambiar de opinión, se excitaron todavía más. Me acusaron de ingratitud, y la señora S. llegó

incluso a estallar en llanto. Salí de la habitación perseguido por los alaridos de las dos mujeres.

Cuando en el curso de mi análisis con el profesor Freud le describí el instituto del doctor N. y le relaté mi fuga, evidentemente él no quiso hacer ningún comentario despectivo, pese a lo cual observó: "Su instinto no lo engañó. No era para usted."

Cambios de decisiones 1909-1914

Después de haber escapado del sanatorio del doctor N. y de mi regreso a Francfort con el doctor H., dejé que este último decidiera lo que iba a pasar después. Como no era cuestión de que volviera al profesor Kraepelin, el doctor H. me recomendó que consultara al profesor Ziehen en Berlín. Permanecimos pues unos pocos días en Francfort y de allí fuimos a Berlín, donde en compañía del doctor H. fui a visitar al profesor Ziehen. Éste, como Kraepelin, era de opinión que lo mejor para mí sería un largo período en un sanatorio para trastornos nerviosos.

Seguimos pues el consejo del profesor Ziehen y establecimos nuestros cuarteles de invierno para el año 1908 en Schlachtensee, desde donde se podía llegar a Berlín en media hora de tren. El médico que dirigía el Sanatorio Schlachtensee era el doctor K., quien daba la impresión de ser una persona razonable y bastante equilibrada. Los pacientes de su sanatorio gozaban de más libertad que los del doctor N. Cuando completaban el tratamiento diario que se les había prescripto, podían hacer lo que se les ocurriera durante el resto del día. Como es natural, yo vivía en la institución y mi madre, mi tía y P. se establecieron en una pensión, en una casa de campo vecina. El arreglo me resultaba muy agradable, ya que podía hacer excursiones y viajes a Berlín con P., y estaba también en contacto regular con mi madre.

Desde mi última entrevista con Teresa en Munich habíamos seguido escribiéndonos con regularidad, y como ya en esa época

viajar entre Berlín y Munich no constituía un problema, pronto tuve la idea de visitar a Teresa en Munich. Después de haber obtenido su consentimiento, fui hasta Munich para encontrarla. Como era de esperar, no fue ésa la única visita; dos o tres semanas más tarde volvimos a vernos, otra vez en Munich. Como esa vez no se plantearon complicaciones y tanto mi madre como el doctor K. observaron que las escapadas a Munich tenían efectos favorables sobre mi estado anímico, los dos estuvieron de acuerdo en que visitara regularmente a Teresa.

El comportamiento cambiante, incongruente e impredecible que había mostrado Teresa mientras yo estaba en el sanatorio de Munich me había parecido un indicio de que —por lo menos en lo tocante al amor— ella pertenecía al tipo de mujer que en los círculos no profesionales se designa como "histérica". Tanto mi madre, que temía una *mésalliance,* como el doctor K. se esforzaron por fomentar y acentuar esa impresión, y repetidas veces se refirieron a ella como una mujer "con la que ningún hombre podría entenderse". Como eso se me había convertido en una idea fija, yo tenía la sensación de que no era cuestión de casarme con Teresa ni de establecer con ella una relación más íntima, de modo que por segunda vez —pero esta vez de manera decisiva— tendría que superar mi amor por ella. No había contraindicación alguna, o al menos así me parecía, entre esa perspectiva y el hecho de visitar de cuando en cuando a Teresa en Munich. Incluso es posible que la razón por la cual mi madre y el doctor K. no se oponían a esas visitas fuera simplemente porque abrigaban la esperanza de que mis sentimientos hacia Teresa se enfriarían en el curso de las mismas. En realidad, casi fue eso lo que pasó. Hacia la primavera de 1909 mi estado había mejorado tanto que mi madre y yo decidimos regresar a Rusia a fines de mayo. El retorno a Rusia no sólo significaría el término de mi tratamiento en el Sanatorio Schlachtensee, sino también la separación definitiva de Teresa, pese a lo cual mantuve mi decisión sin que ésta tuviera ningún efecto dañino sobre mi estado de ánimo.

Como es de suponer, informamos de nuestros planes al doctor K., y yo justifiqué la decisión de abandonar el sanatorio a fines de mayo argumentando que me sentía otra vez bien y que había superado por completo mi amor por Teresa. El doctor K. aceptó nuestra decisión de dejar el sanatorio, pero expresó grandes dudas en lo tocante a mis sentimientos hacia Teresa, ya que

cuando me preguntó si había encontrado un sustituto para ella tuve que contestarle que no. Es verdad que esa pregunta insidiosa me hizo vacilar un momento, pero no tardé en volver a sentirme completamente seguro de mí.

Teresa me había avisado con anticipación que iba a tener dos semanas de vacaciones que empezarían el 1º de mayo, y yo le había sugerido que las pasara conmigo en Berlín. Me había escrito manifestando que estaba de acuerdo con la proposición, pero como me había defraudado tantas veces en el sanatorio, no dejé de contemplar la posibilidad de que también esta vez apareciera alguna dificultad a último momento, o incluso de que simplemente ella decidiera no venir.

Mis sospechas resultaron justificadas, ya que recibí una carta en la cual, si bien no se desdecía en forma definitiva, Teresa expresaba sus dudas respecto de si debía pasar las vacaciones conmigo en Berlín o con unos parientes de quienes acababa de recibir una invitación. Como yo había esperado ya una carta así, estaba preparado para contestarla cortésmente, pero con frialdad. Respondí que si ella prefería pasar las vacaciones en alguna otra parte, yo no tenía nada que objetar.

Contrariamente a todo lo que yo esperaba, me llegó entonces una apasionada carta de amor de Teresa, en la cual expresaba que no podía esperar más para verme y que en el término de dos días estaría en Berlín. Yo creía haber previsto todas las posibilidades, pero la carta me tomaba totalmente desprevenido. Si la hubiera recibido un año antes, habría representado la realización de mis deseos más caros, pero ahora, después de haber luchado tanto contra mi pasión y de convencerme de que la había dominado, no hacía más que confundir mis ideas y mis sentimientos. Si ahora debía entrar en una relación duradera con Teresa, me preguntaba, ¿de qué habían servido todas las torturas padecidas?

Mis sentimientos eran, pues, muy ambiguos cuando me encontré con ella en la estación de ferrocarril de Berlín. De allí fuimos al Hotel Central, donde yo había reservado dos habitaciones que se comunicaban. Como era la primera visita que Teresa hacía a Berlín, recorrimos las calles principales, mirando las vidrieras, y le mostré los lugares más importantes. Por las noches solíamos ir al teatro o al *music hall.* La visita de Teresa a Berlín transcurría, al parecer, pacíficamente y sin tropiezos. Sin embargo un día, mientras íbamos a alguna parte en automóvil, Teresa se sintió

mal de pronto, y minutos después a mí me sucedió lo mismo. La sensación no duró mucho, pero ninguno de los dos pudo explicar qué la había causado. Más adelante, yo la interpreté como el presentimiento de que se aproximaban dificultades.

Yo había convenido con mi madre que pasada una semana le haría una breve visita en Schlachtensee y después volvería con Teresa. La noche anterior a mi viaje, Teresa y yo fuimos al Wintergarten, un conocido teatro de variedades berlinés. Esa noche yo estaba con una excelente disposición de ánimo y seguí el espectáculo con vivo interés. No sé si Teresa interpretó mal mi interés o si la molestaba el hecho de que yo estuviera de tan buen humor precisamente la noche antes de ir a visitar a mi madre, o si se había dado cuenta del cambio que se había producido en mí y de la ambivalencia de mis sentimientos hacia ella. De pronto se puso hosca y silenciosa y cuando regresamos al hotel me hizo una escena de celos espantosa. Encolerizada, gritó que no quería tener nada que ver conmigo y que al día siguiente se iría de Berlín. No era sólo cuestión de celos; cuando Teresa trajo a colación el asunto matrimonio y yo me mostré evasivo, la pelea se hizo más violenta. Comenzó incluso a empacar sus cosas, pero no llegó muy lejos; poco a poco se fue calmando y apagamos la luz.

Pasé toda la noche despierto, procurando explicarme qué había provocado realmente el estallido de cólera de Teresa y qué era lo que yo debería hacer. Por primera vez me daba cuenta de lo unilateral que había sido hasta entonces mi estimación de la situación. Debía haber considerado con más seriedad lo que a la misma Teresa podía haber estado pasándole durante ese tiempo y qué habían significado para ella mis visitas regulares a Munich. A no dudarlo, en vista de la obstinación con que me había rechazado cuando la cortejaba en el sanatorio, se me hacía difícil creer que Teresa se hubiera enamorado ahora de mí. Por otra parte, debería haberla conocido bastante bien para darme cuenta de lo difícil que le sería meterse en un asunto amoroso pasajero.

La conclusión lógica de todo ello me parecía que, o bien debía unirme para toda la vida con Teresa, o bien abandonarla por completo. Como ignoraba totalmente qué era en realidad lo que había causado su estallido de furia, consideré que era infundado y que demostraba una vez más que no era posible vivir con semejante mujer. Esa noche creí que había dos alternativas: casarme con Teresa, lo que significaría la infelicidad de ambos, o reunir la

fuerza de voluntad necesaria para liberarme por completo de esos vínculos. Por lo menos eso era lo que yo sentía y pensaba en ese momento, de modo que actué en consecuencia.

Lo tremendo era que parecía que el destino me hubiera salido al paso para respaldar mi decisión de llegar a una ruptura definitiva con Teresa: como al día siguiente iba a visitar a mi madre en Schlachtensee, podía ahorrarme una nueva discusión con Teresa y zanjar toda la cuestión por escrito desde Schlachtensee. De tal modo, a la mañana siguiente no le dije palabra a Teresa de mi decisión y partí sin demora. Desde Schlachtensee le escribí una carta de despedida, tomando como excusa mi enfermedad y procurando convencerla de que lo mejor para los dos sería reconocer sin dilaciones la situación y decidirnos a separarnos para siempre. No había acabado de despachar la carta cuando me abrumó la torturante inquietud de haber actuado en forma demasiado precipitada.

Pocos días después tomábamos el tren para Odesa. Para ese momento yo había ido convenciéndome cada vez más de que mi carta de despedida había sido una especie de corto circuito. El hecho de que la desdichada pelea se hubiera producido la víspera de mi visita a mi madre en Schlachtensee había contribuido de manera indudable a la situación. Si ese día me hubiera quedado en Berlín, Teresa y yo nos habríamos reconciliado.

Ahora vi de pronto la situación bajo una luz muy diferente. Al parecer había una contradicción irreductible entre la imagen de Teresa como una mujer caprichosa e histérica y el hecho de que en el sanatorio de Munich fuera considerada y ensalzada por los médicos como un modelo de responsabilidad. ¿No era más probable que la incongruencia de su comportamiento conmigo fuera causada por el hecho de que cada vez que cedía a mi insistencia lo lamentaba más tarde, reprochándose el haber sido infiel a sus principios y a sí misma?

Sin embargo, en mi caso, yo no tenía la capacidad de adaptarme con la rapidez que exigían las nuevas condiciones surgidas. La carta de amor de Teresa había cambiado por completo toda la situación. Yo lo había aceptado de manera intelectual, sin haber sido capaz de elaborarlo emocionalmente.

De tal modo me reprochaba amargamente el haber rechazado a una persona maravillosa y el haber perdido algo precioso; al mismo tiempo me mostraba indigno del gran amor de Teresa.

En ese estado de ánimo, nada habría querido más que arrojar por la borda todas mis decisiones anteriores y volver con Teresa. Sin embargo, entonces no habría tenido que hacerle reproches a ella, sino a mí mismo. ¿Y qué podría haberle dicho para justificar mi comportamiento incongruente? Habría sido igualmente difícil, después de todo lo sucedido en Berlín, explicarle a mi madre mi nuevo punto de vista y llevarlo a la práctica. Pero aparte de todas esas dificultades, los remordimientos que me aniquilaban me habían reducido a un estado de depresión tan profunda que no era capaz de arribar a ninguna decisión ni de participar en actividad ninguna. Y lo peor de todo era que, dado que todos mis esfuerzos por curarme habían fracasado en forma tan deplorable, consideraba que mi estado era absolutamente desesperado y que no había salida alguna.

A mi madre se le ocurrió entonces una idea que al principio me pareció completamente inútil y que sin embargo terminó por conducir al éxito. Me dijo que quería ponerse en contacto con el doctor D., un psiquiatra de "la vieja escuela". Como yo lo conocía y estaba seguro de que no podía ayudarme, el plan no parecía tener sentido. Pero pronto se vio que el anciano caballero no tenía la menor intención de tratarme; simplemente nos aconsejó que consultáramos a su hijo, que trabajaba en su sanatorio. De modo que unos días después nos visitó un hombre menudo, vestido con saco negro y corbata blanca, como acostumbraban en esa época los médicos rusos. Apenas si pasaba la treintena, pero los anteojos con armazón de oro y la rojiza barba recortada le hacían aparentar más edad. Después que el doctor D. hubo escuchado pacientemente mis quejas, me dijo que no había razón para desesperar, ya que hasta entonces me había sometido a tratamientos inadecuados. Me explicó que los conflictos y padecimientos emocionales no se curaban ni con una larga permanencia en un sanatorio ni con la terapia física que allí se practicaba, consistente en baños, masajes y cosas semejantes. Esa era la primera vez que yo escuchaba tal cosa de labios de un especialista médico y me impresionó mucho, ya que yo mismo, a través de mi propia experiencia, había arribado a la misma conclusión.

Diré de paso que es notable que yo haya conocido en ese preciso momento a ese médico, ya que probablemente era la única persona en Odesa que estaba enterada de la existencia de Freud y del psicoanálisis. Es claro que el doctor D. me habló de Freud y de Dubois al mismo tiempo. No pudo describirme la psicoterapia de Dubois, pero había leído las obras de Freud y pudo, por lo tanto, darme alguna explicación sobre el psicoanálisis. En lo referente a Teresa, el doctor D. también fue de opinión que, considerando mi estado anímico en ese momento, era demasiado pronto para tomar una decisión definitiva.

En tales circunstancias me pareció pues que lo único que tenía sentido era empezar un tratamiento llevado según el método de Freud, tal como me lo había bosquejado el doctor D. Por lo tanto me agradó mucho que, sin que yo se lo pidiera, el doctor D. me propusiera precisamente la misma cosa y se ofreciera a venir dos veces por semana a nuestra finca con ese fin. Por motivos de transporte, lo más conveniente le resultaba hacer las visitas alrededor de mediodía para regresar a Odesa en horas de la tarde.

El doctor D. conocía realmente las obras de Freud, pero no tenía experiencia alguna como analista practicante. Yo era el primerísimo paciente que intentaba analizar, de modo que en mi caso el tratamiento se acercaba más a una abierta discusión entre médico y paciente que a un análisis regular en el sentido freudiano. Pero incluso una discusión semejante tenía para mí grandísimo significado, en la medida en que otra vez abrigaba la esperanza de que se me podía ayudar. A diferencia del año anterior, ese año no pinté ni durante el verano ni en otoño, ya que estaba pensando siempre en Teresa, y la única vez que respiraba con libertad era cuando venía a verme el doctor D. y podía hablar las cosas con él.

En el verano de 1909 se produjeron dos muertes que nos afectaron. Una fue la muerte de mi tío Pedro, que sufría de paranoia. La noche antes de que nos llegara la noticia de su muerte yo había salido a caminar con mi primo Gregor, hijo de la hermana mayor de mi madre. Cosa rara, la conversación giró en torno de tío Pedro.

"La gente dice", comentó mi primo, "que pese a su insania tío Pedro goza de perfecta salud y sin duda los sobrevivirá a todos".

A la mañana siguiente Gregor me sacudía para despertarme.

"Despiértate, levántate".

"¿Qué sucede?".

"¿Sabes lo que pasó? ¡Murió tío Pedro".

"¿Qué pasó? ¿Quién murió?".

"Murió tío Pedro. Acabo de verlo en el periódico".

Durante mi niñez yo había querido a tío Pedro más que a cualquiera de mis otros tíos e incluso más que a mis padres. Recuerdo un episodio que probablemente marcó el comienzo de su enfermedad mental. Nuestra casa de campo y su parque ocupaban un lugar bastante desierto en el campo, pero que sin duda no era lo bastante aislado para tío Pedro. Un verano declaró que iba a levantar una tienda más allá del parque, en medio del campo, para pasar todo el verano allí solo. Recuerdo que todos fuimos a visitarlo en su tienda y que celebramos con grandes festejos su cambio de residencia.

La familia y los amigos de tío Pedro empezaron por aceptar sus excentricidades tomándolas en lo que tenían de cómico, y se divertían mucho con su idea de que cualquier mujer soltera estaba preparando sus redes para pescarlo, empecinada en conseguir que él se casara con ella. Cada vez que le presentaban una joven había gran excitación porque inmediatamente empezaba a sospechar planes de matrimonio y maliciosas intrigas. Pero cuando empezó a quejarse de que todo el mundo se burlaba de él, de que las palomas lo miraban e imitaban todos sus movimientos y empezó a relatar toda clase de historias absurdas, todos se dieron cuenta de que estaban ante un caso de enfermedad mental. Lo dejaron vivir en su finca de Crimea, completamente aislado del mundo exterior. Se decía que las vacas, los cerdos y otros animales domésticos eran la única compañía que toleraba y que les permitía compartir su vivienda. Era fácil imaginarse el aspecto que debía de haber tenido la tal vivienda.

Poco después de que nos enteráramos de la muerte de tío Pedro, Teresa me envió un artículo que había aparecido en una revista de Munich con el título de "Un millonario roído por las ratas". Como todo contacto entre el tío Pedro y su medio había sido interrumpido, su muerte no se había descubierto en seguida. Únicamente después de advertir que durante varios días no había tocado la comida que le entregaban en su domicilio se le ocurrió a alguien sospechar que algo debía de haber sucedido, de modo que el cadáver sólo fue encontrado algunos días después de la muerte. Mientras tanto, las ratas habían empezado su obra.

Tío Pedro había muerto soltero y sin dejar testamento, que de todas maneras no habría tenido validez, debido a su insania. Por lo tanto la herencia se adjudicó por sucesión. Según el procedimiento legal, a mí me correspondía un tercio de su finca, debido al hecho de que sólo quedaba un hermano vivo de mi padre y de que los hijos de su difunto hermano mayor sólo tenían derecho a la parte de su padre, que era también de un tercio. El uso de la herencia que yo recibía de mi tío Pedro quedaba totalmente librado a mi discreción.

La otra muerte fue la del pintor G., de cáncer de laringe. Yo había visto a G. cuando pasé algunos días en Odesa y me había contado que algo le molestaba para tragar. Había consultado a un conocido cirujano de Odesa, quien le dijo que tenía un pequeño crecimiento totalmente inofensivo y que volviera a verlo "cuando le quedara bien" para hacérselo extirpar.

Volví a nuestra finca y dos o tres semanas después recibí una carta en la que G. me pedía que le prestara dinero para viajar a Berlín por una operación. Viajé inmediatamente a Odesa y me enteré por mi madre de que ella le había ya prestado a G. el dinero necesario y de que él había salido para Berlín. Pocos días después supimos que G. había muerto después de la operación y que, incluso si ésta hubiera tenido éxito, se habría visto obligado a alimentarse por medio de un tubo durante el resto de sus días. Su cuerpo fue traído a Odesa y enterrado en el Cementerio Viejo, próximo a las tumbas de nuestra familia. Tenía apenas cuarenta y tres años y fue una tragedia que muriera precisamente cuando su estrella empezaba a brillar y el público a apreciar y comprar sus cuadros.

Cuando regresamos a Odesa a fines del otoño, mis conversaciones con el doctor D. continuaron allí. Él tenía sin embargo el buen juicio suficiente para comprender que su propia capacidad no bastaba para llevar a buen término un tratamiento psicoanalítico, de modo que se decidió que el doctor D. y yo haríamos un viaje al extranjero, partiendo después de Navidad. En esa época el doctor D. no estaba seguro de si debía llevarme a ver a Freud o a Dubois, pero como en todo caso durante el viaje a Ginebra tendríamos que pasar por Viena, podríamos establecer contacto con ambos antes de decidir a cuál de los dos se le confiaría mi tratamiento. Un tercer viajero, T., estudiante de medicina que trabajaba en el sanatorio del doctor D., nos acompañaría, aunque

no se habló de cuáles serían sus obligaciones o con qué fin lo llevábamos con nosotros. La simple idea de viajar con el doctor D. al extranjero, así como la perspectiva de atenderme con Freud o con Dubois, había hecho que mi estado emocional mejorara considerablemente ya antes de salir de Odesa.

Cuando llegamos a Viena en enero de 1910 y conocí a Freud, su personalidad me impresionó de tal manera que le dije al doctor D. que ya estaba decidido a que me analizara Freud, de modo que no tenía sentido que siguiéramos viaje hasta Ginebra para ver a Dubois, con lo cual D. estuvo de acuerdo.

Como es de suponer, le relaté a Freud mi tormentosa relación con Teresa en Munich y la visita de ella a Berlín, que había terminado en forma tan inesperada como funesta. Freud estimó que el primer episodio era positivo, pero consideró al segundo como una "huida de la mujer", y de acuerdo con ello, cuando le pregunté si debería volver a Teresa me respondió con un "sí", pero con la condición de que eso sólo se produjera después de varios meses de análisis.

Durante los primeros meses de análisis con Freud se abrió ante mis ojos un mundo completamente nuevo, un mundo que muy pocas personas conocían en aquellos días. Muchas cosas de mi vida que hasta entonces habían sido incomprensibles empezaron a cobrar sentido, a medida que relaciones que habían estado ocultas en las tinieblas comenzaban a emerger en mi conciencia.

Después de haber cambiado varias veces de alojamiento en Viena, nos establecimos cómodamente en una pensión dirigida por una norteamericana casada con un vienés. Como mi análisis con Freud no me ocupaba más que una hora por día, me quedaba tiempo para ocuparme de otras cosas y para ir conociendo mejor los lugares interesantes y los monumentos de Viena. Viena era todavía en ese momento la metrópoli de la monarquía austrohúngara y en el mundo del buen gusto y de la moda su lugar estaba junto a París y a Londres. Oficiales de uniforme y mujeres hermosas y elegantemente vestidas le daban un aspecto característico. Se tenía la impresión de que la gente gozaba allí de la vida y le gustaba vivir bien. El mejor entretenimiento de la época era el ofrecido por "Venecia en Viena",[1] con sus canales y lugares de di-

[1] Se trataba de un sector del Prater, el gran parque de Viena que incluye un parque de diversiones, campos de atletismo, pista de carreras, etcétera. "Venecia en Viena" era un sector donde había restaurantes y teatros de excepcional calidad y otras formas selectas de entretenimiento.

versión, algo que literalmente desapareció de la faz de la tierra después de la segunda guerra mundial. Muchas veces aprovechamos la oportunidad de visitar esos lugares. Tampoco desdeñábamos los juegos de naipes y con frecuencia jugábamos al *wint*,[2] una especie de *bridge*, hasta las dos o tres de la mañana en alguna cafetería vienesa. Entonces se aclaró por fin el motivo de que hubiéramos traído con nosotros a T. El *wint* requiere por lo menos tres personas para poder jugarlo y de no haber estado T. con nosotros nos habría faltado el tercer participante.

Por lo que respecta al doctor D., parecía estar en el rol de *maître de plaisir*, el que decidía cómo y dónde íbamos a pasar las veladas. En ese nuevo rol descubrió un teatro muy especial, donde se representaban piezas humorísticas que caracterizaban al ambiente judío de Viena. Especialmente digno de mención era el popular comediante judío Eisenbach, quien escribía la mayor parte de los *sketches* que se producían en ese teatro.

Algunas noches, aunque muy rara vez, el doctor D. nos comunicaba que quería salir solo. Cuando al día siguiente uno le preguntaba dónde había pasado la noche, relataba alguna historia extraña o bien, con aspecto de obstinación, se negaba a contarnos nada. (Una vez, por ejemplo, nos contó que había ido con una muchacha a una taberna de tercera categoría en los suburbios de Viena. De pronto aparecieron algunas misteriosas figuras masculinas que se sentaron a su mesa. Eso le pareció sospechoso y D. consideró que era preferible retirarse, pero los hombres trataron de impedírselo, diciendo que sería una descortesía dejar a "una dama" en la estacada, de modo que se vio obligado a abrirse paso hacia la puerta revólver en mano.)

De tal modo, el tiempo transcurrió muy rápidamente desde enero de 1910 hasta las vacaciones del profesor Freud, el 1º de julio. Mientras tanto, el doctor D. había mandado de vuelta a Odesa al estudiante T. Como a mí seguía interesándome mucho España, decidimos visitar ese país durante las vacaciones de Freud, que se prolongarían durante dos meses y medio. Accedí al deseo del doctor D. de visitar Ginebra y también París, de modo que nuestra primera meta fueron esas dos ciudades. De París fuimos

[2] El autor dice que el *wint* se llamaba *die Schraube*, "el tornillo", pero me ha sido imposible averiguar de qué juego de naipes se trata. El autor dice que no es el *whist*.

después a Lisboa, vía Biarritz, donde nos detuvimos unos días. Tanto en Ginebra como en Biarritz el principal interés del doctor D. fueron los casinos, que al parecer ejercían sobre él una atracción especial. En Ginebra, por primera vez en mi vida y bajo la dirección del doctor D., me senté a una mesa de baccarat. Tanto allí como en Biarritz jugué con suerte, aunque por el momento no llegué a apasionarme por el juego. Durante el viaje de Biarritz a Lisboa me quejé porque hacía un calor espantoso en los coches del ferrocarril. La reacción del doctor D. ante la expresión de mi incomodidad fue una sonrisa maliciosa y las bien conocidas palabras de una obra de Molière: *Vous l'avez voulu, George Dandin, vous l'avez voulu!*

Como ni en Lisboa ni en Madrid había oportunidad de jugar, y el doctor D. no tenía el menor interés por las galerías de pintura ni por la arquitectura de iglesias y palacios antiguos, empezó a aburrirse e intentó persuadirme de que abandonara mis planes de ir de Madrid hasta el sur de España y de que adelantáramos en cambio nuestro regreso a Viena. El doctor D. era de confesión griega ortodoxa, pues su padre había sido bautizado, pero sus antepasados judíos habían venido de España, y por eso me parecía razonable suponer que la intranquilidad que sentía en ese país tenía raíces inconscientes y estaba vinculada con las persecuciones que los judíos habían padecido en la época de la Inquisición. Le era literalmente imposible esperar que saliéramos de ese país que había sido tan inhóspito para sus antepasados, de modo que por fin no me quedó más remedio que renunciar al viaje a Granada y a Sevilla, que me interesaban especialmente. Volvimos a Viena después de pasar por Barcelona, donde estuvimos unos días.

Tan pronto como Freud estuvo de regreso en Viena, el doctor D. partió para Odesa, de modo que yo me quedé completamente solo en Viena. Como es natural, eso influyó desfavorablemente en mi estado anímico. Durante todo el tiempo me acosaba la idea de cuándo accedería Freud a que yo volviera a ver a Teresa, y estaba continuamente planteándole la pregunta. Recuerdo que una vez —evidentemente era un día que Freud estaba de especial buen humor— levantó ambos manos sobre la cabeza y gritó en tono patético: "¡Hace veinticuatro horas que no oigo el santo nombre de Teresa!".

Mi urgencia de nada sirvió, ya que Freud era de opinión de que todavía no había llegado el momento y debía esperar aún algunos meses. La demora me puso de mal humor y pasado un tiempo mi análisis con el profesor Freud pareció haberse estancado también. Hasta fines de febrero o comienzos de marzo de 1911 no accedió Freud a que yo volviera a ver a Teresa en Munich.

Contraté entonces una agencia de detectives para que intentara descubrir dónde vivía Teresa y me diera su dirección. No tuve que esperar mucho tiempo la respuesta. Me informaron que había abandonado el puesto en el sanatorio y que era dueña de una pequeña pensión donde vivía en compañía de su hija Elsa.

Pocos días más tarde fui a Munich a visitar a Teresa en su pensión. Al verla me sentí profundamente conmovido. Se la veía espantosamente desmejorada y su vestido pasado de moda pendía de un cuerpo tan delgado que apenas si era más que un esqueleto. Daba la impresión de que todo sentimiento hubiera huido de ella, pues se quedó inmóvil en mi presencia, sin entender. ¿Era esa la misma mujer que yo había abandonado en Berlín hacía justamente dos años? ¡Y toda esa miseria y ese sufrimiento los había causado yo mismo con mi comportamiento impulsivo y precipitado!

En ese momento decidí que nunca más abandonaría a esa mujer a quien había hecho sufrir en forma tan terrible. Mi resolución fue decisiva e irreversible, y desde entonces jamás he dudado de que haya sido buena y nunca la he lamentado.

¿Cómo podía ser de otra manera?

Ante mí tengo algunas de las cartas que Teresa me escribió en esa época. Desde entonces han pasado decenios; guerras, revoluciones y dictaduras han cambiado por completo la faz de la tierra; y sin embargo esas cartas, en cuanto son expresión de sentimientos verdaderos y profundos, han sobrevivido a todo eso.

En una de las cartas que recibí de ella poco tiempo después de habernos encontrado nuevamente, me escribía: "Viniste justo a tiempo. De otro modo, mis penas me habrían matado. Ahora me recuperaré, tal vez muy pronto. Pensar en ti me dará fuerzas y me hará feliz. Tienes que darte cuenta de que lo sacrifiqué todo por ti, mi salud, mi amor, mi vida. Pero todo volverá a mejorar si puedo cuidarme un poco. Hasta ahora no hacía otra cosa que trabajar mucho. Ahora, querido, mi buen Sergei, escríbeme pronto unas palabras, que me harán bien...". Lo primero que se necesitaba ahora

era que Teresa se repusiera en cuerpo y alma y que volviera a cobrar fuerzas.

Como es natural, en esa primera entrevista le conté que me estaba analizando con el profesor Freud y que presumiblemente el tratamiento duraría un tiempo bastante largo. Por el momento yo iría a Munich para ver a Teresa y ella podría visitarme de vez en cuando en Viena. Tan pronto como estuviera suficientemente recuperada debía vender su pensión y mudarse a Viena. Mientras tanto, yo buscaría un departamento adecuado para nosotros. Elsa iba a vivir con el hermano de Teresa, radicado también en Munich, e iría a la escuela *Zum Englischen Fräulein*, considerada la mejor escuela para niñas en Munich. Por supuesto, le conté a Freud en qué lamentable estado mental y físico había encontrado a Teresa.

De acuerdo con su naturaleza, Teresa recuperó fuerzas lentamente, pero sin verdaderas interrupciones ni retrocesos. Era sorprendente la forma en que iba, lenta pero incesantemente, aumentando de peso, en que empezaba a interesarse por el mundo que la rodeaba y a encontrar el camino de regreso a sí misma. Después de seis meses se podía decir sin exageración que una nueva vida florecía en ella y que era una vez más tan hermosa y atrayente como lo había sido antes.

Cosa rara, tanto Teresa como yo evitábamos todo lo que nos recordara la tormentosa época en que yo había luchado por conseguir su amor mientras permanecía en el sanatorio de Munich, o la breve visita de Teresa a Berlín, que había terminado de manera tan inesperada como funesta. Pero ella se refirió en una de sus cartas a esos desdichados episodios, imprimiéndole al recuerdo, lo mejor que pudo, el ropaje del verso. He aquí el poema:

Tras una noche amarga y triste
Me desperté dolorida.
¿Por qué me sentía tan rara?
¿Qué sospechaba mi corazón?
Un golpe se oyó en la puerta...
¿Es que podía ser él?
¡Oh, qué no habría dado
porque él regresara a mí!
Pero no, era una carta
que me hirió en lo más profundo.
Entonces pude ver claro

Que todo había sido un sueño.
La vida puede ser así.
Hoy el corazón palpita
lleno de felicidad;
¡mañana su único deseo
es estar profundamente sepultado!
Otra vez quiero estar gozosa
y recuperarme del dolor.
Quiero dedicar mi vida a aquel
por quien sangró mi corazón.

Teresa me envió también otros poemas. En la mayoría de ellos no hablaba de sí misma en primera persona, sino en tercera.

Como ya dije, Teresa iba a vender su pensión y yo tenía que buscar un departamento para ambos en Viena. Por fin logré encontrar uno muy bonito, que daba sobre el canal del Danubio. Todo eso llevó bastante tiempo.

Me habría casado con Teresa sin más demora, si eso no hubiera sido contrario a la regla impuesta por el profesor Freud de que un paciente no debía tomar una decisión que influyera de manera irreversible sobre el curso posterior de su vida. Si quería completar con éxito mi tratamiento con Freud, era necesario que me ajustara a esa regla, de buena o mala gana.[3]

[3] En el otoño de 1970, cuando este libro estaba ya en proceso de publicación, le escribí al Hombre de los Lobos preguntándole si escribiría un artículo en el que evaluara su análisis desde su propio punto de vista, para que apareciera en forma separada después de la publicación del libro. Le sugerí que sería interesante saber qué era lo que sentía que el análisis había hecho por él, qué posibilidades le había abierto y qué era lo que no había podido lograr. Lo que sigue es la parte correspondiente de la respuesta del Hombre de los Lobos, una carta que me dirigió con fecha 23 de octubre de 1970.

"Y ahora llego a la cuestión más difícil, es decir si, después de la aparición del libro, podría escribir un artículo separado, que sería por así decirlo un análisis de mi análisis con el profesor Freud.

"No creo que eso me fuera posible. Pues cuando acudí por primera vez a Freud, la cuestión más importante para mí era si él estaría o no de acuerdo con que yo volviera a reunirme con Teresa. Si, como otros médicos a quienes ya había visto antes, Freud me hubiera respondido con un 'no', sin duda yo no habría seguido con él. Pero como el profesor Freud estuvo de acuerdo en que yo volviera a Teresa —no en forma inmediata, es verdad, pero pronto de cualquier manera— me quedé con él. Este arreglo, en un sentido positivo, del problema que más me preocupaba en ese momento, contribuyó mucho, como es natural, a una rápida mejoría de mi estado anímico. Ese fue

Respecto de ello, recuerdo que una vez, durante esa época, recibí una invitación del cónsul ruso en Viena para que fuera a visitarlo. No tengo idea de cómo llegó a saber mi dirección. Cuando lo vi, me preguntó por qué no concurría a las fiestas de los representantes diplomáticos rusos y no me vinculaba con la colonia rusa de Viena. Claro que yo no podía aceptar las invitaciones del cónsul ruso mientras Teresa y yo no estuviéramos casados, y me excusé invocando mi enfermedad y el hecho de que estaba en tratamiento con el profesor Freud. Aparte de este incidente insignificante que menciono únicamente porque me acordé de él, para Teresa fue muy duro someterse a la regla de Freud por la cual debíamos postergar el matrimonio hasta que yo hubiera terminado mi tratamiento. Sin embargo, nunca lo esgrimió como un argumento contra él.

Yo sabía desde el primer momento que mi madre y Teresa eran caracteres tan diferentes que jamás se entenderían. Por lo tanto, Teresa y yo decidimos que al término de mi tratamiento no estableceríamos nuestro hogar en Odesa sino en el extranjero. Si

---

un factor muy importante, pero que se hallaba en realidad fuera de la esfera de mi análisis con Freud.

"En lo que toca específicamente a mi tratamiento con Freud, en todo psicoanálisis —cosa que el propio Freud recalcaba con frecuencia— desempeña un papel muy importante la transferencia del complejo del padre sobre el analista. Respecto de ello, la situación no podía ser más favorable para mí cuando establecí contacto con el profesor Freud. En primer lugar, todavía era joven y, cuanto más joven es uno, tanto más fácil es establecer una transferencia positiva con el analista. En segundo lugar, mi padre había muerto poco tiempo atrás y la destacada personalidad de Freud vino a llenar ese vacío. De tal modo, yo había encontrado en la persona del profesor Freud un nuevo padre con quien tenía una relación excelente. Y Freud tenía también un gran entendimiento personal conmigo, como hubo de decírmelo con frecuencia durante el tratamiento, lo que naturalmente reforzaba mi apego hacia él.

"Debo decir también que cuando consulté a Freud a comienzos de 1910, mi estado emocional ya había mejorado mucho por influencia del doctor D., el viaje de Odesa a Viena, etcétera. En realidad el profesor Freud no me vio jamás en un estado de depresión realmente profunda, tal como el que padecía, por ejemplo, cuando fui a ver a la doctora Mack.

"De modo que durante mi prolongado análisis con Freud hubo dos factores que ejercieron sobre mí una influencia favorable, pero que son muy difíciles de estimar con respecto a la parte que les cupo en el logro del resultado final. Quedan, por consiguiente, como especulaciones generales que no serían de gran valor y no justificarían un artículo por separado."

así hubiera sido, jamás se habrían producido las rencillas entre mi madre y Teresa y todos nos habríamos ahorrado muchas cosas. Desdichadamente, terminé mi análisis con Freud en el preciso momento del asesinato del príncipe de la Corona austríaca y la primera guerra mundial, que sobrevino tras ese acontecimiento, arruinó todos nuestros planes.

Después de mi análisis 1914-1919

El final de mi análisis con el profesor Freud coincidió con el asesinato del príncipe de la Corona austríaca, el archiduque Francisco Fernando y su esposa, la duquesa de Hohenberg. Ese funesto 28 de junio de 1914 era un domingo sofocante y bochornoso. Yo había salido a caminar por el Prater, recorriendo mentalmente los años pasados en Viena, tan interesantes y durante los cuales había aprendido tanto.

Poco antes de terminar mi tratamiento Teresa había venido a Viena y los dos juntos visitamos a Freud. Yo no había esperado que Teresa le produjera una impresión tan favorable. Estaba encantado con ella e incluso destacó que se había hecho de ella una imagen errónea y que en realidad "parecía una zarina". No sólo era evidente que su aspecto lo había impresionado (ya que al parecer dudaba de que Teresa fuera en realidad la hermosísima mujer que yo le había descrito), sino que le agradó también su modalidad seria y reservada, de modo que mi intención de casarme con ella contaba ahora con su total aprobación.

Como todo parecía marchar a las mil maravillas, volví de mi paseo por el Prater con ánimo muy esperanzado. Apenas si había entrado en mi departamento cuando la mucama me entregó la edición extra del periódico, donde se anunciaba el asesinato de la pareja de archiduques.

Al día siguiente, cuando visité a Freud para despedirme, hablamos como era natural de los sucesos del día anterior. La observación del profesor Freud (quien, a decir verdad, era ajeno a la

vida política) en el sentido de que si Francisco Fernando hubiera llegado al poder se habría producido probablemente una guerra entre Austria y Rusia pone de manifiesto hasta qué punto no se sospechaba entonces que el asesinato del archiduque en Sarajevo habría de desencadenar la primera guerra mundial.

Permanecí unos días más en Viena, adonde arribaron entretanto los despojos mortales de la pareja asesinada, que iban a ser enterrados en la capilla del Castillo Artstetten, propiedad privada del archiduque. Me enteré por los periódicos de que los dos ataúdes pasarían por la Mariahilferstrasse a las once de la noche, camino a la estación de ferrocarril del oeste. En un taxi me hice llevar hasta la Mariahilferstrasse, donde ya muchos coches y automóviles esperaban el paso de la procesión funeraria. Llovía, y por fin, a la oscilante luz de las antorchas, vi dos carrozas fúnebres, una de las cuales seguía a la otra a considerable distancia. Me dijeron que tal cosa respondía a la finalidad de demostrar que el archiduque estaba casado con alguien que le era inferior por su nacimiento. Las carrozas que llevaban los ataúdes se movían rápidamente, lo que daba la impresión de apuro y de una perceptible falta de ceremonia. Sólo la desacostumbrada hora de la noche y la presencia de los agregados militares de las potencias extranjeras que seguían a las carrozas indicaban que no eran mortales comunes los que así empezaban su último viaje.

Dos o tres días después me fui de Viena. Me dirigí primero a Bad Tölz en Baviera, donde Teresa y su hija estaban tomando baños. Teresa y yo proyectábamos casarnos en otoño y no teníamos idea de que una guerra podía desbaratar todos nuestros planes. Yo iba a pasar el verano en nuestra finca de Rusia meridional y Teresa y su hija se quedarían con sus familiares en Munich.

Me quedé una semana en Bad Tölz y después fui a Berlín vía Munich. En Berlín, dominada ya por violentos sentimientos antirrusos, me esperaban mi madre y su hermana mayor; desde allí volveríamos a Rusia. Cuando hablábamos ruso por las calles, los peatones nos dirigían miradas hostiles y algunos llegaban a amenazarnos con el puño. Nuestro hotel, en la avenida Unter den Linden, estaba a pocos metros de la Embajada rusa, y durante la última noche que pasamos allí nos despertaron repetidas veces los gritos de las turbas que prácticamente pusieron sitio a la Embajada. Pocas horas después de que nuestro tren cruzó la frontera rusogermana nos enteramos de que habían estallado las hostilidades.

Una vez que regresamos a Odesa mi madre dispuso, como era su costumbre, que se rezara una misa en la iglesia. Como mi madre quería expresar de ese modo su gratitud por el éxito de mi tratamiento, en la misa no había de ser omitido el profesor Freud, de modo que el sacerdote ortodoxo oró solemnemente por el bienestar de "Sigismund", pensando probablemente que se trataba de algún miembro de nuestra familia.

Ahora que había estallado la guerra entre Rusia y Alemania y que Teresa y yo estábamos separados por ejércitos y trincheras, ¿cómo podríamos concretar nuestros proyectos matrimoniales? Pese a todo, yo no abandonaba la esperanza de que en alguna forma resultara posible conseguir que Teresa llegara a Odesa. Lo hablé con mi madre, que al principio se oponía a mi casamiento con ella y que incluso me había elegido otra novia, naturalmente a su gusto. Finalmente se dio cuenta de que no iba a ser posible apartarme de mi decisión de casarme con Teresa y accedió. Incluso se mostró dispuesta a hablar del asunto con nuestro abogado y a encargarle que hiciera todo lo que estuviera a su alcance para conseguir un permiso para que Teresa entrara en Rusia.

A mí no me quedaba otra cosa que tener paciencia y esperar. Como no tenía hermanos, pertenecía a la categoría de los "hijos únicos" que, de acuerdo con la ley imperante entonces en Rusia, estaban exentos del servicio militar y no tenía que incorporarme al ejército. De tal modo, nada me impedía pasar el verano en nuestra finca y mucho me alegró que esos meses transcurrieran en un medio que me era tan familiar. Nuestra finca era muy hermosa: una espléndida casa de campo que parecía un castillo, rodeada por un antiguo parque que iba confundiéndose poco a poco con los bosques. Había un estanque bastante grande como para considerarlo un lago.

La campiña de Rusia meridional, donde yo había crecido, ejerció siempre gran fascinación sobre mí. Si uno recorría en coche o a caballo los campos y pantanos durante un día caluroso y seco, se encontraba con pequeños espejismos de agua y de árboles que desaparecían súbitamente para después reaparecer en otro lugar del horizonte. En ese paisaje me impresionaban como especialmente bellas las puestas de sol, cuando el astro, hundiéndose cada vez más, arrojaba su último resplandor y un colorido uniforme envolvía la llanura, haciendo que desaparecieran todos los detalles que distraían la atención.

Mi madre estaba tiernamente apegada a su familia. Tres de sus hermanos habían muerto en su primera juventud y esas muertes representaron, al parecer, un rudo golpe para su joven espíritu y le dejaron profundas huellas. Era frecuente que hablara de sus hermanos, el menor de los cuales había muerto a los ocho años. Recuerdo muy bien que mi ánimo infantil estaba profundamente impresionado por su historia, especialmente por el hecho de que, anticipando su muerte inminente, el niño hablaba de ella con tranquilidad y resignación; en la víspera de su muerte le pidió a mi madre que distribuyera entre los mendigos las monedas de su pequeña alcancía.

Entre todos los familiares vivientes de mi madre, la más cercana a ella era Eugenia, su hermana menor. De joven, Eugenia había perdido a su marido, muerto de tuberculosis, y desde entonces vivía con nosotros junto con su único hijo, Sacha, ocho años menor que yo. Eugenia era una persona tranquila a quien nada le interesaba, salvo su hijo, y solía pasarse el día entero sentada en el sofá, fumando un cigarrillo tras otro. Tía Eugenia poseía una pequeña finca en el norte del Cáucaso y con frecuencia iba allí con su hijo a pasar parte del verano.

Como Sacha había crecido tan próximo a nosotros, yo lo consideraba como mi hermano menor. Sentía gran afecto por ese muchacho vivaz e inteligente, a quien le interesaba la literatura y que escribía poemas, algunos de los cuales llegaron a publicarse. Rubio y de cabello ondulado, Sacha tenía todo el aspecto de un "esteta".

En 1914 yo no tenía idea de que Sacha estaba a punto de casarse, y cuando mi madre me dio la noticia, me sorprendió. Me enteré de que su prometida era la hija de un profesor de matemáticas que vivía en un pueblo bastante próximo a la finca de tía Eugenia. Como el profesor, su mujer y su hija Lola solían pasar las vacaciones en la propiedad de mi tía, Sacha y Lola se conocían desde la infancia.

Se esperaba que ambos llegaran pronto, ya que la boda iba a realizarse en nuestra finca. No puedo decir que la primera vez que vi a Lola cuando llegaron me haya parecido muy atractiva. Tenía el pelo de color rubio ceniza y sus ojos azules eran grandes y bellos, pero su rostro me parecía demasiado largo y regordete. Al conocerla mejor, la impresión que me había causado se hizo más favorable; estaba siempre de buen humor, su inteligencia era más

que mediana y era muy accesible a la conversación. A decir verdad, como no tenía más que diecisiete años, podía decir cosas bastante infantiles, pero que muchas veces resultaban divertidas.

Yo pasaba casi todo el día en compañía de Sacha y de Lola, y la vida en la finca empezó a parecerme más variada y entretenida. Encontraba a Lola mucho más bonita que antes. La boda no tardó en celebrarse en la iglesia de la aldea.

Ya desde el comienzo de nuestra relación, Lola había dado signos de que yo le gustaba mucho. Al principio interpreté esas manifestaciones de apego como la expresión de sentimientos puramente amistosos, pero pronto observé que el comportamiento de Lola conmigo excedía en mucho lo que se podría considerar una inofensiva amistad. Las miradas significativas y seductoras que me dirigía, sin preocuparse por la presencia de Sacha, hablaban un lenguaje tan claro que no dejaba lugar a equívocos. El hecho de que mi primo no diera muestras de celos no me sorprendía menos que el comportamiento de Lola, que después de todo apenas si acababa de salir de la niñez y de casarse con un joven simpático y agradable. Yo me preguntaba qué podía significar todo eso y cómo iría a terminar.

La pareja proyectaba viajar en un futuro próximo al Cáucaso a visitar a los padres de Lola, y yo me dije que de ese modo todo llegaría naturalmente a su fin. Además, abrigaba la esperanza de que fuera posible conseguir el permiso para que Teresa entrara en Rusia y pensaba que después de su llegada y de nuestro matrimonio, esa sola circunstancia bastaría a poner término a los avances de Lola.

Uno o dos días antes de que Sacha y su mujer partieran hacia el Cáucaso, me encontré casualmente con Lola en una habitación en penumbra. Me echó los brazos al cuello, me besó apasionadamente y escapó. Muchos años más tarde mi madre me contó que jamás hubo relaciones conyugales entre Sacha y Lola. Mi madre pensaba que Sacha, que la había conocido desde la infancia y siempre la había considerado como una compañera de juegos, no abrigaba hacia ella más que sentimientos fraternales.

Más adelante Sacha y Lola se divorciaron y ambos volvieron a casarse; todo eso no impidió que siguieran siendo amigos. Se decía que el segundo matrimonio de Sacha había sido muy feliz. En cuanto a Lola, se adaptó a las nuevas circunstancias y se con-

virtió en actriz. Aparentemente tuvo mucho éxito en la escena. A los treinta y seis años murió de un cáncer de mama.

Apenas si habría pasado una quincena desde la partida de Sacha y de Lola cuando nuestro apoderado me notificó que había conseguido el permiso de entrada para Teresa. No había sido cosa fácil, me contó, porque Teresa era considerada extranjera enemiga, pero se habían superado todas las dificultades y al día siguiente teníamos que presentarnos en el palacio de gobierno, donde el gobernador me entregaría personalmente los papeles que le permitirían a Teresa entrar a Odesa. El gobernador nos recibió con la mayor cortesía y parecía comprender sin reservas mi solicitud. Incluso tocó una nota lírica, señalando qué triste era que las complicaciones políticas dieran como resultado la separación de dos almas amantes.

Después de haber impartido su paternal bendición a nuestro matrimonio, por así decirlo, se sentó a su escritorio y firmó el papel que me presentó después solemnemente. Yo no tenía más que enviárselo a Teresa, lo que no era muy difícil pues el servicio de correos a Alemania se mantenía abierto por la vía de los países neutrales.

Despaché el permiso y pocas semanas más tarde Teresa llegó sana y salva en un pequeño barco de pasajeros que seguía haciendo el recorrido entre Odesa y el pequeño puerto rumano de Galati. Casualmente, al subir al barco, sus papeles habían sido examinados por un oficial ruso que se presentó diciendo que había sido compañero mío en el colegio, pero cuyo nombre Teresa no pudo retener.

Al principio parecía que Teresa y mi madre iban a establecer una buena relación. Pero desde el primer momento me había preocupado un poco la capacidad de Teresa para adaptarse a la vida en nuestro círculo familiar y a un medio que le era completamente ajeno. Ella venía de una pequeña ciudad del interior de Alemania. Su padre, comerciante acomodado, había perdido toda su fortuna en desdichadas especulaciones. Presionada por su familia, se había casado con un hombre de buen pasar que sin embargo era muy mala pareja para ella, y no tardó en divorciarse. A eso siguieron otras desdichas: perdió a su madre y pocos días después también murió el padre. La perspectiva que Teresa había adquirido en su hogar paterno se originaba en un fondo completamente distinto del nuestro y a veces podía parecer realmente no terrenal.

Nos casamos poco después de su llegada a Odesa. Mientras íbamos a casa en el coche Teresa me aferró la mano, me besó y dijo con voz estrangulada: "Te deseo gran felicidad en tu matrimonio". Sus palabras me chocaron por lo raras. ¿Por qué hablaba de "tu matrimonio" y no de "nuestro matrimonio", como si yo no me hubiera casado con ella sino con otra mujer?

Teresa había llegado a Rusia en el momento más desfavorable. La guerra entre Rusia y Alemania acababa de empezar y todo el mundo estaba lleno de odio hacia todo lo que fuera alemán. Y, lo que empeoraba las cosas, Teresa no hablaba una palabra de ruso, ni tampoco sabía francés, lo que habría aflojado un poco la situación. Su única ventaja era su aspecto decididamente meridional, ya que cualquiera la habría tomado por italiana o española, pero nunca por alemana.

Para complicar más las cosas, Sacha y Lola no tardarían en regresar de su viaje al Cáucaso. Yo me preguntaba cómo podrían armonizar jamás dos seres humanos tan diferentes como Teresa y Lola; me reprochaba también por haber tomado tan a la ligera los avances de Lola. Desdichadamente, mis aprensiones resultaron más que justificadas. El primer encuentro entre las dos mujeres resultó incomodísimo para mí.

Tanto Sacha como Lola saludaron muy fríamente a Teresa, y mi primo, pese a que sabía algo de alemán, no hizo el menor intento de hablarle. Lola pareció no advertir siquiera su presencia. Se dirigió inmediatamente a mí, y toda su actitud señalaba que no tenía intención alguna de abandonar sus manejos seductores.

Pocos días después volvió a iniciar sus antiguas miradas de coquetería cada vez que le parecía que Teresa no la observaba. Como es de suponer, a Teresa no podía pasarle inadvertido su comportamiento, con el resultado de que hizo una escena de celos y terminó por declarar que no podía seguir viviendo bajo el mismo techo que Lola. Acusó a mi madre y a mi tía Eugenia de tolerar pasivamente los manejos de Lola y de dejar que ésta las indujera a ponerse de parte de ella. Lamentablemente yo también tuve que admitir que tanto mi madre como mi tía dejaban que Lola hiciera lo que quería y se negaban a darse por enteradas de su comportamiento provocativo.

Era obvio que la situación no podía prolongarse y decidí hablar abiertamente con mi madre al respecto. Sin embargo ella no quiso abordar el tema; se limitó a tratar de calmarme e intentó que todo el asunto pareciera inofensivo e insignificante.

Después de ese episodio le dije a mi madre que Teresa y yo nos iríamos de viaje por varios meses y que esperaba que mientras tanto mi madre encontrara un alojamiento adecuado en la ciudad para tía Eugenia, Sacha y Lola. Mi decisión de irme de Odesa con mi mujer hizo que mi madre terminara por acceder a mi propuesta, y me prometió que a nuestro regreso Lola ya no volvería a aparecer en casa. Teresa y yo pasamos los meses de invierno en Moscú, donde ella se sentía mucho mejor que en Odesa. El clima continental de la ciudad parecía mucho más benigno para los resfríos y bronquitis que permanentemente la afligían que el clima suave pero marítimo de Odesa.

A Teresa le entusiasmaba el Kremlin, con sus antiguas iglesias y torres, y le gustaban incluso los cuervos que describían círculos por encima de ellas. Le parecía que armonizaban con el paisaje y le daban vida. Con frecuencia íbamos al Teatro de Arte de Moscú, que a Teresa le gustaba mucho. En realidad, poco después de haber llegado a Odesa mi mujer había empezado a estudiar ruso con gran dedicación y persistencia, y había llegado ya al punto en que podía seguir fácilmente la acción en el escenario. En Moscú redobló sus esfuerzos, de modo que cuando regresamos a Odesa para la primavera ya podía mantener con relativa facilidad una conversación en ruso.

Yo no había abandonado la idea de graduarme en Derecho y de obtener el diploma para ejercer, por más que hubiera interrumpido mis estudios en la facultad en la primavera de 1908, cuando había ido a Munich a ver al profesor Kraepelin. El curso normal de Derecho en una universidad rusa duraba cuatro años, después de los cuales se podían rendir los exámenes nacionales; una vez aprobados, uno tenía los mismos atributos que un abogado de Austria o de Alemania. Pero si uno no había completado los cuatro años, como en mi caso, o había estudiado en el extranjero, se podía igualmente dar los exámenes nacionales como "externo", tal como se decía, con lo que se alcanzaban los mismos derechos y el mismo diploma que si uno hubiera estudiado los cuatro años en una facultad de Derecho rusa. La condición era haberse graduado en un secundario humanista ruso y haber aprobado allí los

exámenes de ingreso a la universidad. Además, para presentarse a rendir como externo era necesario tener un permiso especial del Ministerio de Educación de San Petersburgo.

Mientras estaba en Viena analizándome con Freud (lo que duró varios años), había convenido que un estudiante que viajaba a Viena me trajera todos los libros necesarios para los cursos de la Facultad de Derecho de Odesa, y entonces empecé a prepararme para rendir los exámenes nacionales en la Universidad de Odesa. Ahora, durante el invierno de 1914-1915 que pasé con Teresa en Moscú, tenía la paz de espíritu necesaria para prepararme y rendir los exámenes en la primavera siguiente. Después de haber obtenido el permiso del Ministerio de Educación, y una vez que mi mujer y yo regresamos a Odesa, aprobé los exámenes nacionales en Derecho en la Universidad de Odesa.

Como los exámenes que había rendido en años anteriores ya no eran válidos, tuve que rendir por segunda vez las mismas materias. En total rendí examen de dieciocho materias diferentes, lo que representó un verdadero esfuerzo. Pasé muchas noches estudiando, bebiendo cualquier cantidad de café fuerte y muchas veces sin dormir más que una hora o algo así. Recuerdo que pocos días después de haber aprobado con éxito los exámenes me atacó repentinamente un insoportable dolor de cabeza que sin embargo no tuvo consecuencias graves.

Yo no era en modo alguno el único externo que rendía exámenes en la Facultad de Derecho de Odesa en 1915. En ese momento regía en las escuelas y universidades rusas el *numerus clausus*, y los judíos no podían pasar del diez por ciento de los estudiantes. Por lo tanto podía suceder que aunque se hubiera graduado en un secundario humanista, un joven judío no pudiera continuar sus estudios en una universidad rusa porque la cuota del 10 % de judíos estaba cubierta. Podía sortear el obstáculo estudiando en alguna universidad extranjera y rindiendo luego exámenes como externo en Rusia. Si aprobaba los exámenes de Derecho obtenía su diploma para ejercer la profesión de abogado en toda Rusia, pero seguía estando excluido de los puestos de la administración pública. En la Rusia zarista el antisemitismo no se dirigía contra la "raza judía", como sucedió posteriormente en la Alemania de Hitler, sino más bien contra la religión judía. Si un judío se bautizaba y abrazaba la fe ortodoxa, ya no se le aplicaban las restricciones de los derechos judíos ni el *numerus clausus*.

A nuestro regreso de Odesa, como nuestra casa había sido declarada terreno vedado, Lola no volvió a aparecer y únicamente Sacha venía de vez en cuando a verme. Así y todo, la relación entre Teresa y mi madre nunca llegó a mejorar.

Durante nuestra ausencia mi madre se había apegado más aún a su hermana, a Sacha y a Lola y solía pasar casi todo el tiempo con ellos. Como yo siempre me había entendido muy bien con mi madre, ese alejamiento me causó mucha pena. La situación se agravó cuando Teresa tomó a una anciana señorita de origen alemán como compañera y profesora de ruso. Esa mujer, herida por la atmósfera general predominantemente antialemana, no era lo más indicado para suavizar los sentimientos entre Teresa y mi madre.

Me sorprendió observar lo bien informada que estaba Teresa de todo lo que sucedía en el otro campo. Jamás se cansaba de citar las observaciones hirientes con que mi madre se había referido a ella, de hablar de los regalos que le hacía a Lola y cosas semejantes. Todos mis esfuerzos por convencerla de que no tenía sentido prestar atención a esas cosas y demorarse constantemente en ellas fueron inútiles. De nada sirvió tampoco que le señalara que mi madre le había dado a ella, a Teresa, presentes más costosos para las fechas importantes, entre ellos piezas valiosas de su propia colección de alhajas. E incluso cuando Teresa se portaba bien y contribuía juiciosamente al manejo de la casa, lo único que conseguía era agregar leña al fuego, pues mi madre lo consideraba como una intromisión en sus dominios, por más que ella misma no se preocupara demasiado de los asuntos domésticos y dejara todo en manos de nuestra ama de llaves, que tampoco era demasiado eficiente. El entretenimiento favorito de mi madre era la lengua inglesa, a la que se consagró con gran dedicación durante muchos años y cuyo dominio se había fijado como meta.

No tardé en abandonar el intento de restablecer la paz doméstica, ya que tanto mi madre como Teresa consideraban mis esfuerzos como pruebas de parcialidad hacia la respectiva rival, lo que no hacía más que empeorar las cosas. Para completar todo, los familiares de Teresa nos hicieron saber que —así se plantearon las cosas en ese momento— Elsa había enfermado de neumonía y la habían llevado a un sanatorio para enfermedades pulmonares. Teresa reprochaba a los parientes en cuya casa vivía Elsa el no haber cuidado bien a la niña, y se torturaba reprochándose por no

haber cumplido con su deber de madre y haber sacrificado a Elsa por mí.

Hacia fines de 1916 la crisis interna de Rusia fue agudizándose cada vez más. Era públicamente sabido que Rasputín presionaba para conseguir un tratado de paz por separado con Alemania, que su influencia sobre la zarina iba en aumento y que designaba y destituía discrecionalmente a los ministros del gabinete. Asesinado por el príncipe Yusupov, su muerte fue el punto de partida de los sucesos que siguieron. Poco después del asesinato de Rasputín, Kerenski pronunció un discurso en la Duma, acusando públicamente a la zarina de simpatizar con Alemania. Había estallado abiertamente el conflicto entre el gobierno y la Duma.

El gobierno exigió que Kerenski fuera sometido a juicio, pero la Duma lo respaldó y se negó al juicio esgrimiendo su inmunidad como diputado. No se quería que nada de eso se publicara, y el periódico de Odesa aparecía con grandes columnas en blanco, de modo que nadie supiera lo que sucedía realmente en San Petersburgo. En el término de unos días nos enteramos de que el zar había sido destronado y de que se había formado un gobierno provisional constituido por miembros de la Duma con Kerenski a la cabeza.

Como es bien sabido, en el otoño de 1917 estalló la Revolución de Octubre y Kerenski huyó al extranjero. A fines de otoño del mismo año se esperaban conflictos armados en Odesa.

Me habían aconsejado que no me aventurara demasiado lejos en la ciudad. Pese a ello un día fui a visitar a unos amigos que vivían bastante alejados de nuestra casa. Cuando emprendí el regreso me impresionó ver cómo había cambiado la ciudad en tan breve tiempo. Las calles se habían vaciado de pronto y todas las puertas estaban firmemente cerradas; era pavoroso caminar por esa ciudad desierta. Por último llegué a una calle que corría paralela a la nuestra y de la cual, para llegar a nuestra casa, había que salir ya fuera hacia la derecha o hacia la izquierda. Al observar la calle me aterrorizó ver que estaba bloqueada a ambos lados por hombres armados que habían tomado posiciones a derecha e izquierda y en ese preciso instante abrían el fuego. En un primer momento no supe qué hacer. Después se me ocurrió que a unos cien metros hacia la izquierda había una pequeña entrada a un jardín. Recordaba que Sacha me había dicho que a veces la puerta

quedaba abierta y que mediante ese atajo era posible llegar directamente a nuestra calle atravesando el jardín.

¿Correría el riesgo de ir hacia la izquierda y encontrarme con que la puerta del jardín estaba cerrada? ¿No sería una locura avanzar así, entre las dos líneas de fuego?

En mi situación, tenía que ser fatalista, de modo que crucé la calle paralela y doblé a la izquierda. Las balas pasaban zumbando junto a mis oídos, pero seguí andando con paso firme, llegué a la puerta del jardín y tomé el picaporte. La puerta cedió y un momento más tarde estaba en el jardín. Satisfecho de haber atravesado sano y salvo la lluvia de balas, pude dirigirme pacíficamente a casa.

En la primavera de 1918 las fuerzas alemanas y austríacas entraron en Odesa. Los Imperios Centrales declararon Estado independiente a Ucrania y pusieron a su cabeza un supuesto atamán. Ese título se remontaba a los tiempos antiguos en que los cosacos elegían a los atamanes como jefes de sus territorios. Los antiguos estados cosacos eran estructuras políticas bastante endebles, que se encontraban continuamente en guerra con sus vecinos, hasta que terminaron por formar parte del gran Estado ruso, al que estaban ligados por la cultura nacional y la Iglesia ortodoxa.

Se mantuvo un cauteloso silencio respecto de los derechos constitucionales que le cabían al atamán. Sin embargo, el asunto no era importante, ya que todas las funciones ejecutivas habían de quedar en manos de los Imperios Centrales. En cuanto al propio atamán, eligieron a un hombre que descendía de un personaje histórico, un conocido general ucraniano que había llevado el mismo título. Los alemanes ocuparon Kiev, en tanto que Odesa y el sur quedaban en poder de los austríacos.

Mientras tanto la enfermedad pulmonar de Elsa se había agravado mucho. La niña estaba ahora en un hospital para tuberculosos, en Friburgo de Brisgovia. Le habían practicado un neumotórax en el pulmón izquierdo, sin conseguir el resultado deseado. Elsa quería que su madre se reuniera con ella tan pronto como fuera posible, y recibimos también una carta del médico director del hospital en la que nos informaba que el estado de la niña era grave y aconsejaba que su madre fuera a reunírsele sin demo-

ra. En tales circunstancias no era de extrañar que el único deseo de Teresa fuera obtener lo más pronto posible una visa para Alemania. La cosa no era tan fácil como pensamos en un primer momento y pasaron semanas y semanas antes de que Teresa fuera llamada al consulado alemán.

Nos dirigimos allí y presentamos las cartas del médico. En el consulado me preguntaron si yo también solicitaba un permiso de entrada. Aunque originariamente no lo había pensado, respondí que sí porque entonces podría visitar a Teresa y a Elsa en Friburgo. Tan pronto como los papeles de Teresa estuvieron en orden, ya nada se oponía a que partiera a reunirse con Elsa. La acompañé hasta Kiev, desde donde siguió sola viaje a Alemania.

Teresa salió de Odesa en setiembre de 1918. En noviembre del mismo año se produjo el total colapso militar de los Imperios Centrales. El atamán huyó a Alemania y las unidades militares alemanas y austríacas se desintegraron. Día a día se veían cada vez menos austríacos en las calles de Odesa, ya que oficiales y soldados procuraban regresar a su país lo más rápido posible, lo que no era cosa fácil en vista de las comunicaciones perturbadas.

Pronto aparecieron en Odesa los ingleses y los franceses. Los aliados encargaron de la ocupación a Francia, y en el puerto de Odesa anclaron los buques de guerra franceses. Como Polonia había recuperado la independencia, se veían también uniformes polacos, ya que muchos hombres de esa nacionalidad prestaban servicio como voluntarios en el ejército polaco.

Durante algún tiempo, cada vez que iba a la ciudad, solía encontrarme con un robusto capitán o coronel polaco que se distinguía por sus patillas blancas. Había en él algo afeminado y caminaba contoneándose como un pato, lo que me hacía reír cada vez que lo veía.

Nuestra fortuna estaba casi totalmente invertida en títulos del gobierno, depositados en la agencia de Odesa del Banco Estatal Ruso. Un incendio destruyó los títulos. Además habíase ido produciendo una constante devaluación de la moneda. En el momento de la ocupación germano-austríaca se había creado una moneda ucraniana independiente, de la que se esperaba que perdiera rápidamente su valor. La herencia que me había dejado mi padre se-

guía siendo administrada por mi madre, pero yo había invertido en hipotecas la mayor parte de lo que había recibido del tío Pedro. Ahora mis deudores, aprovechando la devaluación del dinero, estaban ansiosos por efectuar pagos considerables. Como es frecuente durante una guerra y después de ella, algunas personas perdían su dinero y quedaban reducidas a la pobreza debido a la inflación, al mismo tiempo que uno veía formarse ante sus ojos una clase de *nouveaux riches*. Para mí era un enigma, dada la escasez de artículos de consumo, cómo era posible comprar y revender inmediatamente furgones enteros de bienes, y que tales operaciones fueran realizadas por gente que, hasta donde yo sabía, no contaba con medios ni con experiencia comercial. Estaba muy preocupado por la creciente inflación y me exprimía el cerebro pensando cómo invertir el dinero recibido de mis deudores. Como nada sabía de negocios intenté buscar el consejo de comerciantes y banqueros, pero no encontré más que respuestas evasivas. Ya que con los expertos no podía llegar a ninguna parte, decidí hablar del asunto con el doctor D.

A comienzos de la guerra el doctor D. se había ofrecido como voluntario para prestar servicios en el frente como oficial médico, aduciendo que "un psicoanalista tiene que haber pasado por todo". Cuando al volver a Viena me encontré con el doctor D. con uniforme militar y completamente afeitado, su aspecto era tan diferente que me pareció un completo extraño. De nuestros días pasados en Viena lo recordaba con una barba rubia y rojiza, que lo hacía parecer más menudo de lo que era, y siempre vestido con chaqueta negra y corbata blanca.

Cuando Teresa y mi madre reñían, yo había tenido necesidad de confiar en alguien y había recurrido al doctor D., que había tomado partido con Teresa. La llamaba "la Tatiana alemana", por el personaje de Tatiana en la obra de Pushkin *Eugenio Oneguín*.

En ese momento decidí consultar al doctor D. respecto de mis inversiones. Me encontré con que su aspecto había sufrido un nuevo cambio; usaba una raída chaqueta vieja de soldado, de la que al parecer no podía separarse. Estaba dejándose otra vez la barba, que llevaba sin recortar, y que junto con el pelo formaba una orla en torno al rostro, desde el cual un par de ojos interrogantes y un tanto desaprobadores lo miraban a uno fijamente a través de espesos cristales. Como el doctor D. siempre tenía, por así decirlo, una respuesta "preparada", me aconsejó sin vacilar que,

como yo no sabía nada de negocios y en vista de la buena fortuna con que había jugado en Ginebra, la única "inversión" adecuada en mi caso sería el baccarat.

Cuando estuve en Ginebra con el doctor D. había sido la primera vez que ponía los pies en un casino. Nos habíamos detenido en una mesa de baccarat, donde había tanta gente que al principio tuvimos que conformarnos con el papel de espectadores. La banca estaba en manos de un caballero delgado y de edad, que ganaba incesantemente.

"Un alemán que no habla francés", comentó en voz baja alguien que se hallaba próximo a mí. Efectivamente, el caballero estaba ahí sentado sin decir una palabra; mantenía la corrección de su porte, pero de vez en cuando no podía reprimir una sonrisa de satisfacción. Como seguía ganando, la gente que rodeaba la mesa empezó a disminuir. El alemán parecía realmente tener una suerte fabulosa y pronto no quedó casi nadie que quisiera seguir el juego con él.

En ese momento el doctor D. me susurró: "Siéntese a la mesa, que éste es el momento".

Vacilé un momento, pero seguí el consejo. Mientras tanto, todos los demás se habían retirado del juego y yo tuve que jugar solo contra el alemán. Resultó que el doctor D. tenía razón. En el momento en que yo empecé a jugar, la suerte se volvió en contra del alemán: él perdía y yo ganaba. Su rostro fue poniéndose cada vez más sombrío, pero no obstante no se retiró. Cuando yo le había sacado casi todo lo que ganara anteriormente, se levantó bruscamente y se retiró de la sala.

Varias veces más concurrí al casino con el doctor D., y si bien no hice apuestas tan elevadas como la primera vez, volví a ganar, de modo que no tenía duda alguna sobre mi suerte para el juego.

Desde ese viaje no había participado jamás en una partida de naipes. Ahora, el doctor D. y yo fuimos a un club de juego que él solía frecuentar. La primera visita y la siguiente confirmaron que, al parecer, mi suerte de jugador no me había abandonado. Como también se jugaba en casa del abogado N., amigo del doctor D., y el hecho de tratarse de un lugar privado nos lo hacía más atractivo, empezamos a concurrir allí y no al club. También allí gané, lo que me convenció totalmente de mi buena estrella. Una noche jugamos hasta las dos de la mañana y, como era habitual, tuve suerte y doblé el monto con que había iniciado las apuestas.

Como ya era tarde estábamos a punto de retirarnos, pero el señor N. quiso seguir jugando. En ese momento se acercó a nuestra mesa un tal doctor Sch., que se detuvo allí y siguió atentamente nuestro juego. Yo apenas si lo conocía; lo único que sabía era que tenía reputación de eficiente hombre de negocios y de tener siempre suerte y buen éxito en sus diversas empresas comerciales. No puedo decir por qué, pero la presencia de ese hombre se me hizo extremadamente desagradable. De pronto me abrumó un sentimiento de inseguridad. Al principio no era más que una vaga premonición que pronto se convirtió en la certeza de que el doctor Sch. iba a traerme mala suerte. No tenía más que un deseo: que se alejara de allí lo más pronto posible. Pero el doctor Sch. parecía cada vez más interesado en nuestro juego. Cuando pidió que se le permitiera intervenir, inmediatamente se produjo el giro que yo había temido: el doctor Sch. me ganó una puesta tras otra y me retiré perdiendo varios miles de rublos.

Volví a casa profundamente deprimido, con la sensación de que mi suerte para el juego se había acabado. Me acordaba de Ginebra; los hechos se repetían, sólo que al revés, pensé.

Al día siguiente recuperé el equilibrio. ¿Qué poderes mágicos tenía el doctor Sch. para privarme de mi suerte en el juego? Me consolé con la reflexión de que, después de todo, cualquier jugador tiene que estar preparado para perder alguna vez. Me embargaba el único deseo de demostrarme a mí mismo que el episodio del doctor Sch. no significaba nada en realidad. Para demostrarlo tenía que recuperar el monto que él me había ganado y de ahí en adelante, sin duda, mi suerte volvería a cambiar.

Dejé de ir a casa de N. porque no quería encontrarme con el doctor Sch. y había muchas otras oportunidades de probar suerte. En la incertidumbre del momento, nadie sabía lo que le depararía el día siguiente, de manera que, en esa época, en Odesa la gente vivía al día. En todas las esquinas brotaban como hongos los casinos y casas de juego.

Sin embargo, desde esa funesta velada en casa de N. me persiguió la mala suerte. Cada vez regresaba a casa con la billetera vacía, y poco a poco me acostumbré a considerar la mala suerte como un hecho inalterable de mi vida.

Después de que mis pérdidas alcanzaron proporciones bastante considerables, empecé a tener la sensación de que el juego era algo que no rendía y me dije que no tenía sentido seguir tentando al destino. Por último abandoné completamente mi pasión y me curé de ella de una vez por todas.

Habían pasado ya varios meses desde que Teresa partiera para Alemania. Como el servicio postal entre Odesa y Alemania estaba interrumpido, las noticias de Teresa sólo me llegaban cuando ella encontraba alguien que viajaba a Odesa y que se aviniera a traer una carta, lo que sucedía muy de vez en cuando. Las noticias de las cartas eran muy desalentadoras. Elsa empeoraba y apenas si había alguna esperanza de salvarle la vida. Teresa me escribía también que estaban acabándosele los fondos, pero no había manera de enviar dinero a Alemania, de modo que decidí viajar a Friburgo de Brisgovia.

Tenía ya permisos de entrada para Alemania y para Austria, pero como quería ir a Alemania vía Bucarest y Viena necesitaba asegurarme no sólo el permiso de salida sino también una visa de tránsito para Rumania. Después de muchos esfuerzos conseguí ambas cosas.

Necesitaba proveerme de los fondos necesarios para el viaje. Como iba a Austria y a Alemania, me aconsejaron que llevara conmigo moneda de esos países. El consejo puede haber sido bien intencionado, pero también es posible que me lo dieran porque los bancos querían librarse de la moneda de los países que habían perdido la guerra, para cambiarla por dólares o por libras inglesas, en constante ascenso. Como nada entendía de esas cosas, seguí el consejo de los banqueros y compré coronas austríacas y marcos alemanes en igual cantidad.

Odesa estaba casi completamente aislada de los Imperios Centrales, de modo que ignorábamos en qué condiciones estaban Alemania y Austria. Nos dijeron, por ejemplo, que en Viena habían estallado disturbios, que todo estaba patas arriba y que había que viajar con lo estrictamente necesario. Mi primer destino era el puerto rumano de Constanza, sobre el Mar Negro, adonde llegaría con un buque francés de pasajeros, el *Euphrat*. La partida se postergó en varias ocasiones, pero finalmente nos anunciaron que la fecha fijada era absolutamente segura.

Me despedí de mi madre y salí de casa con una valijita. Mi primo Gregor, que se había mantenido al margen de los desacuerdos entre mi madre y Teresa, fue el único que fue al muelle a despedirme. Esa vez, el vapor salió realmente del puerto a la hora establecida.

A bordo había algunos griegos que se dirigían a Atenas, unos oficiales franceses que regresaban a Francia, dos caballeros del consulado rumano en Odesa y un comerciante de esta ciudad, de apellido W. Poco antes de llegar a Constanza, W. me dijo confidencialmente que había oído comentar que al desembarcar en Constanza nos confiscarían tanto el dinero ruso como el austríaco, ya que estaba prohibida la importación de esas monedas a Rumania. ¿Qué podía hacer? La mitad de lo que tenía en efectivo eran coronas austríacas. No tenía mucho tiempo para pensarlo y rápidamente decidí entregarle mis coronas austríacas en custodia a un oficial francés, pidiéndole que después me las enviara a Alemania. ¿A cuál de los oficiales podía dirigirme? Terminé por elegir uno de edad madura que me parecía el más digno de confianza. Me enteré de que en la vida civil era ejecutivo de una firma de confecciones de París y el saberlo reforzó mi elección. El se mostró inmediatamente dispuesto a satisfacer mi pedido y le entregué el dinero. Después de desembarcar en Constanza nuestros pasaportes fueron examinados. Los dos caballeros del consulado rumano, que tenían pasaporte diplomático, pasaron sin dificultades. En cambio, W. y yo fuimos detenidos en custodia por la policía rumana. Nos explicaron que las visas otorgadas por el consulado rumano no eran válidas y que los ciudadanos rusos, tuvieran o no tuvieran visa, debían ser devueltos a Rusia sin demora. Nos mostraron un pequeño buque de vapor en el cual se suponía que volveríamos a Odesa en el término de dos o tres días. De nada sirvieron nuestras protestas. Una pila de heno que había sobre el muelle nos sirvió de alojamiento para la noche; un guardia armado se apostó en las inmediaciones y nosotros debíamos mantenernos en todo momento al alcance de su vista.

Como la mayoría de los rumanos, el oficial de policía hablaba francés, de modo que pude comunicarme bastante bien con él. Pero todos mis intentos de convencerlo de que la policía rumana no podía de ninguna manera ignorar o revocar las instrucciones de sus propios representantes en el extranjero estuvieron condenadas al fracaso. De tal manera, W. y yo seguimos caminando por el muelle sin alejarnos demasiado del guardia o nos tendimos sobre el montón de heno a deplorar nuestro destino. Como afortunadamente el tiempo era bueno y cálido, no nos importó demasiado tener que pasar la noche al aire libre.

Dado que no podía llegar a ninguna parte con el oficial de policía, terminé por pedirle explícitamente que nos llevara ante un superior. Pareció ablandarse un tanto, y al día siguiente, cuando volvió a aparecer, se demostró dispuesto a hacerlo. Como Rumania estaba bajo la ocupación francesa, el que tenía que decidir el caso era el control de fronteras francés.

El oficial de policía nos llevó caminando hasta la estación francesa de control de fronteras más próxima. W. y yo presentamos nuestros papeles al oficial francés que estaba a cargo de la misma y que los encontró en perfecto orden. Como yo no sabía rumano, no entendí qué fue lo que le dijo al oficial de policía. Evidentemente le ordenó que nos dejara en paz y que no estorbara nuestros movimientos. El resultado de la entrevista fue que el oficial de policía tomó nuestras valijas con ambas manos y nos condujo presurosamente fuera del área de control del puerto. Un momento después había desaparecido, sin examinar nuestro equipaje ni preguntarnos con qué dinero entrábamos al país. De haberlo sabido antes, podría haber conservado mis coronas austríacas, que estaban ahora en viaje a Francia, donde deberían ser declaradas ante las autoridades, de quienes dos años más tarde conseguí que me fueran devueltas. Debido a la devaluación casi total que había sufrido en ese lapso la moneda austríaca, la suma me alcanzó exactamente para pagarme un almuerzo.

W. y yo, que no estábamos preparados para un éxito tan completo, nos sentimos llenos de alegría al poder movernos libremente en Constanza. W. conocía la ciudad, en la cual se quedó, dicho sea de paso, de modo que le dejé que eligiera hotel para pasar la noche. Al día siguiente, después de haberme despedido de mi compañero de viaje y camarada de tribulaciones, seguí viaje a Bucarest. Todo el país, desde Constanza a Bucarest, hacía pensar en un enorme campamento militar; por todas partes se veían tropas rumanas y francesas.

Bucarest me hizo bastante buena impresión, por lo menos el centro de la ciudad. Por algo la llamaban "Pequeña París". Había edificios hermosos, elegantes negocios y un denso tráfico callejero. En realidad su aspecto era mucho menos atrayente si uno se alejaba del centro. Al día siguiente a mi llegada me encontré con un conocido mío, por quien supe que dos o tres días después de mi partida los franceses habían evacuado Odesa y el Ejército Rojo había entrado en la ciudad.

Me enteré de que en Bucarest funcionaba una comisión interaliada cuyas decisiones respecto de quién podía o no salir de Rumania eran definitivas. Yo tenía que presentar mis papeles a esa comisión. Las dudas me acosaban. ¿Cuánto tardaría la comisión interaliada en decidir sobre mi caso? ¿Y qué iba a hacer en Bucarest si me negaban la autorización para ir a Alemania? Descorazonado, vagaba por las calles.

Pasadas dos semanas recibí una comunicación de la comisión interaliada: estaba en libertad de seguir viaje. Por fin estuve junto al tren que iba a llevarme a Viena. Para mi sorpresa, frente al mismo coche vi al capitán o coronel polaco a quien con frecuencia había encontrado en Odesa y que se ponía tan en evidencia por sus patillas blancas y su tonto comportamiento. Con él estaba otro oficial con uniforme polaco. Inmediatamente nos pusimos a conversar. El primero se presentó como el coronel de la T., y el otro, a quien yo veía por primera vez, tenía apellido polaco. Ambos habían sido oficiales rusos y no hablaban otra lengua que la rusa. Nos sentamos juntos en un compartimiento donde viajaba también una joven francesa que era profesora de francés en Bucarest. Como, pese a su fantástico apellido francés, de la T. no sabía una palabra de esa lengua, tuve que hacer ocasionalmente de intérprete en la conversación que mantuvo con la joven francesa. Me resultó muy divertido que de pronto de la T. me pidiera que le preguntara a la dama francesa si estaba dispuesta a casarse con él. En caso de que así fuera, debía hacerle saber su dirección en París de modo que pudieran encontrarse para combinar los detalles de la boda. La dama francesa a quien le transmití la propuesta de matrimonio la aceptó encantada y, con una seductora sonrisa, entregó al coronel un papel en el que había escrito su dirección en París. A medida que nos acercábamos a Viena el coronel fue poniéndose cada vez más serio y por último me dijo que había estado todo el tiempo observando a la francesa y que en ella había cosas "diversas" que no le gustaban. Es decir que yo tenía que darle a entender con el mayor tacto posible que la propuesta de matrimonio había sido retirada. Intenté hacerlo con la mayor delicadeza, pero la dama entendió al instante que el matrimonio no había de concretarse y su rostro asumió una expresión desilusionada y triste.

Me quedé unos pocos días en Viena y aproveché la oportunidad para visitar al profesor Freud. Se alegró de volver a verme

y me obsequió un ejemplar de *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (Colección de escritos breves sobre la teoría de las neurosis) [1] publicada en 1918, con una dedicatoria de su puño y letra (fechada el 21/4/19). Cuando llegamos a hablar de los sucesos de la guerra, Freud observó que teníamos "una actitud equivocada hacia la muerte", de lo cual tuve que inferir que él veía esas experiencias desde un ángulo totalmente diferente del habitual.

Desde Viena, donde la escasez de alimentos era espantosa, me dirigí a Friburgo de Brisgovia, adonde llegué el 1º de mayo de 1919 en medio de una espesa tormenta de nieve. Por fin volvía a ver a Teresa y a Elsa. Fue una gran conmoción ver que Teresa, que había salido de Odesa con su espléndido cabello negro, lo tenía ahora blanco como la nieve. Muy hondamente debía de haberse afligido por Elsa para que semejante cambio se produjera en tan pocos meses.

Pese a las protestas de los médicos que le advertían el peligro de un contagio, Teresa insistía en compartir la habitación de Elsa en el hospital donde ésta se encontraba. Así lo hizo hasta las últimas horas de la niña, considerando que tal era su deber de madre.

En cuanto a Elsa, como a menudo sucede con los pacientes de tuberculosis, no se daba cuenta de la gravedad de su estado y seguía esperando que se recuperaría. Observé que era efusiva y se interesaba por todo lo que la rodeaba. Pese a su cruel enfermedad, fue siempre bondadosa y amable con todo el mundo y todos la querían en el hospital. Elsa y yo nos habíamos entendido muy bien desde el primer momento y, como ella me admiraba y me quería, se alegró mucho de que hubiera llegado a Friburgo.

Cuando le pregunté al médico que dirigía el hospital si había alguna posibilidad de salvar a Elsa, me dijo que había que abandonar toda esperanza. Elsa murió dos meses y medio después de mi llegada a Friburgo. Hicimos llevar su cuerpo a Munich y la sepultamos allí.

Ahora empezaban, para Teresa y para mí, las vicisitudes de la vida en el exilio.

[1] Se trataba evidentemente de *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre, Vierte Folge*, publicada en 1918, que contenía la *Historia de una neurosis infantil.*

La vida cotidiana 1919-1938

Cuando visité al profesor Freud en la primavera de 1919, de paso para Friburgo, estaba de tal modo satisfecho con mi estado mental y emocional que jamás se me habría ocurrido la posibilidad de necesitar más tratamiento psicoanalítico. Pero cuando le relaté a Freud todo lo que me fue posible sobre mi estado anímico durante los años transcurridos desde que partí de Viena, consideró que había aún un pequeño residuo de material no analizado y me aconsejó que volviera a analizarme por breve tiempo con él. Acordamos pues que en el otoño yo regresaría a Viena con ese fin. Teresa y yo pasamos el resto del verano en el Lago de Constanza, cerca de la pequeña ciudad alemana de Lindau, y volvimos a Viena a fines de setiembre. Pero como sucede a menudo con un tratamiento psicoanalítico, mi nuevo análisis fue prolongándose más y más, y hasta la Pascua de 1920 no me comunicó Freud que lo consideraba terminado.

En este momento debo retroceder hasta un pequeño episodio del verano anterior, que en su momento había parecido insignificante, pero que resultó tener importantes consecuencias para mi vida posterior. Mientras estaba en Friburgo, viviendo en una pensión, trabé amistad con un estudiante de la Universidad de Friburgo. El apellido del joven era el mismo que el de un conocido profesor vienés. Supongamos que se llamara Meyer, aunque en realidad el apellido era muy diferente. Cuando le dije al estudiante que mi mujer y yo iríamos a Viena en otoño, me dijo que

el profesor Meyer era su tío y me pidió que fuera a verlo para trasmitirle sus saludos.

En Viena busqué la dirección del profesor Meyer y fui a visitarlo, llevándole saludos de su sobrino, tal como lo había prometido. Grande fue mi desilusión cuando el profesor Meyer me dijo de manera inequívoca que no tenía sobrinos y que yo debía de haber sido víctima de un bromista. Como es natural, supuse que en eso terminaría mi contacto con el profesor Meyer, pero las cosas fueron muy diferentes. El profesor se tranquilizó y se condujo de manera muy amistosa, y cuando me despedí de él me invitó a que volviera a visitarlo llevando conmigo a Teresa porque a su mujer le gustaría conocerla.

Poco tiempo después, Teresa y yo visitamos a la familia del profesor Meyer. Su mujer era encantadora, e incluso Teresa, quien por lo común tenía dificultad para establecer contacto con la gente, no tardó en hacerse amiga de ella.

Volveré ahora a la primavera de 1920, momento en que terminé mi segundo análisis con Freud. Como todo el mundo sabe, después de la primera guerra mundial se produjo una caída catastrófica en el valor de la moneda alemana y austríaca, lo que llevó finalmente a un colapso total. Teresa y yo habíamos vivido en una pensión vienesa durante todo el invierno de 1919-1920, y debido a la devaluación de la moneda no me quedaba prácticamente nada del dinero que había traído conmigo de Rusia. Me vi pues obligado a buscar algún trabajo tan pronto como fuera posible. Me dirigí primero a Freud, pero como él no tenía vinculaciones con la industria ni los bancos, sus esfuerzos por conseguirme trabajo no tuvieron éxito.

El Imperio Austrohúngaro había quedado reducido al pequeño territorio de Austria, y muchos austríacos que anteriormente habían vivido en otras partes del país afluían ahora hacia Viena. Allí estaban también los que habían sido oficiales del ejército austrohúngaro y que ahora no contaban con medios de vida. En una palabra, era un momento en que la posibilidad de encontrar trabajo, especialmente para un extranjero, era prácticamente nula.

Mi última esperanza era el profesor Meyer, cuya especialidad era la economía. Quizá él tuviera alguna vinculación comercial que me permitiera encontrar trabajo. Me fui por lo tanto a verlo y le pregunté si podía ayudarme a encontrar cualquier cosa.

Me sorprendió agradablemente que me dijera que si bien no estaba vinculado con los bancos ni con la industria, tal vez podría encontrarme algo en una compañía de seguros.

Poco tiempo después recibí una carta de una compañía de seguros en la que me informaban que tenía concertada una entrevista con el gerente general en el término de unos días. El gerente, que me recibió de manera muy amistosa, me dijo que planeaban darme trabajo estable, pero que primero debía trabajar con ellos como "voluntario" durante unos meses. En ese tiempo no recibiría salario sino simplemente una pequeña cantidad de dinero como reconocimento, pero me aseguraban que pasado ese período me contratarían en forma regular. Como es de suponer, yo estaba contentísimo y acepté la oferta, ya que nuestra situación financiera era tal que apenas si podríamos haber pagado el alquiler si no hubiera sido porque el profesor Freud, que tenía algunos pacientes ingleses, nos daba de vez en cuando algunas libras inglesas.

Un par de días más tarde empecé a trabajar como "voluntario" en la compañía de seguros. Al principio era una especie de aprendiz a las órdenes del señor H., un funcionario de edad. H. estaba siempre de buen humor pero, en mi opinión, no siempre estaba del todo fresco. Una vez apareció en la oficina de ánimo muy juguetón, anunciando que el día anterior se había encontrado con alguien que antes había sido su "bombón". "Cuando llegué a casa", continuó, "le dije a mi mujer: '¡Vieja, me alegro de haberme casado contigo!'" Y H. demostró con ambas manos lo gorda que se había puesto su "bomboncito".

H. hablaba siempre de su superior, el señor N., con el mayor respeto. "Se puede aprender mucho de N.", me dijo: "Si le lleva usted algunos documentos para hacerle alguna pregunta, siempre se acaricia el mentón con la mano derecha y le devuelve los papeles sin decir palabra." Yo no estaba demasiado seguro de que se pudiera aprender mucho así, pero tal vez el señor N. pensara que la mejor forma de enseñar era dejar que uno llegara a sus propias conclusiones.

Permanecí unas semanas con el señor H. y después me trasladaron a la sección del señor N., que funcionaba en el sótano. En ese oscuro recinto había montañas de papeles polvorientos amontonados en los estantes. El señor N. era un personaje sombrío a quien nunca vi sonreír, ni menos reírse. Llevaba siempre una

chaqueta mañanera a la que le faltaba un botón en la espalda. La atmósfera que reinaba en su sección era muy deprimente.

Entonces tuve ocasión de comprobar que la descripción que me había dado H. del señor N. no podía ser más exacta. Una vez que me dieron unos papeles que no podía entender fui a pedirle al señor H. que me los explicara. Automáticamente, su mano derecha se deslizó sobre el mentón, me arrojó una mirada sombría y sin decir palabra volvió a entregarme los papeles, de modo que tuve que volver a mi escritorio sin haber conseguido nada.

Después de haber pasado un mes en la sección del señor N. me pasaron a otras secciones donde me encontré con gente más joven y más cordial que contestaba gustosamente mis preguntas y me permitía hacer las tareas que más me interesaban. Por fin aterricé en la división de transporte, donde me sentí muy cómodo y donde me quedé.

El director de ese departamento era un antiguo oficial de marina, hombre mundano y de mentalidad abierta con quien yo me llevaba muy bien. Durante los casi treinta años que trabajé allí fue mi único superior y el que realmente me respaldó. Después de dos años ya había llegado a la "clase de promoción acelerada", y se me consideraba uno de los funcionarios superiores. Por lo general se requerían varios años para llegar a esa clasificación.

En la división de transporte se encontraba también un anterior colega de cuando nuestro jefe había estado en la marina, el capitán L. Nos hicimos amigos y nuestra amistad se prolongó incluso después de que ambos nos jubilamos. El *hobby* del capitán L. era la matemática y realmente se podía decir que conocía la teoría de la relatividad de Einstein del derecho y del revés. Gracias a él yo también aumenté un poco mis conocimientos en ese campo. El capitán L. murió hace unos años de cáncer del pulmón.

Para mi desdicha, después de unos años se cerró la división de transporte, y como los puestos en las demás secciones ya estaban cubiertos, al principio no estaba seguro del lugar que me asignarían. Finalmente le pedí al gerente general que me trasladaran al departamento de seguros generales, pensando que en mi condición de abogado podría desempeñarme bien allí. En esa sección permanecí hasta jubilarme, en 1950.

En el año 1930 colaboré en un periódico que se ocupaba de asuntos de seguros. Lo hacía con mucho éxito y me solicitaban

siempre nuevos artículos. Me satisfizo especialmente un artículo en el cual yo demostraba que la definición del alcance de la cobertura en las pólizas de seguro de responsabilidad civil no sólo era inadecuada, sino completamente errónea, y quedé muy orgulloso de que nuestro gerente general me escribiera una carta felicitándome por el artículo y calificando mi definición de muy "exacta y precisa".

Únicamente después de haberme jubilado descubrí por casualidad de qué manera el profesor Meyer había podido encontrarme con tal rapidez trabajo en una compañía de seguros. Me enteré de que su mujer era hermana de un conocido profesor de jurisprudencia aplicada al seguro en Viena. En su calidad de consultor legal de muchas compañías de seguros, al profesor no le fue difícil encontrar trabajo para mí.

Por lo que toca a mi vida personal durante esa época, el día más feliz del año fue siempre para mí el día de comenzar mi mes de vacaciones. Teresa y yo pasábamos siempre esa temporada en algún lugar de montaña, donde yo podía dedicarme a la pintura paisajista. También en otoño, después de haber regresado de vacaciones, solía pasar algún domingo en el campo, en los alrededores de Viena, pintando la luz otoñal. Durante los domingos y feriados del verano hacíamos pequeñas salidas a Schönbrunn, a Grinzig o a algún otro lugar de las inmediaciones, para estar al aire libre por lo menos una vez por semana. En invierno dedicábamos los domingos al teatro, que a Teresa seguía interesándole, o al cine, de modo que nuestra vida se deslizaba por un curso normal, sin ningún acontecimiento extraordinario.

Todavía a principios del desastroso año 1938 parecíame que esa vida calma y pacífica duraría siempre. No tenía el más leve presentimiento del juego cruel que el destino estaba jugando conmigo, ni de que muy pronto todo terminaría en tragedia.

El clímax
1938

Marzo de 1938 fue un mes desastroso, no solamente para Austria sino para mi destino personal.

"¿Con quién crees que acaba de reunirse Schuschnigg?", me preguntó Teresa, que un momento antes había tomado el periódico.

"No tengo la menor idea."

"Con Hitler."

"Es lo último que se me habría ocurrido. Ahora hay que ver qué es lo que eso significa." [1]

Durante los días que siguieron, la apariencia externa de Viena fue cambiando cada vez más. Los nazis respiraban con más libertad. Andaban sin impedimento por las calles, y pronto se vio que la reunión de Schuschnigg con Hitler había echado a rodar las cosas y que había que esperar graves consecuencias políticas.

Para controlar la difícil situación política, Schuschnigg anunció que se llevaría a cabo un referéndum. Todos los austríacos tenían que votar por una Austria libre o bien por la anexión a la Alemania de Hitler. Hasta donde se podía evaluar la situación en ese momento, habría parecido que el voto sería por una Austria libre.

Cuando volví a casa la noche anteror al día del referéndum, quería escuchar un concierto que estaba anunciado por radio y que debía empezar en el término de unos minutos, pero pasó largo

[1] Esto se refiere en realidad a la reunión de Schuschnigg con Hitler, el 12 de febrero de 1938 en Berchtesgaden.

rato sin que se oyera sonido alguno. "Es raro", le dije a Teresa. "Debe pasar algo con la radio; no se oye nada." De pronto apareció la voz del locutor: "El Canciller tiene que hacer un anuncio importante." Entonces habló Schuschnigg. Su discurso contenía la información de que las fuerzas armadas de Alemania ya habían atravesado la frontera germano-austríaca y de que Schuschnigg, para evitar un innecesario derramamiento de sangre, había ordenado que no hubiera resistencia armada. Sus últimas palabras fueron: "Me someto a la fuerza. Dios proteja a Austria." Después se transmitió por última vez el himno austríaco.

Durante toda la noche seguí escuchando la radio. Era evidente que la multitud se había introducido por la fuerza en el Ravag,[2] y que cualquiera que quisiera expresar su alegría por la victoria de Hitler tenía a su disposición el micrófono, que zumbaba como una colmena. A veces se oían incluso rimas improvisadas del tipo de "Ahora estamos contentos. Kurt [3] se fue al momento". Con ellas se mezclaban música y canciones y como estribillo se repetía con frecuencia la canción *Sturm, Sturm läutet vom Turm.*[4]

El día siguiente, en la oficina, empezó con una reunión en la que se cantó el himno nacional alemán.[5] El estado de ánimo era de euforia y, cosa rara, incluso los que antes habían proclamado su lealtad a Austria y al Frente Patrio parecían encantados. Era difícil saber si la gente se había reconciliado tan rápidamente con la nueva situación y había cambiado, o si se trataba de una psicosis en masa.

Entretanto Viena era invadida por toda clase de tropas alemanas. En las calles aparecían piezas de artillería de un tamaño hasta entonces nunca visto y escuadrillas enteras de aviones describían círculos por encima de la ciudad. El juramento de fidelidad a Hitler fue prontamente impuesto a los militares austríacos, que recibieron la insignia del ejército alemán.

Durante los primeros días del avance de Hitler sobre Austria no tuve la impresión de que tan inesperado suceso hubiera perturbado especialmente a Teresa. Tenía una opinión pesimista de los probables resultados de la anexión, pero en eso no era la

[2] El edificio de la estación radioemisora del Estado austríaco.

[3] Kurt von Schuschnigg, el Canciller.

[4] "Tormenta, tormenta que retumba en la torre."

[5] *Deutschland, Deutschland über alles.*

única, ya que casi todos los que se oponían a los nazis creían que Hitler presagiaba la guerra.

Llegué incluso a tener la impresión de que Teresa, que era alemana de nacimiento, se enorgullecía de sus compatriotas, ya que en una ocasión destacó que los soldados alemanes tenían mejor preparación militar que los austríacos. También me contó que había estado hablando con algunos soldados alemanes que le habían dicho que venían de Würzburg, su ciudad natal.

Desde que habíamos emigrado de Rusia el estado mental de Teresa había desmejorado notablemente. Recuerdo que a veces solía pararse frente al espejo grande del dormitorio, se miraba un rato en él y exclamaba con descontento: "¡Estoy vieja y fea!" Siempre intenté persuadirla de que su impresión era fruto de la imaginación, como en realidad sucedía, ya que apenas si tenía arrugas y su cutis fresco y sano la hacía aparecer más joven de lo que era. Poco a poco fue perdiendo contacto con quienes la rodeaban y no quería visitar a los pocos amigos que teníamos en Viena ni que ellos vinieran a visitarnos.

En esa época nos arreglábamos bastante bien desde el punto de vista material. Yo tenía un trabajo cuyo sueldo nos alcanzaba para vivir modestamente, y como Teresa había recibido una pequeña herencia en Alemania llegábamos incluso a ahorrar un poco. El pequeño capital aumentaba año a año gracias a los ahorros de Teresa, que se convirtieron finalmente en la única cosa que seguía interesándola. Por desdicha, su frugalidad asumió una forma patológica. Se lo negaba todo, jamás se compraba ropa nueva y hasta se resistía a encargar tareas tan necesarias como hacer pintar una habitación, por más que en ese momento era algo que podíamos permitirnos.

Habíamos colocado nuestros ahorros en bonos hipotecarios garantizados por una cláusula que les aseguraba un respaldo en oro. Después de la maniobra de Hitler esa cláusula fue cancelada y los chelines austríacos fueron cambiados por marcos alemanes en la proporción de un chelín y medio por marco. Como el poder adquisitivo del chelín había sido aproximadamente el mismo que el del marco, nuestras reservas se veían ahora reducidas en un tercio, cosa que perturbó mucho a Teresa. Como todo el mundo hablaba de la guerra y Teresa sabía por experiencia que cualquier guerra acarrea una desvalorización de la moneda, tenía la sensación de que había sido un error hacer sacrificios para ahorrar.

Después que Hitler ocupó Austria, eran de esperar disturbios antijudíos y toda clase de persecuciones. Por esa razón el pánico hizo presa de los judíos de Viena, provocando una ola de suicidios. En una ocasión en que Teresa y yo hablábamos de eso, ella observó que era injusto considerar cobardes a los judíos, ya que eran ellos los únicos que se suicidaban y los cristianos, por el contrario, eran demasiado cobardes para eso. La observación mostraba con claridad que Teresa consideraba el suicidio como un acto de heroísmo, actitud que no me sorprendió, ya que ella siempre había glorificado el suicidio. Por otra parte, una proposición que me hizo algunos días después me pareció siniestra.

Era un sábado y yo había vuelto a casa alrededor de mediodía. Teresa estaba tendida en la cama y yo caminaba por la habitación. De pronto, me miró como si se le hubiera ocurrido una idea especialmente buena.

"¿Sabes lo que vamos a hacer?", me preguntó.

"¿Qué?"

"Vamos a abrir el gas."

"¿De dónde sacas semejante idea? No somos judíos."

Teresa bajó los ojos y empezó a hablar de otra cosa, como si jamás hubiera pronunciado las palabras anteriores.

En el primer momento la poposición de Teresa me asustó y me aterrorizó, pero como después habló con perfecta normalidad de otras cosas me tranquilicé, aunque seguí pensando cómo debía reaccionar ante esa idea loca que se le había ocurrido. ¿Debía indagar sus pensamientos y procurar que me dijera cómo se le había ocurrido algo tan insensato? ¿O no era más que una idea pasajera que había pasado como un relámpago por su espíritu para desaparecer tan rápido como había venido? En este último caso tal vez lo mejor fuera no hacerla acordar de esa idea insana y demostrarle así que su proposición era tan absurda y sin sentido que no era posible tomarla en serio. Como Teresa hablaba con toda naturalidad de otras cosas, me dije que todo no debía ser más que un momentáneo traspié de su pensamiento al cual no había que atribuir ninguna significación.

La primavera de 1938 era excepcionalmente cálida y hermosa. Una semana después de la citada conversación, Teresa y yo hicimos una salida al suburbio de Grinzing. Mientras estábamos sentados en un café le conté los cambios que se habían producido en la oficina desde el momento de la anexión y referí que a los

empleados les habían pedido que trajeran su árbol genealógico para demostrar que tenían ascendencia aria o, como la gente decía en ese momento en tono de broma, que no tenían ninguna abuela judía.

Comenté que yo no tenía más documentos personales que mi pasaporte, otorgado por la Liga de las Naciones, y que por lo tanto a mí no podían pedirme un árbol genealógico, pero que en el caso de Teresa sería muy fácil conseguir la prueba sin más que investigar en Würzburg, donde ella había nacido. Cuando mencioné esa ciudad, Teresa me miró de manera tan extraña que le pregunté qué le pasaba y por qué me miraba de manera tan peculiar.

"No es nada...", contestó y volvió a su aspecto normal.

Pasaron unos días más y Teresa empezó a quejarse de que no se sentía bien. La envié a un neurólogo, que le recetó un sedante. Como la medicación no sirvió de mucho, decidimos que, para alejarse del alboroto que reinaba en Viena y tener cierta tranquilidad, se iría a descansar dos semanas al campo.

El mes de marzo tocaba a su término, y el último día, el 31 de marzo de 1938, había de ser para mí el más desastroso de mi vida. Ese día sucedió algo que jamás había creído posible: mientras yo estaba en la oficina, Teresa abrió realmente el gas.

La noche anterior a este acontecimiento que sigue estando más allá de mi comprensión, yo le había insistido para que se fuera de vacaciones lo más pronto posible, pues me parecía que en ese estado de ánimo era lo mejor que podía hacer. Cuando se hubo acostado y le di las buenas noches, me abrazó y me mantuvo apretado contra ella durante tanto tiempo que yo, sin presentimiento alguno, le hice alguna broma a la que respondió con una sonrisa. Después yo también me acosté.

Apenas si me había metido en cama cuando estalló una violenta tormenta. En ocasión de la marcha de Hitler sobre Viena habían puesto sobre casi todos los edificios una gran bandera con la esvástica. Como nosotros vivíamos en el piso de arriba, la bandera estaba inmediatamente encima de una de las ventanas del dormitorio. El viento aullaba afuera y con cada ráfaga la bandera golpeaba contra la ventana y volvía a despertarnos. Teresa repetía que tenía miedo de que la bandera rompiera los cristales y que al día siguiente, sin falta, la ataría. Al otro día me pareció que estaba de mejor ánimo y al salir para la oficina me despidió con

especial ternura, lo que interpreté como signo de que se sentía mejor.

Cuando volví a casa en ese día de dolor vi con gran sorpresa que la anciana sirvienta que dos o tres veces por semana venía a ayudar a Teresa se paseaba frente a la puerta de nuestro departamento. Cuando le pregunté qué era lo que hacía allí, recibí esta extraña respuesta: "Su esposa me dijo que viniera a cuidar de usted".

Entonces supe que la locura había hecho su obra... Entré como una tromba en el vestíbulo, donde había notas de advertencia: "No encender la luz; peligro de gas". De ahí corrí a la cocina, donde el gas seguía fluyendo y formaba una densa niebla. Teresa estaba sentada junto al quemador, caída sobre la mesa de la cocina sobre la cual se veían varias cartas de despedida. El espectáculo era tan terrible que simplemente no puedo describirlo.

La muchacha y yo abrimos inmediatamente la ventana de la cocina y llevamos a Teresa a otra habitación, donde también abrimos las ventanas. En el mismo edificio de departamentos, en un entrepiso, vivía un estudiante de medicina. Bajé inmediatamente a buscarlo y le pedí que telefoneara a la Asistencia Pública. En pocos minutos llegó un médico que desdichadamente sólo pudo decir que hacía varias horas que Teresa había muerto y era imposible revivirla. Yo pasé ese día y los siguientes como si estuviera en un delirio en el cual uno no sabe si lo que sucede es realidad o un sueño espantoso.

Al poco rato en toda la casa de departamentos se sabía lo que había pasado. Empezó a ir y venir gente y llegó también un policía que tomó notas en su libreta. Como el *shock* me incapacitaba para hacer nada, el estudiante de medicina de quien hablé se hizo cargo de todo lo que hay que hacer en relación con una muerte. Incluso le dejé que comprara una parcela en el cementerio y le pedí que tomara todas las disposiciones necesarias para el funeral.

Apresuradamente leí las cartas de despedida de Teresa; por ellas me enteré de que el suicidio no había sido el fruto impulsivo de una pasión momentánea, sino una decisión pensada y meditada largamente. Incluso había tenido la fuerza de voluntad, antes de llevar a la práctica ese acto espantoso, y en realidad enfrentada ya con la muerte, de atar a la ventana la bandera que mencioné antes. También había sacado dinero del banco y me lo había dejado cuidadosamente sobre la mesa de noche.

Como yo no tenía fuerzas para pasar la noche en ese departamento de pronto desolado, puse las cartas de Teresa y las pocas cosas personales que necesitaba en una valijita y hui hacia la casa de gente amiga que vivía en los alrededores de Viena. La cuestión que seguía martilleándome el cerebro era: ¿cómo pudo hacerme esto a mí? Y si Teresa era la única estructura estable en mi vida cambiante, ¿cómo podría yo, repentinamente privado de ella, seguir viviendo? Me parecía imposible. Recuerdo muy bien con qué tremendo esfuerzo volví unos minutos a nuestra casa, a buscar un traje y una corbata negra para el funeral.

Por más que en una de sus cartas de despedida Teresa hubiera expresado el deseo de que las familias que vivían en el mismo edificio no enviaran coronas a su tumba, todas ellas fueron al funeral y hubo muchas coronas y muchas flores. Terminada la misa de cuerpo presente en la capilla del cementerio, me preguntaron si quería que se abriera el féretro, a lo cual accedí. El gas había tenido el efecto de dar una especial frescura al rostro de Teresa; las mejillas tenían un delicado color rosado. En su ataúd, parecía una mujer muy joven que se hubiera dormido pacíficamente.

Incluso cuando alguien próximo a uno muere de muerte natural, es frecuente que eso despierte sentimientos de culpa. Mucho peor es en el caso de un suicidio, y así sucedió conmigo. Me reprochaba amargamente no haber llevado sin demora a Teresa a la clínica psiquiátrica tan pronto como habló de "abrir el gas". Tal vez entonces podrían haberla curado de su depresión. Y mi fantasía jugaba con la idea de haber hecho con ella un viaje de placer a Würzburg, su ciudad natal, de la cual se manifestaba a veces nostálgica, aunque nunca hubiera expresado el deseo de visitarla. Ahora me parecía que un viaje semejante podía haber aliviado su depresión. Después se cernía ante mí el recuerdo de Berlín, siempre tan doloroso. Esa vez, cuando la abandoné, cayó en la melancolía; tal vez fuera ese el punto de partida de sus depresiones. Pero esa vez pude volver a tiempo a ella; ahora, sin embargo, el destino ya no me permitiría salvar a Teresa.

Pero dejemos hablar a la misma Teresa. En una de sus cartas de despedida escribe: "Te pido mil veces que me perdones; soy tan desdichada en cuerpo y alma. Has sufrido mucho y debes

superar esto también. Mis plegarias en la vida eterna te protegerán y te consolarán; mi bendición estará contigo. Dios te ayudará a superarlo todo, el tiempo curará todas las heridas, el corazón debe soportar la pérdida de lo que está sepultado en la tierra. Es difícil para mí dejarte, pero tú empezarás otra vez una vida nueva. No tengo más que un deseo, tu felicidad, y eso me dará paz eterna. No me olvides y ruega por mí. Volveremos a vernos..."

En otra de sus cartas de despedida, Teresa me da consejos prácticos: "Sé razonable, no hagas nada precipitado, espera a haberte tranquilizado para actuar. Cuida tu salud; ten cuidado de no dilapidar lo que poseemos para que en tu vejez tengas todavía algo más que tu jubilación. Sólo para ti he ahorrado, sólo a ti te he querido, todo lo que he hecho ha sido fruto del más profundo amor. Piénsalo con cuidado antes de volver a casarte. El matrimonio podría ser tu felicidad y tu salvación, pero también tu destrucción y condena. Debes encontrar una mujer económica, trabajadora y buena, no una frívola criatura. Elige una mujer de buena familia. Así podrás hacer nuevas relaciones. Debes reiniciar tu vida." Esta carta termina con la súplica de que siga su consejo, para que ella pueda encontrar la paz "más allá". Por último, en otra carta de despedida trata de justificar su suicidio afirmando que en todo caso habría muerto en el término de dos o tres años y que para mí sería más fácil si sucedía antes; más adelante habría sido más difícil para mí soportar su muerte.

En la afirmación que aparece con tanta frecuencia en sus cartas, "estoy tan enferma de cuerpo y alma", sólo la segunda parte era verdad, ya que Teresa no había perdido peso ni padecía ninguna grave dolencia física. De ahí que yo siguiera preguntándome incesantemente cuál podía haber sido la causa real de su terrible decisión y si de alguna manera la invasión de Austria por Hitler podría haberla precipitado.

Pero, ¿de qué podía haber servido tener respuesta a todas esas preguntas, si la cosa más terrible para mí era el hecho de que había perdido a Teresa tan inesperadamente y para siempre, y que no podía deshacer lo que había sido hecho? [6] El momento más espantoso era siempre cuando me despertaba por la mañana,

[6] En alemán: *dass man das Geschehene eben nicht ungeschehen machen konnte.*

cuando el horror de lo que había sucedido se abría súbitamente paso en mi conciencia con total claridad.

Durante dos semanas había seguido viviendo con mis amigos en los suburbios. No quería seguir siendo una carga para ellos, pero por otra parte no confiaba en mí lo bastante para volver a mi departamento vacío, que se me había vuelto tan ajeno. Decidí entonces mudarme a una habitación. Pero en esa época eran tantos los alemanes que llegaban a Viena que era muy difícil encontrarla. Finalmente conseguí desenterrar una. Era un cuarto sombrío que daba sobre un estrecho patio, y el moblaje dejaba mucho que desear. Las viejas sillas se tambaleaban y amenazaban desmoronarse cuando uno se sentaba; la cama tenía un profundo hoyo y crujía y chirriaba cada vez que uno se movía.

La casera era una mujer de unos setenta y cinco años, pero tan senil que a veces era difícil entenderla o hacerse entender por ella. Me dijo confidencialmente que ella y su marido, de noventa años, reñían constantemente y que por eso él se había mudado a la cocina y establecido allí su domicilio. Lo encontré un par de veces en el corredor y me sorprendió que me saludara de manera tan amistosa y que, a pesar de su difícil situación hogareña, pareciera encontrarse en el mejor estado de ánimo.

En el edificio donde yo había habitado con Teresa vivía una anciana, actriz retirada, junto con una mujer que le servía de mucama. La mucama, Fräulein Gaby, que apenas pasaba la cincuentena, era conocida en todo el edificio como una persona muy decente y siempre dispuesta a ayudar. Una de las cartas de despedida de mi mujer estaba dirigida a Fräulein Gaby, pidiéndole que en caso de que yo lo necesitara, me ayudara a llevar la casa. De acuerdo con eso, al irme de casa le había dejado las llaves del departamento, pidiéndole que si era necesario se ocupara de él.

Pocos días después de haberme mudado a mi habitación, caí enfermo de gripe. Mientras estaba en cama con fiebre alta, la casera me dijo que había venido alguien que deseaba hablar conmigo. Era Fräulein Gaby, que me traía ropa limpia de mi departamento. Su visita fue en realidad muy oportuna porque inmediatamente empezó a ocuparse de mí y me trajo medicinas de la farmacia. Durante el tiempo que debí permanecer en cama, Fräulein Gaby me visitó todos los días.

Una vez recuperado de la gripe, empecé otra vez a ir a la oficina. No sé cómo tenía fuerzas en ese momento para hacer mi trabajo de manera ordenada. La gente dice que el tiempo cura todas las heridas. Confié en el proverbio y empecé a contar primero los días, después las semanas y por último los meses. Después de unos cuatro meses me di cuenta de que mi estado seguía siendo el mismo y de que evidentemente no bastaba confiar en el tiempo. No sé por cuánto tiempo habría podido soportar ese inaguantable estado de ánimo de no haber venido en mi ayuda una afortunada casualidad.

Durante mucho tiempo no había visto a la doctora Gardiner, que había dejado de tomar conmigo sus lecciones de ruso porque los estudios médicos no le dejaban ya tiempo libre. Sabía —yo no recuerdo cómo— que la doctora Gardiner se había mudado de su antiguo departamento y sabía también la calle y el número del que ocupaba ahora. Un día, al pasar casualmente frente al edificio, se me ocurrió de pronto la idea de visitar a la doctora Gardiner y hablarle del suicidio de Teresa. Afortunadamente se hallaba en casa, con su hija de cuatro o cinco años, a quien yo veía por primera vez. Le conté, pues, lo que había pasado. Mi narración debe de haber sido muy dramática, porque aún hoy recuerdo que estaba terriblemente emocionado y que mi relato estuvo interrumpido una y otra vez por estallidos de llanto. A ella se le ocurrió una idea salvadora: telegrafiar inmediatamente a la doctora Mack,[7] que me había analizado con éxito algunos años antes, y combinar las cosas para que yo me encontrara con ella en París y en Londres. La doctora Gardiner no podía haber tenido una idea mejor, pues un cambio de ambiente, rápido y radical, era lo único que podía haberme ayudado en ese momento. Me sentí realmente aliviado ante la perspectiva de irme de Viena durante un tiempo para ver a la doctora Mack y hablar con ella del suicidio de Teresa. Además, ahora tenía una tarea por la cual valía la pena preocuparse, pues sólo podía emprender mi viaje al extranjero durante mi mes de vacaciones, que empezaría el 10 de agosto, y estábamos ya a mediados de julio. Primero tenía que conseguir las dos visas, cosa muy difícil en ese momento porque la embajada británica y especialmente la francesa estaban asediadas por centenares de personas que querían escapar lo más rápido posible de la Alemania de Hitler.

[7] Ruth Mack Brunswick.

Como yo consideraba que el proyectado viaje era la única oportunidad que tenía de mejorar mi estado anímico, estaba absolutamente decidido a poner en movimiento todo el mecanismo para obtener, si no las dos visas, por lo menos una de ellas. Pronto se vio que la visa inglesa era casi tan difícil de conseguir como la francesa. Inmediatamente le escribí a la princesa,[8] pidiéndole que me enviara una carta de presentación para la embajada francesa. Algunos días después recibí su respuesta, que incluía una carta de recomendación para un conde que ocupaba algún cargo en la embajada en Viena. Lo visité y prometió hacer lo posible para conseguirme lo más pronto posible una visa para Francia. Cuando volví a visitarlo, estaba a punto de salir de su oficina. Intenté conseguir que esperara por lo menos un momento pero me apartó con un gesto y, ya puesto de pie, me dijo que estaba apuradísimo y que debía volver otra vez. Por un momento me quedé inmóvil, bastante desilusionado; luego observé que un empleado de la embajada estaba allí con una pila de documentos, rodeado por varios hombres que preguntaban algo de manera muy excitada. Era evidente que cada uno de ellos quería que sus papeles fueran los primeros en ser presentados al funcionario correspondiente. Entonces yo también decidí acercarme al empleado y le pedí que —mediante una remuneración adecuada— me consiguiera la visa francesa lo más pronto posible. Al principio el empleado me dijo varias veces que no había nada que hacer, pero después se ablandó y me indicó que volviera al día siguiente. Cuando así lo hice, todo había sido arreglado, y en realidad el empleado fue tan correcto que al principio no quería aceptar la suma que le había prometido. Sugirió modestamente que debía darle sólo lo necesario para beber una botella de vino a mi salud.

Conseguí, pues, la visa francesa en el término de dos días y pude salir para París el primer día de mis vacaciones, de acuerdo con lo planeado. Cuando salí de Viena, tanto la doctora Mack como la doctora Gardiner se encontraban ya en París. Antes de que la doctora Gardiner se fuera de Viena, yo había convenido con ella que le dejaría una carta en el American Express, dándole mi dirección en París. Por eso mi primera salida cuando llegué a París fue al American Express, donde por casualidad me encontré con la doctora Gardiner en las escaleras, de modo que no fue necesario entregar la carta.

[8] La princesa Marie Bonaparte.

Como la doctora Mack estaba parando en el palacio de la princesa, la doctora Gardiner y yo nos dirigimos inmediatamente allí. Yo ya conocía a la princesa, a quien había encontrado una vez en Viena, en casa de la doctora Mack. Ahora, después de hacer una breve visita a la princesa, me llevaron a ver a la doctora Mack, a quien pude confiarle mis sufrimientos.

Todos los días iba a verla durante una hora. El tiempo restante lo ocupaba en vagar por las calles de París, familiarizándome también con los distritos más apartados de esa ciudad que visitaba por quinta vez. A veces iba a algún café, pero nunca eché ni siquiera un vistazo a un periódico, aunque la situación política internacional era ya muy tensa y parecía estar llegando a un desenlace. Mi cerebro estaba, por así decirlo, "bloqueado" y sólo reaccionaba ante las ideas que se relacionaran o pudieran relacionarse de alguna manera con el suicidio de Teresa.

También vi a la doctora Gardiner algunas veces en París. Creo que la visité dos veces en su pensión, y una vez salí a caminar con ella por un antiguo parque que parecía un desierto. Me sorprendió que ese fragmento de naturaleza primitiva pudiera sobrevivir en una ciudad gigantesca como París.

Pasados unos diez días la doctora Mack me dijo que dos días más tarde se iría a Londres. Lo planeado era que yo la siguiera, pero todavía no tenía visa para Inglaterra, así que al día siguiente ella me acompañó al consulado inglés en París. A diferencia de lo que sucedía en Viena, allí no había más visitantes que nosotros, de modo que inmediatamente nos recibió el funcionario consular. Para decepción mía, me explicó que una persona "apátrida" que quisiera viajar a Inglaterra necesitaba una autorización personal del ministerio correspondiente en Londres, de modo que en esos casos por lo común había que esperar varias semanas hasta tener la visa. En tales circunstancias me pareció casi seguro que mi viaje a Londres quedaría en nada, de modo que tuve una sorpresa muy grata cuando, a la noche siguiente, recibí un telegrama que anunciaba que la autorización de Londres había llegado y que debía presentarme al consulado a la mañana siguiente.

La doctora Mack me dijo después que al llegar a Londres había ido en seguida al ministerio, donde se encontró por casualidad con un alto funcionario que había sido amigo de su padre. Fue él quien telegrafió inmediatamente indicando que me dieran sin demora la visa inglesa.

Seguí pues viaje a Londres. En el barco que atravesaba el canal tuve la sensación de que en una forma u otra entraba en un mundo nuevo, y hasta me imaginé verme rodeado de figuras que me evocaban las novelas de Dickens. Fue uno de los primeros signos de que empezaba a observar el mundo que me rodeaba.

En Londres, como en París, visité todos los días a la doctora Mack, y durante el resto del tiempo recorría a mis anchas la ciudad o caminaba por los hermosos parques de Londres. De paso, no era ésa mi primera visita a Londres, ya que antes de la primera guerra mundial había pasado allí varias semanas en compañía de mi primo Gregor.

Por lo que toca a mi regreso a Austria, todo lo que recuerdo es el viaje en tren de París a Viena. El tren estaba casi vacío y en mi compartimiento no había más que otro pasajero, sentado frente a mí. Era un caballero del Líbano, con quien no tardé en trabar conversación. Me habló mucho de su tierra natal y dio a entender que estaba vinculado con los círculos gubernamentales.

Al volver a mi ermita en Viena, la habitación me pareció todavía más triste y más incómoda que antes de mi viaje a París y a Londres. Ya había arreglado las cosas para que mi madre, que había estado viviendo en Praga con mi tío, se viniera a Viena y se mudara conmigo a mi departamento. Poco después de mi llegada nuestros planes se habían concretado tanto que pude ir a buscarla a la estación de ferrocarril Francisco José para llevarla a casa. En esas circunstancias ya no me era tan difícil volver a mi antiguo departamento.

Como en el mismo edificio vivía Fräulein Gaby, que ya no tenía tanto trabajo con la anciana actriz, era cosa que se daba por cierta que ella se encargaría de llevar nuestra casa. Pronto se vio que no podíamos haber elegido mejor. Pese a esas condiciones favorables —me refiero a la presencia de mi madre y a contar con un ama de llaves tan ejemplar como Fräulein Gaby— me llevó un año y medio poder empezar a pintar. A comienzos de setiembre de 1939 pinté un paisaje en los alrededores de Viena, el primero desde la muerte de Teresa. Cuando regresaba a la ciudad, al anochecer, compré un periódico y me enteré que ese día las potencias occidentales le habían declarado la guerra a Hitler.

En junio de 1939 decidí visitar en Munich a Josef, el hermano de Teresa, y llevarle a su hija algunas de las joyas de Teresa en memoria de su tía. Josef era siete años mayor que Teresa y la relación entre hermano y hermana había sido bastante fría, ya que eran caracteres completamente diferentes. A una persona tan escrupulosa como Teresa su propio hermano le parecía casi la encarnación de aquellas características que ella más condenaba: la frivolidad, la falta de sentido del deber, y sobre todo el haber tenido muchos asuntos con mujeres en su juventud. En realidad no había que ser demasiado severo con él por eso, ya que Josef era hombre bien parecido y de joven debía haber sido muy buen mozo.

Como todo lo que Teresa me había contado de sus antepasados españoles me parecía interesante y un poco misterioso, casi sin querer toqué el tema en mi conversación con su hermano.

"Vuestra abuela era española", comenté, y en un primer momento Josef me miró bastante asombrado.

"¿Española? Eso sí que es novedad..." En su rostro apareció una sonrisa pícara y agregó: "Pero se dice que nuestra abuela tuvo algo con un oficial perteneciente a la nobleza bávara."

Entonces fui yo quien abrió los ojos. ¿Sería posible que todo lo que me había contado Teresa de su ascendencia española no fuera en realidad más que el producto de una imaginación demasiado ardiente, una "fantasía" que ella misma terminó por creer? En tanto que no tuve dudas de la ascendencia hispánica de Teresa, muchas veces me había dicho que ella intentaba, con fanatismo de española, poner en práctica sus virtudes de alemana: la responsabilidad, la diligencia, la confiabilidad.

Ahora se ponía de manifiesto que junto a esa Teresa equilibrada había habido otra que llevaba una vida romántica y misteriosa. Por más que ese segundo mundo propio que tenía Teresa debía mantenerse oculto para quienes la rodeaban, era evidente que ella experimentaba de alguna manera la necesidad de proyectar sobre el mundo externo ese lado romántico de su naturaleza. Si realmente su abuela había tenido una relación amorosa con un noble oficial bávaro, había allí un rasgo de osadía que podía ser un punto de contacto. De tal modo, en su fantasía ella legalizó la relación y transformó al oficial bávaro en un español. Sería fácil explicar por qué Teresa pensó en un español, ya que ella misma

tenía en realidad tipo hispano, lo que mucha gente debe de haber observado.

Recordé entonces la forma extraña en que me había mirado Teresa cuando dije que se podía confirmar fácilmente su ascendencia aria consultando los registros de Würzburg, su ciudad natal. ¿Acaso temió que así se destruyera la historia romántica que me había contado? Pero en el período de Hitler habría sido mejor tener una abuela alemana que una española, y de todos modos Teresa podría haber dicho que las autoridades de Würzburg habían dado una información equivocada.

Cosa rara, más adelante tuve que escribir a Würzburg para pedir algunos datos personales de Teresa. Fue en 1947, nueve años después de su muerte y varios después que la Alemania de Hitler hubiera dejado de existir. La ocasión en que debí hacerlo fue cuando solicité la ciudadanía austríaca. Por más que presenté a las autoridades el certificado de defunción de Teresa, me pidieron igualmente que escribiera a Würzburg para solicitar algunos datos. Yo no entendía por qué podía ser necesaria tal cosa, pero escribí; me enteré entonces que el edificio donde se guardaban los documentos había sido destruido por las bombas durante la segunda guerra mundial.

Entre las cartas de despedida de Teresa había una que había sido escrita un año entero antes de su muerte y que decía casi lo mismo que las posteriores. Era evidente que durante todo un año había albergado ideas de suicidio, sin haberlas llevado a la práctica.

Me referí ya a la ola de suicidios provocada por la ocupación de Austria por los nazis. Eso contribuyó sin duda a la decisión de Teresa de quitarse la vida, pues es sabido que los suicidios son contagiosos. Tal fue el caso en el período de Goethe —no hay más que pensar en su libro *Las desventuras del joven Werther*— y lo mismo es válido en épocas recientes, cuando la gente que se quemaban viva voluntariamente en Vietnam del Sur fue imitada en Checoslovaquia y en otros países. Sin embargo, la vida de las personas que se mataron en la época de Hitler corría peligro, lo que no ocurría con Teresa. Pese a todo, al parecer no pudo evitar el contagio.

Las repetidas protestas de Teresa, en sus cartas de despedida, de que lo único que quería era mi felicidad y de que yo debía seguir su consejo para que ella pudiera encontrar la paz "más allá" son intentos de justificar su suicidio y lo llevan a uno a inferir

sus sentimientos de culpa, pues bien sabía cuánto habría de hacerme sufrir su acto fatal.

Si hay un instinto de muerte, en el sentido freudiano, se podría citar como prueba de ello el caso de Teresa. Me había contado, por ejemplo, que de pequeñita solía ir al cementerio "a mirar" a los muertos. Con frecuencia expresaba la opinión de que "la gente indigna no se mata". También me dijo que mi hermana Ana, que también se suicidó, era la única persona de mi familia con quien tenía la sensación de que podría haberse entendido bien.

Cuando Teresa tomó su terrible decisión, no sólo estaba "más allá del principio del placer" sino también, por así decirlo, "por encima de las cosas terrenas". En los últimos días que precedieron a su muerte libremente elegida, hablaba sin odio de mi madre, se compadecía de su situación y le escribió como despedida algunas palabras amistosas y de reconciliación.

No es de asombrarse que la memoria del Hombre de los Lobos, por lo general excelente, fracase en ocasiones en lo tocante a detalles sin importancia de este período de tragedia y tensiones al cual se refiere por escrito treinta años más tarde. Esos errores se refieren principalmente, creo, a ciertas fechas y sucesos inmediatos al suicidio de su mujer.

El Hombre de los Lobos no me buscó después de la muerte de Teresa, sino que me encontró por casualidad en la calle, cerca de mi departamento. En realidad yo vivía en el mismo distrito que el Hombre de los Lobos, a unos cinco minutos de camino a pie desde su departamento. Creo que nos encontramos en la primera mitad de abril o muy poco después. Tal como él lo cuenta en sus Memorias, *vino a mi departamento y me habló de la muerte de Teresa. Esa no fue, sin embargo, la primera vez que había estado en mi departamento. Yo me había mudado allí hacía tres años y medio y él me había visitado por lo menos una o dos veces por año para la renovación de mi póliza de seguro, contratada con la firma en la cual él estaba empleado. También su recuerdo de haber conocido a mi hija está desplazado en el tiempo. La había visto con frecuencia en los años anteriores, posiblemente por última vez cuando ella tenía cuatro o cinco años, como él recuerda. Pero yo la había enviado al extranjero el 12 de marzo de 1938, a la mañana siguiente del* Anschluss, *y ella no regresó a Austria. Eso sucedió en vísperas de su séptimo cumpleaños.*

De tal modo, el largo y demorado período durante el cual esperó que "el tiempo curara las heridas" no fue de cuatro meses, como le pareció al Hombre de los Lobos, sino en realidad de unas pocas semanas antes de que yo estableciera el contacto con Ruth Mack Brunswick. Siguió después un largo período durante el cual el Hombre de los Lobos procuró poner en orden sus papeles para viajar. Esto no sólo implicó las distintas visitas a los consulados británico y francés que recuerda, con el fin de conseguir las visas, sino que también tuvo que vérselas con cualquier cantidad de papeleo burocrático de los austríacos y los alemanes para poner en orden su pasaporte de Nansen; tuvo que conseguir los recibos de impuestos que se exigían para salir de Austria y otros sellos y autorizaciones de diversas oficinas. En el recuerdo del Hombre de los Lobos todo esto sucedió entre mediados de julio y el 10 de

agosto, y el primer período de desesperación y falta de cualquier intención concreta se extiende desde la muerte de Teresa hasta mediados de julio. Yo puedo corregir con certeza esas fechas, ya que completé mi curso de medicina en Viena para el 15 o el 20 de junio, y cinco días más tarde salí para París.

Menciono estos detalles con el solo interés de la exactitud. En todo lo esencial, la parte correspondiente a 1938 en las Memorias *del Hombre de los Lobos constituye un relato verídico y correcto.*

Parte II
El psicoanálisis y el Hombre de los Lobos

Mis recuerdos de Sigmund Freud

por el Hombre de los Lobos

Conocí a Freud por primera vez en el año 1910. En esa época el psicoanálisis y el nombre de su fundador eran prácticamente desconocidos fuera de las fronteras de Austria. Sin embargo, antes de relatar cómo llegué a analizarme con Freud me gustaría recordar al lector la desolada situación en que se encontraba un neurótico en ese período que precedió al psicoanálisis. Quien padece de neurosis es alguien que procura encontrar su camino de vuelta a la vida normal, porque ha entrado en conflicto con su medio y finalmente ha perdido contacto con él. Su vida emocional ha llegado a ser "inadecuada", inapropiada a la realidad externa. Su meta no es un objeto real conocido, sino más bien algún otro objeto, oculto en su inconsciente y que él mismo desconoce. Su afecto pasa junto al objeto real, accesible a su conciencia. En tanto que nada se sabía de semejante estado de cosas, sólo dos explicaciones eran posibles: una era la del lego, que tenía en cuenta el aumento de intensidad del afecto, desproporcionado para la situación real; tal explicación decía que el neurótico lo exageraba todo. La otra, la del neurólogo o del psiquiatra, derivaba lo psíquico y emocional de lo físico e intentaba persuadir al paciente de que su dolencia se debía a un trastorno funcional del sistema nervioso. El neurótico acudía al médico con el deseo de abrirle su corazón y se encontraba amargamente desilusionado cuando el médico apenas si prestaba oídos a los problemas que a él tanto lo perturbaban; ni hablemos de que procurara entenderlos. Pero lo que para el médico no era más que el producto adicional y carente de impor-

tancia de un estado objetivamente grave, para el neurótico mismo era una profunda experiencia íntima. De esa manera no podía haber contacto real entre médico y paciente; el tratamiento de las enfermedades emocionales parecía haber llegado a un callejón sin salida.

Como es de suponer, yo no estaba en mejores condiciones que mis compañeros de sufrimiento, a quienes se reunía en un solo grupo bajo el nombre general de "neurasténicos". En los casos menos graves, el efecto sugestivo de la terapia física, la hidroterapia, los tratamientos eléctricos y otros recursos podían causar alguna mejoría; en mi caso esos tratamientos habían fracasado por completo. Cada vez que iba a un sanatorio mi estado empeoraba de tal manera que tenía que salir de allí lo más pronto posible. Había consultado a un número considerable de los neurólogos más famosos, por ejemplo al profesor Ziehen en Berlín y al profesor Kraepelin en Munich, sin que mi estado mejorara en absoluto. El profesor Kraepelin, mundialmente conocido, tuvo la honestidad necesaria para confesar su fracaso. Finalmente me explicó que se había equivocado en el diagnóstico. Cuando le preguntaba qué debería hacer entonces, me respondía siempre: "Ya ve usted, cometí un error". Por último me aconsejó otra vez que me internara en un sanatorio. Después de todo eso no era de extrañarse que yo hubiera terminado por abandonar toda esperanza de recibir ayuda médica.

Entonces conocí por casualidad a un joven médico, el doctor D., quien se interesó por mí y con extraordinaria energía intentó persuadirme de que mi caso no era en modo alguno desesperado y de que los anteriores intentos de ayudarme habían fracasado únicamente porque los métodos de tratamiento elegidos eran equivocados. El doctor D. creía apasionadamente en la psicoterapia y mencionaba con frecuencia los nombres de Dubois y de Freud. Hablaba también de "psicoanálisis" pero, como descubrí más tarde, sólo tenía de él la más nebulosa de las ideas. Su capacidad de persuasión era tan grande y mi estado emocional me imponía tal sufrimiento que finalmente decidí, como último recurso, intentar una terapia con el doctor D.

Comenzó así mi "análisis" con el doctor D., que no fue otra cosa que un libre intercambio verbal entre médico y paciente. Por más que de esa manera no tocara más que la superficie consciente de mis problemas, lo bueno era que había encontrado un

médico en quien tenía completa confianza y con quien podía hablar a mis anchas de todo lo que a mí me interesaba. De tal modo me mantuve a flote por un tiempo, hasta que finalmente el doctor D. tuvo la perspicacia de confesar que la tarea que había emprendido excedía su capacidad y que pensaba que yo debería intentar otra cosa. En un principio habló de hacer un viaje alrededor del mundo, pero después sugirió algo que me interesó mucho más: que intentara un tratamiento con Dubois en Suiza, adonde me acompañaría el propio doctor D. Si el doctor D. hubiera insistido en su primera propuesta de viajar, sin duda mi vida habría seguido un curso diferente; pero al parecer el destino había dispuesto otra cosa.

En nuestro viaje debíamos pasar por Viena, donde nos proponíamos pasar unas dos semanas. Allí el doctor D. se encontró con algunos colegas que le señalaron que el psicoanálisis era en realidad creación de Freud y que por lo tanto deberíamos "intentar" primero con él. Yo estuve de acuerdo, y al día siguiente visitamos a Freud.

El aspecto de Freud era tal que se ganó inmediatamente mi confianza. Andaba por la mitad de la cincuentena y gozaba al parecer de perfecta salud. De altura y corpulencia medianas, en su rostro más bien largo y enmarcado por una barba recortada que empezaba a encanecer, el rasgo más impresionante eran los inteligentes ojos oscuros que me miraban con penetración, pero sin provocarme el más leve sentimiento de incomodidad. Su manera de vestir, convencional y correcta, y la seguridad en sí mismo que transmitía, dentro de la sencillez de su porte, indicaban su amor por el orden y su seguridad interior. Toda la actitud de Freud y la forma en que me escuchaba lo diferenciaban de manera sorprendente de sus famosos colegas a quienes yo había conocido hasta entonces y en quienes había encontrado una total carencia de comprensión psicológica profunda. En mi primer encuentro con Freud tuve la sensación de encontrarme frente a una gran personalidad.

Freud nos dijo que consideraba que mi caso era adecuado para el tratamiento psicoanalítico, pero que en ese momento se hallaba tan ocupado que no podía tomar en forma inmediata ningún paciente nuevo. Sin embargo, podíamos llegar a un acuerdo. El visitaba todos los días a un paciente internado en el Cottage Sanatorium y, si yo estaba de acuerdo en pasar algunas semanas

en la institución, estaría dispuesto a empezar mi tratamiento allí mismo, a continuación de esa visita. La proposición nos desconcertó a ambos y volvimos a pensar en seguir viaje a Suiza, pero Freud me había producido una impresión tan favorable que convencí al doctor D. de que teníamos que aceptar su sugestión. Me mudé, pues, al Cottage Sanatorium, donde Freud me visitaba todas las tardes, y después de las primeras horas de tratamiento con él tuve la sensación de que por fin había encontrado lo que había buscado durante tanto tiempo.

Para mí fue una revelación escuchar, de labios de su fundador, los conceptos fundamentales de una ciencia completamente nueva de la psique humana. Ese nuevo concepto de los procesos psíquicos nada tenía que ver con la psicología escolar que había conocido en los libros y que me dejaba frío. Inmediatamente advertí que Freud había conseguido descubrir una región inexplorada del alma humana y que un mundo nuevo se abriría para mí si era capaz de seguirlo por esa senda. El error de la psiquiatría "clásica" había sido que, ignorante de la existencia y de las leyes del inconsciente, todo lo derivaba de lo físico, de lo somático. Una consecuencia ulterior de ese error era una distinción demasiado tajante entre lo sano y lo enfermo. Todo lo que emprendía el neurótico se consideraba, en principio, enfermo. Por ejemplo, si se enamoraba de una joven o de una mujer se hablaba de algo "maníaco" o de una "compulsión". Pero en ciertas circunstancias la "apertura hacia la mujer" podía ser para Freud el logro más importante del neurótico, un signo de su voluntad de vivir, un activo intento de recuperación. Eso era consecuencia del punto de vista psicoanalítico según el cual no hay una división neta entre lo sano y lo enfermo, y en la persona sana también puede dominar el inconsciente, por más que ella no esté dispuesta a admitirlo, en la medida en que hacerlo obstaculizaría sus acciones. Por consiguiente, intenta racionalizar y emplea todas las estratagemas posibles para demostrar que su pensamiento y sus decisiones se mueven en la línea de la razón pura y son por lo tanto de la más alta calidad. Por más que Freud no subestimara en modo alguno lo que había de neurótico en sus pacientes, procuraba siempre apoyar y reforzar el núcleo de salud, separado de la hojarasca neurótica. No es necesario destacar el hecho de que tal separación de los dos elementos exige una gran medida de penetración emocional y es una de las tareas más difíciles del psiquiatra.

Fácil será imaginar la sensación de alivio que yo experimentaba cuando Freud me hacía diversas preguntas sobre mi niñez y sobre las relaciones existentes en mi familia y escuchaba con la mayor atención todo cuanto tenía que decirle. En ocasiones deslizaba alguna observación que daba prueba de que comprendía perfectamente todo lo que yo había experimentado.

"Hasta ahora ha estado usted buscando la causa de su enfermedad en la escupidera", observó acertadamente Freud, refiriéndose a los métodos de terapia física a los cuales me había sometido.

Cuando le hablé de mis dudas y cavilaciones infantiles, la opinión de Freud fue que "sólo un niño puede pensar de manera tan lógica". Y una vez, respecto de ello, habló de un "pensador de primera línea", lo que me causó no poco orgullo, ya que en mi niñez yo había sufrido por la competencia con mi hermana, dos años y medio mayor que yo y mucho más adelantada. Sin embargo, más adelante llegamos a entendernos muy bien.

Mi nuevo conocimiento, la sensación de haber, por así decirlo, "descubierto" a Freud y la esperanza de recuperar la salud hicieron que mi estado mejorara rápidamente. Pero entonces Freud me previno contra el exceso de optimismo, previendo con razón que todavía habrían de presentarse la resistencia y las dificultades que la acompañan. En la época convenida yo volví a mi pensión y continué con mi análisis en el departamento de Freud.

Desde el comienzo tuve la impresión de que Freud tenía un don especial para encontrar un afortunado equilibrio en todo lo que emprendía. Era una característica que se expresaba también en el aspecto de su casa en la Berggasse. Recuerdo como si fuera hoy mismo los dos estudios adyacentes, con la puerta abierta entre ellos y las ventanas que daban a un pequeño patio. Siempre había allí algo de paz y de quietud sagradas. Las habitaciones mismas deben de haber sido una sorpresa para cualquier paciente, porque de ningún modo hacían pensar en el consultorio de un médico, sino más bien en el estudio de un arqueólogo. Había allí toda clase de estatuillas y otros objetos desacostumbrados, que incluso el lego reconocía como hallazgos arqueológicos provenientes del antiguo Egipto. Sobre las paredes se veían placas de piedra que representaban diversas escenas de épocas hace mucho tiempo extinguidas. Algunas macetas con plantas daban vida a las habitaciones y una mullida alfombra y los cortinados ponían la nota hogareña.

Allí todo contribuía a dar la sensación de que uno había dejado atrás la prisa de la vida moderna y estaba al abrigo de las preocupaciones cotidianas. El propio Freud explicaba su amor por la arqueología en cuanto el psicoanalista, como el arqueólogo en sus excavaciones, debe ir descubriendo capa por capa la psique del paciente antes de llegar a los tesoros más profundos y más valiosos.

En vista de la cantidad de trabajo cuya realización se imponía, era de imaginar que Freud tenía que distribuir con el mayor cuidado su tiempo. Empezaba su práctica médica a la mañana temprano y la prolongaba, salvo las comidas y una breve caminata, durante todo el día. Imposible dejar de preguntarse cómo, pese a todo ello, le fue posible consagrarse a la ciencia y escribir lo que escribió. Es verdad que todos los años se concedía una prolongada vacación de dos meses y medio a fines del verano.

No es este el lugar para referirme a todas las fases de mi tratamiento. Lo único que puedo decir es que en mi análisis con Freud yo no me sentía tanto en la situación de paciente como en la de colaborador, el camarada más joven de un explorador experimentado que se embarca en el estudio de un territorio nuevo y recién descubierto. Ese nuevo territorio es el campo del inconsciente, sobre el cual el neurótico ha perdido el dominio que ahora, mediante el análisis, intenta recuperar.

Esa sensación de "trabajar juntos" se intensificaba por el hecho de que Freud reconociera mi comprensión del psicoanálisis, de modo que una vez llegó incluso a decir que sería bueno que todos sus discípulos pudieran captar la esencia del psicoanálisis con tanta seguridad como yo. Estábamos hablando de lo difícil que es para una persona sana aceptar los principios de la enseñanza freudiana, en la medida en que hieren su vanidad. Es diferente para el neurótico, que en primer lugar ha experimentado en sí mismo la fuerza y la dirección de sus impulsos inconscientes, y en segundo lugar ha reconocido, al someterse a la terapia analítica, su incapacidad de manejarse sin ayuda.

Pero hay otro tipo de personas accesible a todo conocimiento teórico y por consiguiente también al psicoanálisis. Se trata de aquellos cuya clara inteligencia parece estar secuestrada por sus fuerzas instintivas.[1] Tales personas son capaces de pensar las

[1] Cfr. *Historia de una neurosis infantil*, donde Freud escribe sobre el Hombre de los Lobos: "Su clara inteligencia se hallaba como secuestrada por las fuer-

cosas hasta su última conclusión lógica, pero no aplican a su propio comportamiento los resultados de su pensar. Freud menciona esa curiosa característica en uno de sus ensayos, pero no trata en detalle el tema. Es una oscura región del alma humana, pero creo que la explicación ha de buscarse en el hecho de que la "catexia objetal" de tales personas se halla demasiado influida por el inconsciente. Lo que persiguen no son objetos reales sino imágenes de la fantasía, por más que no desconozcan cuáles son los peligros que por ello los acechan desde el lado de la realidad. Enfrentan un problema insoluble: o descuidar el principio del placer y seguir los dictados de su intelecto, o actuar como sus sentimientos las obligan a actuar. De tal modo, hablan siempre muy razonablemente y actúan de la manera más irrazonable.

Tanto el primitivismo en el arte moderno como el existencialismo en filosofía han subrayado lo emocional en contraposición a lo intelectual. Y cuando Jean-Jacques Rousseau declara: *la prévoyance, la prévoyance, voilà la source de toutes mes souffrances*, toma deliberadamente posición contra el principio de realidad. Pero, aunque atacaba a la represión como un subproducto dañino del desarrollo cultural de la humanidad, Freud no era un enemigo de la cultura. Creía que la cultura se desarrolla bajo la férrea presión del principio de realidad, que exige el abandono de la gratificación inmediata de los impulsos instintivos por una satisfacción postergada y más realista. Cuando en el curso del análisis se vencen las resistencias y aflora a la conciencia el material reprimido, el paciente va haciéndose cada vez más accesible a la influencia del médico. Esto conduce a un nuevo despertar de diversos intereses y a establecer una vez más relaciones con el mundo exterior. El propio Freud creía que el tratamiento de una neurosis grave era al mismo tiempo una educación del paciente. No necesito destacar el hecho de que Freud practicaba esa tarea educativa de la manera más delicada y que la influencia puramente humana que ejercía sobre sus pacientes, en virtud de la grandeza de su personalidad, no podía menos que ser profunda y duradera. Incluso la forma precisa en que Freud expresaba su opinión, que siempre daba en el clavo con las palabras más certeras, era para uno fuente de goce. La memoria de Freud era absolutamente sorprendente; su mente lo retenía todo, observaba los menores deta-

zas instintivas que regían su conducta en la escasa vida exterior de que aún era capaz." (*O. C.*, p. 695).

lles, y jamás se confundía con las relaciones familiares ni con otras cosas de ese tipo.

Pero, como todo en la vida, una relación demasiado estrecha entre médico y paciente tiene su lado oscuro. El mismo Freud creía que si las relaciones amistosas entre ambos exceden ciertos límites, ello va en detrimento de la terapia. Es fácil comprender por qué: por una parte está el riesgo de que el médico llegue a ser demasiado indulgente con el paciente y a complacerlo demasiado; por otra, las resistencias transferenciales aumentan cuando el paciente considera al analista como un sustituto paterno. Por más que Freud, de acuerdo con su carácter, pusiera todo lo personal en último plano e hiciera siempre el máximo esfuerzo por ser totalmente objetivo, el poder de atracción de su personalidad era tal que siempre había ciertos riesgos implícitos.

Como un análisis exige mucho tiempo, plantea dificultades a quienes no están en posición acomodada. "Hemos establecido la regla", me dijo una vez Freud, "de tratar siempre a un paciente sin remuneración". Agregó que con frecuencia un análisis de este tipo tropieza con mayores resistencias que uno pagado, ya que los sentimientos de gratitud cobran especial intensidad y pueden obstruir el tratamiento. Yo mismo sé de un caso en el que Freud trató durante muchos meses a un paciente que había perdido su fortuna e incluso le brindó ayuda financiera.[2]

Durante un tratamiento psicoanalítico de larga duración el paciente tiene a menudo ocasión de comentar con el médico toda clase de cosas. Por ejemplo, Freud me contó una vez cómo se había llegado a la "situación psicoanalítica". Como es bien sabido, esta "situación" es la del paciente tendido en el diván mientras el analista se encuentra sentado cerca de éste en tal posición que el analizado no puede verlo. Freud me dijo que originariamente él se había sentado al extremo opuesto del diván, de modo que ana-

[2] En sus *Memorias, 1919-1938* (p. 135 de este volumen) el Hombre de los Lobos escribió, refiriéndose al año 1920, cuando él completaba cuatro meses de nuevo análisis con Freud: "Nuestra situación era tal que apenas si podríamos haber pagado el alquiler si no hubiera sido porque el profesor Freud, que tenía algunos pacientes ingleses, nos daba de vez en cuando algunas libras inglesas." En respuesta a una pregunta mía, el Hombre de los Lobos me escribió en una carta fechada el 14 de setiembre de 1970: "Mi nuevo análisis en 1919 no se llevó a cabo a pedido mío, sino por deseo del propio profesor Freud. Cuando le expliqué que no podría pagarle por ese tratamiento, se mostró dispuesto a analizarme sin remuneración."

lista y analizado podían mirarse. Una paciente que explotó esa situación hizo todos los intentos posibles —o más bien imposibles— para seducirlo. Para evitar de una vez por todas algo similar, Freud cambió su posición inicial y se sentó al extremo opuesto del diván.

Había cierta ironía en una de las historias que relataba Freud. Me contó que una vez un hombrecillo de aspecto insignificante había acudido a su consultorio quejándose de graves depresiones. Cuando Freud le preguntó en qué trabajaba, resultó que se trataba del mayor comediante vienés contemporáneo, el difunto Eisenbach.

En una ocasión en que yo intentaba explicar algún proceso emocional —ya no recuerdo cuál— por la fuerza del hábito, Freud no quiso aceptar mi explicación y dijo: "Si una madre preocupada por su hijo que está en alta mar reza todas las tardes por su pronto regreso, ¿cree usted que después de que él vuelva a casa sano y salvo ella va a seguir diciendo la misma oración por la fuerza del hábito?" Comprendí muy bien esa reacción de Freud, porque en esa época en que tan poco se sabía de la verdadera vida instintiva del hombre era mucho lo que se le adjudicaba erróneamente al "hábito". Más adelante Freud modificó el principio del placer, en cuanto postuló también una compulsión de repetición que no depende del principio del placer. Se trata, por así decirlo, de una ley de inercia psíquica, una tendencia innata en todo lo viviente a buscar el descanso y tener a la muerte como meta final. De tal modo llegó Freud a aceptar un instinto de muerte, opuesto al Eros. Se ocupa de esta cuestión en *Más allá del principio del placer*, pero sin hacer referencia al hábito. Sin embargo es un paso evidente en el sentido de referir también el hábito a la compulsión de repetición. De tal modo, se podría entender que esa observación de Freud significa que no se ha de sobreestimar la importancia del hábito, ya que aparece como una especie de compulsión de repetición únicamente cuando las condiciones externas e internas favorecen a este automatismo psíquico y cuando no opera contra él ningún impulso más fuerte.

Como en esa época el período de "tormenta y tensión" del psicoanálisis no había terminado todavía, era frecuente que Freud tocara el tema. Sus opiniones, del mismo modo que toda su teoría, eran tan nuevas que resultaba inevitable que chocaran en todas partes con la oposición más violenta. En un principio a nadie le había parecido necesario refutar el psicoanálisis; la gente se con-

formaba con no darse por enterada. Pero a la larga se hizo imposible ignorarlo por completo, de manera que tanto el psicoanálisis como su fundador fueron atacados furiosamente desde todos los ángulos. Los predicadores de la moralidad lo rechazaban porque asignaba demasiada importancia a la sexualidad y la medicina oficial lo condenaba por "no científico". Freud me dijo una vez que prefería con mucho esos ataques al silencio total que los había precedido, ya que de ellos se infería que tenía oponentes serios con los cuales tenía que llegar a un acuerdo. Al parecer, Freud nunca se tomó muy en serio la indignación de los moralistas. Una vez me comentó, riendo, que una reunión en la que se atacaba ásperamente al psicoanálisis por "inmoral" terminó con los presentes contándose los chistes más indecentes.

Estos ataques hacían que Freud se sintiera más obligado a poner de manifiesto la mayor objetividad y a excluir de sus argumentos todo lo que fuera de naturaleza emocional o subjetiva. Y, como es bien sabido, jamás temió revisar sus teorías, en la medida en que le parecía que así se lo exigía su práctica, esto es, la observación y la experimentación. Para justificarlo podía citar el hecho de que incluso una ciencia tan exacta como la física procede de igual manera, ajustando sus teorías al estado específico de la investigación empírica. Lo mismo valía para Freud con respecto al trabajo detallado de la terapia. Si una de sus hipótesis no se veía confirmada por las asociaciones y los sueños del paciente, la abandonaba inmediatamente. Incluso en esa época Freud expresaba gran confianza en el futuro del psicoanálisis y creía que la continuación de su existencia estaba asegurada y que terminaría por ocupar el lugar que le correspondía en la medicina y en otros campos.

Era muy raro que Freud hablara de sus relaciones familiares, cosa muy natural si se tienen en cuenta las condiciones del tratamiento psicoanalítico (la transferencia, etcétera). En ocasiones yo me encontraba en las escaleras con su esposa, así como con sus tres hijos y dos hijas, de modo que sólo los conocía de vista. Más tarde me relacioné con su hijo mayor, el doctor Martin Freud, que era abogado y se movía en el mundo comercial, pero eso no se vinculó en modo alguno con mi análisis con Freud. Tenía la impresión de que la vida familiar de Freud era muy tranquila y armoniosa. Una vez, durante una hora de análisis, Freud me contó que acababa de recibir la noticia de que su hijo menor se había roto una

pierna mientras esquiaba,[3] pero que afortunadamente la lesión era leve y no había peligro de daño permanente. Freud siguió diciendo que de sus tres hijos el menor era el más semejante a él por su carácter y temperamento. Más adelante Freud volvió a hablar de su hijo menor en relación con otra cosa. Era en una época en que me preocupaba la idea de llegar a ser pintor, contra lo cual me aconsejaba Freud, expresando su opinión de que si bien era probable que yo tuviera capacidad para ello, como profesión no me resultaría satisfactoria. Creía que si bien no me era ajena la naturaleza contemplativa del artista, predominaba en mí lo racional (en una ocasión me calificó de "dialéctico"), y sugería que debía esforzarme por lograr una sublimación que absorbiera completamente mi interés intelectual. En esa ocasión me contó que también su hijo menor había querido ser pintor, pero que después había abandonado la idea para dedicarse a la arquitectura. "Sólo me habría decidido por la pintura", le dijo a su padre, "si hubiera sido muy rico o muy pobre". La decisión se fundaba en que o bien había que considerar la pintura como un lujo y dedicarse a ella como aficionado, o bien tomársela muy en serio y lograr algo realmente importante, ya que ser una mediocridad en ese campo no podía dar satisfacción alguna. La pobreza y la "férrea necesidad" que ella imponía podían ser el aguijón que lo incitara a uno a valiosos logros. Freud consideró acertada la decisión de su hijo y bien fundado su razonamiento.

La dedicación de Freud al psicoanálisis era tal que influía también de muchas maneras sobre sus otros intereses. Por lo que toca a la pintura, tenía en la mayor estima a los antiguos maestros. Emprendió un minucioso estudio de uno de los cuadros de Leonardo da Vinci y publicó un libro sobre él. Es evidente que los pintores del Renacimiento ejercían particular fascinación sobre Freud, pues en esa época el hombre era el centro del interés universal y, por consiguiente, también el tema principal de la pintura. Por otra parte, Freud se interesaba poco por la pintura paisajista, incluso por la obra de los impresionistas. En general el arte moderno no presentaba gran atractivo para él, ni tenía tampoco afinidad con la música.

[3] Ana Freud afirma que el que se rompió la pierna no fue el hijo menor sino el mayor. Éste es el único error fáctico que ella encontró en estos *Recuerdos*. Todo lo demás que se dice de este hijo menor, que era arquitecto, es correcto.

Tal como se podía esperar, la literatura mundial reclamaba en el más alto grado el interés de Freud. Le entusiasmaba Dostoievski, que más que ningún otro tiene el don de penetrar en las profundidades del alma humana y de escudriñar en los más ocultos movimientos del inconsciente, para darles expresión en una obra de arte. En *Los hermanos Karamazov,* Dostoievski se ocupa del patricidio, es decir del complejo de Edipo. En sus obras también se encuentran sueños, y recuerdo que en una de mis horas de análisis Freud hizo una interpretación psicoanalítica de un sueño de Raskolnikov. Freud veía la debilidad de Dostoievski como pensador político en el hecho de que hubiera debido seguir un camino tan largo y agotador para llegar a sus últimas convicciones políticas, en tanto que espíritus más pobres llegaban a las mismas conclusiones con mayor rapidez y menos gasto de energía. Como se sabe, en su juventud Dostoievski fue miembro de una secta secreta y lo desterraron a Siberia. Después de haber cumplido la sentencia volvió de allí defendiendo una filosofía conservadora.

Freud elogiaba mucho la novela *Pedro y Alejo,* del escritor ruso Merejkovski, en donde se encuentra un enfoque extraordinario, desde el punto de vista psicoanalítico, de la ambivalencia emocional entre padre e hijo. Freud apreciaba menos a Tolstoi; el mundo en que Tolstoi vivió y que describió en su obra era demasiado ajeno a Freud. Tolstoi era un autor épico, que esbozaba cuadros maravillosos de la vida de las clases altas de Rusia en el siglo XIX, pero en cuanto psicólogo no calaba tan hondo como Dostoievski. Además, Freud debe de haber tenido poca simpatía por la actitud de áspera crítica de la sexualidad que asumió Tolstoi.

Cuando le dije a Freud que me gustaba Maupassant, comentó: "No tiene mal gusto". En esa época estaba de moda Mirbeau, un escritor francés que abordaba temas muy atrevidos, y cuando le pregunté a Freud qué pensaba de él, su respuesta fue desfavorable.

A Freud le gustaba especialmente Anatole France. Recuerdo que una vez me describió una escena de una de las obras de Anatole France que evidentemente lo había impresionado mucho. Dos aristocráticos romanos están discutiendo cuál de las muchas deidades mitológicas seguirá siendo un dios importante en el futuro. En ese momento pasa junto a ellos un discípulo de Cristo, vestido como un mendigo. Los dos romanos, que apenas si advierten su

presencia, no tienen la menor idea de que es el profeta de una nueva religión que ha de derribar los antiguos dioses para iniciar su procesión triunfal a través del mundo.

Freud también apreciaba mucho a los humoristas y admiraba enormemente a Wilhelm Busch. Una vez dimos en hablar de Conan Doyle y su creación, Sherlock Holmes. Yo había pensado que a Freud no le interesaría ese tipo de lecturas frívolas y me sorprendió descubrir que de ningún modo era así, y que había leído con mucha atención a ese escritor. El hecho de que las pruebas circunstanciales sean útiles en psicoanálisis para reconstruir una historia infantil puede explicar el interés de Freud por ese tipo de literatura. Digamos de paso que el padre espiritual del famoso héroe de Conan Doyle, el detective aficionado que supera a todos los organismos oficiales, no es en realidad el propio Conan Doyle sino nada menos que Edgar Allan Poe, con su Monsieur Dupin (se hallarán más detalles en el interesantísimo estudio psicoanalítico de Edgar Allan Poe realizado por Marie Bonaparte). Era natural que un *raisonneur infaillible* como Poe dotara a Monsieur Dupin de la capacidad de llegar a las conclusiones más extraordinarias mediante la observación exacta del comportamiento humano y sopesando todas las circunstancias. Gracias a esas dotes excepcionales, que Poe denomina "analíticas", Monsieur Dupin —un prototipo de Sherlock Holmes— consigue reconstruir y resolver los complicadísimos y misteriosos crímenes de la Calle Morgue.

Freud era totalmente indiferente a las cuestiones políticas, que ocupaban una esfera diferente y demasiado alejada del ámbito del psicoanálisis y de la obra de Freud. En este aspecto, me parecen dignas de mención las conclusiones de Freud sobre Dostoievski en cuanto pensador político. Por lo común una persona que hace tales observaciones toma como punto de partida la filosofía política que ella misma considera correcta. De tal modo hay quien pensaría que espíritus inferiores al de Dostoievski llegaron con mayor rapidez a las mismas conclusiones que él simplemente porque adoptaron los puntos de vista conservadores sin criticarlos ni haber pensado mucho en ellos. Otros, los que sustentan opiniones políticas opuestas a las conclusiones conservadoras de Dostoievski, podrían reprocharle el no haber ajustado su vida a sus principios con la firmeza suficiente para mantener, pese a sus infortunios, sus primeras convicciones revolucionarias. Ambas opiniones contendrían juicios de valor que evidentemente Freud que-

ría evitar. De ahí sus reflexiones puramente científicas sobre los procesos psíquicos, la comparación de las cantidades de energía necesarias para alcanzar el mismo resultado. Se encuentran allí las fronteras del psicoanálisis, más allá de las cuales Freud no quería aventurarse.

Quisiera además tocar otro problema que ocupa también una de las regiones limítrofes: me refiero al problema, tan discutido en filosofía, de la libertad de la voluntad. Como el psicoanálisis reconoce una relación causal entre las represiones de un neurótico (es decir, sus procesos inconscientes) y los síntomas de su enfermedad, ello supondría que rechaza sin más la libertad de la voluntad y asume una posición estrictamente determinista. Esto resulta cierto, por ejemplo, en *The Criminal, the Judge and the Public*, de Franz Alexander y Hugo Staub. Según este libro, una decisión resulta de la operación conjunta de diversas fuerzas y constituye, por así decirlo, el medio de las mismas. Se podría seguir con esta línea de pensamiento y decir que con frecuencia tales fuerzas trabajan en direcciones opuestas. Como son invisibles para nosotros, el resultado de esa operación conjunta y adversa, es decir, la decisión misma, no nos parece estar determinada por causas definidas.

Se me ocurre, sin embargo, una observación de Freud de la cual puede inferirse que por lo menos deja abierta la posibilidad de una voluntad libre. Freud dijo que aun cuando lo reprimido se vuelva consciente y un análisis pueda ser considerado un éxito, nada de ello asegura en forma automática la recuperación del paciente. Después de un análisis de este tipo se ha puesto al paciente en una situación en la cual él puede mejorar; antes del análisis tal cosa no era posible. Pero que de hecho se mejore o no depende de su deseo de recuperarse, de su voluntad. Freud comparaba la situación con la compra de un boleto para viajar. El boleto hace que el viaje sea posible, nada más; pero no ocupa su lugar. Pero ¿qué es realmente esta voluntad de recuperarse? ¿Qué la determina?

Es bien conocida la actitud de Freud hacia la religión. Era librepensador y adversario de cualquier dogmatismo. Pese a ello, insistía en que no había oposición fundamental entre religión y psicoanálisis y en que, por lo tanto, una persona religiosa podía sin dificultad convertirse en partidaria del psicoanálisis.

El psicoanálisis asume la tarea de traer a la conciencia las ideas reprimidas, tarea que requiere la superación de las resistencias. De acuerdo con ello, Freud consideraba que los ataques que se le dirigían eran, en sentido psicoanalítico, expresión de resistencias internas. Los consideraba como algo natural, ya que el yo se niega a admitir lo reprimido en la conciencia. Freud afirmaba que en el curso de su desarrollo la humanidad padeció tres dolorosos golpes a su narcisismo: primero el darse cuenta de que la tierra no es el centro del universo y de que el sol no gira alrededor de la tierra, sino ésta en torno del sol; después la teoría de la evolución de Darwin; y por último, mediante el psicoanálisis, el ver destronada su conciencia en favor del inconsciente, que determina nuestra vida emocional y por consiguiente, a la larga, nuestra relación con todas las cosas.

Esta posición de Freud —que sigue la máxima de que entenderlo todo es perdonarlo todo— lo llevó naturalmente a su actitud de no guardar resentimiento para quienes rechazaban sus enseñanzas. El odio personal era ajeno a la naturaleza de Freud. Es bien conocida, por ejemplo, la tensión que existió entre Freud y Wagner-Jauregg, pero yo jamás percibí que Freud albergara sentimientos de enemistad hacia él. Freud pensaba simplemente que a Wagner-Jauregg le faltaba una comprensión psicológica más profunda, pero como sus méritos pertenecían a un campo muy diferente —me refiero al tratamiento de la paresia por medio de la malarioterapia— el juicio de Freud no iba en modo alguno en detrimento de la fama del otro.

(Recuerdo que años después, cuando Freud ya había emigrado a Inglaterra, tuve oportunidad de hablar con Wagner-Jauregg de un caso que a mí me preocupaba mucho. Eso sucedió unos seis meses antes de la muerte de Wagner-Jauregg; era un hombre muy anciano pero de aspecto todavía bastante robusto. Me pareció muy agradable como persona. En tanto que la característica más sorprendente de Freud eran su seriedad y su concentración en cierta esfera de ideas, Wagner-Jauregg daba la impresión de ser un vienés cordial y bonachón de épocas pasadas.)

Pese a la indulgencia y tolerancia que Freud mostraba hacia sus adversarios en el plano personal, no hacía concesiones ni aceptaba compromisos en los problemas para los cuales creía haber encontrado respuestas verdaderas. La búsqueda de la verdad era, para él, el primer principio. Consideraba que la inteligencia humana y los triunfos del espíritu configuraban la suprema excelencia; lo importante no es lo que el hombre hace, sino lo que piensa. Con

ello Freud se proponía, evidentemente, expresar la idea de que el sentir y el pensar han de ser considerados como lo primario, y las acciones que de ellos resultan como algo secundario. Sin embargo, Freud no era ajeno a lo "humano, demasiado humano". Así lo demuestra una observación que hizo una vez, afirmando que la satisfacción obtenida del éxito y el trabajo intelectual no puede equipararse en intensidad a los sentimientos de placer logrados mediante la satisfacción inmediata de las metas instintivas. En el logro intelectual falta el carácter inmediato de la experiencia, precisamente esa sensación —caracterizada por la expresión, un poco rara en él pero muy precisa, que usó Freud— de algo "condenadamente bueno". A través de esta observación de Freud se transluce la meditada convicción de que la intelectualidad sólo se alcanza al precio del sacrificio, de la renuncia a la satisfacción instintiva inmediata.

En las semanas que precedieron al término de mi análisis hablábamos con frecuencia del riesgo de que el paciente establezca un vínculo demasiado estrecho con el terapeuta. Si el paciente se queda "pegado" en la transferencia, el éxito del tratamiento no es perdurable y pronto se pone de manifiesto que la neurosis originaria ha sido reemplazada por otra. Con respecto a ello, Freud era de opinión que al finalizar el tratamiento un regalo del paciente podía contribuir, como acto simbólico, a aminorar su sentimiento de gratitud y su consiguiente dependencia del analista. Quedamos entonces en que yo le daría a Freud algo como recuerdo y, como conocía su amor por la arqueología, elegí para él una figura de mujer, egipcia, con un tocado en forma de mitra, que Freud puso sobre su escritorio. Veinte años más tarde, hojeando una revista, vi una fotografía de Freud en su escritorio e inmediatamente me llamó la atención "mi" egipcia, la figura que para mí simbolizaba mi análisis con Freud, quien me llamaba "un pedazo del psicoanálisis".

La finalización de mi análisis con Freud coincidió con el período de agitación política mundial que caracterizó al verano de 1914. Ese funesto 28 de junio de 1914, cuando fueron asesinados el príncipe austríaco Francisco Fernando y su mujer, era un domingo sofocante y caluroso. Ese día salí a caminar por el Prater, y como mi tratamiento con Freud iba a terminar en unos pocos días más, dejé que los años vividos en Viena desfilaran por mi mente. Durante ese tiempo mis resistencias en la transferencia se

habían fortalecido tanto que en ocasiones desesperé de poder llevar mi análisis con Freud a feliz término. Ahora ese período había pasado y me embargaba el cálido sentimiento de que pese a todas las dificultades había perseverado con Freud y ahora, al abandonar Viena, podía considerarme un hombre sano. También me alegraba mucho que mi futura esposa, que le había presentado a Freud poco tiempo atrás, le hubiera hecho excelente impresión y que él aprobara mi elección. Veía el futuro bañado en una luz rosada y con ese ánimo esperanzado volví de mi paseo. Apenas si había entrado en mi departamento cuando la mucama me entregó la edición extra del periódico que anunciaba el asesinato de la pareja archiducal.

Como es natural, cuando vi a Freud al día siguiente hablamos de ese acontecimiento. En esa época Viena estaba dominada por un recalcitrante espíritu antiservio. Yo tenía la sensación de que sólo un razonamiento viciado podía condenar sin reserva alguna a todo un pueblo y atribuir a todos y cada uno de sus hombres, fueran quienes fueren, determinadas malas cualidades. Al parecer Freud no compartía mi opinión, ya que observó que en realidad hay naciones en las cuales ciertas malas cualidades son más marcadas que en otras. Al hablar de la situación, Freud comentó que si Francisco Fernando hubiera llegado al poder, sin duda habríamos tenido una guerra con Rusia. Evidentemente, no podía tener idea de que el asesinato de Sarajevo pondría la pelota en movimiento.

Cuando volví a ver a Freud después de la primera guerra mundial, en la primavera de 1919, y le comenté lo absolutamente incomprensible que era que en pleno siglo xx pudiera producirse semejante carnicería en masa, Freud no recogió el tema y se limitó a observar, de manera un tanto resignada, que tenemos "una actitud equivocada" hacia la muerte. Frente a los grandes acontecimientos políticos mundiales que siguieron a la guerra, Freud adoptó una actitud de expectativa. Dijo algo en el sentido de que no se podía esperar que un psicoanalista juzgara correctamente esos acontecimientos o pudiera prever su resultado. También por entonces me enteré por Freud de que Jung, a quien Freud siempre había elogiado mucho y a quien en cierta época había designado como su sucesor, se había apartado de él y seguía ahora su propio camino.

Hablé ya de la compostura y el dominio de sí que mostraba Freud. Fue el constructor de un nuevo mundo del pensamiento,

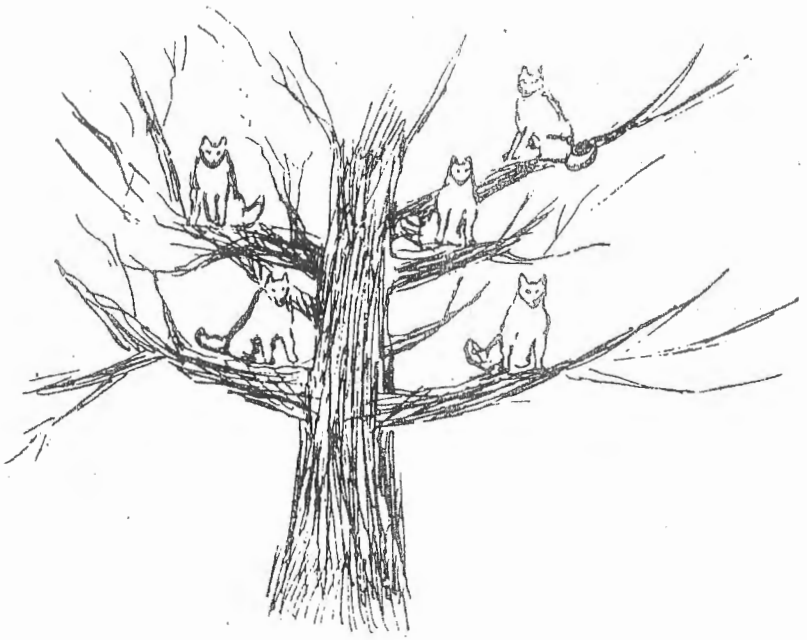
cosa que aparte cualquier otra consideración, exigía gran energía y perseverancia. Su fortaleza de espíritu, por más que en ocasiones lo hiciera parecer áspero, era admirable y jamás lo abandonó, ni siquiera cuando el destino descargó sobre él los más fuertes golpes.

En el invierno de 1919-1920 Freud experimentó una pérdida dolorosísima: la muerte de su hija mayor, con quien según he oído decir estaba especialmente encariñado. Yo lo vi al día siguiente de ese trágico suceso, calmo y compuesto como de costumbre, sin que de ninguna manera traicionara su dolor.

Cuando algunos años más tarde, Freud fue víctima de un absceso en la cavidad bucal, se comportó de manera tan resuelta como siempre. Tuvo que someterse a una operación, y cuando yo lo visité una vez efectuada ésta y le pregunté cómo se sentía, se condujo como si nada hubiera pasado. "Uno envejece", comentó, e hizo con la mano el gesto con que la gente deja de lado una consideración trivial. Como es natural, en su condición de médico Freud se daba perfecta cuenta de la gravedad de su estado. De hecho, a la primera operación siguió una segunda en la que le extrajeron parte del paladar, de modo que tuvo que usar una prótesis que le estorbaba ligeramente el habla, aunque eso apenas se notaba. Pero sus infortunios no tuvieron el poder de abatir a Freud ni de privarlo de su pasión por el trabajo. Se consagró a escribir como lo había hecho antes y, aunque en medida limitada, mantuvo su práctica psicoanalítica. Después que Hitler se anexó Austria, Freud emigró a Inglaterra, donde murió a comienzos de la segunda guerra mundial.

Según el proverbio, "nadie es profeta en su tierra", y lamentablemente esto ha sido válido para Freud. Por más que pasó casi toda su vida en Viena, donde a lo largo de muchas décadas llevó adelante una labor que tan importante ha resultado para la humanidad, el psicoanálisis tiene menos aceptación en Viena que en cualquier otra parte. ¿A qué se puede atribuir esto? Quizás al hecho de que Austria haya sufrido tantas crisis políticas y económicas en su historia reciente. Pero hay algo más que también puede tener su importancia: la feliz condición de los austríacos de tomarse muchas cosas a la ligera y, como los franceses, ver la vida por el lado más luminoso y placentero. Quizá la consecuencia sea que sufren menos por obra de sus complejos y los superan con mayor facilidad.

Sea como fuere, diez años después de la muerte de Freud ya es tiempo sobrado de que se ponga una placa conmemorativa en la casa de la Berggasse donde él vivió. Es triste, pero aún no se la ve allí al pasar.[4]



El sueño de los lobos, dibujado por el Hombre de los Lobos.

[4] El 6 de mayo de 1954, más de dos años después que el Hombre de los Lobos escribiera este artículo, la Organización Mundial para la Salud Mental descubrió una placa conmemorativa sobre la puerta.

Suplemento a la "Historia de una neurosis infantil" de Freud (1928)

Ruth Mack Brunswick

Este artículo —cuyo objeto queda explicado en el título— fue actualizado por la autora en la siguiente nota dirigida al director del Reader:[1] *"El análisis del Hombre de los Lobos que aquí se reseña duró cinco meses, de octubre de 1926 a febrero de 1927. Posteriormente, el Hombre de los Lobos se recuperó y pudo desarrollar cierta actividad en un modesto empleo.*

"Aproximadamente dos años después regresó para reanudar un análisis tan gratificante para mí como para él. No quedaba en él huella alguna de psicosis o de tendencias paranoides. En el curso de una súbita, violenta y reiterada relación amorosa, su capacidad sexual sufrió perturbaciones de carácter estrictamente neurótico. Esta vez el análisis, que se prolongó con cierta irregularidad durante varios años, reveló un material nuevo e importante —que hasta ese momento permanecía en estado de recuerdos olvidados—, totalmente vinculado a la compleja relación afectiva entre la niña precsquizofrénica y su pequeño hermano. Los resultados terapéuticos fueron excelentes y han perdurado, según mis últimas informaciones de 1940, a pesar de una crisis personal de importancia que sólo en pequeña medida fue producto de los acontecimientos mundiales..."

R. M. B.

Nueva York
Setiembre de 1945

Reproducido de *The International Journal of Psycho-Analysis*, IX, 1928, p. 439.

[1] *The Psychoanalytic Reader*, vol. 1, ed. Robert Fliess, International Universities Press, Nueva York, 1948.

1

Descripción de la enfermedad actual

El paciente a quien conocíamos como el Hombre de los Lobos de la *Historia de una neurosis infantil* acude al profesor Freud para una consulta en octubre de 1926. Desde la terminación de su análisis en 1920 había visto a Freud de tiempo en tiempo. Circunstancias a las que me referiré sucintamente ocasionaron grandes cambios en la vida del Hombre de los Lobos. El millonario de otrora apenas si ganaba ahora lo suficiente para alimentar a su mujer enferma y a sí mismo. Sin embargo, la vida no fue del todo dura para él hasta el verano de 1926, fecha en que aparecen ciertos síntomas que lo obligan a consultar a Freud. En esta oportunidad se le sugirió que si tenía necesidad de analizarse debía verme.

Se presentó en mi consultorio a comienzos de octubre de 1926.

Sufría de una *idée fixe* hipocondríaca. Se lamentaba de ser víctima de un daño en la nariz causado por la electrólisis utilizada en el tratamiento de las glándulas sebáceas obstruidas de ese órgano. El daño, según él, consistía alternativamente en una cicatriz, en un agujero, o en una pequeña fosa en el tejido cicatrizal. Habían arruinado el perfil de su nariz. Me permitiré decir ante todo que no se percibía ninguna irregularidad en la chata, pequeña y típicamente rusa nariz del paciente. Y el mismo paciente, si bien insistía en que el daño era muy visible, se daba cuenta de que su reacción era anormal. Por esta razón, después de agotar los recursos dermatológicos, consultó a Freud. Si nada se podía hacer por su nariz, algo se debía hacer por su estado de ánimo, fuera la causa real o imaginaria. En apariencia, este punto de vista lógico y sensato parecía deberse a la comprensión adquirida en su análisis anterior. Pero esto sólo en parte resultó ser el móvil del presente análisis. Por otra parte, esa comprensión era sin duda la causa de la única característica atípica del caso: su gran disposición para el análisis, el que de otra manera no se hubiera producido.

Estaba desesperado. Cuando se le decía que nada podía hacerse por su nariz puesto que estaba en perfecto estado, el paciente se sentía incapaz de seguir viviendo en lo que consideraba un estado irreparable de mutilación. Formulaba la queja expresada en todas sus enfermedades anteriores: de niño, cuando ensuciaba sus calzoncillos y pensaba que tenía disentería, de muchacho, cuando

contrajo gonorrea, y finalmente en muchas de las posteriores situaciones durante su análisis con Freud. La queja que contenía el núcleo de su identificación patógena con la madre, era: "Así me es imposible vivir" (*O. C.*, p. 728) (*"So kann ich nicht mehr leben"*). El "velo" de su primera enfermedad lo cubría totalmente. Desatendía su vida y su trabajo cotidianos porque se enfrascaba en el estudio de su nariz con exclusión de cualquier otra cosa. En la calle se miraba en la vidriera de todos los negocios y llevaba en el bolsillo un espejo que utilizaba constantemente. Primero se empolvaba la nariz, se la inspeccionaba de inmediato y se quitaba el polvo. Examinaba los poros para ver si se agrandaban y para detectar el agujero, digamos, en el momento de su crecimiento y desarrollo. Entonces se empolvaba nuevamente la nariz, guardaba el espejo y recomenzaba el proceso poco después. Su vida se centraba en el espejito que llevaba en su bolsillo y su destino dependía de lo que le revelaba o estaba por revelarle.

La mucama que abría la puerta de mi departamento le temía porque, como ella decía, él siempre pasaba delante de ella como un loco y se dirigía a un gran espejo que estaba en la sala de espera mal iluminada. No se sentaba y esperaba, como los otros pacientes, hasta que lo recibiera en mi consultorio. Caminaba de un extremo a otro de la pequeña sala, sacaba su espejo y examinaba su nariz bajo una y otra luz. Estaba en estas condiciones cuando comenzó su análisis conmigo.

Debo pedir al lector que refresque su memoria volviendo a leer el fragmento de la historia del paciente publicado por Freud bajo el título de *Historia de una neurosis infantil*. Todo el material infantil se halla allí; nada nuevo habría de revelarse en su análisis conmigo. La fuente de la nueva enfermedad consistía en un residuo no resuelto de su transferencia, que después de catorce años, y bajo la presión de circunstancias peculiares constituyeron la base de una nueva forma de la vieja enfermedad.

2

1920-1923

Antes de ofrecer una descripción minuciosa de la enfermedad actual y de su tratamiento, es necesario relatar con algunos deta-

lles la vida y las circunstancias del paciente, durante y después de su análisis con Freud.

Se recordará que el Hombre de los Lobos era muy rico y que había heredado el dinero de su padre, quien murió cuando el paciente contaba veintiún años, dos años después de contraer su gonorrea y dos años antes de comenzar su análisis con Freud. Debe recordarse también que el paciente se mostraba extremadamente neurótico en su actitud con el dinero. Frecuentemente, y sin justificación alguna, como él mismo admitía, acusaba a su madre de apropiarse del dinero de la herencia. Era jactancioso y otorgaba al dinero un poder y una importancia exagerados. No había recibido mal la muerte de su hermana, puesto que lo convertía en el único heredero de su padre. Era excesivamente extravagante en sus costumbres personales, especialmente con la ropa.

La revolución rusa y el régimen bolchevique cambiaron esta situación. El Hombre de los Lobos y su familia perdieron literalmente todo su dinero y todas sus posesiones. Después de un período de verdadera desesperación, durante el cual no tenía dinero ni trabajo, el paciente finalmente consiguió un pequeño empleo en Viena.

A fines de 1919 había abandonado Rusia y volvió a Freud para hacer unos pocos meses de análisis, cumplidos con éxito, para resolver su constipación histérica. Aparentemente el paciente creía que podría pagar esos meses de análisis, aunque es difícil saber cuál era la base de su suposición. Más aún, al final de este período el Hombre de los Lobos carecía de trabajo y de recursos; su esposa estaba enferma, y él mismo agobiado por su desesperación. Freud inicia entonces una colecta de dinero para su ex paciente, que tanto había aportado a los fines teóricos del psicoanálisis; desde ese momento repite la colecta todas las primaveras, durante seis años. Este dinero permitió al paciente pagar las deudas hospitalarias de su mujer, mandarla al campo y, ocasionalmente, tomarse él mismo unas cortas vacaciones.

A principios de 1922 un conocido del paciente llega a Viena desde Rusia trayendo lo que quedaba de las joyas de la familia. Se suponía que valían miles de dólares, pero cuando intentaron venderlas se descubrió que su valor no excedía de unos pocos cientos. El paciente no había hablado a nadie sobre las joyas, excepto a su mujer; ésta le había recomendado inmediatamente, con criterio femenino, que no contara nada a Freud, puesto que —como decía ella— éste sobrestimaría el valor de las joyas y dejaría de ayudarlo. El collar y los aros constituían todo su capital; si se veía forzado a venderlos para vivir, ya no tendría respaldo alguno. Por lo tanto, no contó a nadie que poseía las joyas. El temor de perder la ayuda de Freud no le dejó pensar que éste no habría permitido que gastara su pequeño capital. El paciente siguió el consejo de su mujer, porque, como admitió él mismo, coincidía con ciertos íntimos sentimientos suyos. Desde ese momento creció su avidez por el dinero que recibía de Freud: se preguntaba a cuánto ascendería la donación siguiente —el monto, según el dinero reunido, variaba cada año—, hacía planes sobre cómo gastarlo, etcétera. El paciente adquirió una falta de sinceridad notable en un individuo que hasta ese momento había sido compulsivamente honesto. Comenzó a ocultar asuntos financieros a su mujer y, en el período de inflación, él, que siempre había sido sumamente cauto, especuló y perdió considerables sumas de dinero. En todas sus operaciones financieras aparecía ahora cierta deshonestidad que antes no se había manifestado, a pesar de su actitud neurótica.

Sin embargo, y en un sentido amplio, el paciente estaba bien. El hombre que había venido acompañado con su médico y su enfermero, que hasta había sido incapaz de vestirse solo, ahora trabajaba duramente cuando conseguía cualquier tarea y sostenía, con lo mejor de su capacidad, a su enferma y frustrada mujer. Sus intereses y sus ambiciones, en comparación con los de su juventud, eran limitados. Parecía como si tuviera que pagar el precio de su enfermedad y curación anteriores. De todos modos, él continuó pintando y durante el verano de 1922 hizo un autorretrato que le obligó a mirarse en el espejo un tiempo considerable.

En abril de 1923 el profesor Freud fue sometido a su primera intervención quirúrgica menor en la boca. Cuando el Hombre de los Lobos acudió a verlo antes del verano para recibir su dinero, se sintió sacudido por el aspecto de Freud. Sin embargo pensó poco en eso y salió de vacaciones. Mientras estaba en el campo comenzó a masturbarse con fotografías obscenas. No lo hizo en exceso y no se sintió especialmente perturbado por la aparición del síntoma. Su mujer a menudo estaba enferma y se hallaba por lo tanto poco inclinada al coito. Cuando volvió a Viena en el otoño, Freud había sido operado nuevamente; todos nosotros supimos esta vez el carácter grave de su enfermedad, incluso el Hombre de los Lobos.

3

Historia de la enfermedad actual

Intentaré ahora referir la enfermedad actual del paciente, ciñéndome en lo posible a su propio relato, que él escribió para mí inmediatamente después de la terminación de nuestro análisis en febrero de 1927.

En noviembre de 1923 la madre del paciente llegó de Rusia. El paciente observó una verruga negra sobre la nariz de la madre cuando la recibió en la estación. En respuesta a su pregunta, la madre le contestó que había consultado a varios médicos y que la mayoría le había recomendado hacérsela extirpar. No obstante, los médicos se mostraban inseguros con respecto a la naturaleza de la verruga dadas las curiosas apariciones y desapariciones de la misma. A veces aparecía y otras no. Por eso había rehusado hacérsela operar y ahora estaba contenta de haber tomado esa decisión. Pero el paciente observó que la madre se había vuelto algo hipocondríaca y que temía las corrientes de aire, el polvo y toda clase de contaminaciones.

A principios de 1924 el paciente comenzó a tener dificultades con sus dientes, que hasta 1921 habían sido particularmente sanos. Era necesario hacer dos extracciones: se trataba de la primera vez que el paciente perdía un diente. El dentista que hizo la extracción y que profetizó que el paciente pronto perdería su dentadura a raíz de su violenta manera de morder, se llamaba... ¡Dr. Wolf! A causa de la profecía, el paciente no volvió a este dentista y visitó a otros, con ninguno de los cuales se sintió enteramente satisfecho. Un día se desmayó mientras le hacían un tratamiento de conducto en una raíz infectada. De tanto en tanto aparecían pequeñas pústulas en sus encías.

En esa época ocurrieron ciertos cambios en la oficina donde el paciente estaba empleado; fue trasladado, perdió la relativa independencia que le aseguraba su posición anterior y debió obedecer órdenes de un jefe ceñudo y desconsiderado.

El síntoma principal de la enfermedad actual apareció en febrero de 1924, cuando el paciente comenzó a tener extraños pensamientos sobre su nariz. Siempre se había sentido insatisfecho de su pequeña y chata nariz, y en la escuela lo habían fastidiado con el mote de "Mops" (perro dogo). Durante la pubertad un catarro nasal le había producido llagas en la nariz y en el labio superior

que fueron tratadas con ungüentos. La medicación fue indicada por el mismo médico que más tarde lo trató a causa de otro catarro: la gonorrea. Durante su análisis con Freud el paciente acudía a un famoso dermatólogo vienés, el profesor que lo trataba por sus glándulas sebáceas obstruidas. Es evidente, entonces, que para él la nariz había sido siempre objeto de cierta preocupación y descontento.

En los años que siguieron a la guerra, las exigencias de la vida lo habían mantenido muy ocupado como para que pensara mucho o se molestara por su apariencia, y hasta se sentía bastante orgulloso de su nariz (sospecho que por sus contactos con judíos). Se le ocurrió entonces que su suerte era excepcional: tenía una nariz sin defectos. Algunas personas tenían verrugas —su mujer había tenido una en la nariz durante años—, y otras, lunares y granos. Pero, sus pensamientos continuaban, ¡qué terrible sería si *él* tuviera una verruga en la nariz!

Comenzó entonces a examinar su nariz en busca de glándulas sebáceas obstruidas y, aproximadamente un mes más tarde, logró encontrar poros nasales que sobresalían "como puntos negros" (presumiblemente un comedón). Esto lo hizo inquietarse y, al recordar el éxito de su anterior tratamiento con X, pensó volver a verlo. Se trataba, sin embargo, más de una idea que de un proyecto real, ya que ni siquiera intentó llevarlo a la práctica.

La madre volvió a Rusia en mayo. Dos semanas más tarde el paciente descubrió un pequeño grano en medio de su nariz, de extraña apariencia —según sus palabras— y que se negaba a desaparecer. El grano comenzó a endurecerse y el paciente recordó que una tía suya había sufrido un mal similar del que nunca se curó.

Entonces reapareció la constipación que, como se recordará, representaba la fijación histérica que estaba detrás de la neurosis compulsiva. Este síntoma fue tema de cuatro meses de análisis con Freud, desde noviembre de 1919 a febrero de 1920. Salvo raros ataques producidos en el transcurso de algunas enfermedades, por seis años el paciente no había padecido de constipación. Cuando ésta reapareció, el paciente tomó conciencia de su estado de gran fatiga. Se dirigió entonces al *Krankenkasse*[1] y pidió ser sometido a una serie de baños fortalecedores. Debió ser examinado

[1] El sistema austríaco de *Krankenkasse* representaba un seguro de salud obligatorio.

por el médico de guardia que le ordenó baños de pino y compresas frías en el abdomen. El paciente desaprobó las compresas frías, puesto que, como su madre, temía los resfríos. Como de costumbre, sus temores se cumplieron: en Pentecostés se acostó engripado. (Obsérvese que el paciente, que había nacido en Navidad, elegía siempre los días festivos para la producción de síntomas u otros actos significativos. Una vez le observé que nunca se había entregado mucho a la masturbación, hecho sorprendente si se tenía en cuenta su naturaleza violenta. Me contestó: "Oh no, por supuesto, sólo me masturbaba regularmente para las grandes fiestas".)

Había sufrido durante todo el invierno de una tos ligera; ahora estaba convencido de que, como resultado de las indicaciones del médico, su gripe se convertiría en neumonía. No ocurrió así, y cuando poco después consultó nuevamente a ese médico (siempre volvía por un tiempo al médico o dentista que lo había defraudado) tuvo lugar un curioso incidente. El paciente recordó que en ocasión de su última visita al médico, éste se había quejado de una enfermedad renal. Sentado frente al doctor, que le resultaba muy simpático, pensó para sí mismo: "Qué agradable resulta que yo, el paciente, me encuentre bien, mientras que él, el médico, sufre una seria enfermedad".

El placer obtenido en la situación le pareció que debía merecer un castigo. Volvió a su casa, se acostó para descansar un rato, y distraídamente pasó una mano sobre su nariz. Cuando percibió el grano endurecido bajo la piel se lo rascó. Entonces fue hasta el espejo y se miró la nariz. En el lugar donde se encontraba el grano había ahora un profundo agujero. En adelante, su preocupación principal era: ¿se curará el agujero? ¿Y cuándo? Ahora se sentía impulsado a mirarse en su espejo de bolsillo a cada instante, presumiblemente para observar el progreso de la cicatrización. Pero, en cambio, el agujero no se cerró completamente y este hecho le amargó la vida. De todos modos continuaba mirándose en el espejo y esperando sin esperanzas que todo se arreglaría en unos pocos meses. Pero ahora no encontraba placer en nada, y además comenzó a sentir que todo el mundo miraba el agujero de su nariz.

Finalmente, antes de las vacaciones de verano, el paciente consultó al profesor X, pero, cosa extraña, no por el agujero de la nariz, sino por las glándulas sebáceas agrandadas que finalmente había logrado encontrar. X, que no había vuelto a ver al paciente desde la guerra, se mostró muy amistoso. Advirtió al paciente que si bien las glándulas se podían curar fácilmente, por un tiempo le quedaría la nariz enrojecida. Tomó entonces un instrumento y abrió varias de las glándulas. Para las restantes recetó distintas medicinas, un líquido y un ungüento. (En una situación similar, le habían ordenado lo mismo cuando tenía doce años.)

La advertencia de X se cumplió; la nariz del paciente permaneció enrojecida durante varios días hasta el punto de que debió arrepentirse de su visita a X. Su mujer no estuvo de acuerdo con las medicinas, y tal vez sólo aparentemente contra la voluntad del paciente, las tiró. De pronto, el día antes de partir para el campo, y por razones no demasiado claras, comenzó a temer que el diente que le había molestado unos meses antes le estropeara sus vacaciones. Por lo tanto fue al dentista y permitió que le sacaran el que luego resultó ser un diente sano. Al día siguiente, seguro de que el diente enfermo era otro, lamentó profundamente la visita al dentista. Algunos síntomas bronquiales le acarrearon más molestias.

Sin embargo, las vacaciones en el campo fueron un éxito. El paciente se dedicó laboriosamente a pintar, pensando cada vez menos en su nariz y en sus dientes. De hecho, en ausencia de una causa real, sólo rara vez se volvía hipocondríaco. Pero una vez establecida la causa crecía su desconfianza por el dentista que lo trataba. (En una ocasión el profesor Freud me dijo que la actitud del paciente con los sastres duplicaba justamente esta posterior insatisfacción y la desconfianza hacia los dentistas.)

Del mismo modo, durante su primer análisis, solía ir de sastre en sastre, los sobornaba, les rogaba, se enardecía, hacía escenas, siempre encontraba algún defecto, y luego se hacía atender, por un tiempo, por el sastre que lo disgustaba.

Nada ocurrió durante el otoño y el invierno de 1924-25. Cuando el paciente, que ya casi había olvidado sus síntomas nasales, examinó de nuevo su nariz en el espejo, no pudo hallar el lugar donde había estado el agujero. Con un sentimiento de alivio consideró el incidente como cosa del pasado.

Durante esa época ocurrieron ciertos cambios en su vida sexual. Volvió a su antiguo hábito de seguir a las mujeres en la calle. El lector de la *Historia de una neurosis infantil* recordará sus distintas experiencias sexuales con mujeres de baja extracción. Acompañaba ahora con frecuencia a las prostitutas hasta su alo-

jamiento, donde temeroso de las enfermedades venéreas sólo se masturbaba delante de ellas. En el verano de 1923 había comenzado a masturbarse al tiempo que miraba fotografías obscenas. De este modo, sus relaciones con prostitutas no eran más que otro paso en la misma dirección.

Las preocupaciones del paciente por su nariz duraron desde febrero de 1924 hasta fines, aproximadamente, del verano siguiente, es decir, seis meses.

Los síntomas nasales hicieron su reaparición el día de Pascuas de 1925. Mientras el paciente estaba en un parque con su mujer, sintió un dolor en la nariz. Pidió a la mujer que le prestara el espejito y al mirarse descubrió un grano doloroso y grande en el lado derecho de la nariz. A pesar de su tamaño y del dolor, parecía un grano común y no se ocupó de él. Esperó varias semanas que desapareciera; mientras tanto el grano crecía ocasionalmente y segregaba pus. (La verruga de su madre aparecía y desaparecía.) El Hombre de los Lobos comenzó a perder la paciencia al aproximarse Pentecostés. El domingo de Pentecostés fue al cine a ver "La hermana blanca". La película le recordó a su propia hermana, muerta años atrás, quien poco antes de su suicidio se lamentaba de no ser suficientemente bella. Recordaba que a menudo su hermana se preocupaba porque tenía granos en la cara. Volvió a su casa muy deprimido. Al día siguiente consultó al dermatólogo del *Krankenkasse* (uno se pregunta por qué cambió de dermatólogo en ese momento), quien le dijo que se trataba de un grano común que desaparecería con el tiempo. Pero cuando el paciente volvió a verlo dos semanas más tarde sin presentar ninguna mejoría, el médico le dijo que en realidad se trataba de una glándula sebácea infectada. El paciente le preguntó entonces si se curaría por sí misma o si era necesaria alguna intervención. El médico contestó negativamente.

Una desesperación extrema se apoderó del paciente. Preguntó cómo era posible que no existiera tratamiento para su enfermedad y si estaba condenado a llevar por el resto de sus días una cosa así sobre la nariz. El médico lo miró con indiferencia y le repitió que no se podía hacer nada. Y entonces, como dice el paciente, el mundo se le vino abajo. La estructura de su vida se desmoronaba. Era el fin; mutilado, ya no podía seguir viviendo.

Del médico del *Krankenkasse* corrió hacia el profesor X, que lo recibió cordialmente, lo tranquilizó y le dijo que el problema

podía remediarse fácilmente. El profesor le extirparía inmediatamente la glándula. Con la ayuda de un instrumento apretó el punto infectado de la nariz del paciente; éste lanzó un grito, y del lugar donde había estado la glándula comenzó a salir sangre. Posteriormente el análisis reveló que el paciente había experimentado un agudo éxtasis ante la vista de su propia sangre fluyendo bajo la mano del médico. Respiró profundamente y apenas pudo contener su alegría. Dos horas antes había estado al borde del suicidio, y ahora un milagro lo salvaba del desastre.

Días más tarde, sin embargo, cuando la sangre coagulada se desprendió con la costra de la herida, el paciente descubrió, para su horror, la presencia de una protuberancia levemente rojiza donde había estado la herida. La zona se veía un poco inflamada. Surgió el interrogante: ¿desaparecería la inflamación? ¿Tenía razón el médico del *Krankenkasse* cuando afirmó que no se podía hacer nada con procesos de este tipo?

Simultáneamente, la aparición de pequeñas pústulas en las encías lo obligaron a ir al dentista. Cuando éste le dijo que las pústulas carecían de importancia, decidió hacer una consulta adicional. Desde hacía algún tiempo tenía poca confianza en su dentista. Esta vez acudió a un dentista que le recomendó un compañero de oficina. El nuevo dentista afirmó que, cualquiera hubiera sido el estado del diente que le habían extraído, en realidad el diente peligroso permanecía en su boca. Consideraba que este diente era el responsable de todas las dificultades del paciente, incluso del grano en la nariz. Se hallaba tan infectado que a menos que se lo extrajera de inmediato el pus podía extenderse a cualquier órgano del cuerpo y causar una infección generalizada. Si este diente hubiera sido extraído en su debido momento el paciente no habría tenido dificultades ulteriores con sus dientes ni con el grano o la glándula sebácea purulenta. En la medida en que esta opinión concordaba con la suya propia, el paciente permitió que se le extrajera inmediatamente el diente.

Ahora echaba la culpa de sus dificultades a este último dentista. Con la extracción del diente, el paciente dirigió una vez más su interés hacia la nariz, que parecía estar hinchándose de manera que ya no parecía la misma. Ahora el paciente observaba todo el día la zona inflamada, atormentado por el hecho de que su nariz "ya no era como había sido". Acudió nuevamente al profesor X, quien le aseguró que su nariz estaba bien. Pero estas pa-

labras no le causaron impresión alguna ni lograron tranquilizarlo; por el contrario, llegó a asustarse más. Su nariz había crecido tan rápidamente que uno de los lados parecía estar en total desproporción con el otro. Además, continuaba hinchándose. Aterrorizado por la posibilidad de que siguiera creciendo, volvió a lo del profesor X. Sus frecuentes visitas ya no interesaban al dermatólogo, quien dándole la espalda y mirando por la ventana lo dejaba en manos de su asistente. "Perseguido por el destino y abandonado por la medicina", el paciente concibió entonces un nuevo plan para atraer la atención del profesor X. Como no se animaba a ir solo al consultorio, decidió hacerse acompañar por su mujer. Como se recordará, su mujer tenía una verruga en la punta de la nariz; X, muy cordial, inmediatamente se la extirpó. Sin embargo, cuando el paciente le planteó a X sus habituales dudas acerca del futuro de su propia nariz, X se irritó. Finalmente dijo que el paciente sufría de una distensión vascular, y que a esta enfermedad, como a la verruga, se la trataba mejor mediante la electrólisis. Agregó que el paciente podía volver después de unos días para el tratamiento.

Por un lado el paciente se sentía infeliz porque tenía una nueva enfermedad, la distensión vascular, pero por el otro esto le daba renovadas esperanzas de cura. Sin embargo, dudaba del diagnóstico. Puesto que nunca había bebido, no comprendía el origen de la alteración del diámetro de los vasos sanguíneos, enfermedad específica de los alcoholistas. Por lo demás, era muy joven para esa afección. Su mujer le recomendó no volver a ver a X antes de las vacaciones de verano. "Ahora está enfurecido contigo —le dijo— y puede hacerte algo de lo que podrías arrepentirte para el resto de tus días." Ambos, el paciente y su mujer, sentían que el profesor X ya no trataba al pobre refugiado del mismo modo como había tratado al rico paciente de Freud.

A comienzos de agosto el paciente visitó al compañero que le había recomendado al nuevo dentista. Cuando le preguntó si veía algo particular en su nariz, el amigo lo observó cuidadosamente y le dijo que no se podía reconocer el lugar de donde había sido extirpada la glándula, pero en cambio sí notaba que un lado de la nariz parecía un poco hinchado. La observación produjo gran excitación en nuestro paciente. Percibía que no estaba mejorando y que no tenía sentido posponer la electrólisis hasta el otoño. Perdió entonces la poca paciencia que le quedaba y se decidió por el

tratamiento sugerido por X, pero, como ocurría siempre, no sin antes consultar a otro médico a modo de control. Por lo tanto fue a ver a otro dermatólogo, quien, vale la pena advertirlo, tenía su consultorio en la esquina de la cuadra donde vivía Freud.

El nuevo médico consultado confirmó el diagnóstico de X y agregó que las glándulas sebáceas infectadas habían sido muy bien extirpadas. Consideraba que la electrólisis no podía ocasionarle daño alguno, pero que era inadecuada para esa enfermedad, y recomendó el tratamiento diatérmico. Se mostró extremadamente cortés, e ignorando la situación financiera del paciente —que lo había elegido en la sección de la guía telefónica correspondiente a los dermatólogos, aparentemente dejándose influir por la categoría de la ubicación del consultorio— le cobró sus honorarios habituales. El paciente, que no le pagaba nada a X, se sintió feliz de pagar una vez más "como un caballero".

Ahora se confiaba de modo absoluto en el juicio del profesor X, porque era evidente que hasta ese momento había hecho lo que correspondía y por lo mismo se podía confiar también en su preferencia por la electrólisis antes que por el tratamiento diatérmico. Como el partidario de la diatermia, además, partía de Viena el mismo día de su visita, este tratamiento estaba fuera de consideración. El paciente deseaba que todo estuviera arreglado para antes de sus vacaciones. Con espíritu de extrema fe y confianza se sometió a la electrólisis; le pareció que X estaba más amistoso que nunca. Cuando el paciente regresó a su casa, su mujer le dijo gritando: "¡Por amor del cielo! ¿Qué has hecho con tu nariz?" El tratamiento le había dejado algunas marcas que, en cambio, no inquietaban al paciente. La opinión del otro dermatólogo sobre X, y sus palabras en general, habían restablecido su equilibrio hasta el punto de que se sentía otra vez dueño de la situación. También tenía la curiosa impresión de que el segundo dermatólogo lo había reconciliado con el primero.

Tres días más tarde el paciente y su mujer partieron para el campo. Las vacaciones fueron placenteras. Si bien el paciente todavía se preocupaba un poco por su nariz, y aunque las cicatrices dejadas por la electrólisis seguían siendo objeto de su inquietud, pudo disfrutar de sus vacaciones. Pintó, hizo algunas excursiones, se sentía bien en general. Cuando en el otoño regresó a la ciudad, su estado era aparentemente normal, aunque revisaba y vigilaba las cicatrices de la nariz más de lo conveniente.

Su interés volvió a centrarse en sus dientes. El último dentista le había colocado cinco emplomaduras y había querido hacerle una nueva corona que, según dijo, necesitaba con urgencia. Pero el paciente dudaba del juicio del dentista y se negó a que le hicieran la corona antes de recibir el consejo de otro dentista, el que a su vez opinó que la corona era completamente innecesaria, pero en cambio urgía hacerle seis nuevas emplomaduras. Puesto que apenas dos meses atrás le habían hecho cinco emplomaduras nuevas, no creyó a este dentista y acudió a otro. Este último aceptó que la corona era necesaria, ¡pero había que hacer dos emplomaduras y no seis! Sin embargo, como de acuerdo con el tercer dentista el segundo tenía razón con respecto a la corona, decidió volver a éste, aunque eso significara seis nuevas emplomaduras. Pero ahora fue el doctor del *Krankenkasse* quien le negó autorización al paciente para tanto arreglo dental arguyendo que era una lástima arruinar sus hermosos dientes con tantas emplomaduras. El médico le pidió al paciente que no repitiera su opinión, la que le había parecido tan extraña a éste (aparentemente por la admiración homosexual que implicaba), que se la relató al amigo que había examinado su nariz. El amigo le recomendó entonces un dentista que pasaba por ser un hombre de gran honestidad y experiencia, capaz por lo mismo de juzgar el trabajo de todos los otros dentistas. Este hombre, aparentemente una autoridad en cuestiones dentales, ¡se llamaba Dr. Wolf!

El segundo Dr. Wolf aprobó el trabajo del último de los dentistas. En consecuencia, el paciente volvió a éste, a pesar de que no lo satisfacía. Este dentista le repitió en esta ocasión lo mismo que antes le había dicho otro de la larga serie, es decir que no solamente perdería las emplomaduras, sino que a raíz de su "violenta manera de morder" también perdería todos los dientes.

El paciente se sintió bien hasta la Navidad de 1925, a pesar de cierta inquietud porque las cicatrices de su nariz no desaparecían todavía y porque tenía dificultades en la oficina. Pero para comienzos de 1926 los síntomas nasales volvieron a cobrar importancia acaparando cada vez más su atención. Cuando llegaron las Pascuas, el espejo desempeñaba nuevamente un papel importante: el paciente se preguntaba si las cicatrices, que tenía desde hacía casi un año, desaparecerían alguna vez.

En el verano de 1926 los síntomas se agravaron. El 16 de junio visitó a Freud y recibió la suma anual de la colecta. Por supuesto, no dijo nada de esos síntomas. Dos días antes había visto al médico del *Krakenkasse*, al que visitaba con frecuencia, últimamente a raíz de la intensidad de algunas palpitaciones del corazón. Había leído en un artículo periodístico que el aceite de hígado de bacalao ocasionaba trastornos cardíacos, y como él, por alguna razón desconocida, había estado tomando aceite de hígado de bacalao durante dos años, tuvo miedo de haberse dañado. El médico diagnosticó una "neurosis cardíaca".

Al día siguiente, 17 de junio, el paciente decidió repentinamente hacer una visita al dermatólogo cuyas palabras lo habían consolado tanto en una oportunidad. Se dispuso a realizar su decisión de inmediato. El dermatólogo no pudo encontrar ninguna cicatriz en la zona de la glándula sebácea infectada, pero en cambio observó que las cicatrices eran evidentes en el lugar donde se había aplicado la electrólisis (él había recomendado diatermia). Cuando el paciente observó que esas marcas debían desaparecer con el tiempo, el médico replicó que las cicatrices nunca desaparecerían y que no existía tratamiento alguno para ellas. ¿Cómo era posible que se hubiera aplicado la electrólisis en este caso? ¿El paciente había acudido a un dermatólogo responsable? El resultado no parecía ser obra de un especialista.

Al oír que "las cicatrices no desaparecerán jamás", una terrible sensación se apoderó del paciente. Se vio preso de una desesperación tan profunda como nunca había sentido en su enfermedad anterior. No había manera de salir, ninguna posibilidad de escape. Las palabras del dermatólogo sonaban incesantemente en sus oídos: las cicatrices no desaparecerán jamás. Aunque incómoda, sólo una cosa le quedaba por hacer: mirarse constantemente en su espejo de bolsillo y tratar de establecer la gravedad de su mutilación. No se separaba ni un momento de su espejito. Terminó por volver al dermatólogo e implorar su ayuda, pues insistía en que algún tratamiento debía existir para mitigar las cicatrices, si no se las podía curar. El médico replicó que no había tratamiento posible y que, además, no era necesario porque únicamente se veía una línea blanca, muy fina, sobre una nariz que podía enorgullecer a una prima donna. Intentó calmar al paciente, a quien aconsejó dejar de pensar en su nariz, la que —agregó— se había convertido en una *idée fixe*.

Pero sus palabras ya carecían de efecto sobre el paciente, quien las interpretó como una limosna arrojada a un mendigo li-

siado. (Véase *Neurosis infantil* de Freud, donde se demuestra que la actitud hacia los mendigos, y especialmente hacia el criado sordomudo, deriva de la piadosa preocupación por el padre castrado.) El paciente acude a un tercer dermatólogo que no encuentra nada especial en la nariz del paciente. Profundamente desesperanzado, el paciente se ve acosado por los siguientes pensamientos: ¿Era posible que el doctor X, el más famoso dermatólogo de Viena, pudiera ser culpable de este daño irreparable? ¿Era la causa un mero accidente terrible, se trataba de una negligencia, o había tal vez un motivo inconsciente? ¿Dónde termina lo inconsciente —rumiaba aún el pensamiento de este culto y agudo paciente— y dónde comienza lo inconsciente? El paciente odiaba al profesor X con todo el corazón, como a su más mortal enemigo.

4
El curso del análisis actual

Esta es la historia de la enfermedad que llevó al paciente a tratarse conmigo. Debo confesar, en primer lugar, que me fue difícil creer que éste fuera en realidad el Hombre de los Lobos de la *Historia de una neurosis infantil* y de las posteriores descripciones del profesor Freud: un individuo intachable, obsesivamente honesto, absolutamente confiable desde todo punto de vista. El hombre que se presentó a mi consultorio era culpable de innumerables pequeñas faltas de honestidad: entre otras cosas, ocultaba la posesión de dinero a un benefactor hacia el que, por diversas razones, debía ser sincero. Sorprendía aún más la absoluta falta de conciencia de su propia deshonestidad. El hecho de estar aceptando dinero con un pretexto falso (dado que, según pensaba, las joyas valían miles de dólares) carecía para él de importancia.

Durante el análisis su actitud era hipócrita. No quería hablar de su nariz ni de sus aventuras con los dermatólogos. Eludía cualquier mención a Freud con una risita extraña e indulgente. Discurría extensamente sobre las maravillas del análisis como ciencia, la precisión de mi técnica —que, según afirmaba, estaba en condiciones de juzgar inmediatamente—, la sensación de seguridad que tenía por estar en mis manos, mi bondad por tratarlo sin cobrarle honorarios y otras cosas por el estilo. Cuando yo pasaba por la sala de espera antes de su hora, lo veía andar de un lado a otro, mirándose alternativamente en el espejo grande y en el pequeño

que llevaba en el bolsillo. Cuando me referí a su conducta, me contestó con la mayor firmeza que había otros temas para considerar aparte de su nariz, y que hasta que no se agotaran —llevarían algunas semanas— el paciente no podía otorgar su atención a ninguna otra cosa. Cuando finalmente se llegó al tema mismo de su nariz, pude conocer la tozudez del paciente en todas sus ramificaciones. También entonces se evidenció su bloqueo. Siempre inaccesible, en forma inusual, a cualquier sugestión, probablemente a causa de su narcisismo, ahora procedía a atrincherarse en su impermeabilidad; y la cualidad que habitualmente posee gran valor para asegurar un análisis se trocaba en la principal resistencia.

Su primer sueño fue una versión del famoso sueño de los lobos; los otros consistieron en meros replanteos. Había ocurrido un cambio divertido: los lobos, antes blancos, eran ahora invariablemente grises. En sus visitas a Freud, el paciente había visto en más de una ocasión a su gran perro de policía, de pelaje gris, que parecía un lobo domesticado. El hecho de que el primer sueño fuera también un sueño de lobos, fue considerado por el paciente como una corroboración de su acierto al opinar que todas sus dificultades derivaban de la relación con su padre; por esta razón, agregó, estaba satisfecho de analizarse con una mujer. Esta declaración revelaba el intento de escapar de su padre, aunque contuviera un núcleo de verdad. En realidad, en ese momento le resultaba más seguro que lo analizara una mujer, porque así evitaba la transferencia homosexual que en aquel momento era evidentemente tan fuerte que podía haberse convertido en un peligro, antes que en un instrumento, para la cura. El curso posterior del tratamiento pareció confirmar este punto de vista.

Tal vez no sea necesario recordar el hecho de que el sueño de los lobos que el paciente tuvo a los 4 años contenía el núcleo de la actitud pasiva de éste con respecto a su padre, y que tenía su origen en la identificación con su madre durante su observación del coito a la edad de un año y medio.

A continuación de sus repetidos comentarios sobre mi bondad al tratarlo sin que me pagara honorarios, el paciente me relató este sueño que delataba su posesión de las joyas:

> Se halla de pie en la proa de un navío llevando una valija que contiene joyas: los aros de su esposa y su espejo de plata. Se apoya en la borda, rompe el espejo y se da cuenta de que, como consecuencia, tendrá siete años de mala suerte.

En ruso se llama "nariz" a la proa de un barco; en ese lugar comenzó la mala suerte del paciente. El espejo, que desempeñó un rol tan importante en su sintomatología, también aparece en el sueño, y el hecho de que perteneciera a su mujer tenía el mismo significado que el hecho de que el paciente le pidió primero a la esposa su espejo para examinarse la nariz, y luego adoptó, por así decirlo, la costumbre femenina de mirarse con frecuencia en el espejo. Así, el propio rostro del paciente se había dañado junto con el espejo.

El objetivo del sueño era revelar la posesión de las alhajas por parte del paciente, alhajas entre las cuales se encontraban realmente los aros del sueño. Los siete años son los años transcurridos desde su análisis con Freud, durante una parte de los cuales las alhajas habían estado ocultas. Pero aparte de la interpretación espontánea del número de años, el paciente se negó a considerar toda posible deshonestidad al respecto. Admitió que hubiera sido mejor haber hablado antes sobre las joyas, puesto que —decía— se habría sentido mentalmente más aliviado. Pero las mujeres —se refería a su mujer— siempre son así, desconfiadas, llenas de sospechas y temerosas de perder algo. Había sido su mujer quien le había sugerido que las ocultara.

Habíamos alcanzado nuevamente un punto sobre el cual el paciente se mostraba del todo inaccesible; me llevó poco tiempo comprender que su inescrupulosidad, así como su incapacidad para reconocerla como tal, eran los signos de un profundo cambio de carácter. Aparte de su agudeza intelectual y de su percepción analítica, el paciente poco tenía en común con el Hombre de los Lobos de antaño, quien, por ejemplo, era dominante con las mujeres, especialmente con su mujer y su madre. Mi paciente, por otra parte, se encontraba bajo el control absoluto de su mujer; ella le compraba la ropa, criticaba a sus médicos, ordenaba sus finanzas. La pasividad antes dirigida enteramente hacia el padre y aun entonces enmascarada como actividad, había rebasado ahora sus límites y abarcaba sus relaciones homosexuales tanto como las heterosexuales. El proceso acarreaba un cierto número de engaños menores: el paciente, por ejemplo, se tornó negligente con su trabajo y se marchaba de la oficina cuando se le ocurría. Si se lo descubría inventaba una excusa.

Estos síntomas, tal vez nada notables en sí mismos, eran tan ajenos al antiguo carácter del paciente que forzosamente se los

debía aceptar como índices de un cambio de carácter tan profundo como el que había sufrido a los tres años y medio.

Un ataque de diarrea al comienzo del análisis anunció el importante tema del dinero. Aparentemente satisfecho con el síntoma mismo, el paciente no acusaba el menor deseo de querer pagar su deuda. Resultaba evidente, en cambio, que los regalos en dinero que venían de Freud eran aceptados por el paciente como algo que se le debía, como pruebas del amor de un padre por su hijo. De este modo el paciente se compensaba de la antigua humillación que experimentara por el hecho de que su padre prefiriera a su hermana. Esta actitud incluía algunas ideas de grandeza. El paciente comenzó a hablarme de la intimidad poco usual de su relación con Freud. Era, decía, una relación mucho más amistosa que profesional. El profundo interés que Freud le profesaba lo había llevado a éste a darle consejos que más tarde se revelarían poco convenientes. Durante los meses de análisis entre 1919 y 1920, el paciente había querido volver a Rusia para salvar su fortuna. Es cierto que su madre y su abogado se hallaban en Rusia en ese momento, y era dable suponer que se ocuparían de manera competente de todos sus asuntos; pero el paciente creía que sólo él podía salvar la fortuna familiar. Freud, sin embargo —y aquí el paciente indicó mediante sutilezas que el consejo de Freud no estaba motivado por los hechos sino por su preocupación por la seguridad del paciente—, afirmó que el deseo del paciente de volver a su hogar no era más que una resistencia y que su persuasión (*¡sic!*) lo retuvo en Viena. Si bien se sentía halagado por los motivos que asignaba a la conducta de Freud, de todos modos lo culpaba seriamente de la pérdida de su fortuna. Nunca sospechó, por otra parte, ninguna intención dañina por parte de Freud. Es probable que cuando culpaba a Freud se estuviera justificando a sí mismo por aceptar su ayuda. En realidad habría sido imposible al paciente volver a Rusia en aquel momento. Su padre había sido un importante líder liberal y seguramente lo habrían matado también a él.

Durante un tiempo, a pesar de la impenetrabilidad del paciente frente a ciertos temas de importancia, o tal vez por esta causa, mi relación con él fue excelente. Me relataba los sueños más claros para que yo demostrara mi pericia en la interpretación, confirmando así su aserto de que se hallaba mejor en mis manos que en las de Freud; en su primer análisis —decía— sus sueños eran

confusos y difíciles de interpretar. También se daban interminables períodos de resistencia durante los cuales no surgía ningún material. De vez en cuando insinuaba que conmigo se sentía más seguro porque yo, en mi actitud hacia él, era más objetiva que Freud; por ejemplo, yo no habría incurrido en el error cometido por Freud con respecto a su viaje a Rusia. Y, además, la influencia personal de Freud había sido demasiado fuerte: la atmósfera general del análisis actual era más clara que la del primero. Cada día aparecía alguna nueva luz sobre su relación con Freud, con su mujer, o conmigo. Únicamente se negaba a hablar de su nariz y de su actitud hacia el profesor X. Aparte de reconocer que había visto a X durante su primer análisis, que X fue recomendado por Freud y, evidentemente, como dijo el paciente en una oportunidad, que era el sustituto de Freud, no se pudo avanzar más al respecto.

Entonces el destino vino en mi ayuda. Pocas semanas después que el Hombre de los Lobos comenzara su análisis conmigo, el profesor X murió repentinamente un domingo por la noche. En Viena no aparecen periódicos de importancia los lunes por la mañana; el Hombre de los Lobos tenía que estar en mi consultorio a la hora en que aparecían los periódicos vespertinos. Ese día mi primera pregunta fue: "¿Leyó el diario de hoy?" Como yo suponía, contestó que no. Entonces dije: "El profesor X murió anoche." Saltó del diván, apretó los puños y levantó los brazos con un aire típicamente ruso de melodrama. "¡Dios mío —exclamó—, ya no podré matarlo nunca más!"

Había logrado clavarle el aguijón. Lo alenté para que hablara sobre X. Nunca había hecho planes definidos para matarlo, pero había pensado en hacerle un proceso, aparecer repentinamente en su consultorio para desenmascararlo, litigar con él para obtener una recompensa económica por su mutilación, etcétera. (Llamo la atención por la manifestación de la tendencia paranoico-querellante.) Había querido matarlo, había deseado su muerte miles de veces, había tratado de pensar distintas maneras de perjudicarlo del mismo modo que X lo había perjudicado a él. Pero el daño que X le había hecho —afirmaba— sólo podía ser equiparado con la muerte.

Observé entonces que el mismo paciente había admitido que X era obviamente un sustituto de Freud y que, por lo mismo, estos sentimientos de enemistad hacia X debían tener su contra-

partida en la hostilidad hacia Freud. Se opuso con energía a esta observación. No había razones que justificaran la hostilidad hacia Freud, que siempre le había demostrado la mayor parcialidad y el más grande afecto. De nuevo el paciente acentuaba el carácter no profesional de su relación con Freud. Entonces le pregunté por qué, si tal era el caso, nunca se lo veía en las reuniones que Freud organizaba en su casa. Se vio obligado a admitir que no conocía a la familia de Freud, y por lo tanto todo su argumento se deterioró. Sus respuestas fueron vagas e insatisfactorias, posiblemente aun para sí mismo. Sus argumentaciones eran poco comunes: no eran exactamente especiosas, pero contenían una extraña mezcla de fantasía y realidad. Dando por supuestos sus principios podía, con su inteligencia lógica y obsesiva, hacer plausibles las nociones más improbables. Así mantuvo su punto de vista.

No era posible progresar en el tratamiento mientras siguiera combinando sus dos técnicas de satisfacción: por un lado culpando a Freud por la pérdida de su fortuna para poder aceptar de este modo su ayuda financiera, y por el otro manteniendo su posición de hijo-favorito. Esta pared impenetrable no permitía llegar a los síntomas principales de la enfermedad del paciente. Mi técnica consistió en un intento concentrado por minar la idea que el paciente tenía de sí mismo como hijo favorito, ya que obviamente esta idea lo protegía contra sentimientos de muy diferente naturaleza. Le hice comprender cuál era su posición real con Freud, la ausencia total (que conocía por boca del propio Freud) de todo tipo de relación social o personal entre ellos. Le hice notar que el suyo no era el único caso publicado (esto lo hacía sentir muy orgulloso). Se defendió y dijo que él era el paciente que había sido analizado por Freud durante más tiempo. También en esto pude contradecirlo. La guerra se convertía ahora en estado de sitio.

Como resultado de mis ataques, sus sueños finalmente comenzaron a cambiar. En el primero de este período aparece una mujer vestida con pantalones y botas altas, parada sobre un trineo que conduce con gran maestría mientras declama versos en un ruso excelente. Observó que los pantalones eran un poco cómicos, distintos de los del hombre, que son enteramente prácticos. También tuvo que reconocer que los versos rusos tenían una intención netamente burlona: yo nunca pude entender una sola palabra de las frases rusas que el paciente circunstancialmente deslizaba entre

las oraciones en alemán. El sueño siguiente fue aún más directo: en la calle, frente a la casa del profesor X que lo está analizando, se halla una vieja gitana. Mientras vende diarios (yo había desempeñado el rol de un periódico al contarle la muerte de X), parlotea en voz alta *consigo misma* (¡nadie la escucha!). Los gitanos, por supuesto, son mentirosos notorios.

Aquí se evidencian dos factores: primero, el menosprecio hacia mí, y, segundo, el deseo de volver a su análisis con Freud. Observé que, después de todo, a pesar de sus abundantes cumplidos, el paciente aparentemente se arrepentía de su elección de analista y deseaba volver a Freud. Negó mi interpretación y agregó que por mi intermedio recibía todo el saber y la experiencia de Freud, sin tener que caer directamente bajo su influencia. Cuando le pregunté por el sentido de lo que decía, me contestó que estaba seguro de que yo discutía todos los detalles de su caso con Freud, ¡para que me aconsejara! Le contesté que no era el caso en absoluto, que al principio de su análisis le había pedido al profesor Freud un relato de su enfermedad anterior, y que desde entonces ni yo había mencionado al paciente ni Freud me había preguntado por él. Esto le sorprendió y lo encolerizó. El paciente no podía creer que Freud pudiera mostrar tan poco interés en su (famoso) caso. Siempre había pensado que Freud estaba sinceramente interesado en él. Cuando me lo envió, Freud le había dicho... pero la memoria se le tornaba brumosa. Dejó mi consultorio rabioso con Freud, lo que condujo a un sueño donde obviamente el padre aparece castrado:

El padre del paciente, un profesor en el sueño, pero sin embargo parecido a un pobre músico ambulante que el paciente conocía, se sienta frente a una mesa y advierte a las otras personas presentes que no hablen de cuestiones financieras delante del paciente, dada su tendencia a las especulaciones. La nariz de su padre es larga y corva, lo que sorprende al paciente por el cambio.

En realidad el músico había tratado de venderle música vieja al paciente quien, luego de negarse a comprarla, se siente muy culpable. (Reaparece aquí su antigua actitud hacia los mendigos.) El músico tiene barba y se parece a Cristo. Una asociación lo lleva a un incidente donde el padre del paciente fue tratado de "sucio judío" (¡por supuesto, no era judío!).

El músico mendicante que se parece a Cristo y al padre del paciente, y es profesor al mismo tiempo, es obviamente judío por su nariz. Como la nariz es siempre el símbolo del genital, el cambio de la nariz en el padre que lo convierte en judío conduce a la circuncisión, es decir, a la castración. Además, para el paciente un mendigo es una persona castrada. De este modo la cólera contra el padre, originada en un amor al padre no correspondido, nos conduce a la castración del padre y, en las asociaciones que inmediatamente siguieron al sueño, al tema de las operaciones de Freud y a la reacción del paciente a las mismas, en otras palabras, al deseo de muerte contra el padre. Habría que acentuar que este deseo de muerte no surge de ninguna rivalidad masculina, sino del amor pasivo, insatisfecho, rechazado, del hijo.

Debe recordarse que en esa época el aspecto de Freud le había resultado chocante. Cuando salió de la casa de Freud se preguntaba si éste iba a morir y, en tal caso, cuál sería su propia suerte. Pensó que le dejaría un pequeño legado, pero de cualquier manera la suma sería menor que la correspondiente a varios años de colecta. Le convenía que Freud se recobrara. El paciente se había beneficiado tanto con la muerte de su propio padre que no sorprende que su expectativa por una herencia triunfara sobre todo cálculo racional. De cualquier manera, como decía, esperaba que la muerte de Freud le aportara algo.

Pero si el daño causado a la nariz del paciente sólo podía ser vengado mediante la muerte, eso significaba que la castración era un equivalente de la muerte. En ese caso el padre castrado es el padre muerto, presumiblemente asesinado por su hijo. En el sueño aparecían también los abusos cometidos con el dinero: la observación del padre sobre las especulaciones monetarias del hijo. Era verdad que el paciente especulaba con cualquier fondo que cayera en sus manos; y una herencia del padre podía haber sido usada para los mismos propósitos. En otras palabras, en el sueño el padre temía ser asesinado por su dinero. Es obvio que por medio de la apariencia del padre (castrado) que se parece a Cristo, el paciente se identificaba a sí mismo con este padre castrado.

La expresión del deseo de muerte contra Freud resumía los resultados de mi ataque a la megalomanía que sobrecompensaba al paciente. A partir de entonces el análisis progresaba y el deseo de muerte reapareció en todas sus manifestaciones. El padre castró al hijo y por esa razón debía ser asesinado. En varios sueños

sobre el padre castrado el deseo de muerte estaba siempre presente. Hasta ese punto el paciente pudo admitirlo; pero el mecanismo siguiente por el que su propia hostilidad era proyectada sobre el padre y luego percibida por el hijo como persecución, requirió mayor elaboración.

Un sueño de la época en que el paciente iba a la escuela secundaria permitió recordar un incidente que le había ocurrido a los trece años y que serviría de modelo a su futura enfermedad. Sufrió en aquel momento un catarro nasal que se resistió a todo tratamiento. Un catarro seguramente psicógeno, teniendo en cuenta que se había manifestado durante la pubertad. Se lo trató con pomadas y ungüentos, los que le ocasionaron un acné generalizado. El acné al menos, común en la pubertad, pudo ser atribuido a la medicación. Así la atención del paciente se centró en su nariz y en su piel, que se cubrió de granos hasta el punto de que el paciente tuvo que dejar de ir a la escuela. Sufrió también otras molestias; enrojecía con facilidad y una glándula sebácea había aumentado de tamaño. Un tratamiento con agua fría tuvo poco éxito. Cuando volvió a la escuela los compañeros lo atormentaron llamándolo "Mops" (perro dogo). Como muchacho rico y sensible que era, siempre había sido el blanco preferido de las bromas escolares. Ahora se había vuelto hipersensible con respecto a su nariz y no podía tolerar las bromas que antes apenas si lo molestaban. Se volvía cada vez más retraído, leía a Byron y cuidaba especialmente el aspecto de su cuerpo y el modo de vestir. Para esa época se supo que un compañero de la escuela había contraído una gonorrea. El muchacho se convirtió en un objeto de horror para nuestro paciente, a quien aterrorizaba en especial la naturaleza crónica de la enfermedad. Se juró no contraer jamás esa enfermedad. Sin embargo, a la edad de diecisiete años y medio el paciente contraía una gonorrea y las palabras del médico: "Se trata de una forma crónica" le produjeron su primera crisis. Mientras la enfermedad mantenía su forma aguda se sentía desgraciado, pero no había perdido las esperanzas. La amenaza de cronicidad, de cualquier modo, lo desalentó y le proporcionó la oportunidad para la formulación de pensamientos compulsivos sobre la presencia o ausencia de gonococos: si existían, él estaba perdido. De este modo la causa de un temprano período de retraimiento y angustia era una afección nasal real. El segundo trauma, la gonorrea, también era real, y en la medida en que afectaba directa-

mente a los genitales, era una verdadera castración. Pero la tercera enfermedad, las cicatrices en la nariz, era totalmente imaginaria. El hecho de que en ocasión de su primera visita al profesor X no mencionara el agujero y que hablara únicamente de las glándulas sebáceas parece indicar que el mismo paciente debe haber percibido la naturaleza ficticia de su queja.

La identificación del paciente con el padre castrado (en parte, por supuesto, a causa de la culpa por el deseo de muerte) continúa en otro sueño donde el paciente le muestra a Freud un gran rasguño en la mano. Freud le contesta algo, repitiendo la palabra "todo" varias veces. Este sueño confortador contiene la afirmación de Freud de que el paciente no está castrado. El tema de la castración también se desarrolla en el sueño siguiente:

El paciente yace en un diván en mi consultorio. Repentinamente aparecen una estrella y una brillante media luna cerca del techo. El paciente comprende que se trata de una alucinación, y desesperado porque cree estar volviéndose loco se lanza a mis pies.

La luna y la estrella —dijo— significaban Turquía, la tierra de los eunucos. El gesto de tirarse a mis pies indica su pasividad. Su insania se debe, por lo mismo, a una castración *alucinada*, esto es, el agujero en su nariz.

De la castración del padre, la identificación del paciente con él, y finalmente su propia castración y la completa pasividad resultante, nos acercamos al material persecutorio real:

En una calle ancha hay un muro con una puerta cerrada. Hacia la izquierda de la puerta hay un guardarropa amplio y vacío con cajones rectos y ladeados. El paciente está frente al guardarropa; su mujer, una figura sombreada, está detrás de él. Cerca del otro extremo de la pared se halla una mujer grande y pesada que mira como si quisiera dar la vuelta y pasar al otro lado. Pero detrás del muro hay una manada de lobos grises, que se agolpan contra la puerta o corren de un lado a otro. Tienen ojos centelleantes y es evidente que quieren lanzarse contra el paciente, su mujer y la otra mujer. El paciente, aterrorizado, teme que logren atravesar el muro.

La mujer grande es una combinación de mí misma y de otra mujer, en realidad muy alta, a quien el paciente conoce y sabe que tiene una pequeña cicatriz en la nariz que, para sorpresa del paciente, no la perturba en absoluto. Se trata, por lo tanto, de una persona valiente que no teme ni a los lobos ni a las cicatrices; la yuxtaposición indica una conexión entre ambas cosas.

Su mujer, una sombría figura que está detrás de él, es lo femenino de sí mismo. La puerta es la ventana del sueño original de los lobos. El guardarropa vacío es uno que vaciaron los bolcheviques: la madre del paciente relataba que cuando lo forzaron se encontró la cruz de bautismo del paciente, la que, para su dolor, éste había perdido a los diez años. El guardarropa le recuerda también sus fantasías sobre el zarevitz: éste era encerrado en una habitación (el guardarropa) y castigado. En esta línea se le ocurre una conexión con el Dr. X: durante su primera visita X había hablado de Alejandro III con gran simpatía y luego hizo algunas observaciones sobre su débil sucesor, Nicolás II. Esto recuerda a su vez las historias de Pedro el Grande y su hijo Alexis, a quien aquél había matado. Del mismo modo, Dios también permitió que su hijo muriera. Esos dos hijos, Cristo y Alexis, fueron atormentados y perseguidos por sus padres. El paciente asociaba la palabra *perseguidos* con los lobos del sueño y a ellos se asociaba Roma (Rómulo y Remo) y la persecución de los primeros cristianos. Entonces asocia este sueño, a través de los lobos, con el sueño de los lobos cuando tenía cuatro años; en ese sueño los lobos permanecían inmóviles sobre el árbol y miraban fijamente al niño. La interpretación reveló una contradicción: era el niño quien miraba a sus padres y no los padres al niño. Los brillantes ojos de los lobos le recuerdan ahora al paciente que, durante el tiempo que siguió al sueño, no podía soportar que se lo mirara fijamente, se ponía de mal humor y gritaba: "¿Por qué me mira de ese modo?" Toda mirada escrutadora le recordaba el sueño y su carácter de pesadilla. El recuerdo de este síntoma temprano, derivado directamente del sueño de los lobos, refuta completamente el intento de Rank de desplazar el sueño del paciente cuando contaba cuatro años al tiempo en que se analizaba con Freud. A mi pregunta de si el sueño de los lobos había ocurrido realmente a los cuatro años, ¡el paciente apenas si se dignó a responder!

Por supuesto el sueño deriva su significación central de su contenido persecutorio: para el paciente el lobo siempre había sido el padre; y ahora los lobos —¡todos los padres, o doctores!— tratan de apoderarse de él para destrozarlo. Si la puerta se abre (la ventana original que permitía la observación del coito), los lobos lo devorarán.

Con la destrucción de las ideas de grandeza apareció toda su manía persecutoria. Pero de un modo más difuso de lo que

su síntoma hipocondríaco permitía esperar, X lo había desfigurado intencionalmente, y ahora que estaba muerto ya no había manera de lograr una compensación. Todos los dentistas lo habían tratado mal, y si estaba mentalmente enfermo otra vez, se debía a que Freud no lo había tratado bien. En realidad, la profesión médica en su conjunto estaba en contra del paciente: desde su más tierna juventud había sido objeto de abusos y malos tratos por parte de los médicos. Comparaba constantemente la historia de su sufrimiento con la historia de Cristo, a quien un Dios cruel —temido intensamente por el paciente en su niñez— entregó a un destino semejante. La identificación con Cristo y con el zarevitz combinaba una comparación con los sufrimientos y la compensación por los mismos, porque las figuras de Cristo y del heredero del trono son figuras exaltadas. Una combinación semejante resultaba de la creencia del paciente de que era el favorito de Freud.

Durante este penoso período el paciente se conducía de la manera más anormal. Tenía un aspecto desaliñado, parecía fatigado y atormentado, como si el diablo le pisara los talones, corriendo de escaparate en escaparate para inspeccionar su nariz. En las sesiones analíticas hablaba como un salvaje, entregándose a sus fantasías, completamente fuera de la realidad. Amenazaba con matarme a mí y a Freud (¡ahora que X había muerto!), amenazas que de algún modo no sonaban tan vacías como otras que estamos acostumbrados a escuchar. Se lo podía creer capaz de cualquier cosa, tal era su desesperación. Comprendí entonces cuán necesaria y protectora había sido su megalomanía: parecía hundido en una situación que ni él mismo ni el análisis podrían dominar. Cuando apareció el sueño siguiente, sueño de buen augurio, me sentí aliviada y sorprendida y enteramente incapaz de explicarme el cambio por ningún otro motivo que no fuera el de que el paciente lograba finalmente abrir un camino hacia el material inconsciente que estaba detrás del delirio de persecución.

El paciente y su madre se encuentran en una habitación; uno de los rincones está cubierto de íconos. Su madre descuelga los íconos y los arroja al suelo. Los íconos se quiebran en pedazos. El paciente se sorprende de la conducta de su piadosa madre.

Había sido la madre del paciente quien, desesperada por la irritabilidad y ansiedad del niño, le había enseñado la historia de Cristo a la edad de cuatro años y medio. Como resultado, el

niño que hasta entonces no podía dormirse por miedo a las pesadillas, las cambia por un ceremonial que, una vez cumplido, le permite dormirse instantáneamente. El ceremonial consistía en hacer un recorrido por la habitación antes de acostarse, mientras se persignaba y oraba, besando uno tras otro los íconos. Este ceremonial fue el comienzo de su neurosis obsesiva.

En el sueño yo soy la madre, pero en un papel contrario al de la historia; en lugar de introducir al paciente en la religión, se la destruyo. Lo que realmente destruyo es la fantasía de Cristo con todo lo que ella implica.

El sueño del día siguiente consistió en una clarificación del sueño de los lobos.

El paciente mira a través de una ventana hacia una pradera, más allá de la cual hay un bosque. El sol brilla entre los árboles y salpica la hierba con reflejos; las piedras de la pradera tienen un curioso tinte violáceo. El paciente observa en especial las ramas de cierto árbol y admira la manera como se entrelazan. No entiende cómo todavía no ha pintado este paisaje.

El paisaje de este sueño debe ser comparado con el del sueño de los lobos cuando tenía cuatro años. Ahora brilla el sol; entonces era de noche, y la noche es siempre pavorosa. Las ramas de los árboles donde antes se hallaban los aterradores lobos ahora están vacías y hermosamente entrelazadas (los padres en el abrazo sexual). Lo que antes era aterrador y ominoso se ha convertido en hermoso y tranquilizador. El paciente se pregunta por qué no pintó esta escena antes; es decir, que hasta ahora había sido incapaz de admirarla.

Esta reconciliación con los motivos que antes lo aterrorizaban sólo puede significar que ha superado el miedo a su propia castración y que ahora puede admirar lo mismo que los otros encuentran hermoso: una escena de amor entre un hombre y una mujer. Mientras se identificaba a sí mismo con una mujer, había sido incapaz de sentir esa admiración: su entero narcisismo se rebelaba contra la aceptación de la castración implícita. Pero puesto que había abandonado la identificación con la mujer, ya no debía temer a la castración.

Como era de suponer, el paciente no había logrado el progreso evidenciado en el sueño. Al día siguiente relató un sueño donde yace a mis pies: un retorno a la pasividad. Está conmigo en un rascacielo cuyo único medio de salida es una ventana (piénsese en el sueño de los lobos y en el sueño recién relatado), desde la

cual una escalera se extiende peligrosamente hacia el suelo. Para salir, debe pasar por la ventana. Esto significa que ya no puede permanecer adentro y mirar hacia afuera como en los otros sueños, sino que tiene que superar su miedo y salir. Se despertó presa de una fuerte ansiedad, mientras buscaba desesperadamente otro modo de escapar.

Pero la única salida era aceptar su propia castración; o la aceptaba o repetía sus pasos infantiles hacia la escena que era patógena para su actitud femenina hacia el padre. Comprendía ahora que sus ideas de grandeza y su temor al padre y, en especial, el sentimiento de haber sido irreparablemente dañado por el padre, no eran más que pantallas para su pasividad; una vez que estos disfraces se descubrieron, la pasividad misma cuya inaceptabilidad generaba el delirio se tornó intolerable. Lo que parecía una alternativa de elección entre la aceptación y el rechazo del papel femenino, no lo era en absoluto: si el paciente hubiera sido capaz de asumir el papel femenino y de admitir completamente su pasividad, podría haber evitado su enfermedad, basada en mecanismos de defensa contra un papel semejante.

Un segundo sueño de la misma noche reveló la causa de la restricción de las sublimaciones del paciente. Éste le cuenta a Freud que quisiera estudiar derecho criminal, pero Freud no se lo aconseja y le recomienda la economía política.

El paciente, cuyo padre era un liberal ruso que actuaba en política y economía, siempre se había sentido interesado por el derecho criminal (era abogado); en su análisis conmigo siempre repetía que Freud había desalentado sus ambiciones y le recomendaba que se dedicara a la economía política, en la que él (evidente reacción contra el padre) no tenía el menor interés. Esta vez comprendí que sus afirmaciones sobre Freud no eran correctas; sin embargo, hasta que se presentó este sueño no pude convencer al paciente de ese hecho.

La incapacidad de ser el padre en sus sublimaciones lleva al paciente a proyectar la influencia restrictiva sobre Freud. Al no permitírsele realizar su propia elección, debía seguir obedientemente, en cambio, los pasos de su padre.

Hablaba ahora largamente sobre su necesidad de sublimar su homosexualidad y de lo difícil que resultaba encontrar los medios para hacerlo. Tenía conciencia de que se lo impedían las circunstancias y su incapacidad interior. Era verdad que en Austria, en

aquel momento, las posibilidades de obtener el tipo de trabajo que le interesaba eran limitadas, pero en cambio podía haber dedicado su tiempo libre, que era mucho, al estudio. Su inhibición para el trabajo impedía su desarrollo. En verdad, este hombre, que una vez había estudiado laboriosa e inteligentemente, y que había leído muchísimo, era incapaz desde hacía años de leer una novela.

La serie de sueños que siguió inmediatamente aclara la relación padre-hijo y señala el comienzo de la libertad del hijo. El hijo sumiso se yuxtapone al paciente, quien denota los comienzos de una identificación con el padre.

Un joven austríaco que vivió muchos años en Rusia y perdió allí todo su dinero visita al paciente. El joven austríaco ocupa ahora una posición menor en un banco de Viena. Se queja de dolor de cabeza, y el paciente le pide un polvo a su mujer sin decirle que es para su amigo, temeroso de que no quiera entregárselo. Para sorpresa del paciente, ella le da además un pedazo de torta que, sin embargo, no alcanza para él y para su amigo.

Obviamente, el joven austríaco es el mismo paciente. Durante su enfermedad (el dolor de cabeza) es tratado con un polvo, mientras que el paciente (sano) recibe, como premio evidente, un pedazo de torta, la sublimación que tanto desea. Pero no alcanza para ambos; es decir, sólo hay suficiente para el paciente sano.

En el sueño siguiente retorna al padre castrado:

El paciente se halla en el consultorio de un médico de cara llena y redonda (como el profesor X). Teme no tener suficiente dinero en el bolsillo para pagar al médico. Sin embargo, el médico le dice que sus honorarios son moderados y que estará satisfecho con 100.000 Kronen. Cuando el paciente va a retirarse, el médico trata de persuadirlo de que se lleve algunas piezas de música antigua, pero el paciente se niega y le dice que no podría darles uso alguno. En la puerta el médico lo fuerza a aceptar algunas postales coloreadas que el paciente no tiene el valor de rechazar. Repentinamente, aparece el analista (mujer) del paciente vestida como un paje, con pantalones cortos de terciopelo azul y sombrero de tres picos. A pesar de la indumentaria, que es más de un adolescente que masculina, luce muy femenina. El paciente la abraza y la sienta sobre sus rodillas.

El temor del paciente de no poder pagar la cuenta del médico es tanto real como satírico. En efecto, no había podido pagar a Freud su último análisis. Por otra parte, antes había pagado lo suficiente, como paciente rico, para justificar ahora la aceptación de un tratamiento gratuito. En la época de su primer análisis,

100.000 Kronen no significaban nada para él. Pero a comienzos del año 1927, la época del sueño, esos 100.000 Kronen (de oro) hubieran significado una fortuna para el empobrecido ruso. Aunque en Austria se utilizaban chelines en ese momento, aún hablaba en términos de Kronen, tal vez porque las sumas parecían mucho mayores. El paciente no sabía si los 100.000 Kronen del sueño representaban 100.000 coronas de oro o diez chelines. De este modo, o bien era tan rico que 100.000 coronas de oro no significaban nada para él, o la cuenta del médico de 10 chelines era irrisoria, presumiblemente en proporción a su valor. En cualquier caso, el paciente puede pagar su deuda, aunque tal vez subestimando tanto a la moneda corriente como al valor del médico.

La cara redonda y llena del doctor contrastaba con la de Freud, que le había parecido tan delgado y enfermo al paciente. El detalle representaba seguramente un intento por reducir la importancia de la enfermedad del padre, aunque todo lo demás tiende en el sueño a acentuar el hecho de su castración y el menosprecio de su valor. Él es en realidad el músico mendicante (ver el sueño en p. 200), pero en vez de tratar de *venderle* las piezas de música, quiere dárselas al paciente. El significado es claro: ninguna dádiva es suficiente ahora para compensar al paciente por la pasividad que implicaba su aceptación. Finalmente, los regalos que habían precipitado el sueño de los lobos para su cuarto cumpleaños, el día de Navidad, y toda su neurosis infantil, y que desempeñaron un papel tan importante durante su vida posterior y en su tratamiento analítico, perdían ahora su valor libidinal.

El médico del sueño es un individuo particularmente inofensivo; es decir, está castrado o es casi un muerto.

La naturaleza de la heterosexualidad de este sueño es históricamente correcta. Se recordará que el paciente había sido seducido a muy corta edad por una hermana mayor, niña precoz y agresiva. Esta seducción había activado su pasividad latente, orientándola hacia la mujer. Mi vestimenta de muchacho en el sueño tiene varios significados: en primer lugar, el significado histórico de la agresión de la hermana; en segundo lugar, mi papel, como analista, de padre-sustituto; y en tercer lugar, un intento por parte del paciente de negar la castración de la mujer y atribuirle un falo. En el sueño me asemejo a esos pajes que en la escena son representados generalmente y obviamente por mujeres. De este modo no soy ni hombre ni mujer, sino una criatura de género neutro.

Sin embargo, la atribución de un falo a la mujer constituye aquí un progreso para el paciente, quien inmediatamente descubre su femineidad y comienza a cortejarla. Se revela así una intención adicional referida a la masculinidad de la mujer: el paciente le otorga un falo con el fin de quitárselo en seguida; en otras palabras, para castrarla en su identificación con el padre, así como en el pasado él había deseado ser castrado por ese padre.

Se observará que se trata del primer sueño donde la heterosexualidad del paciente, así como una transferencia erótica positiva, se hallan claramente presentes. No se puede negar la existencia de un elemento de identificación con la mujer, pero el papel principal del paciente es masculino. Solamente ahora su identificación con el padre adquiere fuerza suficiente para permitirle desarrollar una transferencia heterosexual normal hacia mí.

En el último sueño del análisis el paciente camina por la calle con el segundo dermatólogo, que con gran interés discurre sobre enfermedades venéreas. El paciente menciona el nombre del médico que había tratado su gonorrea con una medicación muy severa. Cuando oye su nombre, el dermatálogo dice: "No, no, él no, otro".

Este sueño establece finalmente el vínculo entre la enfermedad actual y la gonorrea que había ocasionado su primera crisis. Se recordará que la madre del paciente sufría de una enfermedad pélvica acompañada de hemorragias y dolores, y que cuando niño el paciente había culpado a su padre, tal vez no equivocadamente. Cuando en el sueño el paciente menciona entonces al médico que lo trató de modo tan radical, en contraste con el conservador médico familiar que lo había atendido durante toda la vida, el paciente se refiere al profesor X, cuya intensa electrólisis él suponía que le había ocasionado un perjuicio semejante al que sufrió en el anterior tratamiento radical. Y cuando el dermatólogo del sueño dice que no se trata de este hombre sino de otro, sólo se refiere al padre (o a Freud), el tácito responsable de todo tratamiento, así como de la enfermedad. Es obvio que esta enfermedad representa la castración.

Sólo después de este sueño el paciente abandona real y completamente el delirio. Ahora era capaz de comprender que su síntoma nasal no era un hecho sino una idea, que tenía como base su deseo inconsciente y la defensa contra ese deseo, que juntos habían resultado más fuertes que su sentido de la realidad.

Su recuperación final se produjo de manera repentina y aparentemente trivial. De pronto descubrió que podía leer novelas y hallar placer en ellas. Dijo que dos factores lo habían mantenido alejado hasta ahora de lo que había sido para él su principal fuente de placer: por una parte, la negativa a identificarse con el héroe del libro, ya que éste, creado por el autor, quedaba totalmente en poder de este último; por la otra, el sentimiento de su propia inhibición para crear le impedía identificarse con el autor. Había permanecido entre dos trampas, como en su psicosis.

En adelante siguió bien. Podía pintar, planificar su trabajo, estudiar materias que pertenecían al campo de su elección y retomar ese inteligente interés general en la vida, el arte y la literatura, que le era propio.

Su carácter volvió a cambiar, esta vez para adquirir una forma normal, del mismo modo sorprendente en que había desaparecido el delirio. Volvía a ser otra vez el hombre que conocíamos por el relato de Freud: una personalidad aguda, escrupulosa y atractiva, con una cantidad de intereses y logros, y dotado de un profundo y esmerado entendimiento analítico, que era una constante fuente de placer.

El paciente no terminaba de comprender su propia conducta. El ocultamiento de las joyas, la casual aceptación de las dádivas anuales de dinero, las pequeñas deshonestidades: eran un misterio para él. Sin embargo el secreto estaba en la observación que él mismo había hecho un día sobre su mujer: "Las mujeres son siempre así: descreídas, desconfiadas y temerosas de perder algo."

5
Diagnóstico

Me parece que el diagnóstico de paranoia no requiere otras pruebas que las suministradas por la historia misma del caso. El cuadro es típico de esos casos conocidos con el nombre de paranoia de tipo hipocondríaco. La hipocondría verdadera no es una neurosis; pertenece más al cuadro de las psicosis. En este sentido, el término no se aplica a los casos donde la angustia relativa a la salud en general es el principal síntoma, como en las neurosis de angustia; tampoco coincide con la neurastenia. Presenta un cuadro característico donde existe una preocupación exclusiva por

un órgano (o algunas veces por varios órganos), al que se cree dañado o enfermo. Los síntomas de la cabeza, tan comunes en los comienzos de la esquizofrenia, son un ejemplo de este tipo de hipocondría. Muchas veces una enfermedad leve constituye la base aparente de la idea de enfermedad; sin embargo, ésta aparece generalmente sin tener el menor fundamento en la realidad. Por lo tanto se la puede denominar delirio. (En las formas no hipocondríacas de la paranoia, cualquier idea puede convertirse en síntoma principal. En verdad, la paranoia es una enfermedad monosintomática, delirante, y se la clasifica de acuerdo con la naturaleza del delirio: persecutoria, de celos, o hipocondríaca. En sus formas más primitivas aparece a menudo como una *überwertige idee;* esta "idea" puede ser de cualquier tipo.)

Bleuler afirma que si bien los tratados hablan de la forma hipocondríaca de la paranoia, nunca pudo observarla personalmente. Pero se advertirá que si bien el caso tratado pertenece sin duda a esta categoría, de todos modos la idea hipocondríaca sólo sirve de pantalla a las ideas persecutorias que se ocultan detrás. De este modo, si bien la forma es hipocondríaca, el contenido total de la psicosis es persecutorio. El paciente sostenía que su nariz había sido intencionalmente dañada por alguien que le tenía inquina. Este paciente, psicoanalíticamente instruido, podía pensar además que el daño no le había sido causado intencionalmente, ya que hacía la observación: "¿Quién puede decir dónde termina la actividad inconsciente y dónde comienza la consciente?" Y agregaba, además, que con toda seguridad una eminencia en su especialidad no podía ser un mal terapeuta. Llegó a acusarse a sí mismo de la cólera de X hacia él. La persistencia de sus preguntas y visitas había terminado con la paciencia de X. Si se atiende no tanto al contenido manifiesto como al contenido latente de esta idea, se observa: 1) la construcción por el paciente de la situación persecutoria, 2) su conciencia de su propia responsabilidad al respecto. Sabemos que la persecución es, en realidad, la proyección de la hostilidad del propio paciente sobre su objeto. Realmente, el Hombre de los Lobos tenía un talento particular para crearse situaciones que se prestaban muy bien a sus sentimientos de desconfianza. A la edad de doce años había hecho un uso tan excesivo de la medicina prescripta para su catarro nasal que llegó a estropear su rostro. Censuró entonces al médico por haberle indicado un ungüento "muy fuerte". En el curso de

la gonorrea se mostró insatisfecho con el suave tratamiento de su propio médico y fue a ver a otro, que le prescribió una irrigación "demasiado intensa". Dado que controlaba el juicio de cada dentista al acudir a otro, inevitablemente un error se deslizaría por algún lado. En efecto, cuando el paciente se decidió por fin a extraerse un diente, aparentemente bajo la compulsión de perderlo, se hizo sacar un diente sano y necesitó una nueva extracción. El profesor Freud me había dicho que su comportamiento con los dentistas en esa época era una réplica de su comportamiento anterior con los sastres, a quienes rogaba, imploraba o sobornaba para que trabajaran bien para él, y de quienes jamás estaba satisfecho. Aquí, también, siempre se hacía atender durante un largo período por el sastre que no lo satisfacía. Debemos observar que el sastre (*Schneider*) no sólo representaba, como de ordinario, la figura del castrador, sino que en la historia infantil del paciente lo predisponía a tal elección. Se recordará que el sueño de los lobos tenía como base, en buena medida, el cuento del abuelo sobre el sastre que le había cortado la cola al lobo.

La afirmación del paciente de que ningún médico ni dentista se había ocupado de él como era necesario se justifica superficialmente en alguna medida. Pero si se examinan las circunstancias que acompañan la extensa línea de experiencias con médicos y dentistas, uno se ve obligado a concluir que él mismo solicitaba y facilitaba el mal tratamiento de los profesionales. La desconfianza era la condición inicial del tratamiento. Un individuo normal abandona el tratamiento cuando su médico no lo satisface; por cierto, no permitiría que lo operara un médico a quien considera su enemigo. La naturaleza pasiva de nuestro paciente dificulta la ruptura con cualquier subrogado del padre: el primer movimiento consiste en aplacar al presunto enemigo. Debe recordarse esta actitud en su primer análisis, cuando el gesto de volverse hacia el analista significaba: sé bueno conmigo. El mismo gesto, con idéntico contenido, surgió en el curso de su análisis conmigo.

El profesor X era por supuesto el perseguidor principal; el paciente había observado enseguida que X era un obvio sustituto de Freud. En cuanto a Freud mismo, la persecución era menos evidente. El paciente culpaba a Freud por la pérdida de su fortuna en Rusia, pero no tomaba en serio la idea de que el consejo de Freud hubiera sido intencionalmente malicioso. Necesitaba en-

contrar un perseguidor indiferente pero igualmente simbólico, a quien pudiera adscribirle conscientemente y con todo corazón los motivos más maliciosos. Además, había varias personas de menor importancia que —según consideraba— lo oprimían, lo maltrataban y algunas veces hasta lo engañaban. Conviene destacar que justamente con aquellas relaciones que lo oprimían de verdad, el paciente era menos suspicaz.

En resumen, los principales puntos del diagnóstico son:

1. El delirio hipocondríaco.
2. El delirio de persecución.
3. La regresión narcisística, tal como se manifiesta en el delirio de grandeza.
4. La ausencia de alucinaciones en presencia de delirios.
5. Ligeras ideas de referencia.
6. Ausencia de deterioro mental.
7. El cambio de carácter.
8. La naturaleza monosintomática de la psicosis. Fuera de su nariz, y cuando habla de cualquier otra cosa, el paciente se muestra completamente sano. La mención de ese órgano, en cambio, lo hace actuar como un loco.
9. El éxtasis experimentado por el paciente cuando X le extirpó la glándula de la nariz no puede ser considerado como típicamente psicótico, pero es esencialmente no neurótico. Un neurótico puede desear y temer la castración, pero no la recibe bien. El delirio hipocondríaco oculta las ideas de persecución y les proporciona una forma adecuada al contenido de toda la enfermedad. El mecanismo de condensación utilizado aquí recuerda el de los sueños.

6
Mecanismos

Debemos agregar todavía algunas observaciones sobre los mecanismos y el simbolismo de la psicosis. La nariz, por supuesto, representa el genital; y es un hecho que el paciente siempre había considerado pequeño a su pene y a su nariz. La herida de su nariz fue infligida primero por él mismo y después por X. La imposibilidad del paciente de satisfacerse con su autocastración revela

un motivo más profundo que el motivo común de culpa masoquista, que se satisface en el acto mismo y sin tener en cuenta quién lo perpetúa. El motivo adicional, sin duda, es libidinal: el deseo de ser castrado por el padre como una expresión, en lenguaje sádico-anal, del amor de ese padre. Existe además el deseo de convertirse en mujer para ser sexualmente satisfecho por el padre. Creo importante recordar aquí la experiencia alucinatoria infantil cuando creyó que se había cortado un dedo.

Durante la psicosis el "velo" de la enfermedad anterior envolvió completamente al paciente. Nada podía penetrarlo. Una observación algo oscura del paciente en el sentido de que algunas veces la hora del análisis conmigo parecía el equivalente de ese estado velado corroboró su interpretación anterior de que representaba una fantasía de retorno al vientre materno. En esta línea resulta interesante la impresión del paciente de que ocupaba una posición intermedia entre Freud y yo; se recordará sus fantasías sobre el cambio de opiniones que, suponía, Freud y yo debíamos tener sobre su caso. El mismo decía que era nuestro "hijo", y uno de sus sueños lo mostraba acostado junto a mí con Freud sentado a sus espaldas. (Aparece una vez más aquí la importancia del *coitus a tergo*). En el lenguaje de la fantasía de retorno al vientre materno, el paciente realmente comparte la interrelación de los padres.

No resulta menos interesante señalar la diferencia entre la actual identificación psicótica con la madre y la identificación histérica anterior. Antes, el papel femenino del paciente parecía no avenirse con su personalidad; era evidente que estaba desempeñando un papel. En ciertos momentos era hombre —como en su relación con las mujeres—, mientras que en otros momentos, en relación con el analista y otras figuras paternas, era obviamente mujer. Pero ahora no existía disociación: el rol femenino había invadido su personalidad y el paciente se adaptaba enteramente a él. Era una personalidad enferma y menor, pero no disociada. Una observación del doctor Wulff (que residía en Moscú y vino después a vivir en Berlín), a quien le describí el caso, y quien conocía y había atendido al paciente y a sus familiares, ilustra mucho mejor este punto. Wulff dijo: "Ya no representa el papel de la madre; él *es* la madre, hasta el menor detalle".

Los elementos de la identificación con la madre eran sorprendentes. El paciente comenzó a tener ideas sobre su nariz después

de la llegada de la madre con una verruga en la suya. El destino se puso de su parte al permitir que su mujer tuviera el mismo problema y en el mismo lugar. Su hermana había sufrido enfermedades de la piel y, como el mismo paciente, se preocupaba por su apariencia. Esta preocupación por el cutis constituye en sí misma un rasgo femenino. La queja estereotipada del paciente derivaba directamente de su madre: "Así me es imposible vivir". La histérica ansiedad de la madre por su propia salud aparecía reflejada en el paciente en el curso de su niñez y en su vida posterior, como, por ejemplo, durante su enfermedad actual, en su temor a resfriarse. Más aún, la deshonestidad del paciente con el dinero era en parte una identificación con la madre, a quien tan a menudo había acusado injustamente de engañarlo y de sustraerle la herencia.

Tal vez la identificación con la madre llegó a su más alto grado cuando, en éxtasis, vio correr su propia sangre bajo la mano de X. Recordamos también el miedo infantil a la disentería, el temor de evacuar sangre, que habían seguido a la queja de la madre, escuchada por el niño, sobre sus "hemorragias" (probablemente vaginales). El niño pensó entonces que la enfermedad pélvica de la madre había sido ocasionada por el coito con el padre. De esta manera fue una fantasía de coito pasivo lo que causó su éxtasis cuando el profesor X tomó sus instrumentos y extirpó la glándula. Es obvio que también están presentes elementos como dar a luz, parir.

El rasgo más femenino del paciente era el hábito de sacar un espejo de bolsillo, mirarse en él y empolvarse la nariz. La primera vez había pedido el espejo a su mujer; más tarde adquirió uno, una cajita completa, con polvo, y se comportaba exactamente como una mujer de nuestra época, en que las cajas de polvo compacto traen un espejo.

Si los síntomas nasales significaban una identificación con la madre, los síntomas dentales resultaban una identificación con el padre, pero una identificación con el padre castrado. La intervención quirúrgica sufrida por Freud era de carácter dental y fue realizada por un cirujano dental. Por lo mismo, tanto Freud como el padre del paciente —como consecuencia de su larga enfermedad y la consiguiente incapacidad—, estaban castrados en cierto sentido. Deberá recordarse asimismo que el criado a quien tanto había querido de niño se suponía que se había hecho extirpar la lengua.

Aunque el cambio de carácter actual del paciente era más profundo que el de su niñez, de todos modos se parecía al anterior. A los tres años y medio, a raíz de la seducción por la hermana y la resultante activación de su pasividad, el niño se había vuelto irritable y agresivo, y atormentaba a las personas y a los animales. Detrás del carácter irascible se encuentra el deseo masoquista de ser castigado por el padre; pero en aquel momento la forma exterior de su carácter era sádica. Un elemento de la identificación con el padre estaba presente. En el cambio de carácter actual se presentaba la misma regresión a nivel sádico-anal o masoquista, pero el rol del paciente era pasivo. Se lo atormentaba y se abusaba de él, en lugar de ser él el atormentador. Vivía completamente la fantasía de Pedro el Grande y del hijo asesinado; X cayó en la trampa y activó la fantasía cuando en la primera visita aceptó discutir con él acerca de otro Zar y de su hijo... La fantasía de ser golpeado en el pene se reflejaba en el delirio donde culpaba a X de haber dañado su nariz. Ningún elemento del rol paternal se halla presente aquí. Del mismo modo que las escenas del niño irascible eran intentos por provocar el castigo (en otras palabras, la seducción) del padre, también lo eran las persistentes visitas a X y las constantes demandas de un tratamiento que equivalía, sin duda, a la castración.

Lo que Freud denomina la oscilación de tipo pendular de la actitud sádica a la masoquista se refleja, dice, en su ambivalencia, presente en todas sus relaciones. Así, ambos elementos son el resultado de su fuerte bisexualidad.

La significación libidinal de los regalos atraviesa como un filamento rojo la historia entera del paciente. El sueño de los lobos que se presentó justamente antes de su cuarta Navidad (y cumpleaños), contenía como idea principal la expectativa de obtener satisfacción sexual por parte de su padre como regalo de Navidad. El vehemente deseo de recibir regalos del padre constituyó la primitiva expresión de la pasividad del hijo. La idea de la muerte de Freud se relacionaba con la espera infundada de una herencia; esta herencia, en especial durante la vida de Freud, tenía el significado de un regalo, y provocaba justamente los mismos sentimientos que la Navidad provocara en la infancia del paciente. Las sumas anuales de dinero recibidas de Freud representaban un papel similar: la pasividad inconsciente que no había sido resuelta durante el primer tratamiento encontraba en esos donativos

una fuente de satisfacción. Si el paciente hubiera estado tan curado de su actitud femenina hacia el padre como parecía estarlo, esas contribuciones habrían carecido de significación emocional.

Debemos agregar, todavía, una observación ulterior sobre la actitud del paciente con respecto a la pérdida de su fortuna. Puede extrañarnos que pudiera acomodarse tan fácilmente a las condiciones de posguerra que transformaban por completo su modo de vida. Pero este elemento de indiferencia se debía a su nacionalidad más que a la enfermedad. Quienes conocieron refugiados rusos de entonces, se asombraban ante la rapidez con que se adaptaban a la nueva situación. Era difícil imaginar, viéndolos en su nueva vida, cuán diferente había sido la anterior.

7
Problemas

Ciertos problemas surgen de este caso que brinda una oportunidad sin igual de observación por el hecho de que nos muestra la historia de dos enfermedades sufridas por la misma persona y tratadas ambas con aparente éxito mediante el análisis. Un tratamiento feliz en sus resultados es aquel donde el material inconsciente pasa a ser consciente y donde se aclara la motivación de la enfermedad.

El segundo análisis corrobora en todos sus detalles el primero y además no proporciona la menor partícula de material nuevo. Nosotros nos ocupamos por entero de un residuo de la transferencia con Freud. Naturalmente, este residuo implica que el paciente no se hallaba completamente liberado de su fijación al padre; pero la causa de la ligazón existente no era la presencia de material inconsciente, sino que la transferencia misma no había sido completamente elaborada. Digo esto en vista de que el paciente se había analizado con Freud durante cuatro años y medio y se había mantenido en buen estado durante los doce años siguientes. Una cosa es que el psicoanalista considere terminado el tratamiento y otra es que lo decida el paciente. Como analistas podemos estar en posesión completa de los hechos históricos de la enfermedad, pero no podemos saber qué grado de elaboración (*durcharbeiten*) requiere el paciente para su cura.

Un hecho apoya nuestra suposición de que el paciente no re-

solvió sus reacciones contra el padre en el curso del primer análisis. Era el primer caso en que un analista fijaba un límite de tiempo para el análisis. Freud recurrió a esta decisión después de meses y meses durante los cuales el análisis se hallaba completamente estancado, y se vio recompensado por el material decisivo que apareció entonces. Hasta el momento de la fijación de un límite de tiempo, el paciente sólo había demostrado estar poco más que preparado para el análisis, y muy poco era lo que se había elaborado. En ese momento una verdadera corriente fluye del inconsciente y se aclara por completo la significación del sueño de los lobos.

Cuando uno recuerda cómo los pacientes se afanan por retener un último fragmento de material y, a cambio de esto, se muestran muy dispuestos a brindar todo lo demás, se puede entender una de las razones de la efectividad del límite de tiempo del análisis. La presión puede hacer aparecer, en algunos casos, todo el material, pero es imaginable que una inaccesibilidad que necesita la fijación de un límite de tiempo muy a menudo utilizará ese límite para sus propios fines. Tal parece ser el caso del Hombre de los Lobos. Habría sido inútil continuar el análisis por más tiempo sin utilizar uno de los grandes medios de presión que poseemos: la fijación de un límite de tiempo. Nuestro paciente se encontraba demasiado cómodo en la situación analítica. No existía otra manera de tratar la resistencia sino por la desaparición de la situación misma. El resultado fue que el paciente aportó suficiente material como para permitir la cura, pero al mismo tiempo retuvo el núcleo que más tarde produciría la psicosis. En otras palabras, su atadura al padre era demasiado fuerte: por una parte habría impedido todo análisis, y por la otra tornaba al paciente inaccesible en su fortaleza final.

Es difícil decir por qué el enfermo desarrolló una paranoia en lugar de volver a su primitiva neurosis. Tal vez el primer análisis lo había despojado de los habituales modos neuróticos de solución. Cabe preguntarse tal vez si el paciente fue siempre un paranoide latente. Apoyan esta hipótesis la tendencia hipocondríaca que demostró en toda su niñez, la timidez y el carácter retraído de su adolescencia, lo mismo que las preocupaciones de esa época por la nariz. Queda el hecho, en cambio, de que en ningún momento desarrolló delirios ni perdió el sentido de la realidad. Y la prueba principal contra tal teoría es su conducta durante el análisis con Freud. Es cierto que la transferencia hace aparecer

todos los mecanismos que el paciente es capaz de producir, especialmente los de naturaleza paranoide; y si bien una parte de la neurosis obsesiva infantil hace que Freud recuerde a Schreber, no existió sin embargo durante el curso del primer análisis la más leve manifestación de un mecanismo paranoide.

Entiendo que la forma paranoide de la enfermedad del paciente sólo puede explicarse por la profundidad y el consiguiente grado de expresión de su apego al padre. Gran parte de esta fijación estaba representada por las enfermedades neuróticas numerosas y variadas que padeció tanto durante la infancia como ulteriormente. Estas manifestaciones de su femineidad resultaron curables. Sabemos que la pasividad del hombre puede expresarse de tres maneras: el masoquismo, la homosexualidad pasiva y la paranoia. Ellas corresponden a expresiones neuróticas, perversas y psicóticas de una actitud. En nuestro paciente la parte de pasividad expresada por su neurosis era curable. La porción más profunda, en cambio, que permaneció intacta, constituiría la paranoia.

La pérdida del equilibrio logrado después del primer análisis se debió a la enfermedad de Freud. Ello no es difícil de comprender. El peligro de muerte de un ser amado moviliza todo el amor de una persona. Pero el amor del paciente por el padre —representado por Freud— constituye la mayor amenaza para su masculinidad; su satisfacción implica la castración. El narcisismo del paciente reacciona con una fuerza tremenda contra ese peligro; el amor queda en parte reprimido, y en parte se convierte en odio. El odio, a su vez, genera el deseo de la muerte del padre. Así la enfermedad de Freud, al exaltar el peligroso amor pasivo del paciente, con la consiguiente tentación de someterse a la castración, lleva la hostilidad a un punto donde se hace necesario un nuevo mecanismo que proporcione una salida; este nuevo mecanismo es la proyección. El paciente se libera de su antagonismo cuando se lo atribuye a otro y al mismo tiempo se provee de una situación en la que su propia hostilidad queda justificada.

Creo que la comprensión que nuestro paciente adquirió durante su primer análisis determinó su accesibilidad ulterior. Sin embargo, me parece improbable que su segundo análisis hubiera sido posible con un psicoanalista masculino. Una cosa es adoptar el papel de perseguidor con una mujer paranoica —¡ya castrada!— y otra es hacerlo con un hombre, para quien la castración todavía es posible. No debe olvidarse que el psicótico cree de verdad en

las cosas que teme; el paciente psicótico realmente teme que se le corte el pene y no en algún acto simbólico por parte del analista. La fantasía se ha tornado realidad. De ese modo la situación es muy peligrosa para el paciente. Tal vez sea esta la única situación en la que el sexo del analista tiene importancia. Al evitarse la transferencia homosexual, la intensidad misma de la transferencia —que constituye muchas veces la condición del éxito terapéutico— se ve sacrificada. De este modo peligra el efecto global del tratamiento. Debido al contacto indirecto con Freud a través del primer análisis, el caso en cuestión constituyó un compromiso ideal en ese punto. Para este paciente el análisis era Freud. Era como si una dosis suficiente de influencia paterna estuviera presente y fuera eficaz sin el grado adicional que habría sido fatal para el tratamiento. Puede verse que mi propio papel en el presente análisis casi no tuvo importancia; no fui más que una mediadora entre el paciente y Freud.

Me parece que dos puntos tienen particular importancia. El primero es el mecanismo de la cura. Carezco de explicación sobre el giro producido por el sueño de los íconos. El cambio sólo me parece atribuible al hecho de que el paciente habría elaborado suficientemente sus reacciones hacia el padre, y que desde entonces era capaz de liberarse de ellas. Los modos de la terapia analítica son dobles: por un lado, hacer consciente la reacción hasta ahora inconsciente; por el otro, lograr la elaboración (*durcharbeiten*) de esas reacciones.

El segundo punto implica la bisexualidad primaria del paciente, causa obvia de su enfermedad. Su masculinidad siempre había encontrado su salida normal; su femineidad parece haber sido constitucionalmente fuerte, tan fuerte, que el complejo de Edipo normal fue sacrificado al complejo de Edipo negativo. El desarrollo de un complejo de Edipo positivo, vigoroso, habría sido el signo de una salud mayor de la que en realidad poseía el paciente. No hay necesidad de decir que un complejo de Edipo positivo, exagerado, a menudo enmascara la existencia de su opuesto. Por otra parte, aun esta reacción presupone una salud biológica mayor que la de nuestro paciente.

No es posible prever si el paciente, quien se encuentra bien desde hace un año y medio, lo seguirá estando en el futuro. Me siento inclinada a pensar que su salud depende en gran medida del grado de sublimación de que sea capaz.

Parte III
La vida del Hombre de los Lobos años después

Muriel Gardiner

Encuentros con el Hombre de los Lobos (1938-1949)

A comienzos de la primavera de 1938, poco después de que los nazis se apoderaran de Austria, me di de manos a boca con el Hombre de los Lobos en una de las bulliciosas calles de Viena. No me saludó con sus acostumbrados modales ceremoniosos, sino que empezó a llorar y retorcerse las manos, dejando escapar un torrente de palabras que, debido a su emoción y sus sollozos, eran totalmente ininteligibles. Alarmada al ver que su actitud nos estaba poniendo en evidencia en la calle, en una época en que tal cosa no sólo era desaconsejable sino hasta peligrosa, le pedí que camináramos los pocos pasos que nos separaban de mi departamento, donde podríamos hablar sin testigos. Cuando atravesamos el vestíbulo de entrada de la casa de departamentos, a la encargada le llamó la atención la alterada voz del Hombre de los Lobos, que era casi un alarido, y nos miró desde su puerta con aire de sospecha.

De manera un poco distante, yo había tratado al Hombre de los Lobos durante varios años después de terminado su análisis con Ruth Mack Brunswick. En un principio los dos solíamos tomar juntos el té todos los miércoles a la tarde, mientras él se esforzaba pacientemente por enseñarme ruso. En esas ocasiones, después de consagrar escrupulosamente una hora a la gramática rusa, nos distendíamos para hablar de cosas más interesantes: de Dostoievski, de Freud o de los impresionistas franceses. El conocía poca gente con la cual pudiera hablar de esos temas que le eran muy queridos, y yo siempre disfrutaba con sus agudas observaciones, para

mí muy provechosas, que surgían de una comprensión realmente profunda de la naturaleza humana, el arte y el psicoanálisis.

Más adelante, cuando yo estudiaba medicina y ya no podía continuar con las lecciones de ruso, él seguía viniendo una o dos veces por año a renovar mis pólizas de seguro, pues trabajaba en una agencia de seguros. Todavía encontrábamos tiempo para hablar un poco de psicoanálisis y de literatura rusa, y después él me besaba ceremoniosamente la mano e intercambiábamos saludos: *"Auf Wiedersehen, Frau Doktor"; "Auf Wiedersehen, Herr Doktor"*.

En ese luminoso día de abril de 1938 me senté en la sala del departamento y mientras él, incapaz de contenerse, se movía sin cesar, procuré entender las palabras que pronunciaba entre sollozos y lágrimas. Finalmente entendí: "Mi mujer se mató. Acabo de venir del cementerio. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? Siempre tuve mala suerte, siempre me pasaron las peores desgracias. ¿Qué hago ahora, Frau Doktor? Dígame qué hago. Dígame por qué se mató." Un día había vuelto de su trabajo y había encontrado a su mujer muerta en la cocina llena de gas. En los primeros días de la dominación nazi en Austria los suicidios eran cosa común, como yo bien lo sabía por la experiencia de mi trabajo de patología en las salas de autopsia del hospital general, de manera que naturalmente lo primero que se me ocurrió fue pensar en motivos políticos. Pero al parecer eso no venía al caso; ni el Hombre de los Lobos ni su mujer eran judíos y en lo político su actitud era de completa indiferencia. Con gran asombro descubrí que él apenas sabía que los nazis se encontraban en el poder.

Ese encuentro casual fue el primero de una serie en cada uno de los cuales él hablaba y hablaba; parecía que no hubiera nadie más que yo con quien pudiera compartir su dolor y hablar de su problema, que era siempre el mismo: "¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? ¿Por qué se mató mi mujer?" Y por más que yo no pudiera tener respuesta para tales preguntas, parecía que para él representaba algún alivio expresar en voz alta sus pensamientos.

Bien se veía que el Hombre de los Lobos necesitaba ayuda, y era natural que tanto él como yo pensáramos en el psicoanálisis. Pero todos los analistas se habían ido de Viena o estaban a punto de partir; además el análisis como tal era inaceptable para el ré-

gimen de los nazis y su práctica implicaba ocultamiento y riesgo personal. Yo sabía que Ruth Mack Brunswick, que poco antes de la anexión había viajado a los Estados Unidos, se proponía pasar el verano en Francia e Inglaterra y le pregunté al Hombre de los Lobos qué le parecía la idea de ir a verla allí, si es que la doctora Brunswick podía tomarlo en análisis durante esas semanas de verano. Se aferró de mi sugerencia con la proverbial desesperación del náufrago que se aferra de una tabla. Le escribí y le cablegrafié a la doctora Brunswick, y ella contestó que con mucho gusto lo vería, de modo que después empezó la tarea de resolver los aspectos prácticos.

Ahora me maravillo de haber tenido el valor de emprender algo que parecía tan imposible en la primavera de 1938. Conseguir un pasaporte y obtener la autorización para salir de Austria eran cosas que requerían interminables visitas a las oficinas gubernamentales. Una visa para un país extranjero era algo mucho más valioso que el oro puro. Todos los consulados se veían asediados por multitudes de personas cuya vida misma dependía de poder escapar de los nazis. El Hombre de los Lobos no corría otro peligro inmediato que el de ser destruido por sus propios problemas íntimos. Había sido miembro de la adinerada clase de los terratenientes rusos antes de la revolución de 1917 y ya no era ciudadano de ningún país, sino que formaba parte de esos miles de personas olvidadas a quienes la primera guerra mundial había dejado en la condición de "apátridas", y vivía en forma retraída y anónima en una vivienda vienesa. A diferencia de él, los judíos, socialistas, comunistas, monárquicos y todos los que por cualquier razón, buena o mala, fueran antinazis corrían peligro de muerte si no salían de Austria.

Les escribí a los Freud en Londres, le escribí a París a la princesa Marie Bonaparte, escribí a todos los amigos personales de quienes pensé que podían ayudarnos, pidiéndoles las cartas y recomendaciones que exigían los cónsules antes de considerar la posibilidad de conceder aunque más no fuera una visa temporaria. Cuando hubimos reunido todos esos papeles y el Hombre de los Lobos había conseguido ya un documento que se llamaba pasaporte de Nansen, lo acompañé a probar suerte en los consulados de Inglaterra y de Francia.

Recuerdo que una mañana a las seis nos encontramos frente al consulado británico, o mejor dicho a dos cuadras de él, porque

hasta allí era donde llegaba la cola. Mucha gente que había hecho cola el día anterior sin haber conseguido atravesar las puertas se había quedado toda la noche en la calle; otros habían venido durante la noche con frazadas. Parecía no haber esperanza alguna. Los que han visto la ópera *El cónsul* pueden imaginarse la frustración y la desesperación general que en esa época caracterizaban a los consulados, pero la mayor tragedia fue la de las personas que jamás llegaron a atravesar esas puertas.

Yo me había quedado en Viena no sólo para completar las últimas semanas de los cursos de medicina sino también porque, en mi condición de norteamericana, podía ayudar a escapar a algunas personas que pudieran estar en peligro. Por lo tanto, a veces se me ocurría que el tiempo dedicado a intentar conseguirle esas dos preciosas visas a un ario apolítico que a nadie le resultaría sospechoso, era un lujo extravagante. Pero eso me sucedía siempre cuando no estaba con él. A su lado, escuchando la repetición obsesiva de sus dolorosas preguntas, volvía a darme cuenta de que era un hombre que corría tanto peligro de verse destruido desde adentro como mis amigos judíos por obra de la brutalidad nazi y de los campos de concentración.

De alguna manera, ya no recuerdo cómo, todo se consiguió. A fines de junio salí de Viena rumbo a París y pocas semanas después el Hombre de los Lobos me seguía.

Creo que durante unas seis semanas tuvo una hora diaria de sesión con la doctora Brunswick, primero en París y después en Londres. En París lo vi unas pocas veces y caminé con él por el Bois o a lo largo del Sena, escuchando siempre la pregunta atormentada y atormentadora: "¿Por qué, por qué, por qué se mató mi mujer?" Ya no había cabida para el arte ni la arquitectura, y lo mismo hubiera sido que anduviéramos por la bulliciosa Spitalgasse de Viena.

El Hombre de los Lobos se fue a Londres cuando partió la doctora Brunswick y después volvió solo a Viena, por entonces algo así como la segunda capital de Alemania, que en esos días setembrinos del Pacto de Munich bullía de poder y brutalidad. El Hombre de los Lobos no se dio cuenta de nada de eso. Un excelente amigo mío, Albin, con quien yo lo había relacionado un poco, hizo el sacrificio (porque en esa época era un sacrificio) de verlo y escucharlo un par de veces por mes. Al principio Albin se encontró perplejo ante la falta de contacto con la realidad del

Hombre de los Lobos y su comportamiento neurótico, pero poco a poco fue percibiendo la excepcional inteligencia y la finísima comprensión que se ocultaba tras el invalidante muro de obsesiones y buscó su propia manera de derribar ese muro. Insistió en que jugaran juntos al ajedrez y le obligó al Hombre de los Lobos a informarse de los sucesos actuales y de los asuntos de interés cotidiano. Durante el período de más de tres años que transcurrió entre el Pacto de Munich y Pearl Harbor recibí esporádicamente cartas del Hombre de los Lobos, bastante limitadas en cuanto a su contenido, pero coherentes y llenas de gratitud por el saludable apoyo que le brindaba ese amigo. Después los Estados Unidos entraron en la guerra y toda comunicación se interrumpió.

1945. La guerra había terminado. Austria y los Estados Unidos habían vuelto a establecer contacto, que ya no era el de los cañones y las bombas. Albin volvió a Viena del frente oriental y me escribió una de esas largas y dolorosas cartas de 1945, contándome cuáles de los amigos comunes habían muerto y quiénes habían sobrevivido. Había visto al Hombre de los Lobos, que se encontraba bastante bien físicamente y cuya salud mental parecía haber mejorado por las penurias de los años de guerra. No pude dejar de pensar en la "Nota adicional" de Freud a la *Historia de una neurosis infantil*, escrita en 1923, donde comenta el estado anímico y espiritual del Hombre de los Lobos después de la primera guerra mundial: "Desde entonces el paciente, que había perdido en la guerra su patria, su fortuna y toda relación con sus familiares, se ha sentido normal y se ha conducido irreprochablemente. Es muy posible que su misma desgracia haya contribuido a afirmar su restablecimiento, satisfaciendo su sentimiento de culpabilidad." (*O. C.*, p. 750).

Pronto empezaron a llegarme cartas del propio Hombre de los Lobos, y yo también le escribí y le envié encomiendas. Su vida no había cambiado demasiado; seguía trabajando en la compañía de seguros y mantenía a su anciana madre, que vivía con él. Las cartas indicaban que de alguna manera había aprendido a aceptar todo lo que le había pasado y que había vuelto a tener buen contacto con el mundo que lo rodeaba, por más que éste le ofreciera poco que pudiera hacerlo feliz. Las primeras cartas que le llegaron de los Estados Unidos representaron para él otro golpe: la

noticia de la muerte prematura y repentina de Ruth Mack Brunswick.

La única distracción y alegría del Hombre de los Lobos, la sublimación en la cual tantas esperanzas de recuperación permanente había depositado la doctora Brunswick, era la pintura, pero una contracción de la mano derecha hacía que esa actividad le resultara físicamente imposible durante largos períodos. Por más que acusara al destino de que también eso tuviera que sucederle a él, no dejaba de considerar la posibilidad de que su necesidad de autocastigarse pudiera desempeñar un papel en la producción de ese síntoma. Empezó a escribir, ocasionalmente, artículos en los que enfocaba el arte y algunos problemas filosóficos desde un punto de vista psicoanalítico. Lo hacía porque le interesaba y también en la esperanza de ganar algún dinero. Las cartas que me enviaba, escritas en excelente alemán, daban pruebas de una inteligencia de primer orden, gran claridad de expresión y mucho más sentido del humor de lo que yo le habría atribuido. Contenían siempre un preciso relato de su trabajo y su estado de salud y detallaban las minúsculas desviaciones de la monótona rutina de la vida cotidiana. Demostraba más interés personal que antaño por mí, por mi trabajo y por mi hija, a quien había conocido de pequeñita. Preguntaba por sus estudios, actividades e intereses, y cuando yo le hablé en una carta de su gran amor y conocimiento de los animales, respondió felicitándola por esa cualidad. "Nada", escribía, "puede ser más valioso para una persona joven que el amor de la naturaleza y el conocimiento de la ciencia natural, especialmente de los animales. Los animales también desempeñaron un papel muy importante en mi niñez. En mi caso fueron los lobos."

Durante los años que siguieron al final de la segunda guerra mundial las cartas del Hombre de los Lobos me lo mostraron como él nunca se había mostrado personalmente. Sin que lo supiéramos, nos habíamos hecho amigos por carta, de modo que cuando fui a Austria en el verano de 1949 estaba ansiosa por verlo, no por curiosidad sino porque me gustaban su mentalidad ordenada, su naturaleza sensible y el humor y la ironía con que ese solitario enfrentaba una vida que nunca había sido bondadosa con él. Le escribí al Hombre de los Lobos avisándole que pasaría unas semanas en Salzburgo y que me gustaría que si él estaba de acuerdo nos encontráramos en algún lugar entre Salzburgo y Viena. Entusiasmado, me contestó a vuelta de correo proponiendo que nos viéramos en Linz, aproximadamente a mitad de camino, y enviándome, de acuerdo con su modalidad ordenada, el horario exacto de los trenes que ambos teníamos que tomar para llegar más o menos a la misma hora por la mañana y salir al anochecer.

Una hermosa mañana soleada, un domingo de agosto de 1949, lo encontré esperándome en la estación de Linz, derruida por las bombas. Once años muy difíciles habían pasado sin que nos viéramos, pero su apariencia había cambiado poco. Su figura alta y bien construida se mantenía erguida, su rostro expresivo mostraba resignación pero no amargura. El tupido pelo castaño y el bigote mostraban trazos de gris, pero me pareció que no representaba sus sesenta años. Me saludó entre lágrimas y sonrisas.

Como es de suponer, pasamos el día conversando, caminando a ratos de una cafetería al banco de un parque para después volver a un café. El Hombre de los Lobos me preguntó con auténtico interés por mi familia, mi trabajo, lo que me había pasado durante esos años, y por la doctora Brunswick. Estaba ansioso por contarme sus experiencias y en especial por saber lo que yo pensaba de los motivos y el significado que se ocultaban tras ellas. Dado que nunca habíamos tenido gran intimidad, se mostró sorprendentemente abierto, y sin duda me asignaba el rol de analista, ya que sus dos analistas habían muerto.

Quizá había padecido menos que muchas otras personas bajo la dominación de los nazis, puesto que no tenía intereses políticos ni él tampoco presentaba para ellos interés alguno, aparte el hecho de que su edad lo eximía de participar activamente en la lucha. Pero al final de la guerra, cuando el ejército rojo entró en Viena, se sintió naturalmente amenazado, dada su condición de exiliado ruso. Sin embargo, los rusos habían tenido que ocuparse de problemas más inmediatos y le habían prestado muy poca atención, salvo el hecho de haberlo utilizado como intérprete en algunas ocasiones. Así que pasaron semanas y meses, él y su madre se tranquilizaron y aceptaron agradecidos el hecho de no ser molestados. Para venir a Linz durante ese día de agosto, cuatro años después de la ocupación, había cruzado por primera vez la zona rusa para llegar a la norteamericana, lo que significaba pedir autorización y exhibir sus documentos de identidad; eso le había provocado cierta inquietud, pero todo se había desarrollado sin inconvenientes.

Me confirmó lo que aparecía insinuado en sus cartas, que su trabajo en la compañía de seguros era cansador y aburrido, lleno de insignificantes trivialidades. Por lo demás, en poco más de un año se jubilaría, cosa que esperaba con una mezcla de anticipación placentera y de temor; de ahí que cada vez confiara más en las satisfacciones que podía obtener de la pintura. Los períodos durante los cuales no podía usar la mano habían sido enormemente frustrantes. Ahora podía pintar de nuevo, pero durante meses se había sentido insatisfecho con todo lo que producía. Hacía poco tiempo que había descubierto por qué: había estado mezclando demasiado pigmento castaño con todos los colores, con lo cual los embarraba y ensuciaba sin darse cuenta de qué era lo que estaba mal.

El Hombre de los Lobos me habló de la muerte de su mujer, que sólo muy lenta y gradualmente había llegado a aceptar. Se daba cuenta de lo desesperado que había sido su estado en el verano de 1938 y me dijo que sus horas de terapia con la doctora Brunswick lo habían reconstruido realmente, "aunque", agregó comprensivamente, "en realidad no se puede hablar de un verdadero análisis; era más bien *Trost* [consuelo]". Dijo que en su caso un nuevo matrimonio era impensable; a ello se oponían su edad, el hecho de que la madre dependiera de él y su situación financiera marginal. Sin embargo, más de una mujer había despertado su interés desde la muerte de su esposa, y al hablarme de esas relaciones me preguntó si yo no pensaba que se ajustaban todavía a las mismas pautas establecidas en su niñez por la influencia que sobre él había ejercido su hermana y por la atracción que él experimentaba hacia las sirvientas o las muchachas campesinas de la finca, a lo cual hube de responderle que sí.

Me dijo también que estaba ahora más cerca de su madre. Ella había vuelto a hablar con él de su vida, de la familia, de su infancia, y le había aclarado algunos problemas que él nunca había entendido. No negaba el hecho de que ocuparse de su madre, que tenía ya ochenta y cinco años y estaba muy delicada y casi ciega, fuera una carga, pero jamás se le ocurrió cuestionar su obligación o su deseo de asumirla como tal, y hablaba de ella con conmovedora devoción. Me mostró una fotografía de ella y después sacó tímidamente una de él mismo, tomada en 1946, en la cual se lo veía tan ojeroso y enflaquecido que costaba reconocerlo. Me explicó que su madre le había hecho prometer que me la

enseñaría para que yo pudiera ver por mí misma que las encomiendas de alimentos que les había enviado los habían salvado realmente de morirse de hambre.

Las seis o siete horas que pasamos juntos transcurrieron rápidamente y al atardecer me acompañó a tomar el tren, despidiéndome más cálidamente que nunca. Para mí había sido un día rico y gratificante, y el Hombre de los Lobos rebosaba de agradecimiento por esa oportunidad de hablar de cosas importantes y recibir una bocanada de aire del mundo exterior, del cual se había visto aislado durante once años por la dictadura, la guerra y los ejércitos de ocupación.

Otro encuentro con el Hombre de los Lobos (1956)

Introducción

El artículo que sigue fue esbozado en marzo de 1956, inmediatamente después del encuentro con el Hombre de los Lobos que en él se describe. Le di su forma actual en 1959, con la intención de publicarlo entonces. Cuando vi al Hombre de los Lobos poco después de haber completado el artículo, le hablé de él, pero no lo tenía conmigo para mostrárselo. Como de todas maneras él no quería que fuera publicado en ese momento, el asunto quedó en suspenso. En setiembre de 1967, en otra reunión con el Hombre de los Lobos, me había propuesto preguntarle si entonces estaría dispuesto a que el artículo apareciera, y me alegró que él mismo sacara el tema, expresando su deseo de que fuera publicado.

Le sugerí que escribiera un relato autobiográfico de su experiencia con los rusos durante la ocupación, ya que sería interesante tenerlo con sus propias palabras, y también con el fin de corregir cualquier error que yo pudiera haber cometido. En nuestro encuentro de 1956 había sido tanto lo que me contó en pocas horas que yo temía haberme confundido con algunos detalles, aunque estaba segura respecto del estado de ánimo general y de los sentimientos que me había descripto. En realidad, ése era el caso. El Hombre de los Lobos aceptó con entusiasmo la idea de escribir el episodio. Para entonces tenía ya escritas varias secciones de su *Memorias*.

Nos escribimos con regularidad y para diciembre de 1967 recibí una carta de él en la que hacía referencia a este proyecto. La carta es larga y se refiere también a otras cosas, pero la transcribiré toda porque es muy característica y habla también de su actividad pictórica y de sus escritos.

Viena, diciembre 18, 1967

Estimada Frau Doktor:

Recibí su apreciada carta del 4 de diciembre de 1967 y me es imposible expresarle la alegría que me dio todo lo que usted me dice. También debo decirle cuánto le agradezco que me enviara los honorarios por una conferencia que no di yo, sino usted, y que usted había escrito antes.[1] Igualmente me llenó de alegría que usted hubiera vendido seis cuadros míos y que me transmitiera su opinión de que mis últimos trabajos son mejores que los anteriores. Es un hecho que me anima grandemente y me estimula para volver a dedicarme con más intensidad a la pintura. Como usted me dice en su carta que el paisaje con la vista de Viena y del Danubio despertó especial interés, en el verano volveré a pintar algo semejante y le haré llegar el cuadro.

También me dio gran satisfacción enterarme por su carta de que mi trabajo "Castillos en el aire"[2] fue aceptado por el *Bulletin of the Philadelphia Association for Psychoanalysis* y aparecerá en enero o febrero.

Pienso que usted tuvo una excelente idea —como ha sucedido muchas veces— al tomar como tema de su conferencia en la Asociación de Filadelfia, el 27 de octubre, no mi artículo "Castillos en el aire" sino mi experiencia con los rusos. Como ahora estoy escribiendo mucho sobre Teresa, en mis artículos, y el auditorio de sus conferencias no tenía la menor idea de mi experiencia con los rusos —o como lo expresó mi madre de manera tan elocuente, de "ese disparatado asunto que nadie puede entender"— su última conferencia del 27 de octubre debe de haber contenido un elemento de sorpresa muy favorable. También fue muy buena su idea de mostrar diapositivas, ya que en un auditorio no se pueden hacer circular fotos, y por otra parte las diapositivas en una conferencia aumentan siempre el interés del público.

[1] "Otro encuentro con el Hombre de los Lobos", leída en la Asociación para el Psicoanálisis, de Filadelfia.

[2] Se trata de la primera parte de las *Memorias, 1908*.

Vuelvo a felicitarla, estimada Frau Doktor, por el éxito de su conferencia y le agradezco de corazón el [dinero] que usted me envió . . .

Ahora bien, usted me dice que (con el fin de no influirme) no me envía el texto de la conferencia, ya que supone que pronto he de escribir sobre mi experiencia con los rusos y piensa que entonces será interesante comparar los dos relatos. Con esa idea, empezaré a escribir sobre la experiencia no bien terminadas las fiestas. Me represento el asunto de la manera siguiente: cuando reciba mi relato, lo primero que usted tendrá que hacer será decidir si su narración anterior necesita algún agregado o si es necesario alterarla de algún modo. Ya le he dicho expresamente que estoy de acuerdo con que usted escriba un artículo sobre mi experiencia con los rusos. Como es natural, también estoy completamente de acuerdo en que usted publique lo que yo escriba ahora. Lo único que quisiera es que al publicar mi experiencia con los rusos no se me designe como autor del artículo, ni tampoco con el seudónimo de "Hombre de los Lobos"; preferiría que usted misma, con su propio nombre, apareciera como la persona que escribió el trabajo. Es claro que usted se referirá al relato que le hizo el "Hombre de los Lobos", ya que sólo de esa manera puede haberse enterado de la experiencia. En todo caso, tengo la sensación de que la publicación de dos artículos —uno de usted y el otro mío— está fuera de la cuestión, ya que dos artículos sobre el mismo suceso provocarán seguramente en el lector la duda de cuál de ellos es el que en realidad describe con precisión el asunto.

Ahora estamos en 1967 y muy pronto será 1968. Mi "encuentro" con los rusos se produjo en agosto de 1951, es decir hace más de dieciséis años. Sin duda fue una suerte que usted escribiera todo lo que le conté al respecto cuando todavía la experiencia era reciente. Pero fue algo que me impresionó de tal manera que no creo haber olvidado mucho. En todo caso, será muy interesante comparar los dos relatos.

Me alegro de saber que usted y su marido van a pasar las fiestas de Navidad en Aspen, con la familia de su hija Connie,

Sin duda se va a sentir muy feliz allí y tendrá oportunidad de disfrutar del excelente aire y de los hermosos alrededores de Aspen. Tengo la esperanza de que esta carta le llegue antes de Navidad y vuelvo a desearle a usted, a su marido y a la familia de su hija una feliz Navidad y toda clase de cosas buenas y hermosas para el año que viene.

Con un cálido saludo para usted, su marido y la familia de su hija, considéreme siempre su más agradecido.

A comienzos del verano siguiente, en 1968, mi marido estuvo en Viena y pasó una hora muy agradable con el Hombre de los Lobos. El Hombre de los Lobos me envió varios mensajes, en uno de los cuales me avisaba que no había escrito aún el episodio con los rusos. En realidad, había estado ocupado con otras partes de sus *Memorias* y también había tenido períodos de mala salud. Me sugería que le enviara mi artículo y que él me mandaría entonces las correcciones o sugerencias que pudiera hacer. Por lo tanto le hice llegar la segunda mitad del artículo "Otro encuentro con el Hombre de los Lobos", la que se refiere a su experiencia con los rusos. El artículo estaba en inglés, pero el profesor Y. se lo tradujo oralmente al alemán. A continuación el Hombre de los Lobos me escribió la carta del 23 de octubre de 1968, con la "Breve descripción del episodio del cuadro", que aparece después de "Otro encuentro con el Hombre de los Lobos". A pesar de lo que el Hombre de los Lobos considera mis errores "externos" —cierta confusión de personas y lugares—, no he modificado mi artículo, excepto en cuanto suprimí los dos pasajes, breves y sin importancia, que él me pidió que omitiera. Sus correcciones se verán en la carta que sigue al artículo.

Otro encuentro con el Hombre de los Lobos

Mi primer regreso a Viena después de la guerra se produjo en marzo de 1956, pocos meses después del retiro de las fuerzas de ocupación rusas. Sentía que el retorno a una ciudad donde había vivido durante once años antes de la anexión nazi era algo extraño y doloroso, pero en el aire seguía habiendo un hálito primaveral y una promesa, tras el largo y triste invierno que Viena había padecido desde 1938 y las amenazadoras tormentas otoñales de los años anteriores.

Una de las primeras cosas que hice durante esos pocos días fue ver al Hombre de los Lobos; era nuestro primer encuentro desde el de 1949, en Linz. Me saludó gozosamente, ansioso de hablar, escuchar y volver a hablar. Unos años antes me había tenido al tanto por carta de los detalles de la enfermedad y la muerte de su madre, y me había hablado también de su jubilación. Ahora me contó algunas circunstancias más íntimas de su vida actual.

Tenía pocos amigos en sentido estricto, y parecía que todos aquellos con quienes intimaba más tuvieran dificultades neuróticas o trastornos de carácter que, sumados quizás a los suyos propios, daban un carácter precario a la amistad. Con frecuencia había alguna complicación con una mujer. Me habló, por ejemplo, de una mujer joven, la esposa de un antiguo amigo, que se había enamorado de él y quería divorciarse de su marido para casarse con él. Eso le parecía increíble e incomprensible, pues ya contaba sesenta y nueve años y se conocía a sí mismo lo bastante bien para saber que tenía también otras desventajas. Por último la mujer le había hablado de una relación amorosa que había tenido antes con un soldado norteamericano, de quien le mostró una fotografía. El Hombre de los Lobos observó que el joven se parecía indiscutiblemente a él y se dio cuenta de que la atracción que él ejercía sobre la mujer era de naturaleza semejante a la transferencia. El haber logrado este *insight* le dio, al parecer, considerable satisfacción.

Había otra mujer que quería casarse con él, pero con quien él no quería casarse; la relación de ambos, difícil y enredada, se había extendido durante un largo período. Había habido varias crisis y de nuevo él había pasado por un período de dudas y vacilaciones obsesivas que lo llevaban de una actitud a otra. Había hablado de sus problemas con todos aquellos a quienes en algún sentido podía llamar amigos, y con varios psiquiatras y psicólogos. Los consejos recibidos de tan diferentes personas abarcaban todo el espectro, y después de haber hablado con ellos estaba tan lejos como siempre de hallar una solución. Se había encontrado en un estado de profunda depresión e inactividad y se preguntaba si habría que considerarlo "melancolía". Después de haber oscilado de un extremo a otro, buscando para su problema soluciones a cuál más drástica, y de haberse encontrado disconforme e insatisfecho con todas, había terminado por establecer una solución de compromiso que se mantenía desde hacía aproximadamente seis

meses. A ella había llegado en parte por obra de un encuentro casual, en la calle, con la mujer en cuestión, en una época en que había roto con ella y pensaba que jamás volvería a verla. En general, encontré que estaba muy impresionado por el "azar" y parecía ver en muchos sucesos casuales el dedo del destino. Quizá fuera su manera de resolver sus dudas y vacilaciones obsesivas una forma más inteligente de tirar la moneda. Desde que estableciera la solución de compromiso se había encontrado de mejor ánimo, la depresión lo había abandonado y estaba pintando con mucho más entusiasmo que antes. Como es de suponer, quería saber si yo pensaba que había hecho bien, y como de costumbre tuve que ser muy general en mis comentarios y le dije que probablemente la mejor forma de juzgar fuera esperar los resultados. Como ninguna de las soluciones drásticas que había intentado le había dado satisfacción, parecía que lo mejor fuera no forzar una decisión sino dejar que ésta se desarrollara por sí misma, sin violencia. La palabra violencia (*Gewalt*) le agradó evidentemente y se aferró a ella. "¡Eso es!", exclamó. "Todo lo que hice con violencia resultó falso. No puedo forzar mis decisiones."

Después de hablarme de varias otras relaciones, la mayoría de las cuales se caracterizaban por el interés de la mujer y la nítida ambivalencia de parte de él, el Hombre de los Lobos llegó a la única relación que parecía fácil, sin complicaciones y estable. "Tengo una mucama que se ocupa de mí mejor de lo que cualquier hombre podría desear", me contó. Por más que no habló de ningún elemento erótico en la relación, se veía que era muy importante para él. Sentía la devoción y el cuidado de esa mujer en todas las minucias cotidianas de su vida, y tal vez eso le haya ayudado a aceptar la pérdida de su mujer y, dieciséis años más tarde, la de su madre. En Austria es más común que en los Estados Unidos encontrar una mujer que se convierta en mucama o ama de llaves y se dedique de todo corazón a atender a la persona o personas para quienes trabaja. A veces se trata evidentemente de amor material por parte de ellas, a veces el vínculo es filial y en ocasiones tiene la cualidad de una amistad verdadera y profunda. Tuve la sensación de que esos tres elementos intervenían en la devoción de esa mujer hacia el Hombre de los Lobos.[3]

[3] Una carta fechada el 5 de diciembre de 1959, que recibí del Hombre de los Lobos poco después de haber escrito este artículo, ilumina mejor su dependencia de su ama de llaves:

"Mi ama de llaves, Fräulein Gaby, que alcanzó últimamente la elevada edad de setenta y cinco, está cada vez peor de salud. Padece una enfermedad ósea de la cadera, y como es incurable, ningún tratamiento ni cura de los que se han intentado ha servido de nada. Al mismo tiempo se ha puesto taciturna y melancólica, y como es de imaginar, mis propias depresiones no mejoran cuando ella empieza a quejarse de sus sufrimientos y de su desdichada suerte, y a llorar amargamente. Pero si intento consolarla, de poco sirve; por el contrario, eso la perturba más y se queja de que nadie la entiende ni simpatiza con ella. Esta situación se me hace especialmente difícil porque Fräulein Gaby siempre se ha ocupado de mí desde la muerte de mi mujer, es honesta y escrupulosa y me ha acompañado valientemente en las circunstancias más difíciles. También para mi madre fue una enfermera ejemplar. Hace años que dependo de ella y la aprecio de veras; sus excelentes cualidades jamás encontrarían reemplazante. Pero ahora repite cada vez más que está vieja y enferma y que yo debo buscar alguien que ocupe su lugar porque ella ya no es capaz de atender mi casa. No quiero mencionar siquiera el aspecto material y la desventaja financiera que sería para mí si ella se fuera, pues todo el mundo sabe que en Viena es casi imposible encontrar mucama y que si se la encuentra, el salario, alimentación, seguridad social, seguros y otros rubros son sin duda espantosamente altos.
Pese a esta desdichada situación procuro, como es natural, distraerme y mantener despierto mi interés por la lectura."

Desde el verano anterior el Hombre de los Lobos había vuelto a experimentar gran placer en pintar, y me mostró alrededor de una docena de pequeños paisajes, insistiéndome para que me llevara los que más me gustaban. Yo quería aceptarle dos, pero cuando él vio que me costaba decidirme entre los cinco que me gustaban más, me instó a que me llevara los cinco. Como sentí que para él era un verdadero placer darme las telas, las acepté con alegría. En realidad, tenía mucha más libertad estilística y en el uso del color, y me contó que antes de eso, durante mucho tiempo había sido demasiado escrupuloso (*gewissenhaft*) en su trabajo. "La escrupulosidad es enemiga del arte, por lo menos de la pintura", destacó. "Uno está insatisfecho, hace un cambio aquí y otro allá y de pronto descubre que perdió la espontaneidad y el estado de ánimo y que arruinó sus efectos de color al tratar de ser demasiado exacto."

Pero de lo que más le interesaba hablar al Hombre de los Lobos en esta primera reunión después de siete años era de un incidente con las autoridades militares rusas. Me contó la historia completa, de manera muy sentida, y esa misma noche al volver a mi habitación del hotel tomé nota de lo esencial, reproduciendo con la mayor exactitud posible sus palabras, aunque traduciéndolas al inglés y, como es de imaginar, abreviando bastante. He aquí

las notas que redacté esa tarde sobre el incidente que se produjo durante el verano de 1951:

Un día tomé mi caja de pinturas y mis telas y me dirigí a uno de los suburbios de Viena, a los prados que hay cerca del canal. De pronto el paisaje me hizo acordar de Rusia y de mi infancia y me sentí abrumado por la nostalgia. Vi el edificio de una fábrica que solía ser la panadería más grande de Austria, pero parecía totalmente desierto, o tal vez yo, embargado por el ánimo del pasado, dominado por los recuerdos de mi juventud, no me haya fijado bien. Quería captar esa escena en la tela y saqué mis pinturas y mi equipo. Lo primero que sucedió fue que se me rompió el banquillo de pintar, y ése fue el primero de una serie de signos ominosos, pero nada podía detenerme y empecé a trabajar. Las nubes se amontonaron, la luz cambió, y yo pintaba como un poseído, sin atender a otra cosa que al paisaje y mi estado de ánimo. Después de un rato aparecieron dos figuras desde atrás del edificio; no les presté atención. Después se me aproximaron cinco hombres; eran soldados rusos. La única explicación para que haya estado tan desprevenido era que no estaba viviendo en el presente sino en el pasado, pero para el momento en que los soldados me habían visto ya era demasiado tarde. Y ¿creerá usted, Frau Doktor, que aunque sólo me di cuenta de eso mucho después, ese día era el aniversario de la muerte de mi hermana?

Había ido a dar a la zona rusa; los rusos usaban la panadería como puesto militar. Los soldados me llevaron adentro, me quitaron el cinturón, los cordones de los zapatos y los anteojos y empezaron a interrogarme. Inmediatamente se vio que yo les resultaba sospechoso de espionaje. En vano intenté explicarles que pintaba únicamente por placer; eso les resultaba incomprensible. Los soldados mismos eran en su mayoría gente sencilla y decente, pero lo terrible fue que trajeron oficiales de la policía secreta, hombres que saben torturar, confundir y aplastar el ánimo de cualquiera. "Pero usted tiene un verdadero apellido ruso", me dijo el oficial. "¿Cómo es posible que un verdadero ruso pueda trabajar en contra de su país?" Yo me sentía horriblemente culpable; era sin duda una culpa desplazada, ya que jamás había hecho cosa semejante, pero me hicieron sentir como si hubiera traicionado a mi país. En ese momento entendí perfectamente cómo las muchas víctimas de los procesos en Rusia firmaban la confesión de crímenes que nunca habían cometido. Indudablemente yo habría hecho lo mismo. Me tuvieron detenido y me interrogaron durante dos días y medio, nada más, pero en esos dos días y medio no sólo estuve aterrorizado (se sabía de bastante gente que en situación semejante había desaparecido sin que jamás se volviera a saber de ellos), sino que sentí una espantosa carga de culpa moral, como si fuera un espía o un criminal. Cada vez perdía más la fe en mí mismo y la capacidad de defenderme. Padecía constantes dolores de cabeza, algo que me sucede de todos modos, incluso en las circunstancias más favorables.

Cosa rara, podía dormir cuando había oportunidad, y era un alivio hundirme durante algunos minutos o algunas horas en el olvido.

Naturalmente, estudiaron hasta el último trocito de papel que yo llevaba encima, examinaron anotaciones y números telefónicos, de modo que hasta llegué a temer que podía estar poniendo en peligro también a mis amigos. Repetidas veces le dije al oficial que podía mostrarle mis otros cuadros, para que viera que la pintura era mi vocación y no perseguía otro fin que un placer inofensivo. Al final, me dijo que podía irme a casa y que volviera con los cuadros. Pensé que me diría que se los llevara al día siguiente o a lo sumo en un par de días. ¡Pero no! Me ordenó que volviera en veintiún días. ¿Puede usted imaginarse lo que fue para mí ese período de espera? Creo que hasta tuve delirios de persecución; pensaba que la gente hablaba de mí o me miraba cuando sin duda no era así, aunque en realidad nunca tuve la sensación de que alguien me siguiera. Pero simplemente no podía pensar en nada más. Era como la vez que fui a consultar a la doctora Brunswick el problema de la nariz, sólo que entonces temía una deformidad (*Entstellung*) física y en esta ocasión una deformidad moral. Y no sabía qué hacer o qué decir. Me parecía que cualquier vinculación con los norteamericanos me pondría en situación más peligrosa, pero lo curioso era que los rusos no me habían preguntado si tenía amigos en los Estados Unidos. A eso no habría sabido qué contestar, y cavilaba constantemente preguntándome qué debía responder si cuando volvía me planteaban esa cuestión. Esas tres semanas de espera fueron la más terrible de las pesadillas. Durante ese tiempo perdí alrededor de cinco kilos y, como es de suponer, también mi pobre madre estaba afligidísima.

Por fin (parecían haber transcurrido años) llegó el día en que tenía que volver con mis cuadros al puesto militar ruso. ¿Puede imaginarse en qué estado de ánimo me encontraba? Sabía que tal vez nunca volvería a salir y que ése podía ser el fin. Cuando llegué, nadie parecía esperarme. El oficial que me había interrogado la vez anterior ni siquiera estaba y quedé a cargo de algún otro que no parecía tener la menor noticia de mí y ni siquiera conocía mi nombre. Le expliqué todo y le mostré los cuadros, que le interesaron mucho porque tenía un hijo artista y él mismo pintaba un poco. Hablamos un rato de pintura y después me dejó ir sin haber demostrado ningún verdadero interés en mi caso.

Durante un tiempo no pude creer en mi buena suerte. Seguía temiendo que vinieran a buscarme. En realidad, sólo después que pasaron muchos meses sin que nada sucediera pude empezar a convencerme de que el peligro había pasado.

¿Qué piensa usted, Frau Doktor? ¿Cree que fue mi enfermedad mental lo que me hizo tomar tan en serio ese incidente?

¿Qué podía decir? Que sin duda había una base muy real para sus temores, que cualquier persona normal y realista habría experimentado preocupación y temor en esa situación. Quizás esos temores normales fueron intensificados hasta hacerlos terribles por su neurosis; bien podría ser así. Le hablé de un paciente mío cuya neurosis había disminuido sus temores en situaciones de peligro similares, un joven judío que se hallaba en Polonia durante la ocupación nazi y que sobrevivió, ileso y sin sentir temores, probablemente por la única razón de que su neurosis lo impulsaba a moverse de un lugar a otro, cambiando constantemente de identidad y personificando atrevidamente a sus enemigos. El Hombre de los Lobos se mostró fascinado por la historia y quiso saber más detalles, interesándose especialmente por mi explicación de los mecanismos neuróticos que operaban. Por la expresión de su simpatía y por sus preguntas tuve la impresión de que lo que le interesaba no eran sólo los principios psicoanalíticos en juego y la comparación del caso con el suyo propio, sino también ese desconocido paciente mío como ser humano vivo y dotado de sentimientos. La libido del Hombre de los Lobos se extendía ahora, saliendo de él, hasta otros seres vivos, incluso a los que no conocía personalmente. Era una actitud de la que no habría sido capaz en sus períodos más neuróticos. Concordaba con esa mayor apertura el cálido interés que había expresado no sólo por mí y por mi trabajo, sino también por mi familia y mis amigos. Como es natural, no dejamos de hablar también de la doctora Brunswick, y él se refirió con entusiasmo a lo joven, activa y enérgica que había sido y a la prontitud y generosidad con que lo había ayudado cuando él más lo necesitaba.

Fueron muchos los temas que tocamos en esas pocas horas, pero de manera característica, al término de las mismas el Hombre de los Lobos volvió sobre la cuestión que seguía acosándolo: en qué medida sus temores de la policía secreta rusa eran realistas y hasta dónde eran causados por su neurosis. Como todos sabemos, la respuesta sólo se podría encontrar mediante un nuevo análisis, aplicando todo el conocimiento de la neurosis y de la realidad con que contamos.

Viena, octubre 23, 1968

Estimada Frau Doktor:

... el profesor Y me tradujo oralmente su artículo sobre mi experiencia con los rusos. El artículo es muy bueno y está escrito en un estilo muy vívido, y como psicoanalista comprende usted de manera excelente los motivos inconscientes del episodio. Me refiero como es natural a lo que usted llama en su artículo nostalgia y añoranza. Por lo que toca a los sucesos externos, encuentro que hay algunos errores en la mención de los personajes rusos, pero de todos modos carecen de importancia. Sin embargo le incluyo una breve descripción del episodio, que se ocupa principalmente de las circunstancias externas, es decir del orden cronológico de los acontecimientos y de los rusos individualmente. Quizás en esa descripción encuentre usted algo que le resulte útil.

Ahora quisiera pedirle, Frau Doktor, que excluya dos pasajes de su artículo ...[4]

Queda un punto más por mencionar, y son los reproches que me hice a mí mismo después de esta experiencia.

El profesor Y me dijo (había leído por segunda vez su manuscrito) que en su artículo usted indica que yo me reprochaba el haber actuado incorrectamente con los rusos al pintar la casa. Si usted realmente lo entendió así, entonces hubo un error. Yo no estaba pintando la casa misma, sino el paisaje que se extendía ante mí, en el cual la casa no era más que un accesorio, algunas manchas de color apenas bosquejadas. Además, la "casa" consistía en realidad nada más que en una pared en la cual se veían agujeros negros en vez de ventanas (completamente voladas por las bombas). De hecho, los rusos terminaron por decirme que si les hubiera pedido permiso me habrían autorizado a pintar esa derruida casa vieja de dos pisos. Y por más versados que sean, o más bien que fueran, los oficiales interrogadores rusos en su oficio, jamás podrían haberme persuadido de que pintar esa casa significara peligro alguno para ellos. Los autorreproches que me torturaron durante los meses que siguieron al episodio eran de naturaleza muy diferente. Eran muy similares a los de mis primeras depresiones (por ejemplo, la época de mis problemas con la

[4] Se refiere a dos breves pasajes que consiguientemente omití.

nariz, con la doctora Mack). Lo esencial era que había perdido el control de mí mismo, que había perdido el contacto con la realidad, como lo habría interpretado Freud, y actuado como no lo habría hecho una persona a medias normal. Me refiero, por supuesto, al hecho de que yo —un ruso— me haya metido a pintar en la zona rusa.

Estaba seguro de que los psicoanalistas entenderían muy bien qué era lo que me había llevado a la zona rusa: simplemente la nostalgia y sentimientos similares. Pero yo me preguntaba qué dirían y qué pensarían mis amigos si les contaba tan estúpida historia. Y mi madre echaba más leña al fuego cuando insistía en hablar de ese "acto de locura que nadie puede entender" (elegir, entre todos los lugares, la zona rusa para ir a pintar). Desde el punto de vista psicoanalítico se podrían interpretar los autorreproches como un conflicto entre el yo y el superyó. La observación que anota usted en su artículo sobre la "deformidad moral" contrapuesta a la "física" (el asunto de la nariz) se adaptaría muy bien a eso.

Me gustaría hablar de un punto más de su artículo, el lugar donde digo que ahora puedo entender cómo es que la gente puede confesar un crimen que no ha cometido. Recuerdo muy bien haberle dicho eso. Como es natural, ahora entiendo mejor esos casos porque sé cómo se siente uno durante un interrogatorio de ese tipo. Creo, sin embargo, que en aquel momento me expresé de manera demasiado categórica. Porque, con frecuencia, en un proceso esos crímenes no cometidos se confiesan para poner término, aunque sea por un tiempo, a tan doloroso interrogatorio. Después es posible que el reo se retracte de esas "confesiones". También a veces uno puede admitir algo porque ha perdido toda esperanza de que alguna vez lo escuchen...

Creo que ahora le he dicho todo lo que quería decirle sobre su artículo referente a mi experiencia con los rusos. Me pregunto si esos detalles suplementarios van a serle de alguna utilidad...

Con los mejores deseos y un cálido saludo para usted y su marido, me reitero su agradecido

La descripción del episodio del cuadro por el Hombre de los Lobos

Ese día, cuando quise salir a pintar, me dolía la cabeza, de manera que mi madre me aconsejó que me quedara en casa. No obstante,

me tomé dos sellos para el dolor de cabeza y salí con mi caja de pinturas. Me proponía pintar únicamente en el distrito ocupado por las tropas inglesas. Pero la zona inglesa era adyacente a la rusa, y el paisaje me hacía recordar tanto mi hogar, que impensadamente fui pasando a la zona rusa.

Al principio quise pintar una casa sobre la cual la luz del sol jugaba de manera muy atrayente. Le pregunté a alguien qué casa era y me contestaron que era un lugar dedicado al deporte. Si en realidad hubiera pintado esa casa, estoy seguro de que nada desagradable me habría sucedido. Sin embargo, apenas si estaba por empezar a pintar cuando una nube oscura ocultó el sol y despojó de todo interés al tema, de modo que volví a reunir mi equipo de pintura con la intención de buscar un modelo nuevo. Entonces vi que estaba al pie de una colina escarpada, de modo que me di vuelta y empecé a trepar por ella. Desde la cima pude ver un riacho y al lado opuesto de éste algunas casas de aspecto vulgar, que habían sido dañadas por las bombas (no había allí fábrica alguna). Las nubes oscuras le daban un aspecto bastante romántico al paisaje que tenía ante los ojos, de manera que decidí pintarlo.

Pinté durante tres horas sin que nadie me molestara y después recogí mis cosas y volví en dirección a la línea de tranvías con la cual había llegado hasta el canal. De pronto me encontré rodeado por cinco soldados rusos que caminaban a mi lado y detrás de mí. Cuando llegamos a un punto desde el cual yo quería seguir directamente hasta el tranvía, los soldados me lo impidieron y me obligaron a tomar por una calle lateral que seguía una dirección muy diferente. Entonces les dije a los soldados, en ruso, que iba a mostrarles el cuadro para que pudieran ver que mi pintura era totalmente inocente, pero me contestaron que no era cosa de ellos decidir, sino de sus superiores. (En su artículo usted dice que esos soldados se mostraron amistosos conmigo; sin embargo, en realidad los que se mostraron amistosos fueron otros soldados, los que cuando estuve detenido me llevaban de comer.)

Entonces advertí que en el lugar a donde habíamos llegado había muchas milicias rusas. Se decía que allí había una panadería rusa. Nada de eso había sido visible para mí desde el lugar donde estaba pintando. Entramos en una amplia casa o casa-quinta donde al parecer vivían los oficiales rusos. Me condujeron a una habitación donde había dos personas, una de ellas con uniforme de oficial, la otra vestida de civil. Empezó entonces el interrogatorio, que se prolongó durante varias horas. Una vez terminado,

entró un oficial que estaba a cargo de las habitaciones de la casa y a quien me referiré como el comandante. Me llevó al sótano y me asignó una habitación donde tenía que pasar la noche y donde tendría que permanecer hasta que el asunto se aclarara. En la habitación había una cama de madera y el comandante me la señaló, diciéndome que me tendiera allí sin pensar en nada más que en descansar. En realidad, ni la hora ni el lugar eran adecuados para descansar, pero el consejo era bien intencionado y desde ese momento me gustó el comandante.

Al día siguiente, miércoles, me llevaron frente al oficial que, junto con el hombre vestido de civil, me había interrogado el día anterior. El oficial me tomó declaración, es decir que anotó todo lo que yo dije para justificarme durante el interrogatorio. Me acuerdo, por ejemplo, de la frase: "No vine aquí para hacer dibujos de ningún objeto ruso, sino simplemente para pintar un hermoso cuadro." Me habían quitado los anteojos, de modo que no pude leer todo y me limité a verificar un poco al azar el informe escrito. Como lo que alcancé a leer coincidía con lo que me habían leído en voz alta, firmé la declaración sin haberla leído toda.

Al día siguiente, jueves, nadie me hizo llamar. Los soldados me llevaron la comida y estuvieron muy cordiales.

El viernes me llevaron ante el funcionario vestido de civil que me había interrogado el martes junto con el oficial. Para gran sorpresa mía, empezó a hablarme amistosamente de literatura rusa y después no tardó en explicarme que no estaba arrestado sino únicamente "detenido" y que ese mismo día me pondrían en libertad. Se despidió de mí con estas palabras: "Váyase a su casa y siga viviendo como hasta ahora." Como es de imaginar eso me alegró mucho, pero un momento después me pidió algo menos agradable: si no quería encontrarme con él pasadas tres semanas, llevándole mis paisajes y mis documentos personales. Naturalmente, accedí.

Las tres semanas fueron para mí motivo de zozobra, ya que no podía decidir si debía o no concurrir a la cita. Lo hablé con mi madre y llegamos a la conclusión de que como el asunto había quedado totalmente aclarado no había motivos para temer. Por lo tanto embalé mis paisajes en una valija pequeña y me fui al lugar convenido, donde esperé casi una hora sin que nadie apareciera, de manera que supuse que los rusos habían dado por terminado el caso. Pero como quería estar completamente seguro de

que el asunto había concluido, al día siguiente fui a ver al comandante y le pedí que mirara los cuadros. Me quedé casi dos horas con él, pues se mostró muy interesado en mis paisajes. Me contó que su hijo era pintor y que él mismo había pintado en cierta época. Antes de que me fuera, me dijo: "Su error consistió en no preguntarnos si podía pintar esta casa. Si hubiera preguntado, podría haberla pintado sin más inconvenientes. Pero ahora ya no importa, porque todo el asunto se ha aclarado." De modo que todo resultó ser una tormenta en un vaso de agua, aunque podía haber terminado de manera muy diferente.

El Hombre de los Lobos envejece

Aunque entre mi encuentro con el Hombre de los Lobos en Linz, en 1949, y el siguiente de 1956 en Viena hayan transcurrido casi siete años, nuestra correspondencia ha sido siempre regular e ininterrumpida, cosa que es para ambos motivo de placer. "Como tengo tantas pruebas de su sincera amistad", me escribía el Hombre de los Lobos, "puedo expresar libremente mis sentimientos en cada carta que le escribo y eso alivia mucho mi corazón."

En los primeros años de la posguerra las cartas del Hombre de los Lobos estaban llenas de "problemas de la realidad", como él los llamaba: su propia salud deficiente, el cuidado de su madre que con frecuencia estaba enferma y sobre todo la lucha contra el hambre. El período de hambre en Viena se prolongó durante varios años después de terminada la segunda guerra mundial. Durante esa época hubo también escasez de combustible, de ropa y prácticamente de toda clase de productos. Sin embargo, la lucha con la realidad no eliminó los problemas internos del Hombre de los Lobos. En una de sus cartas escribe: "A veces ¿no se ve uno forzado a actuar en contra del principio de realidad, para poder escapar de la abrumadora presión del inconsciente? Quiero decir que uno se dice que es mejor transformar un conflicto interno en uno externo, ya que a veces es más fácil manejar una situación real difícil que seguir reprimiendo ciertos complejos inconscientes."

Incluso durante esos primeros años sus cartas contenían muchas referencias a su actividad pictórica y párrafos enteros sobre

la pintura en general, sobre las diferencias entre el arte antiguo y el moderno y en ocasiones sobre algún pintor determinado. Éste ha sido un tema constante a lo largo de los años y, en los períodos de mala salud o de depresión que atravesó el Hombre de los Lobos, en casi todas sus cartas se lamenta de no ser capaz de pintar. Después de los primeros años hay también frecuentes referencias a los libros que ha leído, y en ocasiones esboza brevemente el tema. Después de los clásicos rusos, especialmente Dostoievski, el Hombre de los Lobos tiene preferencia por las biografías y las novelas históricas. En una carta escribe: "Hace poco leí un libro muy interesante sobre César Augusto. Cada vez que termino un libro como éste me siento huérfano [*verwaist*] de padres. Prefiero vivir en el pasado y no en el presente, lo que tal vez sea un signo de edad."

Durante todos esos años el Hombre de los Lobos tuvo problemas de salud, viejos y nuevos: sus conocidos catarros, especialmente del aparato respiratorio, reumatismo, que él atribuía al hecho de haber trabajado durante años en una oficina sin calefacción alguna, dolores de cabeza, problemas dentarios y también, en algunas ocasiones, temores de padecer en el futuro algún glaucoma y problemas de próstata, por más que ese temor no parecía tener mucha más base que una advertencia de su médico en el sentido de que algo podría ocurrirle. Sus depresiones han sido frecuentes y a veces graves. Raras veces lo han incapacitado por completo, pero en cambio lo han privado de toda alegría de vivir. A veces duraban algunas semanas; en otras ocasiones se prolongaban durante meses. En esas épocas no podía pintar, y cuando intentaba escribir era frecuente que no pudiera hacerlo o bien tuviera que escribir con ritmo más lento. Sin embargo, cuando tenía que terminar algo urgente para una fecha fija, generalmente era capaz de lograrlo. Y al parecer, mientras estuvo empleado en la compañía de seguros muy pocas veces tuvo que faltar al trabajo.

El período de 1948 a 1953 fue difícil para el Hombre de los Lobos: estaba evidentemente preocupado por el problema del envejecimiento, tanto en lo que se refería a él mismo como a su madre. 1948 fue el décimo aniversario de la muerte de su mujer, y ya sabemos que los aniversarios eran especialmente significativos y dolorosos para el Hombre de los Lobos. Creía que los años que contienen la cifra 8 eran siempre años malos para él.

En 1950, cuando tenía sesenta y tres años, se vio obligado a

jubilarse, cosa que sucedió un año y medio antes de lo que él esperaba, dada la gran cantidad de desocupados que había en ese momento en Viena. Se vio entonces enfrentado con un gran cambio en su vida, al mismo tiempo que con una razón muy especial para darse cuenta de que estaba envejeciendo.

En 1953, a los ochenta y nueve años, murió la madre del Hombre de los Lobos. Él había sido muy apegado a ella, y mucho más desde la muerte de su mujer, quince años atrás. En las cartas que me escribía hablaba muchas veces de "nosotros", con lo cual quería decir su madre y él. En esa época no tenía muchas otras relaciones cercanas y duraderas, excepción hecha del ama de llaves, Fräulein Gaby, de quien habla en sus *Memorias* y que llegó a ser más importante para él después de la muerte de la madre.

Algunos de los pasajes que he tomado de las muchas cartas que me escribió en esos años contienen reflexiones sobre el envejecer. Otros se refieren a sus depresiones, que el propio Hombre de los Lobos compara con la ancianidad, dada la similitud de ambas actitudes ante la muerte, ya que en ambas situaciones se la teme, aunque uno no desea vivir. Estas cartas hablan también de su sensación de inutilidad y de ser superfluo.

Julio 9, 1948

Nosotros y el resto del mundo vivimos en un estado de agitación constante, y cuando uno ya es de avanzada edad, como nosotros, reacciona de manera especialmente intensa a todo lo negativo.

Mi madre va declinando poco a poco. Incluso moverse por la habitación le resulta difícil y tiene que apoyarse en una mesa y más allá en una silla. Como tiene la presión muy alta, hay que estar preparado por si sucede algo malo. Mentalmente anda muy bien; está animada y se interesa por todo lo que pasa en el mundo, pero tiene dificultades para leer los periódicos.

En mi oficina no es mucho lo que ha cambiado. Todavía no tenemos reemplazante para el colega que murió, y por eso yo tengo que quedarme todos los días después de hora. Y ahora, cuando de todos modos tenemos mucho trabajo que hacer, es la época en que empiezan las vacaciones. El resultado de todos estos hechos desdichados es que me encuentro en un estado de excesiva ten-

sión nerviosa que ya ha durado varios meses y que me provoca insomnio y dolores de cabeza.

Como en nuestra vida las sombras ocupan mucho más lugar que el sol, no necesito decirle, querida Frau Doktor, la alegría que nos da cada vez que recibimos una nota del correo avisándonos que ha llegado una encomienda de usted. Nos da una sensación de seguridad y nos hace sentir que no estamos tan viejos, solos, ni abandonados.

Debido al trabajo extra en la oficina, mis otras actividades se han paralizado por completo. Este verano no salí ni una sola vez a disfrutar de la naturaleza, tan bella y libre, ni a pintar. Y eso es algo que extraño mucho. Usted sabe que mi trabajo en la oficina no me ofrece absolutamente ninguna satisfacción interior, ni siquiera cuando tengo mucho que hacer y veo que aprecian mi capacidad. De mi padre heredé ese espíritu inquieto, a diferencia de mi madre, que se inclina más a una vida contemplativa. De no ser así, difícilmente podría haber llegado a edad tan avanzada, si tenemos en cuenta las muchas decepciones y golpes del destino que la han alcanzado.

Agosto 18, 1948

Últimamente he tenido que destruir de nuevo muchas ilusiones, algo que siempre se vincula con estados anímicos muy alterados. En realidad, la vida no es buena. Quizás esto se deba a que estoy en exceso cansado, porque todavía tengo que hacer tanto como antes... En este momento soy un "oficinista burocrático" ciento por ciento, precisamente lo que siempre desprecié. E incluso si completo mis tareas oficinescas y hasta me descubro cierto talento para la organización del que antes no tenía la menor idea, tampoco eso me da satisfacción alguna. No me queda tiempo para pensar en las cosas que me interesan personalmente, y ya nunca tengo oportunidad de pintar. Pero lo peor de todo es que he perdido hasta el deseo de tomar un pincel. Me pregunto cuál es el sentido de todo. Probablemente mi madre no viva mucho tiempo. Y yo también estoy cada vez más viejo, aunque debo confesar con tristeza que no más sabio. Durante muchos años pensé que por obra de los muchos y duros golpes que me asestó el destino, por lo menos la edad me pondría un poco más maduro y que podría alcanzar una especie de perspectiva filosófica de la vida. Pensaba que

en la ancianidad podría pasar mis últimos años distanciado de las tormentas emocionales que tantas veces he tenido en mi vida. Pero al parecer éstas también son ilusiones. Todavía estoy lejos de la capacidad para la vida contemplativa. Ante mí se yerguen diversos problemas íntimos que me tienen completamente desconcertado.

Teóricamente, es interesante lo insidioso que puede ser el Ello, cómo puede disimular, siguiendo en apariencia las órdenes del Yo y del Superyó, pero preparando en secreto su "venganza" para triunfar súbitamente sobre esas instancias aparentemente superiores. Entonces estalla el antiguo conflicto emocional, y el duelo —que parecía atenuado— por la gran pérdida que uno padeció tantos años atrás se hace sentir de nuevo. Freud dice que el inconsciente no sabe del tiempo; pero como consecuencia, el inconsciente nada puede saber de envejecer. Ésos son los peligrosos impulsos [*Momente*] que uno teme para sus adentros, pues en tal estado psíquico las asociaciones, transferencias y todos los demás procesos inconscientes sacan ventaja.

Estimada Frau Doktor, espero que no le moleste que le escriba tan abiertamente sobre todas estas cosas. Pero usted es psicoanalista, demostró antes mucha comprensión sobre esos temas y, en la hora más tremenda de mi vida, después de la muerte de mi mujer, me ayudó mucho. Si vuelve a venir a Viena, espero poder hablar con usted de todas estas cosas, pero desdichadamente ahora tengo que conformarme con simples indicaciones.

Pronto llegarán mis vacaciones; tal vez el aire libre y la naturaleza me ayuden a renovarme y a recuperar mi equilibrio emocional.

Enero 4, 1950

Pues bien, querida Frau Doktor, ahora tengo que darle una noticia importante que por una parte me hace feliz y por otra me mortifica...

Cumplí sesenta y tres años para Navidad [pronto me jubilaré]... Sin duda usted sabe que nunca me interesaron los negocios y que para mí no fue fácil mantenerme en esa actividad durante estos treinta años. En la sazón de mis treinta y tres años tuve que empezar una nueva vida en tierra extranjera, teniendo a mi lado a una esposa enferma, todo esto después de haber pade-

cido una neurosis grave y de sufrir la pérdida completa de la gran fortuna que poseíamos. Pero en verdad no fue la pérdida de mi fortuna lo que me resultó doloroso, sino más bien la pérdida de mi libertad y de la posibilidad de dedicarme a alguna actividad intelectual o creativa que resultara satisfactoria. ¡Y ahora, en seis meses más, volveré a ser libre! Sin duda es un alivio, por más que no se puedan recuperar los treinta años que pasé en la oficina, y ¿cómo empieza uno de nuevo a los sesenta y tres, y en épocas tan difíciles?

Sin embargo, ese sueño de treinta años —para nada agradable— ya toca a su fin. Además me alegrará jubilarme porque mis dolores de cabeza no mejoran y sólo puedo aliviarlos tomando sellos, lo que no se puede mantener indefinidamente. Este es el aspecto positivo del asunto.

El negativo sólo se aclara cuando uno toma lápiz y papel y empieza a hacer cuentas. Entonces parece que voy a perder alrededor de un tercio de mi ingreso actual. Aparte la cuestión de la ropa, mi departamento está en un estado lamentable... Y tengo que pensar también que mi madre va a estar más vieja y más delicada... En una palabra, que la lucha por la vida vuelve a empezar.

Julio 24, 1950

Por lo que a mí se refiere, una y otra vez advierto que jamás me recuperaré realmente de la pérdida de mi mujer. Y con frecuencia pienso en lo solitario que va a ser el crepúsculo de mi vida. Estas tristes ideas se me hacen mucho más conscientes ahora que dispongo de más tiempo. Todo esto contribuye al hecho de que esté pasando de nuevo por una crisis emocional y me encuentre casi siempre en estado de melancolía.

Setiembre 21, 1950

Lamentablemente tengo que decirle que el haberme jubilado, cosa que sucedió hace cuatro meses, ha tenido un efecto catastrófico sobre mi estado emocional. Se ha apoderado de mí una

especie de *tedium vitae*, de modo que cuando me despierto a la mañana me estremezco al pensar que me espera un "día entero", de la mañana a la noche. Me acometen entonces, como olas que se estrellan, ataques de desesperación en los cuales la vida me parece espantosamente fea y la muerte redentora se me presenta como hermosa. ¿Es esta la "melancolía de la ancianidad"? Pero es realmente deprimente saber que uno se acerca a los últimos años de su vida, que en realidad no ha logrado nada en la vida, que siempre ha padecido desdichas y, finalmente, que tal vez uno esté condenado a vivir muchos años más solo, sin propósito ni meta. ¿Para qué? Quizá fuera una costumbre muy sensata, en el primer período de la historia humana, la de llevar a los ancianos al desierto y dejarlos allí para que se murieran de hambre.

Marzo 23, 1953

En mi última carta le informé en detalle sobre el estado de mi madre. Lamentablemente no se trata de un deterioro pasajero de su salud, sino de un "marasmo de la ancianidad" que no hace más que empeorar con el tiempo. Lo que resulta especialmente entristecedor es que mi madre analiza sin cesar su estado y de esa manera exagera incluso las cosas insignificantes hasta que llegan a parecerle enormes. No sé si todo esto ha de considerarse como una especie de enfermedad mental o si es lo más natural que una persona de su edad y en su estado físico se hunda en la desesperación.

A decir verdad, debo confesar que si yo estuviera en su lugar es probable que no me sintiera mucho mejor. Uno de los problemas es el hecho de que su juicio se mantiene intacto y ella se da cuenta de que en vista de su edad avanzada no son muchas las posibilidades de ayudarla. Por lo tanto debe esperar un deterioro progresivo de la vista —que es lo que más la tortura— junto con una disminución general de sus fuerzas. En su caso se puede decir realmente que... "la comprensión provoca sufrimiento".

Como es de suponer, el estado de mi madre no influye de manera favorable sobre mi espíritu. Mis dolores de cabeza... han empeorado decididamente... Pese a todo me esfuerzo en lo posible por ocuparme de distintas cosas, de la pintura entre ellas.

Mayo 12, 1953

[La primera carta del Hombre de los Lobos después de la muerte de su madre]

Por más que el estado de mi madre provocara tantos problemas realmente difíciles, y que su vida ya no fuera otra cosa que sufrimiento, su muerte ha dejado en mí un gran vacío. Lamento que precisamente los dos últimos años fueran tal vez los más tristes en la vida de mi madre. Primero la grave depresión [1] que experimenté y de la cual hubo de ser testigo, y después, precisamente cuando mi estado había mejorado, la desintegración de sus propias capacidades, su enfermedad y luego la muerte que al comienzo ella había deseado tanto, pero que después —supongo que cuando sintió que el fin estaba cada vez más próximo— tanto temía. Y sin embargo creo que mi madre, en el último momento, experimentó la muerte como una liberación, pues cuando yo la miraba en el féretro apenas si podía creer que la muerte pudiera imprimir a un rostro humano tanta belleza. Jamás había visto en mi madre una apariencia de tan sublime quietud y tranquilidad, una belleza casi clásica.

En esos años, durante todo 1954, el Hombre de los Lobos se quejaba de que en Viena no existiera la posibilidad de un "verdadero" tratamiento psicoanalítico. Hacia la Navidad de 1954 hubo de enfrentar una crisis personal y se deprimió de tal manera que en ocasiones pasaba todo el día en cama, excepto alguna breve caminata cuando se sentía con fuerzas. Para el verano se sentía "un hombre nuevo" y había vuelto a pintar. En el otoño pudo finalmente establecer contacto con un psicoanalista. El Hombre de los Lobos no creía necesitar tratamiento en ese momento, pero quería contar con esa posibilidad para el caso de otra crisis. Aunque el analista estuvo de acuerdo con esto, el Hombre de los Lobos volvió a empezar con sus acostumbradas dudas obsesivas respecto a si había sido acertada la adopción de una "actitud de espera". Pocas semanas después me escribía: "En su carta usted observa con mucho acierto que el solo hecho de saber que uno puede recurrir a la terapia en el momento en que la necesite puede hacer que la terapia resulte innecesaria. Esa observación me tranquilizó

[1] En 1951, a continuación del episodio con las autoridades militares rusas.

mucho y me confirmó en la creencia de haber tomado la decisión correcta." Aproximadamente un año más tarde el Hombre de los Lobos recurrió efectivamente al analista y desde entonces fue ocasionalmente ayudado por él, y tiempo después y en forma más regular, por otro analista. La ayuda consiste en medicación y en la discusión de problemas más que en un verdadero análisis.

En algunas ocasiones el Hombre de los Lobos escribía artículos sobre temas bastante abstractos. Me hizo llegar uno de ellos, titulado "Psicoanálisis y libre albedrío" que intenté publicar con ayuda de Paul Federn, pero sin éxito. Cuando fui a Viena a comienzos de 1957, poco después que el Hombre de los Lobos cumpliera los setenta años, le pregunté si no había escrito nada sobre él mismo, y mucho me alegró que pocos días después me trajera el manuscrito de *Mis recuerdos de Sigmund Freud*. El artículo era de fines de 1951, escrito pocos meses después del episodio con los rusos, durante las noches de insomnio pasadas cuando se encontraba "en la más profunda depresión". Por lo menos eso me escribió en 1957 y después en 1961. Es difícil creer que una persona gravemente deprimida pueda haber escrito ese artículo, pero tal vez escribir sobre su análisis y sobre Freud fuera un intento del Hombre de los Lobos por salir de su depresión, intento que al parecer tuvo éxito una vez dado el primer paso. (Vi suceder algo similar en la primavera de 1970, cuando el Hombre de los Lobos había pasado muchos meses deprimido. Entonces le escribí para preguntarle si podía escribir un capítulo sobre su niñez en el término de un mes, de modo que alcanzara a aparecer en este libro. En su respuesta me decía que había empezado a escribir el capítulo pese a su depresión, y en realidad pocas semanas después me lo enviaba por correo. Cuando lo vi dos meses después de este episodio ya no lo encontré profundamente deprimido.)

En 1957 traduje una parte de los *Recuerdos de Sigmund Freud* que me había entregado el Hombre de los Lobos, con el título de *Cómo llegué a analizarme con Freud*. En mayo de 1957 leí ese pequeño artículo en la reunión anual de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana. Es claro que mantuve informado de eso al autor y le hice llegar un pequeño honorario. También le dije que era probable que el artículo fuera publicado por una revista psicoanalítica. Me respondió con una carta llena de agradecimiento y de una felicidad extática: "Desde que recibí su carta todo se me muestra bajo una luz mucho más cordial, porque ahora

puedo asegurarme que no todo lo que hice ha sido en vano. Este éxito, que debo agradecerle a usted, justifica su opinión de que mis experiencias personales pueden despertar mucho más interés general que mis artículos de carácter teórico o de divulgación... Pero en tanto que uno no alcanza éxito, no tiene fuerzas para luchar y convertir en un hecho tan juiciosa idea. Ahora será diferente." Y en la carta siguiente: "Considero el éxito de usted... que tan feliz me hace, como un signo con que el destino me señala la dirección que debo tomar..."

Yo había estado insistiéndole al Hombre de los Lobos para que escribiera sobre sí mismo y ahora, después del "signo del destino", se decidió a hacerlo. Trabajó primero con la sección *Memorias, 1914-1919*. El 22 de setiembre de 1958 me informaba que no había progresado tan rápido como lo esperaba. "En parte hay que culpar a mis depresiones, en parte a algo más. Cuando empecé a escribir me pareció necesario, para comprender mejor personajes y situaciones, profundizar más de lo que inicialmente había pensado algunos temas tales como el suicidio de mi hermana, dónde y cómo conocí a mi mujer, informar más sobre el doctor D., que desempeñó un papel tan importante en mi vida y era un personaje tan curioso, etcétera. De tal manera, siempre tenía que insertar nuevas secciones. También tenía que mencionar la Revolución rusa y la ocupación de Odesa por las potencias extranjeras, de modo que mis *Memorias*, por más que me esforcé por hacerlas tan concisas como fuera posible, han crecido más de lo que originariamente me proponía. Se podría decir que son algo así como una breve novela de familia."

Finalmente me volvió a escribir el 10 de diciembre de 1958, ya con el manuscrito terminado: "Como últimamente me estuve ocupando con intensidad de tareas literarias, y con un propósito muy definido, esto ha influido favorablemente sobre mi estado emocional y es evidente que me ha ayudado, por lo cual le estoy muy agradecido. Ahora quisiera decirle que finalmente llegué a la conclusión de que las memorias de experiencias reales son muy diferentes de una novela y que por lo tanto no se ha de confundir el estilo de una con el estilo de las otras. De tal manera me atuve a la realidad, sin mezclar poesía y verdad (*Dichtung und Wahrheit*) y sin ornamentar la verdad con fantasías. También di preferencia al elemento 'épico' más que al sentimental o teatral porque —según me imagino— está más de acuerdo con el gusto

anglosajón, y también con el mío. Dediqué igualmente cierto espacio al doctor D., ya que hasta donde yo sé los ingleses y supongo que también los norteamericanos disfrutan de un toque de humor áspero, y en la literatura de esos países es fácil encontrar excéntricos inofensivos como era en realidad el doctor D. Por lo demás fue parte del psicoanálisis y también por eso es digno de mención."

Desde esa época la actividad de escritor del Hombre de los Lobos ha sido uno de los temas principales de sus cartas, así como de nuestras conversaciones en las ocho visitas que hice a Viena entre 1960 y 1970. En repetidas ocasiones me ha dicho que escribir es algo que le ha dado sentido y propósito a su vida.

Sin embargo, todos los temas anteriores se mantuvieron también en sus cartas y en nuestras conversaciones. Hablando, el Hombre de los Lobos es vivaz, ameno y con frecuencia dramático. Está siempre en busca del significado y el motivo de la conducta personal, suya o de sus amigos. Su condición de narrador y de dibujante de personajes, aunque se manifiesta mejor en la conversación que por escrito, no se halla ausente de sus cartas. Cito un pasaje característico de una carta del 4 de abril de 1960: "Le hablé del pintor de quien me hice amigo. Es sin duda hombre educado y bien dotado, pero tiene una personalidad tan excepcional y tan elevada opinión de sí mismo que bordea la megalomanía. Tiene cuarenta y cinco años y hasta ahora ha vivido de la pensión de su madre, que era maestra. Todas sus relaciones, y él también, temblaban al pensar en el momento en que la madre muriera y él perdiera el beneficio. Desdichadamente, ese momento ha llegado. Hace dos semanas nada indicaba que algo grave pudiera sucederle a la madre, pero unos días después fui a su casa y me encontré sobre la puerta una nota muy característica de él: 'Mamá está en el hospital; yo estoy en la taberna, cruzando la calle.' Pocos días después ella moría, al parecer debido a la ruptura de una úlcera péptica. La relación entre madre e hijo era muy próxima y muy tierna; ambos dormían incluso en la misma pequeña habitación, pese a que en su departamento tenían dos habitaciones grandes y dos pequeñas. Se podía, pues, esperar que el hijo presentara un completo derrumbe emocional, pero, cosa sorprendente, nada de eso pasó. Se comporta como si nada en particular hubiera sucedido. Parece raro, especialmente, que no dé la sensación de tener conciencia de su catastrófica situación material y quiera seguir representando el papel de gran caballero."

El Hombre de los Lobos se refería con frecuencia en sus cartas a ese y a otros amigos, hombres y mujeres, y a las múltiples vicisitudes de sus relaciones con ellos. Me preguntaba también por lo amigos comunes y por mi familia y mi trabajo, y siempre contestaba meditadamente a lo que yo le contaba. El 6 de diciembre de 1962 me decía, comentando mi trabajo como consultora psiquiátrica en escuelas: "Estoy totalmente de acuerdo en que la mejor forma de combatir las neurosis y las enfermedades mentales es tomarlas en la infancia, en el momento de su formación. Cuando uno intenta reconstruir una neurosis infantil después de veinte, treinta o más años, depende de pruebas circunstanciales. Ya se sabe por la práctica legal con cuánta frecuencia las pruebas circunstanciales llevan a conclusiones falsas, puesto que uno se ve obligado a deducir la causa a partir del resultado. Pero los mismos hechos podrían conducir retrospectivamente a diversas causas o, para el caso, surgir de diversas circunstancias que todo el mundo es demasiado propenso a olvidar. Aparte de esto, debe ser mucho más fácil tratar con éxito una enfermedad emocional en el momento en que se gesta que décadas después, cuando se han consolidado toda clase de anormalidades que, en cierto sentido, se han convertido en la segunda naturaleza del neurótico." En otra parte el Hombre de los Lobos escribe: "A mí también me interesan mucho las neurosis infantiles, especialmente la mía. Pues por una parte, esas primeras perturbaciones emocionales contienen tantas cosas enigmáticas, y por la otra son muy esclarecedoras en lo que respecta a la neurosis posterior."

Salvo estas observaciones, en las cartas del Hombre de los Lobos se encuentran pocas referencias a su infancia, pero hay una carta muy interesante, escrita como las ya citadas en respuesta a algo que yo misma le había dicho, en la que llena una pequeña brecha en sus *Recuerdos de mi infancia*:

Julio 6, 1963

Recuerdo muy bien que en mi infancia me devanaba los sesos con el problema de cómo llegaban los niños al mundo. Mi hermana y yo hablábamos mucho de eso y hasta llegamos a hacer un pacto: el primero que tuviera la solución del enigma se la contaría inmediatamente al otro. Mi hermana me dijo después que había hablado de eso con la niñera de nuestro primito y que ella le había explicado todo, pero que de ninguna manera podía dejarme participar de tal secreto. Yo me sentí decepcionadísimo, pero mi hermana mantuvo su actitud, de modo que hasta entrar al secundario,[2] cuando me sacaron de la ignorancia mis compañeros, seguí en la ignorancia sobre el tema.

Hasta que el Hombre de los Lobos dio comienzo a sus *Memorias* daba la impresión de que evitaba totalmente hablar no sólo de su infancia sino de su pasado en general, excepción hecha de la muerte de su mujer. En ocasiones se refería a temas con los cuales él sabía que yo estaba familiarizada, como el suicidio de su hermana, su análisis y su regreso a Viena al terminar la segunda guerra mundial. Pero poco me contaba sobre su vida anterior; yo no conocía siquiera, por ejemplo, el nombre de su hermana o de su esposa. Al hablar se refería principalmente a sus problemas personales actuales o del pasado inmediato, aunque no se limitara a lo personal y concreto, pues siempre se interesaba por las artes y por todo lo relacionado con el psicoanálisis. En cambio su interés en ciertos campos de alcance general, especialmente los problemas políticos e internacionales, parecía muy limitado. En el momento de la muerte de su mujer yo pensé que esa falta de contacto resultaba del hecho de que su tragedia lo absorbía de tal modo que excluía cualquier otro interés. Sin embargo, esa característica falta de interés no se limitó al período de la muerte de su mujer sino que se puso de manifiesto antes y después también. Sus *Memorias, 1914-1919* no hablan mucho de los sucesos que conmovieron al mundo en esos años funestos. Es verdad que yo había pedido al autor que hiciera un relato personal y que tal fue su intención; sin embargo, a muchas personas les resultaría difícil, en un relato personal, descuidar los acontecimientos nacionales y mundiales en la medida en que lo hace el Hombre de los Lobos. Esa relativa falta de interés se refleja incluso en el efecto de tales acontecimientos sobre su vida personal. Se busca en vano alguna queja referente a la Revolución rusa o a la pérdida de su fortuna. Una vez el Hombre de los Lobos me contó que tanto Freud como otros se habían sorprendido de que ese cambio de una gran riqueza a la pobreza hubiera significado tan poco para él. "Es porque era

[2] Aproximadamente a los doce años.

simplemente algo que me *pasó*", me explicó. "Yo no era el responsable; no tenía que preocuparme por haber hecho algo mal; no tenía que sentirme culpable. Los rusos somos así. Todos nos adaptamos con bastante facilidad, aceptamos cualquier trabajo que podemos conseguir y no nos sentimos abrumados." Estuve de acuerdo con él en que, en realidad, así sucedía con todos los emigrados rusos que yo había conocido. La relativa indiferencia del Hombre de los Lobos ante los sucesos mundiales se mantuvo aún después de 1938 (salvo que a nadie puede serle indiferente morirse de hambre). Hacía pocas alusiones a la guerra fría o a la Revolución húngara, y menos aún a los movimientos de África o de otros países. Sin embargo en los últimos años observo una diferencia. Sus cartas y sus conversaciones hacen más referencias a lo que sucede en el mundo, y en ocasiones comenta que ha leído algún libro sobre Austria o el Cercano Oriente o incluso sobre Vietnam.

Este es uno de los sutiles signos de cambio que vengo advirtiendo en los últimos años en el Hombre de los Lobos. No podría decir cuándo empezó, ni siquiera con precisión en qué consiste tal cambio, aparte de un ensanchamiento de sus intereses y de una actitud un tanto más esperanzada... o menos desesperada. Tal vez haya advertido algo semejante en sus cartas después de 1957, cuando se mostró tan lleno de alegría ante su primera publicación en una revista psicoanalítica y empezó a sentir que entonces su vida tenía sentido. Además, en esa época estuvo viendo a un analista, por lo menos en forma ocasional, durante un año más o menos, y tal vez eso lo haya ayudado. Mi primer encuentro con el Hombre de los Lobos después de 1957 fue en la primavera de 1960, y lo encontré entonces gozando de buena salud y de buen ánimo. Esa mejoría no ha sido constante en modo alguno y desde entonces el Hombre de los Lobos ha pasado por varias depresiones. Sin embargo creo que, en general, su estado anímico ha sido más sano.

En marzo de 1963, mientras preparaba un artículo sobre "Consideraciones psicoanalíticas sobre la ancianidad" para someterlo a un jurado en la reunión anual de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, le escribí al Hombre de los Lobos para plantearle ciertas preguntas referentes a su actitud ante el envejecimiento; le pedía también permiso para publicar ese material. Citaré palabra por palabra su larga y característica respuesta.

Como era de prever, lo que él responde a mis preguntas no nos dice tanto como las observaciones espontáneas que le invité a hacer.

Marzo 23, 1963

En lo que se refiere a contestar las preguntas de su carta, como es natural, me da gran alegría satisfacer su deseo y me sentiré muy contento si usted puede hacer uso de esta información... De modo que empezaré inmediatamente a contestar sus preguntas.

1ª pregunta: "¿Ha habido algún cambio en sus sueños, y en qué consiste?"

Respuesta: No advierto cambio en el contenido. Quizás ahora sean un poco menos plásticos. Lo que sin embargo me sorprende es el hecho de que los olvido más rápidamente que antes, y probablemente por esa razón y pese a que existan, con frecuencia creo no haber soñado para nada.

2ª pregunta: "¿Tiene la sensación de que su vida libidinal ha cambiado, o de que sus deseos y fantasías han cambiado?"

Respuesta: Mis deseos y fantasías de naturaleza libidinal no parecen haber cambiado, pero durante los tres o cuatro últimos años mi libido ha perdido intensidad, de modo que todo lo sexual es decididamente más débil y ya no desempeña el papel que antes tenía.

3ª pregunta: "Sus impulsos (sexuales, agresivos) ¿son más fuertes o más débiles? ¿Desde cuándo?"

Respuesta: En lo referente al impulso sexual, ya he respondido. Pero, a diferencia del sexual, parece que mis impulsos agresivos se hubieran fortalecido más bien que debilitarse.

4ª pregunta: "¿Tiene usted conflictos nuevos? ¿Tiene todavía los antiguos conflictos? ¿Más débiles o más fuertes?"

Respuesta: Los conflictos siguen siendo los mismos, excepción hecha de mi hipocondría, que ha disminuido de manera notable (desde la muerte de mi mujer). Por lo que toca a mis otros conflictos, son menos agudos que antes, pero en cambio tienen un carácter más crónico.

5ª pregunta: "¿Es usted más o menos narcisista?"

Respuesta: En un sentido positivo, menos narcisista, porque uno ya no es tan vanidoso en la vejez como en la juventud. Pero en un sentido negativo el narcisismo aumenta, porque uno se pone más sensible ante cualquier crítica personal, sospechando que contiene referencias a los signos y las desventajas de la edad, de los cuales uno no quiere que le hagan acordar.

6ª pregunta: "¿Observa usted signos de regresión?"

Respuesta: No he advertido en mí mismo signos de regresión.

7ª pregunta: "¿Su vida es ahora más o menos armoniosa? ¿En qué aspectos?

Respuesta: Decididamente menos armoniosa. Al aumentar la edad, el interés por la vida disminuye y por lo tanto disminuye también el interés por el mundo que lo rodea a uno y por sus manifestaciones. Todas nuestras metas están sometidas a las limitaciones del tiempo, y el tiempo que a uno le queda o que uno espera que le quede, se hace cada vez más corto. ¿Y qué es lo que queda por desear? Uno pierde cada vez más la capacidad de consolarse con ilusiones. Así me pasa, por ejemplo, en cuanto a mi capacidad para gozar de la belleza de la naturaleza. Antes era frecuente que un paisaje me fascinara de tal manera que sentía una necesidad casi irresistible de pintarlo lo más rápido posible, pero ahora advierto que voy perdiendo cada vez más esa capacidad de entusiasmarme de ese modo con un paisaje. Agréguese a ello el deterioro de las fuerzas físicas; uno se cansa muy rápido en esas excursiones a la naturaleza, cuando va cargado con una pesada caja de pinturas y el resto del equipo, y así se reduce su deleite en la naturaleza y en el arte.

8ª pregunta: "¿Cuáles son los cambios internos y externos más importantes en su vida?"

Respuesta: Externamente poco ha cambiado desde la muerte de mi mujer y de mi madre y desde mi jubilación. Sin embargo mi ama de llaves, una mujer que vive en el mismo edificio de departamentos que yo y que maneja la casa desde la muerte de mi mujer, ha sufrido durante varios años una grave deformación e inflamación crónica de la cadera izquierda, como consecuencia de lo cual me vi obligado a tomar una mucama. Debo agregar que tuve suerte en encontrarla, ya que en Viena es poco menos que imposible encontrar a alguien.

Por lo que se refiere a los cambios internos, al responder a la pregunta 7ª indiqué cómo disminuye con la edad el interés de

uno por la vida. En relación con esto quisiera señalar que en mi juventud y durante la madurez, por más grave que fuera mi depresión psíquica, nunca iba acompañada de síntomas físicos. Incluso después de la muerte de mi mujer, cuando el dolor emocional era tan intenso, mis síntomas eran puramente psíquicos y no físicos. Pero cuando volví a padecer una fuerte depresión en el año 1951 me sentí físicamente tan débil y cansado que con frecuencia pasaba el día entero en cama. También mi gravísima depresión de 1955 estuvo acompañada de agotamiento físico.

Y ahora, estimada Frau Doktor, como usted me pide en su carta que le comunique todas mis otras observaciones y conclusiones referentes al envejecer, me gustaría agregar algunas cosas.

A menudo se oye decir que a medida que uno envejece vive principalmente en sus hijos y en sus nietos. Creo que hay en ello una buena dosis de verdad, ya que en la ancianidad las posibilidades del propio yo se debilitan en todo sentido, y por lo tanto uno siente necesidad de ampliar y enriquecer ese yo empobrecido por medio de sus propios descendientes. Cuando falta esa ampliación o posibilidad de vivir en los hijos, uno se siente especialmente solitario y abandonado. Con los que nunca han practicado una profesión hay una dificultad adicional: un sentimiento mucho más fuerte de ser superfluo después de jubilarse, que también yo he experimentado.

A menudo me ha intrigado el hecho de que en una profunda depresión emocional uno no quiera vivir y sin embargo tema a la muerte. Por el contrario, cuando uno está sano quiere vivir, pero no tiene miedo a la muerte. Por lo menos así ha sido en mi caso, y al envejecer experimento algo similar. La vida ha perdido buena parte de su encanto y por consiguiente buena parte de su valor; los pensamientos de uno revolotean en torno del problema de la muerte, que nos inspira más temor en la ancianidad que en la juventud, tal como se ve en el hecho de que en la vejez uno sea mucho más cauteloso y ansioso y ni de lejos tan audaz como en la juventud. Sin embargo, es bastante obvio que uno haya de preocuparse más por la muerte en la vejez, que es cuando la muerte se acerca.

Pienso además que el problema del envejecimiento depende mucho del individuo. Mi madre, por ejemplo, me decía que era más feliz en la ancianidad que en la juventud, por más que había

perdido toda su fortuna y, ya mayor, tuvo que vivir en barrios pobres y rodeada de extranjeros. Sus familiares, a quienes era muy apegada, se habían quedado en Rusia o habían muerto. Eran todas circunstancias muy desdichadas. Pero en su juventud ella había sufrido bastante con mi padre y con muchos sucesos desagradables acaecidos en su familia, en tanto que en la vejez pudo llevar la vida tranquila y contemplativa a la que siempre se había inclinado. De tal modo, se elaboró una filosofía propia que se adecuaba a su naturaleza y estaba mucho más satisfecha que en su juventud o durante la edad madura. Después de todo, cuando es joven uno le pide a la vida mucho más que en la ancianidad, y de ahí que tenga que experimentar muchas desilusiones.

No deja de tener interés el hecho de que mi madre hubiera sufrido antes una grave hipocondría que sin embargo desapareció por completo después que cumplió los sesenta años. Reapareció después, cuando tenía alrededor de ochenta y cinco y tenía que someterse a una operación ocular (glaucoma). Como me dijo el director médico del hospital, el profesor Pilat, jefe de la Clínica Oftalmología de Viena, que fue quien realizó la operación, la consideraba un éxito tal que acostumbraba describírsela a los estudiantes. Pero mi madre estaba tan disconforme con el resultado de la operación que siempre la consideró un fracaso. Como el otro ojo estaba completamente intacto, no era cuestión de "haberse quedado ciega"; sin embargo mi madre se quejaba de que la vista le empeoraba después de la operación y su lamento cotidiano era siempre: "Ayer podía ver todo, hoy nada en absoluto." Con la excepción de esos síntomas hipocondríacos, su salud mental fue perfectamente normal hasta los ochenta y ocho años, y sólo durante su último año de vida —murió a los ochenta y nueve— declinó también su capacidad mental, de modo que, por ejemplo, con frecuencia me confundía con otras personas.

Para completar estas notas, agregaré que nací el 24 de diciembre de 1886, según el calendario juliano, o el 6 de enero de 1887, según el calendario gregoriano.

El Hombre de los Lobos termina la carta como corresponde, dándonos con su habitual exactitud la fecha más importante de su vida: la de su nacimiento.

Muchas veces he oído al Hombre de los Lobos insistir en la necesidad de enriquecer el yo empobrecido en la ancianidad, viviendo en los hijos y en los nietos. Siempre estuvo convencido de

que haber tenido hijos habría significado una tremenda diferencia en su vida y en su felicidad, y con frecuencia expresó su pena porque su mujer no pudo tener hijos. Siempre quería tener noticias de mi hija y de mis nietos, de sus personalidades e intereses; varias veces me pidió fotografías de ellos y me envidiaba las vacaciones que yo pasaba con ellos.

Un punto interesante de la carta es la afirmación de que su hipocondría disminuyó no tablemente desde la muerte de su mujer. Como es de suponer, esa muerte marca un punto en el tiempo, pero uno se pregunta si no la da también, inconscientemente, como una razón. Tal vez el Hombre de los Lobos no haya necesitado más su hipocondría al verse abrumado por la tragedia del suicidio de su mujer; puede que simplemente haya necesitado el sufrimiento, de cualquier clase que fuera.

Su sensación de ser "superfluo" es otro tema que el Hombre de los Lobos tocó con frecuencia. Una vez me escribió: "Su vida está ocupada por un trabajo que aporta ayuda y consuelo a sus semejantes. Eso debe darle a usted mucha satisfacción. En realidad, pienso que la causa profunda de toda neurosis y toda depresión debe ser la falta de relación con el mundo que lo rodea a uno y el vacío que de ello resulta."

Los analistas se han asombrado de que el Hombre de los Lobos, después de emigrar a Austria en 1919 y haber perdido todo lo que poseía, no fuera capaz de encontrar un trabajo que le hubiera hecho posible no sentirse superfluo y que hubiera sido más satisfactorio y gratificante tanto desde el punto de vista intelectual como desde el financiero. Algunos lo atribuyen a su pasividad y su masoquismo. Independientemente de que tales factores hayan desempeñado un papel o no, estoy convencida de que para un extranjero que sólo tenía su título en Derecho habría sido imposible encontrar semejante tarea en Viena por los años veinte. La inflación y el desempleo eran tremendos. El Hombre de los Lobos consiguió de hecho un trabajo en el cual fueron ascendiéndolo gradualmente y que le permitía incluso usar en parte su formación de abogado y, por más que no le resultara satisfactorio, no tenía otra alternativa. Fuera de las horas de trabajo pintaba; a veces daba lecciones y escribió una cantidad de artículos. Vendió unos pocos artículos y unos pocos cuadros, que le reportaron un beneficio económico despreciable. Sin embargo, dieron una módica satisfacción a sus impulsos intelectuales y creativos.

Después de haber completado sus *Memorias, 1914-1919* en diciembre de 1958, el Hombre de los Lobos comenzó a pensar en continuarlas. El tema que eligió fue el suicidio de su mujer. Esa parte debía ir precedida por la historia de cómo había conocido a Teresa, y ésta, a su vez, por los hechos que culminaron con su estadía en el sanatorio de Munich. A fines de 1961 todo eso estaba aún bastante nebuloso, como se advierte por una carta del 12 de diciembre de ese año: "Mis recuerdos de la muerte de mi mujer... consistirán en tres capítulos: mi viaje al Cáucaso después de la muerte de mi hermana Ana, el período de San Petersburgo y únicamente después de eso el encuentro con Teresa y su suicidio. Hice un primer bosquejo de la primera y de la segunda parte... Últimamente volví a echarles un vistazo y quedé bastante satisfecho con el período de San Petersburgo... Pero en lo referente al viaje al Cáucaso, al volver a leerlo tuve la sensación de que a esa parte le falta una verdadera conexión natural y orgánica con el tema principal, que es Teresa."

Seis meses después el Hombre de los Lobos había completado las *Memorias, 1905-1908*, y me escribió sugiriendo varios títulos posibles para esa sección. "Se la podría llamar 'Duelo inconsciente', ya que mi duelo después de la muerte de mi hermana fue completamente diferente del que siguió al suicidio de Teresa... O se podría considerar que toda la sección es simplemente la primera y segunda parte del trabajo completo 'Castillos en el aire'... Pienso en esos recuerdos como un preludio al tema principal del suicidio de mi mujer."

Por más que el Hombre de los Lobos ya había escrito sobre los años de 1914-1919, es interesante que no pensara en los años que van de 1919 a 1938 como parte de su historia. Fueron años tranquilos y faltos de acontecimientos dramáticos, excepto durante el breve período de su análisis con la doctora Brunswick, sobre el cual sabía que ella había realizado un trabajo. Entre 1961 y julio de 1968 escribió, en orden cronológico, las *Memorias, 1905-1908*, las *Memorias, 1908* (originariamente en dos partes), y las *Memorias 1909-1914*.

El Hombre de los Lobos me había dado muchos de sus cuadritos con paisajes al óleo, a lo largo de los años, y a veces se los mostré a mis discípulos o a mis colegas. En el otoño de 1963 algunos de ellos preguntaron si no sería posible comprar esos cuadros. Yo no estaba dispuesta a separarme de ninguno de los que

me había dado el Hombre de los Lobos, pero le escribí a él preguntándole si tenía otros que quisiera vender. Se mostró encantado con la posibilidad. "¿Cómo puedo agradecerle, querida Frau Doktor, la excelente idea de mostrar mis cuadros en su conferencia? Claro que acepto agradecido su propuesta de enviar mis cuadros para que usted los venda en los Estados Unidos. Bien se puede imaginar lo contento que estoy de poder aprovechar de esa manera mis paisajes."

El modesto ingreso resultante de los cuadros le vino muy bien al Hombre de los Lobos, pero más importante fue que tuviera la sensación de que su pintura era apreciada y de que a los psicoanalistas les interesaba. A pedido de un analista, pintó al óleo la escena de los lobos de su sueño infantil. A mí me gustó tanto que le pedí que hiciera una copia para mí. Me daba la misma impresión que al profesor Y,[3] quien según me escribía el Hombre de los Lobos, la encontraba "amenazadora y realmente parecida a un mal sueño". La venta de los cuadros ha seguido siendo una satisfacción para el Hombre de los Lobos.

Para la época en que el Hombre de los Lobos empezó a escribir las *Memorias, 1908*, había comenzado a escribir sobre sí mismo de manera más libre y personal que en los dos capítulos anteriores. No es sólo el tema lo que hace que esta sección resulte más interesante, sino más bien la emoción que él pone al escribir. En las memorias que compuso con anterioridad se nos presenta el hogar del Hombre de los Lobos, su familia, sus compañeros y, naturalmente, se nos presenta él mismo, pero en realidad él no se muestra al lector. Escribe *sobre* él e incluso describe meticulosamente su estado de ánimo y sus emociones, pero aparece con más frecuencia como una sombra que como un ser humano que vive y siente. En *Castillos en el aire* el Hombre de los Lobos cobra vida. Los artículos anteriores nos han familiarizado ya con su melancolía y sus turbulentas oscilaciones anímicas. Estas características se destacan fuertemente en las *Memorias, 1908*, pero aquí hay algo más que nos resulta menos conocido: su osadía, la energía y la decisión que pone al servicio de sus deseos.

El ambiente, un sanatorio para europeos acomodados de la época anterior a la primera guerra mundial, es de convincente realismo. Sólo Teresa, que se mueve sin ruido y abnegadamente en medio de esa sociedad de enfermos, es un poco misteriosa, y

[3] El psicoanalista a quien veía el Hombre de los Lobos.

en realidad así le parecía al propio Hombre de los Lobos y a los demás pacientes. Misteriosa pero vivaz, hermosa y femenina. El Hombre de los Lobos consigue aquí darnos un retrato de la mujer que habría de ser su mujer y de sí mismo como amante joven y ardiente, con el fondo de una sociedad desaparecida, de hace más de medio siglo.

Desde 1968 hasta la primavera de 1969 el Hombre de los Lobos trabajó en sus *Memorias, 1938,* relatando el suicidio de Teresa, la trágica culminación para la cual, al parecer, él sentía que toda su vida anterior no había sido más que un preludio. Acababa de completar este capítulo cuando lo vi en Viena, el 30 de marzo de 1969. De ochenta y dos años en ese momento, el Hombre de los Lobos parecía físicamente de bastante buena salud, pero se lo veía delgado, preocupado y levemente deprimido. Era evidente —y es claro que el propio Hombre de los Lobos se daba cuenta de eso— que el haber escrito durante los meses anteriores ese capítulo profundamente personal y doloroso de sus *Memorias* había contribuido a su depresión. Al leer el conmovedor relato del suicidio de su mujer uno tiene la sensación de que al escribirlo debe de haber revivido una a una esas horas de angustia. Al recordar mis encuentros con el Hombre de los Lobos después de la muerte de Teresa, puedo confirmar lo que él escribe sobre sus sentimientos y su actitud en ese momento, salvo que entonces estaba tal vez más aturdido de lo que parece en las *Memorias.*

En nuestro encuentro del 30 de marzo hablamos durante un par de horas de las actividades de pintor y escritor del Hombre de los Lobos, de su salud emocional y física y de su futuro. Estaba preocupado por su anciana ama de llaves, la misma fiel Fräulein Gaby que aparece en las *Memorias* y que ahora apenas si podía caminar. El Hombre de los Lobos, dándose cuenta de que era posible que ella tuviera que internarse en un hogar para ancianos, intentaba enfrentar el hecho de que en ese caso él tendría que hacer lo mismo. Parecía incapaz de aceptarlo y decía que no podía permitirse pagar un hogar tolerable, y que en realidad no había hogares donde pudiera seguir teniendo libertad e intimidad para poder pintar. Como yo sabía que en Viena había varios hogares donde podía tener intimidad, estar cómodo y libre, y creía además que su naturaleza esencialmente sociable respondería bien y se enriquecería más en compañía de otros que en la relativa soledad a que estaba acostumbrado, intenté sin éxito persuadirlo de que visitara varios hogares con miras a planear su futuro.

La depresión del Hombre de los Lobos en ese momento no era excesiva. Mentalmente estaba tan despierto como siempre; al parecer su pensamiento no había perdido rapidez, por más que le costara un poco obligarse a escribir o a pintar. El domingo 30 de marzo nos despedimos después de una charla grata y amistosa. A la mañana siguiente —mi último día en Viena— me llamó por teléfono para preguntarme si sería posible que me viera unos minutos para aclarar algo que habíamos hablado el día anterior, y sobre lo cual se le habían ocurrido algunas cosas. Nos encontramos y aclaramos el problema, café de por medio, en la tarde del 31 de marzo, justo antes de que yo saliera para el aeropuerto. Sólo más tarde me di cuenta de que ese día era el trigésimo primer aniversario de la muerte de Teresa.

Cuando meses después le pregunté en una carta si había visitado algunos hogares para ancianos, el Hombre de los Lobos me contestó que no, explicando sus razones. "Mi ama de llaves tiene ahora ochenta y cinco años y padece una grave y dolorosa enfermedad de la cadera. Sólo apoyándose en los muebles puede andar por su departamento, medio piso debajo del mío. En ocho años no ha salido de casa y vive como un prisionero en una prisión. No es de asombrarse que en esas circunstancias esté sometida a graves depresiones. Otra mujer se habría ido hace mucho tiempo al Hogar Lainzer para ancianos, pero Fräulein Gaby no quiere oír hablar del asunto. Se ha pasado toda la vida trabajando para otros y tiene un enorme sentido del deber, de modo que su queja constante es lo mucho que le gustaría trabajar pero... lo poco que puede hacer por mí. Así y todo, se las arregla para hacerme la comida al mediodía y vigilarme un poco la casa. También tengo que agradecerle el haberme encontrado una muchacha que viene a limpiar una vez por semana... Mediante esa actividad, Fräulein Gaby, que está perfectamente sana salvo su dolencia de la cadera, por lo menos tiene la sensación de que todavía está ocupándose de alguien y de que su vida sigue teniendo significado. Si ahora yo me fuera a un hogar para ancianos, ella se sentiría muy dolida, de modo que he decidido que mientras Fräulein Gaby se mantenga más o menos en las mismas condiciones no voy a dejar el departamento. Es verdad que el espectáculo de alguien tan enfermo como ella no es muy alegre, pero ¿qué se puede hacer en ese caso?" La carta sigue refiriéndose a los proble-

mas prácticos que se plantearían si él dejara el departamento y a la dificultad o imposibilidad de pintar en un hogar para ancianos.

Otra carta aproximadamente de la misma época contiene más reflexiones sobre el envejecimiento. "Estoy muy contento de haber podido finalmente concluir mis *Memorias,* ya que a mi edad uno tiene que contar con todas las posibilidades, de modo que siempre tenía miedo de que sucediera algo que me impidiera terminarlas. Es natural, claro, que a mi avanzada edad uno piense con frecuencia en las enfermedades que pueden aparecer de pronto y en el fin que se aproxima, y que esté en general muy preocupado con ideas de muerte. Me preocupa especialmente el hecho de que en los últimos años he rebajado más de diez kilos, y como he perdido el apetito es difícil tener la esperanza de recuperar mi peso normal... Es interesante que usted me escribe que su amigo ruso, por más que tenga noventa y cinco años, se siente fuerte y sigue trabajando como escultor. Yo conozco a una... [mujer] de ochenta y ocho, y cuando le pregunté si se sentía vieja, lo negó. Es evidente que eso de sentirse viejo es cosa muy individual."

El 20 de setiembre de 1969 el Hombre de los Lobos me escribió: "Ahora usted me pide, estimada Frau Doktor, si podría escribir algo sobre mi infancia. El pedido me viene muy bien, ya que al haber terminado el capítulo sobre el suicidio de Teresa y no tener otra cosa que escribir, sentía cierto vacío interior. Además tiene usted mucha razón cuando dice que las memorias son incompletas si no incluyen los recuerdos de la infancia, cosa que es mucho más cierta en mi caso, ya que en los Estados Unidos se sabe muy poco de la vida en Rusia meridional a fines del siglo XIX y comienzo del XX."

Debido a su depresión, durante el invierno siguiente el Hombre de los Lobos no pudo empezar ese trabajo que, según expresó, le vendría tan bien. En la primavera de 1970 le anuncié que el libro, incluyendo sus *Memorias,* sería pronto publicado por Basic Books, con el capítulo sobre su infancia o sin él. Si él podía mandarme el capítulo en el término de un mes, yo tendría tiempo para traducirlo de modo que apareciera en el libro. La noticia de que se había concretado la aparición del libro lo llenó de alegría y me expresó: "Todo lo que usted me escribe sobre el libro excede con mucho mis esperanzas y expectativas". El 4 de mayo, exactamente un mes después de la carta que yo le envié, el Hombre

de los Lobos me escribía: "Su carta del 4 de abril me estimuló de tal manera que decidí escribir mis *Recuerdos de mi infancia* pese a mi depresión, que esta vez, debido a diversas razones entre las cuales me imagino que pesa mi edad avanzada, fue especialmente persistente... Le envié a usted el capítulo por correo el 30 de abril... Se lo había mostrado al profesor Y, a quien le gustó mucho; tiene la sensación de que sin él habría una considerable brecha en mis *Memorias,* lo que las habría perjudicado mucho. Estoy muy contento de haber conseguido esta vez, a pesar de mi depresión, escribir tan rápidamente ese capítulo."

Cuando vi al Hombre de los Lobos poco tiempo después, parecía que se hubiera recuperado un tanto de la depresión, pero presentaba dudas obsesivas acompañadas de angustia. Estaba de veras contento con la próxima publicación del libro, pero se mostraba preocupado y vacilante respecto de muchas cosas. Parecía más viejo y más frágil que en nuestro encuentro anterior en marzo de 1969, pero mentalmente se mantenía completamente despierto. No pudo hablar de mucho más que del libro, lo que tal vez era natural puesto que había muchas cosas que resolver, pero su conversación tenía una cualidad un tanto obsesiva y repetitiva. Le señalé que había una amplia brecha en las *Memorias,* que se extendía de 1919 a 1938, y él estuvo de acuerdo en escribir un capítulo referente a este período. Esa breve sección, que se refiere a los años más sanos y serenos de su vida, no le costó el mismo esfuerzo que el capítulo sobre la infancia[4].

Sólo después de haber recibido los *Recuerdos de mi infancia* me di cuenta de que, por segunda vez, el Hombre de los Lobos se había visto enfrentado con un "límite de tiempo". Esta vez también, como con el límite de tiempo, incomparablemente más importante, que Freud estableció para su análisis, estuvo a la altura de las circunstancias.

[4] En octubre de 1970 nuestro común amigo Albin, que desde 1954 vivía en los Estados Unidos, fue a Viena y vio al Hombre de los Lobos. Albin me contó que, por más que el Hombre de los Lobos no lo reconoció inmediatamente debido a los cambios que pueden producirse en dieciséis años, él habría reconocido al Hombre de los Lobos en cualquier parte. "Apenas si ha cambiado", comentó Albin, "salvo que está más delgado. Mental y físicamente parecía igual que antes de que yo me fuera de Austria, con los mismos altibajos. Se quejó sobre todo de dolores de cabeza, y ahora que ha terminado sus *Memorias* siente una especie de vacío en su vida. Sería bueno que pudiera seguir escribiendo. Pasamos juntos una tarde muy placentera e interesante."

Impresiones diagnósticas

"¿Qué pasó con el Hombre de los Lobos?", me preguntan a menudo los amigos. "¿Cómo es? ¿Es sano? ¿Es psicótico? ¿Qué resultado dieron sus análisis con Freud y con Ruth Mac Brunswick?"

Para dar una verdadera imagen de la personalidad del Hombre de los Lobos tengo que describirlo tanto en sus períodos más sanos como en los que lo son menos. Desde la primera vez que me encontré con el Hombre de los Lobos en 1927 hasta la muerte de su mujer en 1938 jamás había observado nada que yo considerara anormal en su comportamiento ni en su conversación. Daba impresión de ser ordenado y confiable al máximo; siempre se lo veía adecuada y cuidadosamente vestido; era muy cortés y considerado con los demás. Era un conversador excelente, aunque era poco lo que hablábamos de nosotros mismos, ya que los temas principales eran el arte, la literatura y el psicoanálisis. Era un escrupuloso profesor de lengua rusa, por más que esperaba un poco demasiado de mí. Su alemán —nuestra lengua común— era excelente y el mío bastante inadecuado. Recuerdo haber encallado con el equivalente ruso de palabras como *Kolonialwarengeschäft*, ya que no tenía la más remota idea de lo que significaba la palabra alemana.

Cuando vi al Hombre de los Lobos en 1938, después del suicidio de su mujer, como los dos hemos contado, su conducta, su conversación y su relación conmigo habían cambiado completamente. No podía hablar ni pensar en otra cosa que en sí mismo,

en la muerte de su mujer y en la crueldad del destino. A partir de ese momento me ha colocado hasta cierto punto en el rol de analista, a la vez que en los de consejera y amiga. Creo que me ha dejado ver todos sus estados de ánimo, sin intento alguno de disfrazarlos. Sin embargo, en las cartas del Hombre de los Lobos el acento siempre está puesto sobre sus desdichas y problemas. Así como cuando un niño está en un campamento o pupilo en una escuela, sus cartas a casa se refieren a la mala comida o a la lluvia, a ese chico malo o a aquel maestro estúpido, más bien que a todas las cosas gratas e interesantes que hay para ver o aprender, el Hombre de los Lobos, cuando escribe libremente a un analista sustituto, destaca naturalmente lo negativo mucho más que lo positivo.

El Hombre de los Lobos es un hombre inteligente y atractivo, ya anciano pero que todavía parece mucho más joven de lo que es en realidad. En sus períodos de salud es sociable y expansivo y se interesa francamente por sí mismo y también por los demás, con aparente tolerancia de sus inofensivas —y a veces no tan inofensivas— excentricidades. Quizá sea ésta una característica rusa. (Tanto Freud como la doctora Brunswick mencionaron los rasgos rusos de su paciente.) No hay más que pensar en la actitud de la familia del Hombre de los Lobos hacia W. y la fatamorgana de los pozos artesianos. A nadie pareció importarle que la idea de los pozos se hubiera esfumado sin más ni más. En cambio, con la cortesía auténticamente magnánima que tan frecuentemente exhiben los personajes de Dostoievski, aceptaron a W. tal como era, sin demostrar jamás la menor sorpresa o desagrado. Muy rara vez he oído al Hombre de los Lobos enunciar una crítica con verdadero resentimiento, pero algunas de sus insinuaciones, por más que parezcan tolerantes e inofensivas, en realidad pueden ser devastadoras. Sin embargo, cuando habla de personas y de problemas personales siempre se tiene la sensación de que intenta comprender. Busca los motivos y el significado del comportamiento, tanto del suyo propio como del de los demás, con un espíritu verdaderamente psicoanalítico. Eso no significa que no tenga temperamento. Me ha hablado de escenas y situaciones que incluyen violentas querellas en sus relaciones con mujeres, que harían pensar que su "vida instintiva completamente desenfrenada", como la caracterizó Freud, todavía puede manifestarse. Pero por más desenfrenado que pueda ser en las escenas

de pasión, cuando habla de esas situaciones es frecuente que mantenga una inesperada objetividad. Eso no sólo parece relacionarse con su *insight*, sino con la ambivalencia que lo obliga, o poco menos, a ver las dos caras de la moneda. Incluso durante su período de mayor perturbación, cuando le preocupaba la lesión en la nariz en 1926, se daba cuenta, como dice Ruth Mack Brunswick, "de que su reacción ante eso era anormal". En los períodos más sanos es habitual que esté mentalmente dispuesto a considerar por lo menos dos interpretaciones de cualquier hecho o idea.

Tal ambivalencia puede contribuir también a otro rasgo característico del Hombre de los Lobos en todos sus estados de ánimo: su constante búsqueda del consejo de los otros, y si es posible de varios. Ya hemos visto cómo consultó al doctor D. en lo tocante a la inversión de su dinero a fines de la primera guerra mundial, e incluso cómo siguió su consejo de jugar, por más que uno podría haber pensado que su propio sentido común lo habría llevado a rechazar semejante intento de solución. Por la historia de Freud y la de la doctora Brunswick sabemos que el Hombre de los Lobos fue de un sastre a otro, como después fue de uno a otro dentista y de un dermatólogo a otro y a otro más. No era difícil recoger diversas opiniones, y el Hombre de los Lobos es un genio para contraponer una persona a otra. Más adelante, por lo menos con respecto a uno de sus asuntos amorosos, se las arregló para encontrar un consejero que le dijo: "Si alguna vez llegas a casarte con esa mujer, te matarás", en tanto que otro expresó: "Seguro que te suicidas si no te casas con ella." Así es fácil encontrar que todos los consejos son erróneos. Yo necesité de todo mi ingenio para no dejarme arrastrar al rol de consejera.

Otro rasgo que vemos en todos los períodos es la actitud del Hombre de los Lobos ante el destino. Cuando de joven tuvo que abandonar su primera imagen de sí mismo como hijo predilecto de la fortuna, adoptó el punto de vista opuesto y creyó que el destino lo había signado para la desdicha. Por más que este tema aparece en repetidas ocasiones en sus cartas y en su conversación, también algunas veces me ha dicho, oralmente y por escrito: "He tenido grandes desdichas, pero también gran felicidad en mi vida."

Por lo que hace a la personalidad del Hombre de los Lobos en sus períodos de mayor perturbación, es probable que el lector tenga de ella una imagen bastante vívida gracias a las historias clínicas, las *Memorias* y las cartas. El rasgo que la caracteriza es

la prominencia de las dudas obsesivas, las cavilaciones, el cuestionamiento, el verse totalmente absorbido por sus propios problemas e incapaz de relacionarse con los demás, y la incapacidad para leer o pintar. Por otra parte, prácticamente nunca, desde su análisis con Freud, ha sido del todo incapaz de funcionar. En los dos períodos de mayor perturbación, su primer análisis con la doctora Brunswick y los meses que siguieron al suicidio de su mujer, siguió trabajando en la compañía de seguros, se movió activamente en busca de ayuda y mantuvo una razonable salud física. Sus depresiones no lo dejaron inactivo hasta después de haberse jubilado, cuando a veces pasaba la mayor parte del día en cama. En épocas anteriores la depresión apenas si disminuía su ritmo, y cuando se trataba de su propio interés podía incluso ser muy activo. Sus depresiones tienen cierta periodicidad y las más graves se han producido generalmente a intervalos de dos a cuatro años. Pero por lo común, y probablemente siempre, están relacionadas con algún acontecimiento que las desencadena. Sin embargo, en algunos casos el propio Hombre de los Lobos ha sido el motor que pone en movimiento la causa desencadenante. En mi opinión no se trata de depresiones psicóticas. Lo que el Hombre de los Lobos experimenta como depresión es a veces una reacción ante una pérdida real y a veces la desesperación que le provocan sus dudas obsesivas, su culpa, sus autorreproches y su sensación de fracaso. "Nunca pude, durante una observación que se prolongó durante varios años, detectar ningún cambio anímico desproporcionado con la situación psicológica aparente, ya fuera en su intensidad o en las circunstancias de su aparición", expresaba Freud.

Siete años después de haber terminado su análisis con Freud, el Hombre de los Lobos presentó los síntomas que indujeron a Ruth Mack Brunswick a considerarlo paranoide. Cuando esos síntomas desaparecieron después de cuatro meses de análisis, el Hombre de los Lobos volvió a su personalidad "normal". Desde entonces, en los muchos años que lo conozco, jamás observé signos o síntomas que pudiera considerar verdaderamente paranoides. Algunos analistas podrían pensar que en 1951, después del episodio con los rusos, estuvo próximo a la paranoia. Durante las tres angustiosas semanas de espera, incapaz de decidir si debía o no volver a presentarse a las autoridades militares que lo habían interrogado y le habían dicho que volviera, el Hombre de los Lobos tuvo, según me contó, "delirios de persecución; pensaba

que la gente hablaba de mí o me miraba cuando sin duda no era así, aun cuando en realidad nunca tuve la sensación de que alguien me siguiera. Era como la vez que fui a consultar a la doctora Brunswick el problema de la nariz, sólo que entonces temía una deformidad [*Entstellung*] física y en esta ocasión una deformidad moral." Sin embargo, de lo que más habló el Hombre de los Lobos en la primera oportunidad en que volvimos a encontrarnos no fue tanto del temor de lo que podía haberle sucedido a él (que, de paso, tenía bastante fundamento en la realidad), como de los reproches que se formulaba por "esa locura" de ir a meterse en la zona rusa como si buscara que lo arrestaran, de las torturantes dudas respecto de por qué lo había hecho y de la preocupación por su propio estado mental. Se atormentaba diciendo que "había perdido el control de mí mismo, que había perdido el contacto con la realidad, como lo habría interpretado Freud, y actuado como no lo habría hecho una persona a medias normal. Me refiero, por supuesto, al hecho de que yo —un ruso—, me haya metido a pintar en la zona rusa."

Cabe objetar que habían transcurrido cuatro años y medio entre el episodio con los rusos y el encuentro durante el cual el Hombre de los Lobos me lo relató. Es verdad. Pero en esos cuatro años y medio él me había enviado muchas cartas y en ninguna de ellas había indicios de psicosis. Y durante los tres años que siguieron inmediatamente al episodio, nuestro común amigo Albin visitó regularmente al Hombre de los Lobos y se vio sometido a todas sus dudas y cuestionamientos. Albin no cometió la indiscreción de escribir una palabra sobre ello en sus cartas, pero cuando nos encontramos en Suiza seis meses después del episodio me hizo un fiel relato oral. Por más que no sea psiquiatra, Albin es bastante conocedor de la naturaleza humana como para detectar cualquier anormalidad. Hacía tiempo que tenía conocimiento de las dudas y cavilaciones obsesivas del Hombre de los Lobos, y en su reacción frente al episodio con los rusos vio la reiteración de las mismas más bien que un rasgo nuevo. En realidad, el mismo Albin se hallaba sometido a las condiciones de la ocupación rusa y no veía que en la actitud del Hombre de los Lobos hubiera ninguna falta de realismo, excepción hecha de su vacilación y sus autorreproches. Yo diría que el rasgo menos "realista" del episodio es el tiempo durante el cual se prolongó la inquietud del Hombre de los Lobos. Hasta 1967 no se mostró dispuesto a permitir que yo

publicara lo que había escrito sobre él, y todavía entonces mostraba rastros de ansiedad. Esto concuerda con las observaciones de Freud sobre la "tenacidad de la fijación" en el Hombre de los Lobos y su característica de "rechazar todas las novedades". El Hombre de los Lobos estaba tan fijado en su cuestionamiento obsesivo y la ansiedad concomitante, que incluso doce años después que las fuerzas rusas habían salido de Austria no podía abandonar por completo su actitud anterior.

En agosto de 1955, mientras el Hombre de los Lobos pasaba sus vacaciones en Salzkammergut, fue visitado por el doctor Frederick S. Weil, psicoanalista y especialista en Rorschach, que después escribió un interesante y esclarecedor informe[1] sobre los dos días que pasaron juntos. Además de aplicarle al Hombre de los Lobos un test de Rorschach, el doctor Weil pasó la mayor parte de los dos días escuchándolo. Sus impresiones fueron muy similares a las mías cuando lo vi en 1949, salvo que con el doctor Weil el Hombre de los Lobos no habló más que de sí mismo. El primer día no parecía deprimido y a la mañana siguiente mostró una depresión muy leve, pero se quejó insistentemente de sus depresiones y de la naturaleza compulsiva de algunas de sus relaciones con mujeres. Le preguntó repetidamente al doctor Weil si no se podía hacer nada para ayudarlo.

El interés del Hombre de los Lobos por sí mismo, hasta el punto de excluir todo lo demás, en esta ocasión era sin duda el residuo de una depresión que se había prolongado desde el anterior mes de diciembre hasta uno o dos meses antes de la visita del doctor Weil. Durante ese período de depresión no recibí más que dos cartas de él, pero en julio, cuando se hubo recuperado lo suficiente, el Hombre de los Lobos me escribió una carta excepcionalmente larga en la que me contaba detalladamente las dificultades que se habían planteado en su relación con una mujer y que al parecer eran la causa de su perturbación. Un mes después de la visita del doctor Weil me escribió con evidente placer al respecto y me habló de la administración del Rorschach. "El doctor Weil me dijo que todavía tiene que calcular los resultados del test. A juzgar por la primera impresión, dijo, mis asociaciones señalan una neurosis obsesivo-compulsiva. Me entendí muy bien con el doctor Weil y tengo la impresión de que es un analista muy experimentado."

[1] Este informe no fue publicado, pero me fue posible ver el manuscrito en 1970.

Tanto el analista a quien el Hombre de los Lobos vio cada tantos meses desde 1956 como el que ha estado atendiéndolo más regularmente durante los últimos años han diagnosticado su trastorno como una personalidad obsesivo-compulsiva.[2] En los últimos quince años o más, el Hombre de los Lobos ha sido visitado por un analista del extranjero que casi todos los veranos pasó varias semanas en Viena para verlo diariamente. Este breve período anual de "conversaciones dirigidas analíticamente" es el tratamiento más parecido a un psicoanálisis "regular" que ha tenido el Hombre de los Lobos desde su análisis con la doctora Brunswick. Este último analista también me dijo de manera inequívoca que lo considera como un obsesivo-compulsivo y que excluye completamente la esquizofrenia actual o pasada. Personalmente, en los cuarenta y tres años —más de la mitad de su vida— que conozco al Hombre de los Lobos jamás he visto pruebas de psicosis.

¿Qué debemos pensar entonces de sus síntomas y de su diagnóstico en 1926-1927, cuando fue por primera vez a ver a la doctora Brunswick? Los síntomas son indudables, pero tal vez, en vista del espléndido éxito de este análisis y del rápido restablecimiento de la personalidad anterior del Hombre de los Lobos, haya que volver a considerar el diagnóstico que fundamentan. "El propio paciente", nos dice la doctora Brunswick, "al mismo tiempo que insistía en que la lesión [de la nariz] era demasiado visible, se daba cuenta sin embargo de que su actitud ante ella era anormal... Si no se podía hacer nada por su nariz, entonces había que hacer algo por su estado de ánimo, fuera la causa real o imaginaria." No se trata aquí del delirio fijo, totalmente inaccesible a la corrección, que se considera típico de una psicosis paranoide. La doctora Brunswick nos dice que el *insight* del paciente era "responsable de la única característica atípica del caso: que en última instancia fuera accesible al análisis, cosa que de otro modo sin duda no habría sucedido." Yo diría que tanto el *insight* como la accesibilidad al análisis contradicen la psicosis. Tampoco puedo considerar la sensación del paciente de ser "el hijo favorito" de Freud como megalomanía o delirio de grandeza. Su análisis con Freud, excepcionalmente largo para la época y que incluyó un largo período de "educación", después la historia del caso que

[2] El segundo analista agregó que podía ser una personalidad "fronteriza, con tendencia a la actuación".

el mismo Freud dio a conocer al Hombre de los Lobos y posteriormente la ayuda financiera de Freud cuando su paciente se encontró necesitado, son todas razones bastante lógicas para que él se sintiera favorecido. El hecho mismo de que Freud derivara el paciente a la doctora Brunswick, probablemente refiriéndose en términos muy elogiosos a la capacidad de ella, constituye una base natural para que él siguiera creyendo que el interés de Freud se mantenía, creencia que puede entenderse sin considerarla delirante ni calificarla de completa "regresión al narcisismo". Creo que el propio Freud habría sido el último en negar su interés por el bienestar de su paciente. Sin embargo, mi juicio no se funda tanto en el cuadro clínico de ese momento, que es difícil evaluar retrospectivamente, sino en la personalidad anterior del Hombre de los Lobos tal como la conocemos gracias a la historia clínica de Freud, y en su personalidad posterior tal como yo y muchos otros psicoanalistas la hemos observado durante muchos años. Es menester tener en cuenta ambas personalidades para diagnosticar la perturbación aguda que en 1926 llevó al Hombre de los Lobos al consultorio de la doctora Brunswick y a la que —independientemente de los nombres con que designemos sus síntomas y su estado— ella aportó tan profunda comprensión psicoanalítica y a la que de manera tan brillante supo tratar y curar.

Por lo que se refiere a la enfermedad del Hombre de los Lobos en la edad adulta, no creo que se la pueda definir con mejores palabras que las que usa Freud en su *Historia de una neurosis infantil*: "A mi juicio, este caso, como muchos otros diversamente diagnosticados por la psiquiatría clínica, debe ser considerado como un estado consecutivo a una neurosis obsesiva llegada espontáneamente a una curación incompleta" (*O. C.*, p. 694).

Algunas manifestaciones de tal defecto se mantienen aun después del análisis del Hombre de los Lobos: períodos de depresión, de duda y de vacilación, ambivalencia, sentimientos de culpa y fuertes necesidades narcisistas. Tales manifestaciones fueron modificadas y reducidas por el psicoanálisis, pero no destruidas. Sin embargo, los resultados positivos del análisis del Hombre de los Lobos son verdaderamente impresionantes.

Cuando el Hombre de los Lobos recurrió a Freud estaba "totalmente incapacitado y completamente dependiente de otras personas". Se nos informa que no era siquiera capaz de vestirse solo. No podía estudiar ni estaba preparado para ninguna clase de trabajo. No tenía relaciones satisfactorias con ninguna mujer ni una verdadera amistad con hombres ni con mujeres (a menos que se pueda considerar su relación con su hermana como una amistad). Estaba gravemente incapacitado en tres de los aspectos más importantes de la vida: el trabajo, el amor y la asunción de responsabilidades.

Después de su análisis con Freud, el Hombre de los Lobos completó en breve tiempo sus estudios, se diplomó en Derecho y obtuvo la correspondiente licencia para ejercer. Tras haber salido de Rusia y haber perdido todo lo que poseía, consiguió trabajo en una compañía de seguros, para empezar en un puesto subordinado que debe de haber sido difícil de aceptar para un hombre que había sido rico y a quien habían servido toda la vida. Fue progresando continuamente en su trabajo y, por más que nunca le resultó interesante, fue capaz de mantenerlo fielmente durante treinta años hasta jubilarse. El Hombre de los Lobos llegó a casarse y mantuvo a su mujer y se ocupó de ella durante los veintitrés años de su matrimonio. También se interesó auténtica y afectuosamente por la hijita de Teresa y se dolió ante su temprana muerte. Después del suicidio de su mujer, el Hombre de los Lobos se ocupó tiernamente de su madre a lo largo de quince años, y desde la muerte de ésta ha protegido fielmente a Fräulein Gaby, que tanto había hecho por él antes de enfermarse y convertirse ella misma en un ser dependiente. Desde su análisis, el Hombre de los Lobos ha sido capaz de mantener una cantidad de relaciones y ha llegado a ser menos intolerante y más considerado con los demás. Ha dominado en cierta medida su agresión. Por más que el análisis no haya impedido su reacción agresiva ante los traumas, reforzó su resistencia al *stress*. Y las tensiones y pérdidas reales en la vida del Hombre de los Lobos han sido muchas y grandes.

No cabe duda de que el análisis con Freud salvó al Hombre de los Lobos de una existencia mutilada y de que su nuevo análisis con la doctora Brunswick le permitió superar una grave crisis. Ambos permitieron al paciente llevar una larga vida, aceptablemente sana.

Indice

Muriel Gardiner
Introducción 7

Ana Freud
Prólogo 11

Parte I

Las memorias del Hombre de los Lobos 15

Recuerdos de mi infancia 17

El duelo inconsciente. 1905-1908 39

Castillos en el aire. 1908 65

Cambio de decisiones. 1909-1914 93

Después de mi análisis. 1914-1919 111

La vida cotidiana. 1919-1938 133

El clímax. 1938 139

Parte II

El psicoanálisis y el Hombre de los Lobos 157

Mis recuerdos de Sigmund Freud
por el Hombre de los Lobos 159

Ruth Mack Brunswick
Suplemento a la "Historia de una neurosis infantil"
de Freud 179

Parte III

Muriel Gardiner
La vida del Hombre de los Lobos años después 223

Encuentros con el Hombre de los Lobos (1938-1949) 225

Otro encuentro con el Hombre de los Lobos (1956) 235

El Hombre de los Lobos envejece 251

Impresiones diagnósticas 277

Esta edición de 1.000 ejemplares
se terminó de imprimir en marzo de 2003
en Impresiones Sud América
Andrés Ferreyra 3767/69 , Buenos Aires